



Vicente Blasco Ibáñez
Conferencias en Argentina
(y Paraguay)



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

© De esta edición: Ajuntament de València.

Delegació d'Acció Cultural, Patrimoni i Recursos Culturals

© De la Introducción y recopilación: Emilio Sales (Casa Museo Blasco Ibáñez)

ISBN: 978-84-9089-488-0

ÍNDICE

A modo de introducción	
La conversión a la fe hispánica	4
Las conferencias	8
Esta edición	13
<i>Conferencias</i>	
En Argentina	17
América vista desde España	18
La leyenda negra de España	28
Las grandes figuras del descubrimiento de América	41
Cómo se hace una novela (El arte de escribir las novelas: Balzac)	56
Cómo se hace una novela: Víctor Hugo	75
Cómo se hace una novela: Emilio Zola	91
España en el siglo XIX: la madre patria frente al futuro	110
La novela moderna	125
Cervantes	137
España en el siglo XIX: la Revolución de Septiembre	158
Lope de Vega, el teatro español y sus principales intérpretes	173
La madre Teresa de Jesús y los místicos españoles (El misticismo batallador de los españoles)	190
La pintura española: el Greco, Velázquez y Goya	207
Doña Juana la Loca	221
En Paraguay	224
El arte en el siglo XIX	225
El alma española a través de los siglos	238

La conversión a la fe hispánica

En una biografía tan intensa y plagada de incidentes como la de Vicente Blasco Ibáñez, es difícil sobrepasar la significación de una fecha o de un episodio concreto. Hubo en ella tantos momentos relevantes —felices, triunfales, pero también amargos—, que resulta casi imposible identificar unas pocas situaciones decisivas en el engranaje causal de su existencia. No obstante, desde la distancia temporal que nos separa del personaje, sí es posible subrayar, sin margen de error, la importancia de su primer viaje a Argentina.

El escritor ya estuvo a punto de visitar aquel país años antes, en 1904, cuando se desempeñaba como diputado y tenía un papel activo dentro de la Unión Republicana. De acuerdo con las actuaciones propagandísticas del partido, en el diario *La Publicidad*, de 19 de agosto de 1903, apareció el artículo firmado por Blasco «Nuestros hermanos de América», en el cual había entusiásticos elogios a la figura del doctor Rafael Calzada. Era este asturiano presidente de la Liga Republicana Española, y en aras de una confraternidad hispano-argentina, cursó por carta la invitación para que varios diputados de la Unión Republicana visitaran Buenos Aires. Si Salmerón no estaba convencido de la oportunidad del viaje de una comisión integrada por Lerroux, Menéndez Pallarés, Pi y Arsuaga, Junoy y el propio Blasco Ibáñez¹, a este último le seducía enormemente la idea de cruzar el Atlántico, se embarcara en misión de propaganda o como escritor interesado en una tarea documental, tal como le confiaba a Ricardo Fuente en epístola de 22 de marzo de 1904 (Biblioteca Histórica Municipal, Madrid):

De todos modos yo voy a Buenos Aires con expedición de propaganda o sin ella. Me he hecho ya el ánimo de ir y aunque no se realice el viaje de propaganda, en junio cuando tenga publicada la novela *El intruso* que estoy escribiendo, emprenderé la expedición, a mis expensas, para estar ahí un par de meses.

Quiero ver de cerca esas repúblicas, pasar los Andes y escribir un libro de observación sobre esa que es la primera de las repúblicas latinas.

Intenciones similares debieron de figurar en la carta con que Blasco prometió agradecer al doctor Calzada su invitación. Y de hecho se reproducen en otras dos misivas remitidas al escritor argentino Ricardo Rojas (Museo Casa de Ricardo Rojas, Buenos Aires). En la primera, datada el 8 de mayo, consignaba:

¹ *La Publicidad*, 28-2-1904.

Tengo el propósito de hacer un viaje a América después que termine *El intruso*: de pasar este verano (invierno ahí) en Buenos Aires, para ver mundo nuevo y conocer gente nueva.

Me invitaron ha poco los republicanos españoles residentes ahí a ir como político, pero yo quiero ir con la libertad y la independencia del artista.

En la segunda, muy posiblemente posterior de julio de 1904, Blasco seguía exponiendo el mismo deseo de desplazarse a Argentina, aunque tal visita tuviese que posponerla unos meses: «Celebraré mucho —le decía a Rojas— que usted venga por aquí [España]. Yo pensaba verle antes en Buenos Aires, pero he retrasado mi viaje hasta el año próximo».

Estos designios, sin embargo, tampoco se vieron cumplidos en 1905. Blasco cogió la pluma para colaborar en la revista *Caras y Caretas* y el diario *La Nación*. Y precisamente, Emilio Mitre, director de este último diario bonaerense, junto a Ricardo Rojas y al profesor, político y poeta Joaquín González, fueron quienes tendrían un papel decisivo en la primera aventura transatlántica del escritor valenciano, consumada cuando Faustino da Costa, empresario del teatro Odeón de la capital, le contrató a él, así como también a Anatole France, como conferenciante.

Aunque su llegada a Buenos Aires se produjo el 6 de junio de 1909, Blasco había preparado su expedición previamente. Relegando cualquier motivación política, en él se solapaban varios móviles: de un lado, su permanente vocación expansiva; luego, la oportunidad económica, ramificada en varios horizontes, dos más inmediatos: los ingresos a percibir por sus conferencias y el uso que, más tarde, haría de los mismos, algo de merece subrayarse. Recuérdese que durante la tertulia que el novelista mantuvo, a bordo del *Cap Vilano*, con los directores de los rotativos argentinos más importantes, en el trayecto de Montevideo a Buenos Aires, les expresó: «su propósito de emplear



En *Cap Vilano*, con C. Malagarriga y José M^a Cao

en la compra de tierras el resultado monetario de su labor, el proyecto de traer familias labradoras de la huerta de Valencia para desarrollar en este suelo su incomparable espíritu agrícola»².

En paralelo a este propósito más o menos definido de transformarse en colono, Blasco no podía desprenderse de sus inquietudes como editor. Él mismo confesó que, durante una visita a su idolatrado Zola, en 1902, el escritor galo le había sugerido la idea de viajar al Nuevo Mundo: «los novelistas españoles, pueden contar con el extenso mercado de América. El castellano lo hablan ochenta millones de hombres. Una edición se extenderá por vastísimas regiones»³. Quizá, para un hombre tan avisado como Blasco, no era necesaria tal recomendación. En todo caso, él amplió su alcance, la colectivizó. Así se lo confiaba, a través del cauce epistolar, a Joaquín V. González sólo dos meses antes de su llegada a Buenos Aires:

Todos los que escribimos en español debemos ser conocidos igualmente en todos los países de habla española, y nuestros libros figurar por igual en las librerías. Desde Tejas al Cabo de Hornos, formando un gran triángulo cuyo vértice llegue a España, debemos construir todos una gran familia literaria, con iguales derechos y deberes y la misma gloria

[...] Yo soy una mezcla de escritor y editor; acompaño mis ilusiones con procedimientos prácticos y busco el medio de que el libro, sea de quien sea, se imponga por el valor de su texto y no por el lugar de origen (3 de abril de 1909)⁴.

El instinto comercial del escritor reforzaba la convicción de que el libro era un producto de mercado. Pero al divulgar un proyecto que trascendiese la esfera puramente personal: la construcción de una gran comunidad lingüístico-cultural y editorial entre los escritores hispanoamericanos, lo que podía resultar un «propósito quijotesco», transido de romanticismo, pero una entelequia al fin y al cabo que acabaría alejando de su persona cualquier hipotética acusación futura sobre sus intenciones acaso demasiado interesadas.

Sea como fuere, tampoco hay que ignorar la oportunidad que su empresa de orador en un país pujante como Argentina le brindaba para nutrir su reputación internacional, transformado además en propagandista y divulgador de la causa hispana. Y es que la primera experiencia argentina de Blasco iba a ser expresión, según acertadamente etiquetó Ramiro Reig, de su «conversión a la fe

² «Blasco Ibáñez en América. Llegada», *El Diario Español*; cf. *El Pueblo*, 3-7-1909.

³ Luis Morote, «Oyendo a Blasco Ibáñez», *Heraldo de Madrid*, 12-3-1909.

⁴ *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 29 (enero-marzo 1940), pp. 155-157.

hispanica»⁵. Esto es, el Blasco que, en 1909, emprende una aventura que duró más de seis meses, que con Argentina como punto de partida se amplificó hasta Paraguay, Uruguay Chile, públicamente no es el mismo que años antes se había mostrado combativo contra lo existente en entrevistas, artículos periodísticos e incluso en sus novelas. El designio principal que presidió entonces sus numerosísimas charlas⁶ se antojaba una verdadera campaña en pro de la difusión de la historia y la cultura española, una incursión en la tradición nacional que, posteriormente, derivaría en sustancia narrativa.

Desde luego, cuando erigido en orador, Blasco se puso a elogiar, pongamos por caso, «el misticismo batallador de los españoles», pudo despertar en su auditorio la impresión de una repentina metamorfosis en las convicciones de aquel hombre que antaño se significó por sus duras críticas a la exacerbada confianza de muchos españoles en su pasado colonial «la tradición pesa sobre nosotros —había dicho— como losa de plomo que nos aplasta; la afición a volver melancólicamente los ojos a un pasado sombrío, nos hace incapaces de resistir las fulguraciones luminosas del porvenir [...] Eternos e incorregibles hidalgos de gotera, ni ante las mayores contrariedades y desengaños deponemos nuestro orgullo de raza; nos consolamos de la miseria actual, recordando pretéritas grandezas»⁷.

Como a otros muchos de sus contemporáneos, también a él le dolía España: lamentaba su deriva política, económica y social. Pero a diferencia de los noventayochistas, su mirada a los esplendores del pasado —la que le permitió otorgarles nueva corporeidad a diversos escritores, pintores, místicos y hombres de acción— iba más lejos de la búsqueda intrahistórica, propiciadora de abstractas reflexiones. En su retorno al pasado no había huida, sino una reafirmación de la valía peninsular y una actitud beligerante contra las falsas leyendas que ensombrecieron la contribución nacional a la civilización. Admiración por figuras pretéritas, cuyas atrocidades llegaría a disculpar, en tanto que en él latía una vocación prospectiva. A través de sus conferencias, entroncó con el hispanoamericanismo defendido por su amigo y brillante historiador Rafael Altamira, quien el mismo año de 1909 viajó a Argentina, convencido de la necesidad de subrayar los efectos positivos de la labor española en el continente americano. Asimismo, al reivindicar el legado español, participaba del sentimiento nacionalista del republicanismo, de forma que su arraigado

⁵ *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa Calpe, 2002, p. 146.

⁶ Aunque Ana M^a Martínez de Sánchez logró datar un total de cincuenta y tres conferencias (*Blasco Ibáñez y la Argentina*, Valencia, Ajuntament, 1994, pp. 137-140), se especula con que la cifra pudo ascender hasta las ciento veinte.

⁷ «España ignorante y envilecida», *El Pueblo*, 17-10-98.

patriotismo le obligó, por un lado, a compatibilizar su hispanismo con la orientación federal defendida antaño⁸; y por el otro, a realizar una síntesis particular como respuesta a la brecha abierta en la intelectualidad europea de finales del XIX entre defensores de la civilización latina y adalides de la tradición anglosajona y germánica⁹.

Curiosamente, en Argentina existía por aquellas fechas un ambiente propicio al éxito del conferenciante. A un año vista de la conmemoración del primer centenario de la Revolución de Mayo, se había extendido en ciertos sectores de la sociedad de aquel país un debate intelectual sobre la identidad cultural hispanoamericana (inspirado en el libro *Ariel*, de J. E. Rodó), que presentaba muchos puntos de unión con el ideario regeneracionista español. Personajes como Rodó y Rojas promocionaban un mensaje cultural reivindicativo, en oposición al materialismo anglosajón, a partir del cual la élite criolla de raíz hispánica podría articular su propio proyecto político a la sombra de una pretendida restauración moral de la patria argentina¹⁰. Conforme se privilegiaba la herencia indígena y colonial, España dejaría de ser el símbolo de una nación opresora, para pasar a convertirse en posible aliada ante el enemigo común del sajonismo. En esta tesitura, desde la Argentina se habían depositado grandes esperanzas en el centenario de 1910, acontecimiento proyectado como escaparate internacional de la nación, y fueron invitadas diversas personalidades europeas y, sobre todo, españolas, entre ellas Blasco Ibáñez.

Las conferencias

En la correspondencia epistolar que Blasco Ibáñez mantuvo con determinadas personalidades argentinas semanas antes de su viaje, no sólo recabó su complicidad para despertar el interés hacia sus conferencias, sino que informó sobre la temática y naturaleza de las mismas. En este sentido, posee un innegable valor la remitida a Juan Antonio Argerich¹¹. En ella esbozó el novelista

⁸ Alfons Cucó, *Sobre la ideología blasquista*, València, Eliseu Climent Editor, 1979, p. 46.

⁹ Lily Litvak, «Latinos y anglosajones: una polémica de la España de fin de siglo», en su *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 155-199.

¹⁰ «El legado histórico y cultural de la Península se presentaría para [algunos] escritores como una herencia a partir de la cual regenerar y fijar la Argentina del siglo XX» (M^a Victoria Sánchez Samblás, *Hispanidades trasatlánticas o la reconquista espiritual de América: Vicente Blasco Ibáñez y el nacionalismo argentino en torno al Centenario*. Tesis doctoral leída en la Faculty of the Graduate School, Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, 2009, p. 10. [En digital: <http://etd.library.vanderbilt.edu/available/etd-12142009-180914/unrestricted/DissertationSanchezSamblas.pdf>])

¹¹ La epístola en cuestión fue reproducida en *El Diario Español*, 29-5-1909 (cf. Alicia San Martín Molina, «El viaje de Vicente Blasco Ibáñez a la Argentina: negocio y cultura»,

el número de charlas que iba a impartir: catorce en total, aunque muy bien podía ampliar dicho número si era necesario.

BIBLIOTECA M. S. B. MADRID

Tras conferencias que he pensado,
2 a las que voyo aquí en título
vudo e' incompleto, buscando
expresar con el mi idea con
las siguientes.

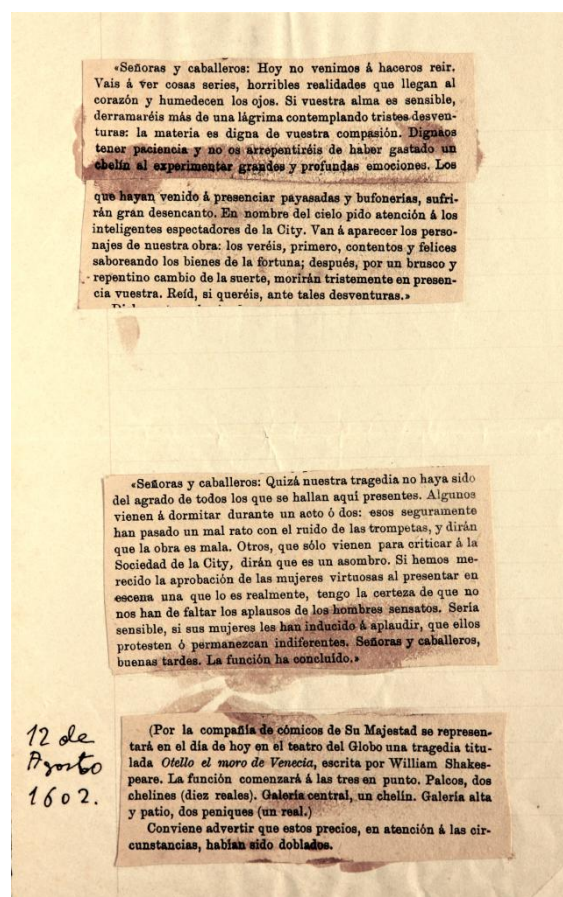
- 1.ª Como se ve Buenos Aires desde
Europa
- 2.ª lo que América debe a España
& España a América (Echar
abajo las columnas de nuestra
historia)
- 3.ª Preparación de España para
la colonización de América (Toda
la Edad Media. Civilización ava
be etc etc)
- 4.ª Isabel la Católica, Juana
la Loca. (Esta conferencia para
las señoras. Aquí sale Colón etc)
- 5.ª y 6.ª Como se hace una nove
la. Ha 5.ª dedicada a Cervantes.
Se vida contada por mi. Algo
arí como la novela de Cervantes.
Seva cosa nueva. Ha 6.ª reva
sobre Balthaz, Hugo & Zola.
- 7.ª Ha Madre Teresa de Jesús
& los místicos españoles (Para
señoras) Reconocía Val que

Carta a Argerich, Biblioteca MuVIM

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, 20 (2020), pp. 93-114 [p. 104]),
y en la actualidad se haya depositada en la Biblioteca del MuVIM.

Esbozadas las líneas básicas de sus intervenciones, él confiaba en sus conocimientos y, además, procedería a ir rellenando el esqueleto con la correspondiente tarea de documentación (jamás le temió al trabajo). Consulta en bibliotecas, pero, muy importante, también la orientación que pudiera obtener de antiguo compañero de estudios Rafael Altamira. Según le confío en carta, había comprado dos tomos de su *Historia*, y también su *Psicología del pueblo español*. Aun así, le solicitaba más material: «¿Qué más tienes que me pueda servir en mis propagandas de españolismo?»¹²

Que hubo una labor previa de investigación y que Blasco había planificado sus conferencias lo demuestran las notas esquemáticas que redactó de su puño y letra y le servirían de guion, así como algunos recortes procedentes de libros al margen de los cuales anotó diversos comentarios¹³.



Recortes sobre teatro inglés clásico

¹² Vicente Ramos, «Blasco Ibáñez, amigo de Rafael Altamira», *La Estafeta Literaria*, 384 (2-12-1967), pp. 15-16.

¹³ Toda esta documentación se conserva en la Casa Museo Blasco Ibáñez.

En el caso que la materia a tratar estuviese relacionada con la historia del escenario donde el orador impartiría su magisterio, siempre cabía la posibilidad del recurso a la fuente oral. Ilustrativa a este respecto es la anécdota referida por José María Meliá, Pigmalión:

En el tiempo que estuvo en la Argentina dando conferencias por las ciudades de Sudamérica, llegó a Santa Fe, de donde le llamaron para dar una en la misma noche del día en que llegó. El vicecónsul español, Federico La Hoz, que era valenciano, se le aproximó para saludarle. Blasco le dijo:

—Paisano, estoy sin noticias ni antecedentes de esta ciudad. He de dar la conferencia y no sé cómo componerla.

La Hoz le bosquejó en cuatro palabras la historia de Santa Fe; sus fundadores españoles; su historia, sus hombres, las vicisitudes que tuvieron que sufrir nuestros colonizadores.

Este señor La Hoz, que me lo contaba, añadió:

—Yo no podía concebir que Blasco pudiera improvisar una conferencia de una hora y media con los datos geográficos e históricos que yo le había suministrado¹⁴.

Como buen orador, Blasco sabía de la importancia decisiva de la *captatio benevolentiae* y de la necesidad de involucrar al público en unas materias que en ocasiones podían resultarle ajenas. Sobre todo, cuando el fin primordial que él se había propuesto con sus intervenciones era entretener a sus distintos auditorios, ilustrarlos pero también divertirlos en contraprestación a la entrada adquirida. «Amenidad y ligereza» y «nada de latas» serían las virtudes fundamentales de unas conferencias que, por lo mismo, estuvieron plagadas de digresiones y anécdotas, de improvisaciones con las que resultar novedoso y no dejarse llevar por una excesiva solemnidad. Posiblemente, merced a esa capacidad para adaptarse y diversificar sus discursos, Anatole France iba a verse superado por el éxito arrollador de ese a quien consideraba un hombre orquesta.

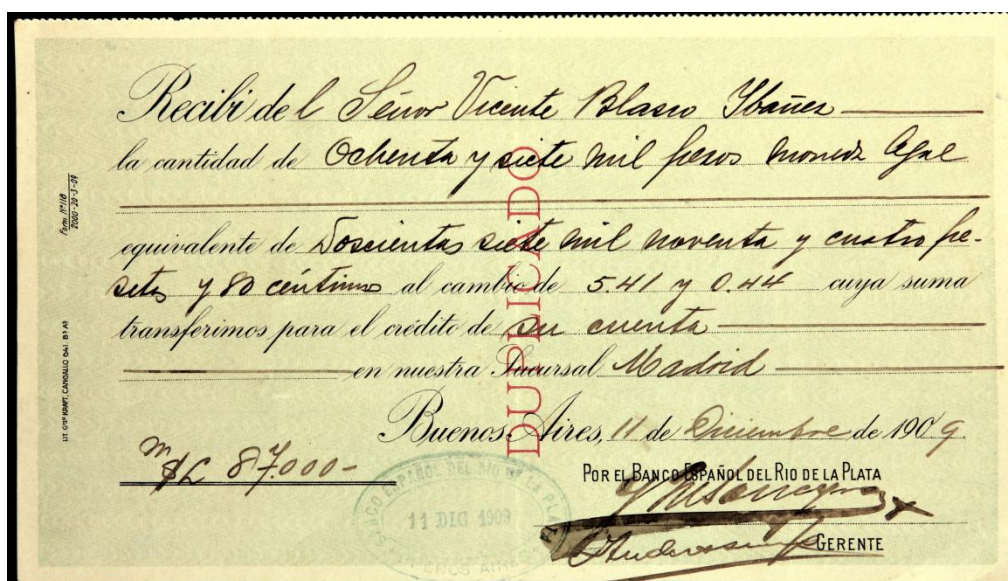
Numerosos testimonios así lo aseguran, aunque claro está, la intencionalidad lucrativa del valenciano no fuera del agrado de todos. «El éxito de Blasco en Buenos Aires ha sido inmenso», remarcaba Carlos Malagarriga, al tiempo que aludía a las avalanchas de público que asistían a cada función, ovacionando al orador en mitad de un párrafo o adquiriendo entradas de «4 y 5000 pesos»¹⁵. En cambio, la percepción de José María Salaverría no sería tan admirativa: «Habló de mil cosas entretenidas [...] Todos venían a oírle [...] Entonces se operó un fenómeno muy lamentable. Fue que los admiradores se

¹⁴ Blasco Ibáñez, *novelista y su universidad popular*, Valencia, 1967, p. 80.

¹⁵ «Blasco Ibáñez, conferenciante rural», *La Última Hora*, 10-8-1909.

llamaron a engaño y la persona les resultó demasiado humana [...] Blasco Ibáñez, como Enrique Ferri, venía a “trabajar” y no a perder el tiempo»¹⁶.

Lo que, en suma, nadie podrá poner en solfa es el carácter triunfal de la primera estancia de Blasco en Argentina. En efecto, los beneficios obtenidos con sus conferencias —a excepción de las pocas que no fueron de abono y estaban dirigidas a un público más humilde, las del Teatro Coliseo, por ejemplo— fueron cuantiosos. Se habló de medio millón en ganancias líquidas. El propio Blasco alardeaba, al referir su encuentro con el diestro Antonio Fuentes en Montevideo, de haber ganado dieciséis mil pesetas en una única conferencia de más de cuatro horas: «Por primera y única vez, desgraciadamente —le dije—, un escritor ha superado en ganancias por una tarde de trabajo a un torero»¹⁷. Aunque en un talón expedido por el Banco Español de Río de la Plata figura a su favor la cantidad de 207 094 pesetas, es más que probable que los ingresos globales superaran esa cifra. De alguna forma, cabría concluir que Blasco había hecho un suculento negocio.



Talón bancario, Biblioteca MuVIM

Pero ese fue sólo el prólogo de nuevas empresas que afianzaron su vinculación con la Argentina, y después de transformarlo en colono agrícola terminarían apartándolo temporalmente del ejercicio literario. Pero esta es otra historia con un desenlace totalmente diferente, cuanto menos desde la perspectiva económica. En la que a su primer viaje transoceánico se refiere, las

¹⁶ «Los conferenciantes europeos en América», *México Nuevo*, 7-4-1910.

¹⁷ «España en América», *Heraldo de Madrid*, 8-1-1910.

consecuencias de su gira como conferenciante trascendieron a su esfera personal. Si bien la originalidad de los contenidos de sus charlas resultó cuestionable, no es menos cierto que Blasco concretó una labor divulgadora sobre la historia peninsular, sobre su situación presente, popularizando, a su vez, la amplia nómina de artistas (sobre todo, escritores y pintores) y también científicos que dieron lustre un día a la cultura nacional. En paralelo, la gran cantidad de recintos visitados para hacer gala de su apasionada facundia verbal, le permitieron recorrer la vasta geografía argentina —llegando a rebasar sus fronteras— y conocer una realidad física y humana que le cautivaría. Si antes de su viaje vislumbraba, desde la distancia, el escenario americano con una sensación de proximidad, la que le brindaba el afecto que cualquiera podía experimentar ante una comunidad racial e idiomática, el contacto directo con dicha realidad y la huella indeleble que dejó en él vino a estrechar ese lazo, animándolo a invertir su hacienda en la compra y colonización de las colonias de Cervantes y Nueva Valencia, al tiempo que los recuerdos y observaciones del moderno conquistador vendrían a plasmarse en textos enciclopédicos como *Argentina y sus grandezas*, pero también en novelas (*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *La tierra de todos*) y relatos breves perfilados con extraordinaria maestría (*El préstamo de la difunta*, *La familia del doctor Pedraza*, *El rey Lear*, *impresor*).

Esta edición

Las conferencias que a continuación se recopilan tienen como principales fuentes primarias los libros *Conferencias completas, dadas en Buenos Aires por el eminente escritor y novelista español don Vicente Blasco Ibáñez* (Impr. y Casa Editora A. Grau [1910]); V. Blasco Ibáñez, *Discursos literarios*, ed. de E. Gascó Contell (Valencia, Prometeo, 1966), y *Las conferencias de Blasco Ibáñez en el Paraguay* (Asunción, Imprenta Grabow & Schauman, 1909). Las disertaciones recogidas en tales obras se impartieron en sendas capitales, hecho que permitiría explicar la existencia de más recursos para su transcripción y posterior difusión en la prensa, medio este último que posibilitó su circulación hasta, por ejemplo, Puerto Rico y, sobre todo, España, a través del diario *El Pueblo*.

Precisamente, la consulta de diversos rotativos, aparte de verificar el recorrido de tales conferencias, no sólo ha permitido el cotejo con las fuentes primarias en casos puntuales, sino recuperar otras dos que no figuraban en volumen, a pesar de que la dedicada a doña Juana la Loca se reprodujo fragmentariamente. Tampoco guardan una fidelidad absoluta con las dos

disertaciones ofrecidas por Blasco en Paraguay las recopiladas en el volumen citado, puesto que se tratan de reseñas y extractos comentados. Sin embargo, se incluyen aquí como muestra de la destreza del orador a la hora de ensamblar en un mismo discurso materias que anteriormente eran independientes. El cambio de auditorio le permitió tales estrategias.

Señálese, por último, que, para evitar detalles prolijos, se ha prescindido de la numeración de las conferencias que en el Teatro Odeón se distribuyeron en dos series, indicándose la fecha y el recinto en que tuvo lugar cada disertación, o incluso las variantes en el título, mientras en nota a pie se señala el medio periodístico donde se ha localizado cada una.

Con toda probabilidad, el conjunto se vería enriquecido con la transcripción de las conferencias impartidas en el interior de la Argentina. No obstante, se incorporan ahora, por su valor documental, esas notas esquemáticas mencionadas más arriba.

Conferencias

En Argentina

América vista desde España
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 11-6-1909)¹⁸

Ante todo, deseo cumplir con un deber de afecto y de conciencia. Hace pocos días, en esta misma sala, experimenté una de las mayores y de las más grandes —tal vez la más grande— satisfacción de mi vida. Me refiero al saludo que Anatole France me dirigiera, saludo que interpreto como dirigido, más que a mí, a la literatura española. Devuelvo ese saludo con la efusión del discípulo, y lamento que el que me lo dirigió no se encuentre en esta sala, como acaba de hacérmelo saber por medio de una afectuosa carta en la que, por razones de salud, se excusa de concurrir a esta conferencia. No estoy en mi país, pero me considero como en él por razones de raza e idioma; pero me permito desear que en él reciba las mayores satisfacciones el heredero de Voltaire, a quien saludo como al hombre de la tolerancia y de la sonrisa amable. Anatole France es apóstol de la tolerancia, y esta virtud es condición única e indispensable de la vida en común. Como los pasajeros que van en un barco y accidentalmente viven en él, los hombres deben aprender a perdonarse y sufrirse los unos a los otros, tributándose mutuamente el mayor de los respetos.

Me arrepiento haberle dado título desde que, propiamente, ella no es una conferencia, sino un prólogo o un preámbulo previo a las que han de venir después. Como en el drama lírico wagneriano, en la sinfonía del preámbulo se diseñan los «leif motiv» que han de aparecer en los actos sucesivos. Confusos en un principio, se perfilan después, cuando el conjunto total de la obra puede explicarlos. Así también una conferencia puede aparecer algo desordenada, como es prólogo de las otras. Expondré ante vosotros, nietos de España, ya que no hijos, sangre de sangre, carne de carne, nervio de nervio de España, lo que fue, es y será la madre patria. Quiero hablaros de la leyenda negra de España, surgida como una consecuencia de opiniones falsas vertidas en varios siglos de propaganda antipatriótica, de la magnífica epopeya desarrollada durante los siete siglos de la reconquista, que hizo de nuestra patria un hervidero de razas

¹⁸ *La Argentina*; cf. *El Pueblo*, 19-7-1909.

y preparó el advenimiento de la otra epopeya: la del descubrimiento del mundo nuevo.

Hablaré igualmente del periodo de nuestra historia, en el que a dos mujeres sublimes, doña Isabel la Católica y doña Juana la Loca, se asocia la figura de Colón, el visionario. Hablaré de Cervantes, el ingenioso padre del ingenioso hidalgo de la Mancha, del teatro español, Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón; de los místicos y Santa Teresa de Jesús; de Quevedo, de Goya, Velázquez y Castelar.

Nada más que por darle un título he llamado a esta conferencia «La República Argentina vista desde España». Pero después de darle el título, me siento arrepentido, porque hace pocos días que en este país me encuentro y podría correr peligro al emitir mis juicios. Recuerdo el caso ocurrido a un periodista de Centro América que, en viaje a Europa, ancló su barco frente a la bahía de Vigo, casi a medio día. Como el capitán no le permitiese desembarcar, instalado en la toldilla, sin ver otra cosa que las dos o tres personas que a esa hora de sol y de calor se paseaban por los muelles, escribió en las cuartillas para su diario las siguientes frases: «Vista España. Sus habitantes parecen ser gente pacífica y de escala instrucción. Se nota en ellos la influencia preponderante de la religión». Ciertamente, no estoy en las condiciones ni en la situación de aquel periodista, pero de este país no conozco sino lo que en estos días de estadía he visto y lo que a su respecto he leído en los libros. Si me dejara llevar sólo de mis entusiasmos, podría caer en algo que para algunos fuera adulación. Pero no hay peligros de tal cosa. Mi vida ha sido ejemplo de lo contrario, y de ser adulator de los hombres y de sus instituciones, otra muy diversa sería mi posición de hoy. Si no soy adulator, tampoco soy pesimista, porque el pesimismo, que es índice de inferioridad, busca lo malo antes que lo bueno, los delitos antes que las virtudes. En la Argentina, ciertamente, hay mucho malo; ¿y cómo no ha de haberlo si tiene apenas cien años de vida independiente y medio siglo sólo de constitución política? En Europa, a pesar del transcurso de siglos y más siglos, las viejas naciones de largo tiempo atrás constituidas se encuentran cargadas de defectos. Hoy no veo sino el exterior de este país, la parte externa, y todo lo que veo es grande y me enorgullece como español que considero vuestras glorias, glorias de España.

He venido a este país por el interés que él ha despertado siempre en mí y porque —¿por qué no decirlo?— español de antigua cepa, seis meses de estadía en el mismo punto, me producen la imperiosa necesidad de la aventura. En España, los escritores somos o soldados o místicos, hombres de espada o hombres de comunión espiritual. En el fondo de cada espíritu español vive un batallador; y no creáis que aquellos sublimes aventureros de los otros tiempos venían sólo buscando un puñado de oro. Ansiaban nuevas tierras para sus nuevas hazañas, para dar nuevas páginas de gloria a las páginas de la historia patria.

Habitado a los viajes, he experimentado en este mis mayores emociones. En medio de las brumas del mar, he evocado las débiles barquillas de aquellos navegantes audaces que, sin brújula, se lanzaban al misterio y en medio del misterio descubrían un nuevo mundo que es hoy la esperanza de la civilización mundial; y he evocado muchas veces, mirando las olas, a aquellos impertérritos caballeros del ideal que me han precedido.

Mi primera impresión al llegar a enfrentar costas americanas, fue dolorosa. Supe con sorpresa, esas sorpresas que chocan y conmueven, la muerte de un argentino ilustre, la muerte de Emilio Mitre, uno de los ciudadanos que con su vida y sus virtudes honraba esta grande e inmensa nación. Si romano antiguo fuera en lugar de español, aquella noticia dada así, inesperada, hubiera sido de mal augurio y me hubiera incitado a retroceder. Había muerto uno de mis mejores amigos, a quien mucho amara al través de la distancia y que algunos meses antes, en una de sus cartas, me escribía cariñosamente invitándome a cumplir mis propósitos manifestados de visitar estas tierras. Y ya que lo he nombrado, experimento también la necesidad de recordar a su ilustre padre, el patricio eminente que al igual de aquellos españoles a la vez soldados y pensadores, fue historiador cariñoso de las hazañas de los héroes argentinos, poeta que sintió la vida como un ritmo, ciudadano que amó su patria como uno de sus mejores hijos, político que luchó por la organización institucional de su país y guerrero que defendió con honor lo que con honor a su salvaguarda se confiara; en una palabra, que revivió la existencia de aquellos españoles ilustres que siembran de glorias las páginas más altivas de nuestro pasado. Y no me limito a traer mi saludo a

los Mitre, familia ennoblecida por el talento y el mérito propio, lo traigo también para los caudillos que han cooperado con sus luchas a elevar este pueblo; y no los nombro, porque me vería obligado a citar algunos de los presentes y no quisiera que mis palabras fueran torpemente interpretadas, creyendo que escondería tras el elogio el interés.

Debo a fuer de sincero, señoras y señores, declarar que venía a Buenos Aires prevenido con cuantos viajeros he hablado, muchos de ellos argentinos, al contarme admirativamente las riquezas, los progresos, el sorprendente camino recorrido por este país, me negaban existiera aquí lo artístico, lo pintoresco, lo que se impone y deja profunda y delicada huella en las almas. Pero yo, después de haber recorrido esta ciudad, haberme impresionado de sus inmensas fuerzas de colmena, reconozco que aquellos argentinos que así me hablaban eran más españoles que un español, pues sabido es que parece primera obligación de todo español hablar mal de su país.

La Impresión que me produjo Buenos Aires la comparo tan sólo a la que me produjera Constantinopla y Río Janeiro. Recuerdo a Constantinopla como entre nubes de ensueños; la veo bajo un cielo azul claro, con sus minaretes blancos con sus cúpulas donde juguetea la luz mirándose en colores y rematadas con sus medias lunas de oro, adormecida sobre el Bósforo, calle por donde pasaron todas las razas, cruzaron todas las civilizaciones; la veo con la pesadez de su fatalismo musulmán, con su impresionante grandeza dormida. A Río Janeiro, que lo vi envuelto en las últimas horas de la tarde, cuando la luna parece detenerse recreándose en la contemplación de las montañas y reflejarse sobre la ciudad, en las primeras horas de la aurora cuando el sol, ese mismo sol americano que sale como un gigantesco proyectil de la boca de un cañón, surgiendo como empujado, como impaciente para prodigar oro y enriquecer todo el horizonte, como deseoso de brillar en la bahía llenándola de peces coloreados, de detallar las montañas. Y ante su visión soberbia, comprendí cuánta razón le asistía al gran Humboldt cuando la consideró una de las ciudades más hermosas del mundo. Y al acercarme a Buenos Aires, afanoso de que pasaran las horas, subí a cubierta del trasatlántico que me conducía, anhelando gastar del placer de verla aparecer entre las primeras brumas, levantarse entre las primeras caricias

del astro rey. Pasaban las horas y Buenos Aires no se me aparecía. Pero de pronto, como rasgándose el telón de neblina que me lo ocultaba, se me ofreció con toda su inmensidad. Francamente, no fue la impresión que me produjo una impresión grata; aquello era gigantesco, imponente, suntuoso si se quiere; aquella ciudad que no parecía tener límites, que no finalizaba nunca, que se perdía sin terminarse a la distancia, debía pesar sobre la historia y el porvenir. Y mientras la contemplaba, a mi memoria acudió una de las poesías de ese hondo genio de mi patria que se llamó Quevedo. Habla este en una de sus composiciones de un gigante de tan exageradas líneas, que su cabellera estaba formada por bosques y sus barbas por cañaverales. Y para daros más exacta idea de lo que quería expresar al darle magnitud a su personaje, os diré que Quevedo nos lo presenta como queriendo librarse de los parásitos que lo molestaban, y los parásitos eran del tamaño de tigres y leones. Semejante a aquel gigante se me ocurrió Buenos Aires, al ver penetrar en sus diques los trasatlánticos —ciudades flotantes— como si fueran ovejas que encerraba en sus corrales poniéndolas al servicio de la civilización, al adivinarla con sus millares de edificios donde vivía el alma tan dilatada que rompe con el molde, con lo circunscripto de la palabra y que es preciso verla y sentirla palpitar, moviendo, impulsando, conduciendo un pueblo.

Y he comprendido también, señoras y señores, ante esa ciudad que se descorría como un mundo ante mi vista, que los argentinos no sois grandes por sólo esfuerzos propios; lo sois también, porque el mundo trabaja para vosotros. Me recordáis al envolverme, al sentir a mi alrededor esa vida tumultuosa, desbordante de progresos, uno de esos cuentos feéricos en que se habla de seres nacidos al amparo de una buena estrella. Vienen hacia ellos las hadas bondadosas y cada una de ellas otorga un don, regala, adorna con una virtud, con una gracia nueva. Sois como los niños de esas fábulas «charmantes», sois de un pueblo privilegiado, al cual la naturaleza, a manos llenas, ha derramado sus dones. Con sólo poner viguetas y rieles llenáis vuestro inmenso territorio de ferrocarriles que aquí y allá van llevando la civilización y la vida nueva, llamando a los brazos para que se fortalezcan y hasta se agoten en el trabajo fecundador; a los cerebros para que vayan a traducir en hechos las ideas que los agita. Vienen a vosotros el italiano trayéndoos sus energías y su inteligencia

nerviosa, delicadamente creadora, el inglés aportando sus capitales, el alemán ofreciéndoos parte de su industria... y los españoles os damos nuestro cariño sin medida, nuestra labor; y si nada os diéramos, ya os lo dimos todo, todo, hasta quedarnos exhaustos. Os dimos un territorio que regáramos con sangre, que llenáramos con heroísmos; en ese territorio os construimos la casa solariega, altiva, nobiliaria, donde es señor por derecho propio ese espíritu que jamás se inclina y que siempre asciende buscando culminarse en perfecciones; os dimos también el sentimiento del honor, del honor castellano, el más fiero y el más puro de todos los pueblos, el que enorgullece a nuestras mujeres, que no reconocen ni más vías ni admiten más sendero que el que el que le señala esa línea, que el que impone la virtud...

Sí, señoras y señores, la gloria de España es América. Podemos hojear la historia: en ella brillan grandes sucesos nuestros. Son cuarteles del escudo ibérico Pavía, San Quintín y Lepanto. Pero Pavía no nos dio, ni había razón alguna nos diera, la dominación de Italia; San Quintín no nos abrió ni nos entregó —tampoco era motivada— a Francia, y Lepanto no impidió continuaran los musulmanes amenazando con su semibarbarie a la Europa. Esos hechos nada valen si se los compara con el descubrimiento y la conquista del nuevo continente. La gloria de España la inmortalizaron aquellos oscuros marinos que partían de las costas ibéricas para engrandecer el mundo. Nada recuerdan los tiempos que pueda tener el significado ni la grandiosidad de ese poema de tres siglos. Un nuevo mundo que, lleno de impaciencias, semejaba adelantarse para recibir en su seno a aquellos esforzados campeones que, con una cruz y una espada, iban a incorporar a la humanidad la mitad de la tierra...

Hay dos historias, señoras y señores, en todos los pueblos: una que se ha enseñado hasta hace poco tiempo, y que nos relata hazañas y se ha hecho para repetir minuciosamente la vida de los reyes y de los señores; otra que recién empieza a estudiarse y ha ensanchado el campo, ampliando el escenario, y como sabia maestra nos educa en el respeto de la acción modesta, humilde, nos invita a penetrar en las corrientes ocultas de las colectividades. Con ella, que es la verdadera, aprendemos a encariñarnos, a sentir la grandeza de aquellos «aventureros» del ideal, a asombrarnos ante aquel manantial de energías que se derramó por todos

los rincones de América y que han eternizado a España. Si mañana uno de esos horribles cataclismos que convulsionan al globo, que sobrepujan la imaginación más atrevida, sacudiera al continente europeo y la península ibérica desapareciera bajo las aguas, por mérito de aquellos hombres, al otro lado del mar dieciocho Españas continuarían cantando el poema épico, inmenso, que la madre les enseñara un día a escribir y admirara al verlo completarse con nuevos impulsos, con nuevas formas y nuevas fuerzas...

Y aquellos hombres, al ensanchar a su patria, la fijaron límites que ningún poder es capaz de empequeñecer. Patria no quiere decir, como algunos pretenden, estrechando el significado de la idea, un territorio bordeado con líneas fronterizas. Las fronteras se ensanchan o se acortan en virtud de circunstancias las más diversas. Patria no es una bandera — las banderas pueden cambiar, reemplazarse—; no es la raza —España es un hervidero de razas, vosotros también lo sois—. ¿Qué es, entonces, lo que constituye la patria? Es algo ideal, algo alado, algo que siempre flota en el ambiente y nunca se condensa de un modo definitivo. Y para vosotros y nosotros, aquellos hombres nos dieron una patria común, nos dieron ese algo alado con la lengua, el idioma más rico, más prodigiosamente rico de cuantos se conocen, nos dieron con ese algo que no se rompe jamás, que hermana a americanos y españoles y que hasta el fin de los siglos nos recordará un hogar común, y nos ata a un mismo y grande destino.

Y esa patria del idioma que es de americanos y españoles, a España le agostó parte de su vida de grandeza ascendente. Al decir esto, quiero ocuparme de lo que se ha dado en llamar decadencia y que no ha sido sino momento falto de fuerzas, anemia, decaimiento, final de grandezas, porque no se puede ser eternamente grande, y porque la historia demuestra que no se puede por siempre detentar el cetro del poderío.

Muchas veces he querido explicarme las razones o causas que tal período de la vida de España produjeron, y he recogido las razones que otros dieran. ¿Fue por exceso de guerras y por intolerancia de religión? Tal vez por eso. Posiblemente estas causas militaron, y yo mismo, en diversas ocasiones, he indicado la intolerancia religiosa como una de las principales. Hoy no pienso así. Es cómodo, muy cómodo atribuir a España

el monopolio del sentimiento de la intolerancia y del fanatismo; pero menester es recordar que en ese mismo tiempo se llevaba en Francia aquel hecho que ha quedado escrito con el título de la de San Bartolomé; en Inglaterra, María Tudor instituía la Inquisición, y en cada uno de los Estados de Alemania se hacía lo propio. Es que la causa de aquella postración de España no era esa: provenía del fenómeno de haber dado a luz a dieciocho hijos en corto espacio de tiempo.

Estas naciones del nuevo mundo se poblaban con lo mejor de la raza. Ya en otra ocasión he recordado la frase de Bismarck, cuando decía que eran preferibles tres guerras a una inmigración, porque en la guerra muere por igual el fuerte y el débil, el bueno y el malo, el sabio y el ignorante, mientras que la inmigración arrastra a la gente de energía, a la gente de esfuerzos y empuje. A América vino lo mejor en materia de vigor. A los pocos miles de hombres que quedaban después de un sinnúmero de guerras, en vez de darles descanso, se los dirigía a estas tierras. Y aquella continua sangría a la raza, produjo lo que sólo es o fue final de grandeza.

Los pueblos no pueden eternamente ser dominados. Si así fuera, si en manos de sólo uno de ellos residiera siempre el poder supremo, morirían las energías de los otros, desaparecería la emulación, y la historia sería monótonamente igual. La vida es cambio, acción, movimiento. De los pueblos grandes de otros tiempos, nada queda. Ejemplo de ello, Grecia, Roma y el pueblo judío. Afortunadamente, de España queda su pueblo, su espíritu y su idioma, elementos suficientes para perpetuarla a través del infinito del tiempo.

España ama por igual a América, por igual a sus dieciocho nacionalidades, e iguales son ante el cariño la República Argentina, Honduras o Nicaragua. Pero así como entre los miembros que componen una misma familia hay preferencias por aquel que por su inteligencia o saber más se destaca, así también hay una preferencia por este país, que marcha a vanguardia de los restantes y es el que más aprisa ha recorrido el camino del progreso y de la civilización.

En la Argentina, una de las cosas que más admira y llama la atención, es su especial modo de ser, la grandeza de miras que ha presidido a su constitución política, el ambiente de libertad que en ella se respira. Antes de venir aquí, leí la sabia constitución de 1853, y al recorrer

con la vista el preámbulo que precede a sus disposiciones, sentí un escalofrío intenso, producto de la intensa emoción que ante lo grandioso se experimenta.

Aquella invitación generosa hecha a todos los hombres del mundo, a los hombres de todos los pueblos para venir a habitar en paz esta tierra, constituye un espectáculo poco común en la historia y en los tiempos. Tal frase rompe el concepto de la negrura de la vida que hace ver en cada hombre más que un amigo un enemigo: y realmente, se experimenta un consuelo al leer estas palabras de bondad y filantropía, como en medio del paganismo sensual del pasado se experimentó al escuchar aquella voz que partiendo de un oscuro rincón de Judea decía: «Todos sois hermanos... amaos los unos a los otros». Los constituyentes argentinos fueron verdaderos profetas y clarividentes que alcanzaron los perfiles de la visión del futuro. Cuando este país sea más conocido en Europa y con él sus leyes y legislación de fondo, se valorará todo el mérito de esa invitación generosa que plantea uno de los primeros jalones en el camino de la fraternidad universal.

El ejemplo de las otras legislaciones pone de relieve el mérito de la Argentina. Grecia fue grande, pero fue grande para el griego, no para el meteco; Roma tuvo una sabia legislación, pero de ella no disfrutó el extranjero, el bárbaro.

Otra nota, nota simpática de este país, es su escudo. Recuerdo perfectamente, como si fuera ayer, la impresión profunda que me produjo la primera vez que lo vi en la puerta de la legación argentina en Madrid. Es el único escudo verdaderamente republicano.

En él no hay armas de destrucción o animales de fuerza, como en la heráldica europea. Nada más que el gorro frigio de la libertad y dos manos entrelazadas, que si en un tiempo significaron la unión de las provincias, bien pueden hoy significar la mano de la Argentina entrelazada con la de Europa, en estrecha unión.

Y para concluir, señoras y señores, con este preámbulo que he creído obligado como una introducción a las conferencias que he de seguir, diré, precisando el pensamiento directriz de esta, que tres idiomas se disputan hoy el dominio del mundo: el ruso, el inglés y el español. El ruso, que se habla en una gran zona de Europa, en una dilatada extensión de Asia, que

ha invadido algunos de los estados balcánicos y el principado de Montenegro; el inglés, bien lo saben ustedes, cuán extendido se halla en el mundo; el español, que es lengua materna en mi país, en casi todo el centro y sur de América, y que estuvo con cariño conservado por esos judíos que expulsados en otrora de la península, errantes por Bosnia, Tesalónica, Herzegovina y Marruecos, hablan con nostalgia de tierras que abandonaron y donde queda el sello de su raza, el poderío de su inteligencia. El ruso no es de temer. Sus fracasos en el Extremo Oriente le han cerrado sus expansiones. Las revoluciones internas del gran imperio le obligan a concentrarse. Quedan el inglés y el español. Ellos se disputarán, hablados por los ingleses no nacidos en Inglaterra, y los españoles no nacidos en España, la hegemonía del porvenir. Yo no dudo sobre el triunfo. Será nuestro. El mundo latino alcanzará la victoria, porque vosotros, y con vosotros América hispana, pueblos fundentes al abrir los brazos a todas las banderas y a los hombres de todos los climas, moldeáis las generaciones que en vuestro enorme crisol se vierten, y en cada hijo que nace en estos suelos de democracia, de libertad, ponéis el alma soñadora y atrevida de América. Yo no dudo que nos corresponderán los laureles, porque tenéis el empuje, la virilidad de los dominadores...

La leyenda negra de España
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 14-6-1909)¹⁹

Permitidme, señoras y señores, que antes de adentrarme en el tema de esta conferencia haga un breve exordio.

En la conferencia anterior, con el deseo manifiesto y deliberado de no herir una modestia que considero tan grande como los propios méritos de la persona a que me refiero, dejé de saludar al doctor Joaquín Vicente González, brillante representación de la intelectualidad argentina. Lo hago hoy no sólo en nombre mío, sino en el de la España intelectual, literaria y universitaria, que ve en él una de las más altas exteriorizaciones del pueblo argentino, un gigante de su pensamiento.

Saludo y agradezco, igualmente, las atenciones de la culta prensa argentina, que no ha tenido sino bondades para mí y atenciones para el colega y compañero, puesto que yo también soy y pertenezco a la familia de los periodistas.

Dicho esto, no quiero pasar adelante sin hacerme cargo de ciertas ideas vertidas con ocasión de mi primera conferencia. Soy y he sido siempre hombre de lucha y de batalla, pero en mi país, no en este. Desde España contestaré las objeciones que mis ideas levanten o puedan levantar. Aunque me considero hermano de los argentinos por espíritu y por raza, no puedo olvidar que soy un huésped. Los huéspedes no discuten. Guardan las reglas de la cortesía y esperan que los otros han de saber igualmente guardarlas.

Con grande e inesperada extrañeza he visto la impresión provocada por mis palabras. Diríase que por el sólo hecho de ser español se considerase a una persona en pugna con el pasado y con el alma del pueblo argentino; y me ha dolido que en este hermoso país, que generosamente invita a todos los demás al banquete de la vida, se considere al español en último plano. No sé, realmente, si tan largos siglos de incruentos sacrificios deben ser pagados con tan negra ingratitud. Sé que las expresiones surgidas no son la exteriorización de la opinión

¹⁹ *La Prensa* [Buenos Aires]; *El Pueblo*, 24-7-1909; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, 18-8-1909.

general; pero antes de que se tergiversen las ideas por mí vertidas deseo dar una explicación. España, como todos los países, tiene en su historia páginas de gloria y páginas negras, hechos grandes y hechos mezquinos. Pero dio todo lo que tenía, todo lo que podía dar. No dio más porque no podía, y es de advertir que en aquella época de la vida del mundo ninguna otra hubiese podido dar más porque ninguna otra tenía un nivel intelectual o de civilización más elevado.

Uno de los absurdos es echarnos en cara lo que llaman nuestro fanatismo.

Yo, aquí, en la Argentina, vuelvo la vista a mi alrededor y me encuentro, en este país que tiene libertad de conciencia y de cultos, con que la gran mayoría de su población y casi todas sus mujeres siguen profesando la religión católica, que es la del Estado. ¿Qué crimen, pues, cometió España trayendo el catolicismo a esta nación?

Acerca de la inmigración, yo sé bien que su corriente se derramaría amorfa como el caudal de un río sin cauce o como un metal falto de troquel. Pero aunque muchos lo duden, esa inmigración tiene su cauce y su troquel, que es la nacionalidad argentina, y por consiguiente, tiene también sus caracteres propios. De lo contrario, resultaría este pueblo un simple protoplasma, que no habría sufrido las naturales evoluciones de la vida y del desarrollo orgánico.

La Argentina es como el mar, como el mar inmenso. La inmigración es como la lluvia, que al caer en las aguas marinas toma el sabor de las aguas donde cae. ¿Qué culpa tenemos de que ese pueblo, por su tradición y por su historia, sea de origen español?

Otro error es decir que los españoles apenas poblaron este país, y que en este sentido apenas pueden considerarse durante los tres siglos de dominación española dos expediciones de alguna importancia numérica: la de don Pedro de Mendoza y la de don Pedro de Ceballos, pues los medios de comunicación de aquellos tiempos no permitían el transporte de masas humanas numerosas. Decir esto es desconocer en absoluto el camino que seguía la repoblación española en América, pues el que siguen los actuales transatlánticos no es el que seguían las antiguas carabelas. La ruta era otra: desde España al golfo de México, por el istmo de Panamá, y así, desde el Perú, se infiltró por el norte de la República Argentina la

inmigración en este país. Para comprobarlo basta observar el carácter tradicional de las provincias argentinas del norte. La entrada por el Brasil no era posible, por los continuos temporales de sus costas oceánicas.

Aún hay otro error. Se habla de decadencia española haciendo ver como que yo, al referirme a ello, insinúo que España viene a pedir amparo a la nación argentina; y conviene puntualizar que cuando se habla de decadencia española es de una decadencia que ha pasado ya, que creo y espero que no volverá.

No hubo en España decadencias sino entre los siglos XVII y XIX. En el siglo en que estamos, España es una nación que, cuando menos, marcha por el camino del progreso. No tiene, en verdad, el poderío de otros tiempos, ni lo necesita, porque lo que engrandece a los pueblos no es el fuego de la guerra, sino la paz. España, que en 1810 tenía once millones de habitantes, cuenta en 1909 con veinte millones.

Los españoles somos un pueblo dividido allí, en España, por divergencias de ideas, monárquicas y republicanas; pero, dentro de esta división del pensamiento, nos encontramos en una situación económica buena. Somos de los países en que los ingresos importan más que los gastos. Tenemos nuestra industria, nuestros adelantos agrícolas, y representamos y valemos algo en Europa. Los escritores españoles no seremos ahora como en tiempos de Cervantes y de Lope, época en que culminó la literatura española; pero nuestros escritores actuales son traducidos a todos los idiomas, y hay un centro de gran prestigio intelectual en el antiguo continente y en el mundo entero, que en tres años ha concedido dos veces el premio Nobel a dos eminencias españolas: don José Echegaray y don Santiago Ramón y Cajal.

Entremos ahora en el terreno de la conferencia, que, como antes dije, lleva por título «La leyenda negra de España», título vago, porque parece poder referirse a cuanto, en nuestro pasado, concierne a la intolerancia manifestada en materia religiosa. No es así, sin embargo. Acerca de España hay dos leyendas: la leyenda dorada y la leyenda negra. La primera hace que, por tendencia simpática, a través del prisma del afecto, se nos vea como héroes, como dioses, como superhombres. Tiene esta leyenda una parte de verdad; pero no es exacta en su fondo, pues fuera falso decir que España fue siempre cuna de hombres

extraordinarios. Hubo allí muchos Quijotes, es cierto; pero no es menos cierto que no escasearon los Sanchos Panzas. Dejemos, pues, de lado la grata leyenda dorada y pasemos a ocuparnos de la negra, llena de mentiras, que poco a poco la ciencia histórica ha ido desvaneciendo. Sin embargo, justo es consignar que si el error no persiste ya en las alturas del pensamiento ni entre los hombres que a esta clase de estudios se dedican, queda aún en los elementos populares y vive todavía en los países donde se hace historia barata y fácil, en parte porque los odios de raza hacen que el maestro repita errores del alumno.

2) Hispanoamérica
Conquista
 Tras dos leyendas: la dorada y la negra
 origen de la negra. España abultaba mucho, molestaba
 a las naciones se vengaron. No que dominábamos
 Columnas que se nos han dividido. Falta de aptitud para
 las ciencias y artes. Falta de humanidad en la coloniza-
 ción y gobiernos
 Evolución de la colonización por Inglaterra, Francia y
 Congo. Desaparición de varas. Nosotros lo que dice Reyes
 Tra ciencia española negada. (1) Caro Vives Colon
 Tras universidades españolas (Estados Unidos) Movimiento intelectual
 de España (2)
 Nuestra civilización en América. Concepto aristotélico imperante
 cuando se descubrió. Colon partidario. Véase Trabel.
 Testamento (3)
 Esclavistas y anti-esclavistas por primera vez en el mun-
 do. Tras Casas. Se espajación. Nos negros. Descubrimiento
 Tras leyes de Indias. (4)
 El ovo maldito. Rey Nidas. Fue vos. Lo que alivian
 un presupuesto. El ovo se fue por el estado en que estábamos
 lo que llevamos. Trigo, hrey, caballo. Diferencia con Estados Unidos.
 Aquí no había nada
 lo que estaba de llevar. Traves viajes. Abreviamento y velozos.
 Desafío
 sin ofensa para naciones. Nosotros civilización y comercio. Ellos
 dadas que dificultaban nuestra dsa civilización
 El mar gran servicio. España y Portugal. Vuelta al mundo; en
 encuentro Océano.

Los españoles hemos sido objeto de odios concitados, y no han faltado pueblos que durante tres siglos se han dedicado con empeño a hablar mal de España y a mentir acerca de ella. En parte, puede explicarse la razón de ser de estas cosas, si se tiene presente que España ha sido un pueblo dominador y que los pueblos dominados no siempre olvidan la venganza que nace de la servidumbre. Las afirmaciones antojadizas hechas contra España pueden referirse a dos: a su incapacidad intelectual para cooperar o participar en el movimiento intelectual o científico, y a la crueldad o ferocidad puesta en práctica en su manera de colonizar. Y es de advertir —para hacer resaltar toda la injusticia de esta última frase— que los pueblos que más han mortificado a los pueblos son los que con más tesón nos tildan de crueles. Inglaterra ha exterminado razas enteras, al extremo de que hace poco moría el último tasmán. Las razas de los pueblos subyugados por España subsisten aún, porque dejó en sus dominios lo que en ellos encontró.

No quiero insistir en esto porque se trata de sucesos que se leen constantemente en periódicos y libros. No hablaré de la civilización del Congo, que produce escándalo y protesta en los sentimientos de las gentes humanitarias; ni de la colonización francesa, porque en Francia hay hombres eminentes que protestan de los procedimientos puestos en práctica. Y dejando todo ello de lado, me referiré a un testimonio de mayor excepción para probar que España no ha sido cruel. El más grande de los geógrafos modernos, Eliseo Reclus, que es anarquista, no de los que arrojan bombas, sino de doctrinas anárquicas, no hace a la monarquía española cargos injustos. Confiesa que más de la mitad de la población, en casi todas las repúblicas americanas, tienen sangre indígena; y deduce de ahí, lógicamente, que no fue tan grande la crueldad ni el exterminio ejercido por los españoles en América.

Otro de los cargos que se le hacen a España consiste en decir que no ha influido en la marcha científica de la humanidad.

Tengo a este respecto que citar tal número de nombres y de obras que me permitiré leerlos para no incurrir en error.

Durante todo el siglo XV, XVI y parte del XVII, hemos sido uno de los pueblos más cultos de Europa y uno de los que más hemos trabajado por la civilización. Tal vez este que a primera vista parece mérito inmenso no

sea tal, si se tiene en cuenta lo que en aquellas épocas era España: un hervidero de razas en cuya mentalidad tanto influyeron los árabes y los judíos que proyectaron rayos científicos en la oscuridad. Ya en aquellos tiempos España tuvo grandes instituciones científicas que no han tenido imitación hasta el presente. Lo que hoy realizan los grandes millonarios norteamericanos cuando dejan sus fortunas a los institutos de enseñanza, ya existía en España en los siglos a que me refiero. Allí estaba la Universidad de Salamanca y la gran Universidad de Humanidades de Alcalá. No fueron ellas fundadas por los monarcas ni vivían de los renglones del presupuesto oficial. Las fundaron los ricos, los simples particulares, los nobles, los comerciantes acaudalados, y vivían una vida independiente, con organización y jurisdicción especial, con tribunales propios, al extremo de que ni para el nombramiento de los profesores intervenía la autoridad real. Los elegían los alumnos, sin tener presente otra consideración que la del saber de las personas.

Como recuerdo histórico puede traerse el del cardenal Cisneros, uno de los que con más ahínco se dedicó al progreso de aquellos colegios trilingües, así llamados porque en ellos se estudiaba el griego, el latín y el hebreo; y cuando Cisneros veía que primaba demasiado el estudio de la teología, iniciaba los estudios sobre la literatura. Todo lo que él tenía en materia de riquezas fue para su querida Universidad de Alcalá, pues en medio de su grandeza siguió siempre ocupando su modesta celda de fraile. Y es del caso, señores, recordar, como un ejemplo típico, que cuando regresó de la conquista de Orán, trayendo sobre sus camellos, adornados con ricas gualdrapas, los tesoros enormes que constituían el botín de guerra, antes que acudir a una llamada que los reyes le hicieron desde Valladolid, dirigió sus pasos a la Universidad, y en ella depositó todas sus riquezas a favor de la cultura de España y de la humanidad entera, hermoso hecho que ha sido cantado, hace poco, en estrofas llenas de admiración, por un escritor francés.

La campaña contra la intelectualidad española empezó en Francia en tiempos de Luis XIV, monarca que deseaba extender el poderío de su patria.

Des Liniers fue el primero que en su historia del reinado de Luis XIV tacha de ineptitud intelectual a los españoles. Lo siguieron Escalígero y

Casano en Italia, pretendiendo fundar la ineptitud de los españoles en las condiciones del clima peninsular. Decían que en España no podía haber hombres de Estado y de ciencia, y sí, solamente, ascetas y soldados, santos y conquistadores. De esta suerte glosaban, con dos siglos de retraso, las teorías de un sabio respetable, aunque apasionado, el inglés Buckle, que dice así, textualmente, refiriéndose a los españoles: «Es esta una raza perturbada en su mentalidad por los volcanes y los temblores de tierra».

Muchos argentinos han estado en España, y todos mis compatriotas de la Argentina la conocen. No insistiré, pues, en demostrar que no ha habido volcanes en España sino en los más remotos tiempos prehistóricos. Durante los siglos de nuestra historia escrita no hay noticias de que haya habido volcán alguno. Temblores de tierra, claro que ocurren, de poca importancia. Pero si los volcanes y los temblores de tierra pudiesen perturbar la mentalidad de los pueblos, figuraos lo que hubiera sido de Sicilia, Nápoles, Grecia y de una civilización tan grande como la de Atenas y la de Italia, nación, sin duda, culta y progresiva, una de las más brillantes y civilizadas de Europa.

La campaña hispanófoba a que me refiero arreció con Reynal —que escribía en la Enciclopedia metódica un artículo cuyo texto era este: «¿Qué ha hecho y qué progresos ha producido España durante cuatro siglos?»—, con Fieramoschi, Betinelli y Bazano, y tan insultantes eran los escritos contra España, de tal índole esas obras, que un moderno escritor francés, Morel-Fatio, las ha calificado de libelos calumniosos e indecentes. Ya fueron respondidos en oportunidad por el conde de Aranda, Cabanilles y otros publicistas del siglo XVIII.

En todas las naciones hay hispanófilos, es decir, los que defienden a España y demuestran la cultura intelectual de esta en todas las manifestaciones del pensamiento humano.

Pero hay también hispanófobos que, en su manía de negar toda gloria a España, cuando se trata, por ejemplo, de Luis Vives, dicen, muy sueltos de cuerpo: nació en Valencia, pero a los veinte años viajó por Europa, y como no se es del país en donde se nace, sino del país en que se habita, ese sabio no es español. Así, por negárselo todo a España, también se dice cuando se trata de Colón, por ejemplo: es verdad que por España y

por los Reyes Católicos pudo Colón descubrir y descubrió América; pero nació en Génova. Luego Colón no es español.

¡Sí! Ha habido una ciencia española; no hay más que estudiar la historia y recoger sus datos para evidenciar cuanto fue y cuanto influyó en la península y en todas las universidades de Europa. La ciencia española, cuando España dominaba el mundo, fue eminentemente católica, porque el catolicismo era idea dominante, vida práctica y estado genuino de los españoles. Pero aun así, al lado de racionalistas como Luis Vives, hay sabias y filósofos como Miguel Servet, que, saliéndose por completo del dogma, proclamaron el librepensamiento.

Bastarían los nombres de Luis Vives y de Miguel Servet para demostrar que España fue una nación de ciencia. En cuanto a Vives, que desde 1511 vivió fuera de España, irradiando sus ideas por Flandes, Francia e Inglaterra, su fama se ha mantenido intacta. Servet fue un hombre de esos que sólo podía producir España en aquellas épocas, templadas al calor de una fragua, un batallador nacido tres siglos antes de cuando debió nacer, venido al mundo cuando se disputaban el predominio dos escuelas: el catolicismo y el protestantismo. Representaba una tendencia enemiga de ambas escuelas: era un librepensador y no podía poner tranquilo los pies en ninguna parte; iba vagando por Europa, sin encontrar un punto de reposo.

Fue este un hombre de genio tan grande como Colón y Magallanes. Aquellos ampliaron los límites y la visión del mundo: Servet fue el primero que descubrió el gran secreto del organismo del hombre, que explicó cuáles eran las funciones del corazón; fue quien descubrió la circulación de la sangre. Y este bienhechor de la humanidad, un asceta que no conoció los placeres de la vida, este hombre no tuvo espacio ni sitio para él en la tierra. En Francia, la Inquisición francesa lo encerró en la cárcel; logró escapar, y refugiándose en Ginebra creyó que allí se respetaría la libertad humana; cayó allí en manos de la Inquisición protestante, en manos de Calvino, que le odiaba con el mayor de los odios: ¡el odio literario!

El protestantismo pasó la vergüenza de ver que un gran hombre, cubierto de harapos, marchaba hacia la cumbre de un monte y perecía entre las llamas, víctima ¿de qué? De la ciencia. Desconocido durante

algunos siglos, hoy está rehabilitado como mártir de la ciencia y quizá como el espíritu más grande que ha producido la intelectualidad de nuestra patria.

Y ella ha producido hombres como Herrera, Quevedo, Pérez de Oliva, Raimundo Lulio, Covarrubias, Arias Montano, el padre Vitoria, el padre Mariana, Rivadeneira, Gracián, Saavedra Fajardo, Antonio Pérez, Hurtado de Mendoza, Fernández de Oviedo, López de Guevara, Hernán Cortés, el padre Las Casas, Hernando de Soto, Elcano, los Pinzón, Nebrija, Miguel de Molinos y muchísimos otros más.

Creo haber convencido de que ha habido ciencia española y que esta ha influido en Europa.

La literatura española y su influencia ha de ser tema de otra de mis disertaciones, y no creo oportuno tratar de esto ahora; pero sí diré que el apasionamiento de los hispanóforos ha sido tal, especialmente ante hombres como Colón y Cervantes, que no pudiendo desconocerlos les colocaban enfrente cualquiera otro que encontraban a mano, como término de comparación. Durante el siglo XVIII, los hispanóforos declaraban que Cervantes era un literato de segundo orden, y el *Quijote*, un libro aburrido y de escaso mérito, y que había algo mejor: que la segunda parte, fraguada por Avellaneda, hoy casi desconocida, era superior a la primera parte, de Cervantes, orgullo y gloria de España. Lope de Vega y Calderón fueron entonces calificados de dramaturgos primitivos, bárbaros, en tanto que influían en las letras de Francia, Inglaterra y otras naciones. Durante todo un siglo, los dos Corneille, Molière, Scarron y muchos más, Cyrano de Bergerac y hasta Shakespeare en su drama *Los dos hidalgos de Verona*, Lesage en su *Gil Blas de Santillana*, y otros, imitan, cuando no toman el argumento, las obras de Lope, Calderón, Moreto, Alarcón, Rojas, Cervantes, etc.

Queda, pues, establecido que una gran parte de la cultura intelectual española influyó en la cultura intelectual de toda Europa.

Hay un pueblo, el pueblo alemán, que en el siglo XIX fue quien primero reconoció lo que valía España; y uno de sus escritores dice que en el siglo XVI la cultura española sirvió de modelo a toda Europa, lo mismo que su infantería y su política económica.

Un historiador añade que no sólo fue obra exclusiva suya la reorganización de la Iglesia, sino también la reorganización política y la filosófica.

Ahora diré cómo siendo España tan importante durante siglos no siguió siéndolo. Es que ha habido como un ancho foso entre la España anterior y la España moderna.

Detrás de su esplendor vino la decadencia del siglo XVII al XIX, que no podía ser casual, sino de causas profundas.

Era una nación que, como producto de diversas razas, nació con la complexión de un gigante. Llevaba en su seno una suma de energías dinámicas que pudo llevarla a ocupar la prominencia que hoy ocupa Inglaterra en el concierto de las naciones. Pero ocurrió, como dije en mi primera conferencia, para bien ulterior de España, el hecho inmenso del descubrimiento de América y los demás descubrimientos realizados por España. La difusión copiosísima de nuestra fuerza consumió toda nuestra vida interna, toda la vida y las fuerzas españolas: cuando España descubrió América contaba veinte millones de habitantes. ¡Siglo y medio después no tenía más de siete millones!

En aquellos momentos en que las malezas cubrían los caminos ¿cómo podía continuar floreciendo la ciencia, que no puede prosperar sino cuando las necesidades materiales están plenamente satisfechas y dejan un margen para el pensamiento puramente especulativo?

En aquella época, ciertamente decayó la ciencia española. No lo niego, pero afirmo que no decayó, como algunos han afirmado, toda la ciencia española. En medio de la decadencia existió ciencia en España y he de advertir que fue ciencia que representó dignamente su papel.

Es tarde..., pero si quiere el público, yo sigo. (Voces de: «¡Adelante, adelante!») Bueno, pues seguiré; pero debo advertir que esta segunda parte de mi conferencia es tan larga como la primera.

Me referiré en ella al carácter de crueles, de feroces en grado extremo, que se nos ha atribuido como colonizadores. Es necesario, antes que nada, comprender la época y la influencia del medio ambiente en el momento en que Colón descubrió el nuevo mundo. No existía el respeto o la consideración a la vida ajena ni a la propiedad de otros, y en todo el mundo estaba en completa boga el concepto aristotélico de la esclavitud

con su rara filosofía, según la cual los seres inferiores nacían y debían ser conservados esclavos o sujetos a la voluntad de sus dueños, y de donde se infería que la esclavitud era un mal necesario. Si España implantó esa idea, fue porque esa y no otra era la idea dominante. Colón dispuso de los indios como trofeo de guerra y como tales los llevó a España; pero inmediatamente levantó la protesta y en primer lugar la de la reina Isabel la Católica, que le ordenó darles libertad inmediata.

Antes de venir a América, he creído oportuno trasladarme a la Biblioteca Nacional de Madrid y tener en mis manos, ver con mis ojos, el testamento de Isabel la Católica.

He sentido una emoción intensa al pasar mi vista por aquellos pergaminos en que la tinta de las letras góticas, por la acción del transcurso de los siglos, se ha tornado roja. Pocas veces una sensación más grande de grandeza ha sido dada al espíritu por el contacto con las cosas materiales. He leído allí, pues, con toda atención, aquel famoso codicilo que encierra toda la bondad de alma de aquella mujer grandiosa.

Y al verla he recordado el cuadro de Rosales titulado *El testamento de Isabel la Católica*. La he visto en su lecho regio, rodeado de regias y pesadas colgaduras y cortinajes, con sus ojos inmensamente dulces, como si en ellos se reflejase una luz venida quién sabe de dónde. Junto al lecho, grave e imperturbable, el escribano mayor, a quien dicta sus últimas voluntades, y al lado, Fernando el Católico, con el alma enloquecida por el dolor de su amada compañera y amiga. Aquella mujer, que fue su consejera, expiraba. Pero antes de hacerlo, en medio de todos los grandes pensamientos que ocupaban su cerebro, tuvo un recuerdo..., un recuerdo para los pobres indios de América. Hizo una seña al escribano y dictó un codicilo que dice así:

«Nuestro principal interés fue procurar inducir al pueblo de las Indias y convencerlo de la fe católica, enviando clérigos y otras personas doctas para enseñarles las buenas costumbres. Yo no quise sojuzgar, sino enseñar lo verdadero; yo no quise siervos jamás, sino súbditos de Castilla».

Esto dice Isabel la Católica.

Para juzgar la mentalidad de las personas, hay que situarse en su ambiente y seguir las ideas dominantes en su época. En los tiempos

modernos, esto de que una señora desee el bien de sus súbditos a nadie sorprende. Hay, sin embargo, que considerar bien esto: Isabel la Católica, esa gran alma, cree que la mayor felicidad del mundo es el cielo, la religión, y quiere hacer a los indios de América felices, tan felices como ella pudiera serlo en la vida y más allá de la muerte.

Por lo demás, puedo decir ahora que la primera vez que se han visto frente a frente la cuestión esclavista y antiesclavista ha sido en España.

Había navegantes que iban a América por el bien de España y otros que iban para su negocio personal y que no respetaban al indio ni al cristiano. Hubo, pues, esclavistas y antiesclavistas. ¿Qué importa para el prestigio de España que existieran capitanes crueles, si en esa misma España había antiesclavistas?

Y aun los mismos antiesclavistas han servido para el descrédito injusto de España. Todos hemos oído hablar de fray Bartolomé de las Casas. Víctor Hugo llegó a decir de él que era el más grande bienhechor de la humanidad. Y, en efecto, este hombre, que llegó a las Antillas con los primeros galeones españoles antes de ser sacerdote, apiadose del maltrato que los conquistadores daban a los indios. Se dedicó a la propaganda humanitaria, y le pasó lo que a todos los que defienden ideas nuevas: que ganosos de demostrar su celo por el bien, llegan más allá del límite justo. El padre Las Casas me recuerda a los protectores de animales, que a fuerza de amarlos acaban por pedir el exterminio de las personas. El padre Las Casas era simple y bueno, andaluz, sevillano. Cuando tenía que atacar no reparaba en cifras, y por esto en su célebre libro, que se apresuraron a traducir varias naciones de Europa, cuando llega el momento de anotar los indios matados durante cuatro años, nuestro buen autor dice que los españoles habían matado a dieciséis millones. Estos y parecidos datos, de alma tan grande y noble en contra del esclavismo, han servido para atacar a España.

Los Reyes Católicos hicieron al padre Las Casas obispo y le dieron toda clase de preeminencias y facilidades; pero él no pudo variar su libro; y así los españoles aparecen más crueles de lo que en realidad fueron.

A los antiesclavistas les sucedió como a los protectores de animales, según decía. Y para no molestar al indio, trajeron a América negros de África, a fin de que los indios no fueran esclavos.

Son incoherencias de los tiempos; pero demuestran que no hubo crueldad, como se dice, y principalmente con la exageración que a esa crueldad se le atribuye.

Esta crueldad es la de las guerras de todos los pueblos, pues no hay guerras filantrópicas, y más las guerras contra los indios, en que había tribus dedicadas a la antropofagia y que tenían cultos —los indios mexicanos, por ejemplo— en que se sacrificaban víctimas humanas en los altares de sus dioses.

Sí; España no fue más cruel en la guerra que otras naciones. Esto es evidente si se estudia con atención e imparcialidad la historia. Como también es evidente que España se preocupó siempre de que los indios no fueran siervos, sino súbditos. La recopilación de las Leyes de Indias está allí para demostrar la solicitud por los indígenas que siempre preocupó a los poderes de la nación. Si esas leyes no se cumplieron estrictamente, fue porque no era posible hacerlas cumplir.

Cualesquiera que sean los errores y las faltas de los españoles, hay dos hechos que harán su nombre imperecedero, que los colocan entre el número de los superhombres, de los semidioses. En uno de los costados de la península habita otro pueblo también grande. Casi al mismo tiempo que los españoles se lanzaron los portugueses en lo desconocido de los mares. Navegaron hacia el sur, luego hacia el este, y se establecieron en la península misteriosa donde, desde la época de Alejandro, ningún europeo había puesto las plantas. La suprema autoridad de la época, el papa, trazó una línea ideal, divisoria de las posesiones de las dos potencias, en la creencia de que nunca podrían encontrarse, por ser la tierra plana. Un día los portugueses de la India vieron llegar, por donde jamás podrían soñarlo, por el este, una vela. Eran Elcano y sus españoles que, continuando el viaje de Magallanes, daban por primera vez la vuelta al mundo. Habían hecho conocer al hombre la verdadera naturaleza de su habitación. Ese es un hecho.

El otro lo realizó Miguel Servet al descubrir la naturaleza interna del cuerpo humano.

Esos dos hechos son los que hacen inmortal el nombre de España.

Las grandes figuras del descubrimiento de América
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 18-6-1909)²⁰

Antes de comenzar, permitidme cumplir un deber que me es muy grato: el de saludar la presencia en este recinto del señor presidente de la República. Honor tan alto lo interpreto no como dirigido a mi persona, sino a la nación española. Cuando un huésped visita una nación de la que se es hermano por los vínculos de la raza, necesario es que salude dos símbolos: la bandera, símbolo abstracto, y el jefe de Estado, símbolo concreto. He saludado ya la primera. Hago ahora lo segundo, dirigiendo el saludo a todo el noble pueblo argentino. Sé que es escritor, periodista, compañero en letras, y no puede realmente ser más hermoso para el país presentar el caso de una persona que por méritos propios y no por intrigas sube hasta el primer puesto. Le deseo muchos éxitos, especialmente en sus gestiones acerca de la Exposición del Centenario, que servirá para dar una idea de los rápidos y grandes progresos de la República Argentina, dignos, en verdad, de admiración. Dichas estas palabras penetro en el terreno de mi conferencia.

En el último tercio del siglo xv andaba por el sur de España, por las provincias andaluzas, un vagabundo que corría de ciudad en ciudad, sin amparo, viviendo de lo que obtenía por dibujar, hacer mapas y construir globos terráqueos para las escasas personas a quienes esto interesaba. Aquel hombre era Colón. No pretendo modificar el origen de esta figura histórica desde que sabe perfectamente bien el mundo entero que era italiano, de Génova. Pero si Colón era italiano por su nacimiento, era español por adopción. Salió de Génova como mercader y gran marino; en España fue bautizado como uno de los grandes bienhechores de la civilización. En esto de nacionalidad, preciso es confesar lo elástico del concepto. Grandes españoles ha habido fuera de España y no hemos reivindicado para España el título de sus nacimientos. Trajano, el más grande de los emperadores de Roma, nació en España y, en España, Séneca, Lucano y Marcial; pero vivieron en Roma y romanos fueron. Así Trajano, nacido en España, fue el más grande de los romanos. Colón iba

²⁰ *El Pueblo*, 26-7-1909; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, 25-8, 1 y 16-9-1909.

de ciudad en ciudad mendigando, como los trovadores de la Edad Media iban de castillo en castillo pidiendo un poco de pan en cambio de sus versos.

(Viaje)
Colón. Trajano, Seneca, etc.
Comerciante y viajero. Regatesa
genucitas. Conquista Jerusalen
Ojo. Minerva mitica. Orizos Pavaio. Tierra Paria
Geografía. Pitagoras, Comas, Negro
solon Seneca. Cueva mundo mas pequeño,
Los escandinavos. El hacia Occidente
Vino España por adelantada. Eneida
Pirron, Gas Aroves. Fruto maduro.
Balval.
Situacion ayca. Fernando roso
Novelidad reina.
Isabel conautica. Joyas
Mentira opicion teologica. Natural
re opinionan
Viaje. Requero.
Empiera epopeya. Goutas, Pirasso,
Valdivia, Savay.
Porvenir

Y Colón paseaba sus sueños por España. En las noches de Andalucía, noches serenas, esmaltadas de estrellas, en que la vida se concentra en los patios y en las azoteas, Colón muchas veces, sea en el convento de la Rábida, sea charlando con sus amigos los comerciantes, pasó veladas narrando las peripecias de sus largas expediciones por las costas de África, alrededor de las de Europa, sus viajes a la lejana Tule, la isla que los antiguos, en sus ingenuas concepciones cosmológicas, suponían el límite de la tierra. Colón, especie de verdadero bohemio científico, que en el páramo de su vida halló un oasis de amor en su unión con doña Leonora Henríquez, iba en sus peregrinaciones acompañado por su hijo Diego, báculo filial que le ayudaba a soportar aquella cruzada en busca de quien recogiera el mundo que con sus ideas le ofrecía. Colón era en aquel entonces un hombre que llegaba a los cincuenta años, edad en que otros muchos que engrandecen con su nombre la historia ya habían dado el tributo de su genio a la humanidad. Aquel navegante es una de las figuras más difíciles de determinar. Es una personalidad complejísima que, si se la sintetiza, se ofrece en contrastes. Es una figura inmensa, pero extraña. En momentos se nos ofrece como un vulgar ambicioso, otras como un místico que llega hasta la extravagancia. Sin embargo, cuando se ahonda por el estudio su personalidad, se nos presenta como un espíritu lleno de misticismo, pero práctico a la vez. Para compararlo con alguien, sólo hallo en este sentido otra gran personalidad de la época: ese espíritu altivo que se llamó don Ignacio de Loyola.

Leyendo las cartas y los libros dejados por Colón, en un párrafo nos asombra el comerciante que ama el oro, que lo codicia, que delira por su posesión; en otro nos admira el místico que se sublima, que olvida la tierra, que cree hablar con los cielos; con el místico, en una palabra, que raya en instantes a mayor altura que cualquier santo de la Iglesia, que cualquier creyente de dogma alguno. Y para ello inclinémonos ante los hechos y observemos su vida. El descubrimiento de América, puede afirmarse, se retardó en parte porque Colón regateaba el imponer las condiciones de su empresa. Exigía el diezmo de las riquezas que arrojaran los países al descubrirse, tributo personal que se reservaba, creo con justicia, si se tiene en cuenta los sacrificios a que se arriesgaba, los inconvenientes que iban a ofrecérsele. Pero tengamos en cuenta también

de que él mantenía el propósito de que esas riquezas sirvieran —en este punto también se asemeja con Ignacio de Loyola— para armar un ejército de diez mil caballos y diez mil infantes, que debían disputar al dominio de los infieles el Santo Sepulcro. Así lo consigna en su libro *Las profecías*, libro donde el genial aventurero se muestra en toda su doble faz: la de práctico y la de místico.

Es Colón un hombre que desconcierta. Hay en él dos personalidades en lucha y abierta oposición. Unas veces prima el mercader sobre el visionario. Otras, el visionario sobre el mercader. En sus escritos, al lado de frases místicas, hay frases que casi revelan el avaro. En una carta a la reina Isabel le dice: «El oro, señora, es todo. Del oro viene el tesoro y con el tesoro puede hacerse todo, hasta sacar almas del purgatorio». Sin embargo, fuera error interpretar en sentido estricto sus pensamientos. Colón deseaba oro para poder realizar las grandes empresas que bullían en su extraña mente, entre ellas el rescate del Santo Sepulcro. Cuando sueña, su alma es extraordinaria y mística. Era marino, cosmógrafo, navegante, hombre lleno de grandes conocimientos, y sin embargo, desprecia estos títulos y sólo se llama a sí mismo marinero lego y hombre mundanal. Cuando se refiere a su descubrimiento del nuevo mundo, afirma que no fue él quien lo descubrió, sino el Espíritu Santo. Y llega más allá: dice que él no funda ni crea nuevas teorías, que se limita a cumplir las profecías de Isaías. Es de advertir, señores, que no hay nada en las profecías de Isaías que pueda tener contingencia con el hecho de Colón.

Colón siempre se brinda a sus biógrafos dentro del contraste. Poseía gran cultura. Era un hombre de ciencia en el concepto de una época en la que el mayor estudio era la medida para juzgar a los que dedicaban sus horas a los libros y a la observación de los hechos. Aquel hombre escribía, en una carta que elevaba a la reina Isabel, que se consideraba un buen marino, un hábil geómetra y un conocedor de la aritmética, que reconocía el saber dibujar esferas y mapas «colocando en ellos ciudades, ríos, montañas y valles en su verdadero punto o lugar», pero, agregaba, «mi razón para nada me ha servido en el descubrimiento de las tierras nuevas»; fue el Espíritu Santo, según él, quien lo guió para que se cumplieran las profecías de Isaías. El visionario, en Colón, nunca

abandona al hombre de estudio. En una otra carta que envía a su reina, le anuncia el fin del mundo en un plazo de ciento cincuenta años y la encarece apesure por todos los medios a su alcance se predique por toda la tierra el Evangelio y se rescate la Tierra Santa, para así estar preparada la humanidad al cataclismo que se aproxima. Colón señalaba el fin del mundo para 1656, en fecha que se comprende entre la muerte de Descartes y de Pascal. Afortunadamente, señores, Colón no fue profeta...

Colón, de vuelta de las nuevas tierras, afirma en uno de sus escritos que la tierra no es esférica como algunos pretenden; que observa la forma de una pera y que el apéndice estaba formado por las montañas del país llamado de Parias. Cuando llega de su último viaje frente al Orinoco, ante aquella corriente de aguas dulces, asegura que era un río que bajaba del Paraíso Terrenal y en cuyas aguas no se podía surcar sin un permiso de Dios. Estos ejemplos ponen de relieve a Colón.

Era Colón un producto de la época, una de las grandes figuras de entremés, mezcla de razón y de fe, de entusiasmo y misticismo. Para tener una idea de lo grandioso del descubrimiento, necesario es tener en cuenta los conocimientos científicos que en aquel entonces primaban. En aquella época Grecia, creadora del arte y de la filosofía, tenía ideas muy rudimentarias sobre la tierra. Era para ellos plana, un disco que terminaba con los Campos Elíseos. Sólo en los avances de la filosofía griega viene la escuela pitagórica a dar la idea, sostenida por Aristóteles, de que la tierra era de forma esférica. Pero no pudo esta tesis predominar, porque algo había que desconcertaba: los padres de la Iglesia, que no transigían con esta noción. San Agustín se ríe de los antípodas. Sin embargo, hubo en la Edad Media una cosmografía cristiana, una noción según la cual era la tierra plana, limitada por cuatro grandes golfos en sus cuatro puntos cardinales. Sobre esta tierra había una campana de cristal, en la campana clavos brillantes (las estrellas) y más arriba un océano del que caía el agua en forma de lluvia cuando bien placía a la voluntad del Hacedor.

Sólo en las universidades la doctrina de la escuela pitagórica, recogida por el estagirita sobre la esfericidad de la tierra, era creída. Colón creía en ella. Sin embargo, consideraba a la tierra mucho más pequeña de lo que es en realidad. Admitía que las aguas ocupaban una superficie muy inferior a la que hoy reconocemos, porque no sospechaba

si siquiera la existencia del océano Pacífico. Colón murió ignorando que había descubierto un nuevo continente. La leyenda que cuenta Colón sobre la Atlántida y el coro de la tragedia *Medea*, de Séneca el sabio, fueron elementos que tuvo en cuenta al concebir el proyecto de sus viajes. En el coro de la tragedia *Medea*, por una de esas vislumbres que las grandes imaginaciones tienen, se habla de que más allá de Tule aparecía un continente inmenso y rico. Las narraciones de Marco Polo, la de los sacerdotes cristianos que se aventuraron por Asia llegando hasta sus límites orientales, la de los sacerdotes budistas que facilitaban datos precisos sobre Cipango (Japón) y el archipiélago que parecía prolongar a Katay (China) eran conocidas por Colón. Aquella visión de riquezas influyó en la realización de su gran sueño. Y de ahí que viva convencido, después de 1492, de haber llegado por un camino desconocido a tierras asiáticas, las tierras codiciadas.

Se ha dicho que, antes que por Colón, fue la América conocida por los escandinavos. No hay duda de que así fuera, pues estuvieron en el norte de la América septentrional, y colonizaron en Terranova. En las tradiciones consta que hasta hubo obispos escandinavos.

Se ha dicho también, posiblemente con objeto de menguar la gloria de Colón, que este, en sus viajes por Islandia, conociera aquellas tradiciones. Posible es que así fuese y que en las charlas de las noches frías, junto a los tizones, oyese tan raras cosas. Pero es lo cierto que ni lo consigna él en sus memorias ni pudo aquello, de ser cierto, influir para nada en el descubrimiento de América. No buscaba un nuevo mundo, sino que quería llegar a las Indias, ese Cipango misterioso de donde venían el oro, las sedas, los perfumes y los exóticos productos. Entonces, los entendidos recomendaban navegar hacia el sur. «Id hacia donde haya negros, donde luzca el sol con fuerza enorme, porque allí habrá oro.» El oro en aquellas épocas era, según la alquimia, petrificaciones de los rayos del sol. Donde había negros —y los negros lo eran por la fuerza del sol— había oro.

Colón recorrió gran parte de Europa ofreciendo su proyecto grandioso. En algunas naciones ni siquiera se dignaron escachar a aquel vagabundo, que ofrecía la mitad de la tierra. En su misma patria, patria de grandes navegantes, no tuvo éxito en sus gestiones. En España, país de

expediciones y de marinos, halló lo que deseaba. No creáis, señores, que llamo a mi patria país de marinos por una exageración patriótica. Lo dice un sabio que cuenta con el respeto de cuantos lo han leído, y que es timbre de gloria para la ciencia alemana, Humboldt, al estudiar el final del siglo xv. Este maestro así se expresa respecto a España: «Los marinos españoles tenían noticias exactas sobre su arte. Poseían datos precisos sobre las tierras y observaciones preciosas sobre la marcha de los vientos. Sus métodos eran tan perfectos como los que más. Y si agregamos que los grandes navegantes portugueses, Vasco de Gama y Díez, en sus aventuras, iban recorriendo un velo y dando a los pueblos un concepto insospechado del globo, matando errores y reemplazándolos con ideas más grandes y más exactas, tendremos así preparado el descubrimiento de América».

Colón, al llegar a España, se encontraba con un escenario digno de su empresa. Latía allí entonces la idea de la existencia de nuevas tierras. El descubrimiento de América era una cosa que debía ocurrir en el siglo xv, determinado por la fatalidad de la historia; porque es de advertir, señores, que cuando un siglo comienza acariciando una ilusión, termina viendo esa ilusión convertida en realidad. Era aquella idea un fruto maduro, que Colón recogió antes de que por su propia madurez cayese al suelo. Si Colón no hubiese existido, el nuevo mundo se hubiese igualmente descubierto. Siete años después, Cabral, marino portugués, navegando por las costas africanas, fue arrojado a estas playas por efectos de una tempestad, y sin saberlo, estuvo en América. Es que América, en verdad, salía al encuentro de los europeos, para que estos la descubrieran.

Cuando se descubrieron las Azores —avanzadas de las ignotas tierras—, sus habitantes tenían ya la certeza de otras tierras. En las Azores vivió Colón, y allí recogió las leyendas. Alguna vez, en los días de grandes tempestades, el mar arrojaba a aquellas costas árboles extraños, y los habitantes hablaban hasta de dos cadáveres de hombres cobrizos llegados hasta allí, y que eran de otras razas. Lo sabía esto Colón, y con él, Pinzón. Y era bueno que lo supiesen y tuviesen fe, porque no basta que el que va a la cabeza de una expedición, tenga entusiasmo. Es necesario que los otros participen de él.

En España, Colón encontró un ambiente favorable a su empresa. Se presenta en Castilla en momentos que iba a completarse esa obra inmensa de la unidad nacional. Las coronas de Castilla y Aragón se hallaban confiadas a dos reyes que sus compatriotas llaman grandes y que la religión los reconoce con el título de Reyes Católicos. Fernando e Isabel eran dos altas encarnaciones de la época. Se ha dicho que el rey don Fernando no sólo no ayudó a Colón, sino que también lo obstaculizó en sus planes. Lo primero es cierto; lo segundo es falso; se trata de una de tantas versiones lanzadas y que se recogen sin análisis previo. Y es explicable la conducta del rey de Aragón. Don Fernando era simplemente un soldado y un diplomático. Supo con valor y habilidad defender los derechos de su esposa en contra de los partidarios de la Beltraneja, sacar adelante la causa que sostenía y afianzar una corona, asegurando un propósito magno. Guicciardini, el eminente historiador italiano, lo llama el «rey más ilustrado y más temido de Europa». Y, en efecto, don Fernando era un hombre sin mayor cultura, mejor dicho, sin ninguna cultura. Mientras vivió, la tranquilidad fue desconocida en todas las cortes europeas. No cumplía las palabras empeñadas, hacía y deshacía tratados, según lo dictaran las conveniencias. Conducta que, entre paréntesis, era la generalmente seguida por todos los monarcas de una época en que el libro *El príncipe*, de Maquiavelo, era una especie de catecismo de gobierno, y en la que era máxima por todos aceptada de que «el fin justifica los medios».

Es lugar común hacer comparaciones, que llamaré zoológicas, para adjetivar a los políticos y a los guerreros. Se dice de unos que era un león; se dice de otros, que recurren a los medios más o menos dudosos para lograr sus ambiciones, que era un zorro. Bien. Don Fernando era un zorro. Conozco una anécdota que pinta al hombre de cuerpo entero. Se cuenta que un embajador francés, en cierta ocasión le manifestaba: «Debo a V. A. hacer presente que mi señor está dispuesto a no pactar en adelante con V. A., porque ya por dos veces le ha engañado». Conviene advertir, haciendo una pequeña digresión, que los reyes tenían el tratamiento de Alteza; el de Majestad es posterior; arranca desde Carlos V que se hacía llamar Sacra Católica Real Majestad.

Volviendo a la anécdota, se agrega que don Fernando, encendido en ira, interrumpió al embajador para decir: «Miente el muy bellaco rey de Francia. No lo he engañado dos veces: lo he engañado más de treinta veces». Ese era el político que supo ser un gran rey.

Político práctico no creía sino en lo que veía y tocaba. Bueno está que se le hablase de batallas, de cosas posibles, pero las raras doctrinas de aquel vagabundo italiano, a base de demostraciones científicas que no entendía, no eran para él. Se explica, pues, que lo acogiese con frialdad y que dejase todo al arbitrio de la reina Isabel, su esposa.

Uno de los mayores encantos que esta mujer presenta cuando se la examina a la luz de la historia es su instrucción y sabiduría. Huérfana desde temprano, encerrada con su madre loca en una torre, para matar sus nostalgias, dedicose con pasión al estudio. Más tarde, reina, hizo venir grandes maestros de Italia, se ocupó de la extensión universitaria, fue amiga y consejera de aquel gran talento que se llamó Nebrija y cuidó personalmente de la educación de sus hijos. Hablaba correctamente el latín —lengua diplomática de entonces— y se preocupaba de todas las grandes cuestiones científicas de su época con noble romanticismo. Fue su vida una novela, llena de hermosos episodios, y desde temprano tuvo que luchar muy fuerte y tenazmente para afianzar la corona en sus sienes. Fue así como a fuerza de aventuras realizaba grandes milagros: la unidad nacional y la expulsión de los últimos intrusos que quedaban después de la tenaz lucha de siete siglos de la reconquista. Era, pues, una imaginación profunda para las más grandes y estupendas aventuras.

Esa mujer favoreció a Colón. Discutió sus ideas, pidió informes sobre ellas, y por último, terminó aceptándolas. Los superficiales que se nutren de impresiones, han tildado a doña Isabel de no haber inmediatamente adelantado los fondos. Los que así opinan, opinan erróneamente. En la misma época actual, un Colón también debería esperar para que un espíritu magnánimo lo protegiera en sus proyectos. La conducta de la reina no admite peros. Consultó las corporaciones científicas de su época antes de aventurarse a ayudar a aquel hombre extraño, a aquel santo visionario. Y me veo de nuevo obligado a discutir y probar la falsedad de una y otra leyenda que repiten algunos historiadores. Lo haré sinceramente honrando la verdad.

En las objeciones que se hicieron a Colón, no hay ninguna de carácter teológico. Las que se formularon se hallan encuadradas en la ciencia de la época. El caso de Colón no es el de Galileo. Colón traía ideas nuevas y como a tales se las discutió. La religión nada tuvo que ver con ellas. Más aún. El navegante mientras el debate se seguía, contaba con albergue en el convento de San Esteban de los Dominicos de Salamanca, y estos buenos frailes se cuentan entre sus primeros y mejores defensores. La Universidad de Salamanca, que era católica, no le hizo argumento alguno religioso. Juzgaba con sus conocimientos aquella innovación que iba en breve a revolucionar la faz de los hechos...

Llega el momento en que la corona de Castilla adelanta los fondos para la expedición. América va a descubrirse. No ha faltado quien se ha permitido un mohín de desdén, comentando el número de las carabelas que realizan el primer viaje. No eran precisamente tres carabelas, porque la *Santa María* era una fragata, una gran nave, que se contaba entre las mejores de aquel entonces. Se le entregaron esas tres embarcaciones, porque eran las solas necesarias. Si en lugar de carabelas la *Santa María* hubiera sido acompañada por dos fragatas de su porte, es probable que las costas de las Antillas hubieran corrido igual suerte que la primera, es decir, se perdieran. Ustedes bien saben que la *Santa María* naufragó frente a la isla Española (hoy Santo Domingo)...

Y empiezan aquellas tres naves su marcha hacia el descubrimiento de un continente. Colón va rodeado de sus sueños, acompañado de su fe y de un grupo de bravos marinos que no temen desafiar lo desconocido. Colón, en la proa, va contemplando el mar infinito, escruta en las noches... Pasan los días, las semanas y los meses. El almirante no titubea, parece que a medida que avanza, se robustece su convencimiento. En sus noches solitarias y de enorme expectativa, cree hablar con Dios —así lo dice en sus escritos—, como también lo creía hacerlo en su cueva de Manresa el fundador de la orden de los jesuitas. Por fin, en un clarear de aurora, el grito «¡tierra!» anuncia a los navegantes que la historia va a cambiarse fundamentalmente, que la civilización tiene a su frente un inmenso territorio que reclama su acción. El gran almirante exclama ante aquel grito: «¡Se cumplieron las profecías de Isaías!» Era esa la frase donde volcaba su alma y su explicación de aquella aventura gloriosa.

Necesario es consignar un recuerdo —tanto más justo cuando que sus nombres, como el de los héroes anónimos, han pasado al olvido— a aquel puñado de valientes que quedó en América, en medio de indios, en el peligro, esperando el regreso de los que se iban, con la duda de que una tormenta hiciese zozobrar aquellas naves y en medio del abismo del mar se perdiese el secreto del descubrimiento de América. De aquel puñado de valientes, cuando regresó la nueva expedición, ni uno solo quedaba. ¡Habían perecido todos!

La llegada de Colón a España es una gran página de la historia de la humanidad. Desde ese momento, el curso de la historia se cambia, y fácil es imaginar la emoción intensa con que en el puerto de Palos se vio llegar la única carabela sobreviviente para contar que la gran aventura del loco soñador era una realidad, coronada por el mejor de los éxitos. Escoltado por sus marineros, cruza Colón en línea oblicua, desde Palos a Barcelona. Desde los grandes paseos triunfales de Alejandro el Magno, no se ha visto cosa igual. En los desfiles de los guerreros, las armas, los prisioneros, el botín son cosas conocidas. En el de Colón, todo es raro y exótico. Echábanse al vuelo las campanas a su paso por cada pueblo y las gentes abandonaban los campos para allegarse al camino; los magistrados de largas togas, los ayuntamientos, las mujeres, todos venían a ver a aquellos hombres de tez cobriza, llenos de tatuajes, con adornos de plumas y que tiritaban bajo el frío de España. Al verlos, las mujeres pensaban en la necesidad de bautizarlos para salvar sus almas; los hidalgos, en el oro; los hombres de espada, en los golpes que a dar y a recibir habría en aquellas extrañas tierras, y los pequeñuelos grababan en la retina aquel espectáculo, conociendo que su destino estaba en colonizar y conquistar América.

Entonces, señores, empieza la gran epopeya de la colonización de América. Todos ustedes la conocen. Grijalva la inicia con el descubrimiento de Yucatán, y termina geográficamente en el más lejano meridiano. Es la epopeya más grandiosa y aún no ha habido un Homero que dignamente la cantara. Toman en ella parte héroes como Hernán Cortés, que con un puñado de hombres emprende la conquista de un gran imperio. Hernán Cortés, quien pudo un día, con el orgullo de la verdad, decir al emperador Carlos V, ante quien la calumnia lo había precedido,

cuando le preguntara quién era: «Señor, soy un hombre que ha dado a Vuestra Majestad más Estados que ciudades os han legado vuestros abuelos». Como Pizarro, cuya gloria tiene máculas de crueldad, que es fatal en la guerra, y que si en último caso, tiene un responsable, no es España, es el conquistador del Perú, a quien se adelantan a juzgarlo capitanes que protestan de sus ímpetus y de sus errores, como Valdivia, como Ercilla, como don Pedro de Mendoza...

Y esta epopeya han querido empequeñecerla los que, rastreando móviles, la consideran como producto de una sed desmedida de riquezas. Nada más incierto. Los que tal dicen, desconocen el carácter romántico de nuestra raza. España ha sido desinteresada. Ha venido a estas tierras por sus propios impulsos, en cumplimiento de sus ideales.

No creáis que soy de aquellos que cierran sus ojos a los acontecimientos. Cuando leo que una nación envía expediciones a los pueblos primitivos para imponer la civilización a cañonazos, me digo: «He aquí un país que tiene exceso de mercaderías en su plaza y que busca un nuevo mercado para los tejidos de sus fábricas». Hemos presenciado en los últimos años una de las guerras más discutibles que registran los anales. La llamo discutible porque respeto las ideas ajenas; si me dejara guiar por mis sentimientos, no titubearía en considerarla la más bochornosa de la época contemporánea. Me refiero a la sostenida por Inglaterra contra el Transvaal. ¿Obedecía esa guerra a un afán de civilizar? No, señores. Si el Transvaal no hubiera tenido sus minas de diamantes, hoy continuaría siendo un pueblo joven, progresista y libre...

Pudo en parte decirse que algunos españoles vinieron por oro y en busca de oro. Pero en aquel empuje de la conquista había por mucho la fe religiosa y el entusiasmo militar.

¿Qué sed de oro traía el misionero, hermosa y humilde figura de la colonización española? No venía sino a traer la simiente del espíritu cristiano. No quería nada, desde que a todo había renunciado al abrazar la vida ignorada del catequista. ¿Y qué sed de oro pudo impulsar a los guerreros y a los aventureros, cuando porque sí no más habían peleado en toda Europa sin idea de riquezas? Hombres hubo, de los que a América llegaron, que hicieron el sacrificio de sus vidas. Don Pedro de Mendoza, entre ellos, rico comerciante de Cádiz; Valdivia, antiguo paje de Carlos V,

que pudo aspirar al más alto empleo o dignidad en la corte, y que optó, sin embargo, por venir a Chile, y, como ellos, Ercilla y tantos otros que fuera largo enumerar. Vinieron por afán guerrero, porque sí, como porque sí dejó Don Quijote su hacienda, su sobrina y su olla y salió a correr tierras y luchar contra endriagos, pudiendo haberse quedado quieto y tranquilo, con lo que no hubiera sufrido ni desazones, ni burlas, ni quebrantos, ni mofas.

Cuando en España hablamos del oro de América, agregamos siempre: oro maldito. Se repite con nosotros la leyenda del rey Midas. Contábase entre los antiguos que el rey Midas, espíritu en extremo avariento, aprovechándose de un ofrecimiento que le hicieron los dioses de otorgar el don que pidiera, reclamó le fuera concedido el convertir en oro cuanto sus manos tocaran. Los dioses accedieron. El rey Midas, deseando cuanto antes hacer uso de esa virtud mágica, fue convirtiendo en oro todos los muebles que adornaban su estancia. Bajó al jardín. Tocó una rosa, y la flor perdió su perfume y su color, quedó transformada en una joya, hermosa, si se quiere, pero sin vida. Su fiel perro, que acudió a ofrecerle sus caricias, fue bien pronto una estatua de precioso metal. Sintió el rey apetito, y los manjares en sus manos quedaban convertidos en lingotes. Su misma hija convirtiose en oro. Y entonces aquel rey, desesperado, imploró de los dioses le quitaran el don.

Parecida fue la situación de España. Llegaban los galeones, y aquel oro desaparecía, se volcaba en las naciones con las que sostenía su intercambio. España se despoblaba. Sus hijos sólo elegían por caminos: o la guerra o América. Nuestras ciudades empezaron a disminuir el número de sus habitantes; nuestras industrias, a decaer. El oro fatal las llevaba a la decadencia. Aquel sacrificio no nos dio sino tres mil o cuatro mil millones de pesetas, cantidad apenas suficiente para cubrir por cuatro años el presupuesto de la España actual. Y España, señores, dio a América, en cambio, todo lo que pudo. Trajo a estas tierras sus hijos, el trigo, el caballo, el buey, fuentes de progreso, de vida.

Se ha querido comparar la colonización española con la colonización inglesa de los Estados Unidos. Es una injusticia. Los Estados Unidos empezaron a colonizarse cien años más tarde, lo que significa mucho. Inglaterra se circunscribió a las costas del Este. Nosotros casi toda la

América del Centro y del Sur, atravesando inmensas distancias, llevando a todos los puertos nuestros ideales. Los Estados Unidos se hallan mucho más cerca de las costas inglesas, que las costas americanas de las españolas. Ellos tenían en su favor ventajas que no dependen del mérito de los hombres. ¿Y para qué hacer esas comparaciones? La historia de América, políticamente, se divide en tres épocas: la precolombina, la de la evangelización y la independiente; económicamente se divide en precolombina, en lo que abarca desde Colón al invento de la máquina de vapor, y en la que sigue a ese hecho.

La grandeza de América se inició en la última. Cuando el transatlántico reemplaza al buque velero, y el ferrocarril atraviesa territorios acortando las distancias, ese día, en esta parte colonizada por mi patria, muere en sus reductos el caudillismo, vicio que conozco es muy español, y una nueva era empieza. Hoy se vuelcan en su seno los hombres de todos los climas y de todas las razas. Y espero que mañana, cuando se repitan las comparaciones, se responda entonces con justicia. Y no se olvide que España guerreaba con toda Europa, y que tenía en sus expediciones que hacer frente a los piratas que acechaban sus flotas. Inglaterra y Holanda, en aquellos tiempos, ejercían la piratería contra nuestros barcos.

Representábamos una tendencia civilizadora, que tuvo que combatir contra todos. De ahí el porqué del esfuerzo inicial no fuera todo lo fecundo que hubiera podido ser. Tendencia civilizadora he dicho y dicho bien. No veníamos a América a fundar factorías. Nuestros conquistadores fundaban pueblos y en cada pueblo, un ayuntamiento, un cabildo, donde se continuaban aquellas ansias de libertad que caracterizaron a los municipios medievales y que exteriorizaron los comuneros de Castilla.

La guerra de la Independencia americana no nos sorprende, pues. Estaba prevista. Los españoles habían con ellos traído los gérmenes de la rebeldía. Y si no, recordemos aquellos virreyes que no temían devolver a un rey, aunque este se llamara Felipe II, una orden anotada al margen. «Se acata pero no se cumple.» Recordemos también con Humboldt, que la situación del indio, al final del siglo XVIII, era muy superior a la de un campesino, aquellos campesinos que estallan con la Revolución francesa, cambiando los rumbos de la humanidad. Las leyes de Indias eran

generosas y amplias. A su amparo estos pueblos se prepararon para su futuro. Y en el porvenir, señores, serán orgullo de la historia y uno de los más hermosos capítulos de la ascensión humana.

Cómo se hace una novela (El arte de escribir las novelas: Balzac)
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 21-6-1909)²¹

Deseo comenzar, señoras y señores, por confesaros que jamás he iniciado una conferencia con mayor vacilación.

Cuando escribimos un libro y vamos a dar una conferencia, adoptamos o tomamos un título, procurando que sintéticamente exprese el pensamiento que nos proponemos desarrollar, el propósito que deseamos cumplir. Debería, con arreglo al título de la presente, decirnos cómo se hace una novela. Se equivocaría quien de ustedes pretendiera de mí le dijera un método, le enseñara un medio, esbozara un pensamiento para escribir una novela.

En la alquimia literaria no se ha inventado aún la receta que facilite a cualquier mortal el hacer una novela, porque —y diré, si se quiere, una perogrullada— una novela se hace haciéndola; es preciso escribir un libro que refleje la vida y resulte una narración armónica, una novela, en una palabra. Ocurriría lo mismo si un pintor se propusiera enseñar el arte de la pintura, y para ello enseñara las escuelas, hablara de los prerrafaelistas, de los puntillistas, de las grandes figuras del Renacimiento, enseñara la mezcla de los colores. Este pintor no haría pintores; a lo sumo presentaría una faz de su arte, divulgaría nociones y datos que, si no se encuentran unidos a otras cualidades, para poco han de servir a quien las recoja. Para escribir una novela, señores, es preciso, ante todo, ser novelista. Y permitidme que a esta frase tan sencilla, tan clara, la desposea de su vulgaridad, explicando mi concepto, aclarando mis ideas.

Habréis oído repetir el antiguo adagio: «el poeta nace, no se hace». Y esto mismo puede decirse, con más razón acaso, del novelista, que es compendio de todas las grandes facultades literarias, pues la novela surge cuando la literatura llega a su mayoría de edad, y reúne en sí los elementos de la comedia, el drama, la tragedia, la poesía lírica y la epopeya. ¡Todo está en la novela! El novelista debe ser un Proteo que refleje la vida humana en todos sus aspectos, formas y complejidades, en

⁴ *El Pueblo*, 27 y 28-9-1909; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, 27-9-1909; «Balzac: el más grande novelista del siglo XIX», *La Nota*, n° 235, 13-2-1920, pp. 1482-1484.

todas sus grandezas y bajezas, virtudes y vicios. El novelista es naturalista, en el más amplio sentido del concepto. Sus condiciones, además de las intelectuales y morales, son físicas. Se puede ser poeta sin el sentido de la vista; novelista, no. El poeta puede vivir su vida interior, sin describir la exterior. El novelista ciego podría, a lo más, hacer una sola novela: la de sus sensaciones y sentimientos propios. La segunda novela sería imposible.

~~Que es una novela. St. Mendat. Fea de Luis.~~
¿Cómo se hace una novela?
Pues haciéndola.
■ Es como si explicaren las
escuelas pictóricas si uno sin
ver pintor.
Hay que ser novelista de
nacimiento.
Retina intracerebral.
Como veo durante las conferencias.
Somos peligrosos.
Algún día diré como
los hago de St. Mendat Fea de Luis.
¿me es una novela? Tanto Bahae
Mientras
V. Hugo y Dola.

Bien, pues; el novelista, además de la retina física, tiene la, llamémosle así, intracerebral, que trabaja hasta cuando él no se da cuenta. Para decirlo mejor, sus dotes de observador funcionan incesantemente.

Nosotros los novelistas resultamos por eso, en cierto modo, temibles. En el trato ordinario con las personas, al mismo tiempo que denunciemos nuestra personalidad, vamos registrando en nuestro cerebro impresiones fidedignas que nos descubren las almas ajenas con que tropezamos al paso, con quienes cultivamos nuestras simpatías o contra quienes maniobran nuestros odios. Sin querer, inconscientemente, los novelistas vamos tomando instantáneas, y a medida que estas aumentan se enriquece nuestro archivo, donde guardamos trozos de vidas ajenas, visiones de paisajes, ahondamientos de almas. Y cuando al transcurrir los años, frente a las cuartillas blancas que ansían cubrirse de ideas y de imágenes, deseamos un tipo que nos sirva para expresar lo que sentimos y queremos, en nosotros encontramos los elementos.

Muchas veces nos engañamos creyendo narraros una vida producto propio y, en cambio, sólo escribimos y copiamos algo robado a la realidad. Y os puedo dar un ejemplo inmediato de este funcionamiento interior. Yo, que improviso gran parte de mis conferencias, que vengo ante este público selecto deseoso de cumplir una misión con toda la altura de que pueda ser capaz, en este momento todas mis facultades, se diría, están al servicio de un objetivo: dar a mis pensamientos una ilación lógica y construir para que el conjunto resulte armónico; sin embargo, no es del todo cierta esa concentración: mis ojos de novelista, acostumbrados a observar la vida mientras el cerebro funciona y la boca habla, han observado que un caballero que en las conferencias anteriores ocupaba ese asiento en la platea no ha venido hoy —tal vez ha tenido deberes que se lo han impedido— y que una señora que el viernes pasado lucía un vestido azul hoy lo trae de otro color... Son observaciones que sin querer guardo y acopio...

Y volviendo ahora a un punto inicial, preguntémonos. ¿Qué es una novela?

Stendhal la ha definido, pintoresca y exactamente, diciendo: «La novela es un espejo que paseamos a lo largo de un camino». Y es así. La novela naturalista no es, aunque pudiera creerse, la observación servil,

escueta y brutal de la realidad de la vida. Eça de Queiroz, el gran novelista portugués, ha dicho: «La novela naturalista es la robusta desnudez de la verdad, en toda su magnificencia, mas no está del todo libre de velos y hay que revestirla con un manto de imaginación».

La comparación del espejo es tan exacta, que bastará decir que, si miramos directamente y de cerca una cara, vemos los poros, las escamillas, las imperfecciones, mientras que en la luna del espejo su reflejo vago y azulado embellece con un tinte de idealidad el semblante y la figura.

Así debe ser en la novela.

No puedo yo contar cómo se hace una novela, sino cómo trabajan los novelistas en el género más moderno, al que han llegado los pueblos de avanzada civilización. En otra ocasión quizás os hable de cómo he hecho yo alguna de mis novelas. Hoy me circunscribiré a decir cómo Balzac, Hugo y Zola, esos tres enormes maestros del pensamiento francés, escribían las suyas.

Señoras y señores, en el último año del siglo XVIII, en 1799, nacía en Tours un niño robusto, lleno de vida. En la pila se le impuso el nombre de Honorato de Balzac. Su padre era un hombre de leyes, un oscuro abogado, un gigantón complacido de su fuerza, un hombre que no escribió, es cierto, novelas, pero cuya vida toda es la estupenda novela de una imaginación meridional, exuberante, casi fantástica.

Era un hombre que empezó por falsificar su propio apellido. Se llamaba Bals, lo transformó en Balzac y le antepuso un «de» nobiliario que le autorizaba el pueril orgullo de suponerse descendiente de una raza de héroes que, según sus exageraciones desordenadas, en los mismos *Comentarios* de Julio César, el vencedor de los galos, le dedica algunos de sus hermosos párrafos, de una elegancia clásica... Aquel hombre vivió en perpetua quimera. Soñó con empresas estúpidas, inventando cosas grandiosas, pero sin sentido. Su hijo, cuando en *La comedia humana*, ese poema colosal de la existencia contemporánea, nos pinta con garra de maestro personajes que corren arrastrados por los proyectos que atormentan sus espíritus, sin querer, como sacando de su sangre una herencia en ella diluida, una herencia de tormentos y de ansias, de

ambiciones y de sueños, hacía desfilan la figura curiosa y extraña de su padre.

Y Honorato de Balzac, en mucho, es un retrato de ese personaje.

Bernardo de Balzac era un fanfarrón, presuntuoso de sus propias fuerzas, como lo fue también su hijo.

Contaba el padre, y el hijo repetía, que siendo pasante de procurador, sentado una vez a la mesa con su principal, este le cedió una gran perdiz para que la trinchara, y él, fuerte como los gigantes de los libros de caballerías, cortó la perdiz y, con la potencia del impulso, partió el plato, el mantel y hasta la madera.

Esto es posible, agrego yo; pero ya sería algo menos.

La madre de Balzac era una sencilla mujer, de temperamento frío y discreto, que luchaba con la mezquindad del presupuesto casero para subvenir a las necesidades de la familia. Y de esta unión entre un hombre ardiente e imaginativo y una mujer reposada y positiva, nació el gran novelista, que, si a veces se dejaba llevar de su fantasía exaltada, tenía también ojo certero y frialdad de análisis suficiente para reflejar con fidelidad sus observaciones.

Cada retrato de Balzac es su mejor definición. En una de sus novelas él se definió; mas ello es pose, retrato algo ficticio para sus lectores. La definición de Balzac está en los retratos pictóricos que le hicieron algunos de sus contemporáneos y en un daguerrotipo datado de 1842, cuando esta invención, precursora de la actual fotografía, empezaba a difundirse por el mundo. Ahí vemos a un Balzac tal como fue: pequeño, grueso, fornido, coronado de cabellos aceitosos, negros y aplastados que ocultábanle parte de la bóveda frontal, de ojos pequeños de observador, de nariz gruesa, bajo la cual aparecía más reducido su bigote chinesco, y de cuello taurino. Él mismo decía que tenía una constitución y una salud de toro.

Lleva dentro de su cerebro un mundo, y cuando iba trasladándolo al papel, dejábalo escaparse en forma tan activa, brillante e imperiosa que parecía un fanfarrón.

Hablaba siempre y con énfasis de su «yo».

Cuando Balzac todavía era un perfecto desconocido, cuando hablaba de sus primeras novelas, manifestaba sin empacho alguno que en este mundo sólo había un hombre que le inspirase celos. Ese hombre era el

gran Beethoven. De Beethoven abajo, nadie le preocupaba. Y hecha esta manifestación se quedaba tan tranquilo.

Él mismo escribía los prospectos de sus obras; las adjetivaba, por lo menos, de soberbias, y lograba así sobre su persona la atención. Hizo más. Se dedicó a elegante. Figuraos a Balzac elegante, en una época en que las mujeres, con sus vestidos blancos, sus guedejas sueltas, cantaban a Atala, la heroína de Chateaubriand, y los hombres, con sus fraques azules de botones dorados, sus largas melenas, pálidos, se declaraban fatales, personajes portadores del dolor. Balzac, señores, terciaba con ellos. Un hombre pequeño, gordo, con un rostro rebosando salud, pretendía también ser un personaje común en aquellas horas de romanticismo agudo. Los elegantes de París se llamaban «leones». En la Ópera de París existía un palco donde se reunía un grupo selecto, un grupo que imponía la moda y que se denominaba de los «tigres». El pobre Balzac, apremiado por el trabajo, no tuvo entonces, sin embargo, más aspiración que ser «tigre». Y de aquel «tigre» se reía todo París.

A un pequeño saboyano que había sido limpiabotas le compró un uniforme extravagante, lleno de colorines, poniéndole además un gran sombrero de copa; lo llevaba a modo de secretario y llamábale Anquises.

En cuanto a él mismo, vestido con extraña afectación, usaba un adorno especial, para atraer sobre sí todas las miradas. Este adorno era un bastón de gran tamaño, especie de cachiporra tal, que dio tema a madama Girardin para escribir su novela *El bastón de monsieur de Balzac*.

Aquel madero tenía un cabo de turquesas, diamantes, esmeraldas, zafiros y otras piedras preciosas de dudosa legitimidad. Y le acaeció a Balzac que una noche, en el teatro de la Ópera, en su palco, se le presentó un verdadero elegante, un señor que llevaba un simple junquillo y, de modo que pudiera oírle el público, le dijo: «Permítame que presente a su majestad el bastón mi humildísimo junquillo».

Balzac soñaba ser rico, millonario, con la ingenuidad del novelista que todo lo ve a través de su imaginación; y para ello se prometió casarse con una dama de la alta nobleza. De esa época datan sus persecuciones a cierta marquesa que lo paseó a su zaga por toda Europa.

También se dedicó a los negocios —los que no entendió nunca— y, guiándose por los gustos que él creía ser los del pueblo, hizo grandes

ediciones de los autores que en realidad no gustaban. La consecuencia fue que se arruinó, y a sus deudas, que no eran pequeñas, añadió otras muchas, determinándose luego a hacerse impresor.

Como impresor perdió tiempo y dinero. Sin desmayar, cambió ese oficio por el de fundidor de tipos de imprenta, en el que concluyó por arruinarse. Desde entonces fue un esclavo del trabajo.

Había endeudado su vida. La pobreza fue su constante compañera. Trabajó para restituir capitales que pidiera, y que se sumaban más y más por los intereses, intereses usurarios, escandalosos. Vivió para pagar. Era un titán del trabajo. Y sus horas febriles sólo tienen un encanto, un oasis, un rayo de calma, en una mujer, una figura interesante, bella, delicada. A esa mujer Balzac le dedica sus mejores frases. La llama «dilecta».

Aquel burgués endomingado del palco de los «tigres» y que era objeto de burlas al cruzar las calles de la gran ciudad, en el secreto de su cuarto, cuando escribía, tenía frases hondas, de una exquisitez divina, de una delicadeza pura para la compañera dulce y abnegada que le acompañó por muchos años, sumisa, cariñosa, maternal, diré. Aquella mujer, señores, no era una niña. Tenía cuarenta y cinco años cuando Balzac contaba sólo veintidós, y cincuenta y cinco al llegar esa hora fatal de las separaciones.

Esta mujer, que corregía sus páginas tumultuosas, poniendo en ellas algo de gracia femenil, necesaria en aquella obra de gigante, era la esposa de un magistrado respetable y tenía la friolera de nueve hijos. Y para ella, si se penetra en la vida interior del artista, es justo le entreguemos parte de la admiración que experimentamos por el padre de la novela moderna.

El amor es tan abstracto, tan complejo y tan difícil en sus manifestaciones, que la mitología y todas las religiones antiguas lo representan como un divino arquero, muy joven, coronado de rosas, de mejillas primaverales y, por ser tan joven, amigo de tratar a todos los seres como juguetes de sus fantásticos caprichos. Realmente, el amor resulta encantador cuando hiere con sus flechas a la juventud, como él coronado de rosas, de mejillas primaverales como él; pero también es bello y poético cuando hiere los corazones envejecidos. No tiene entonces rosas de primavera sobre la frente; muestra, sí, en el semblante la enternecedora

dulzura que ha inspirado ese hermoso cuadro de Alberto Durero que se llama *Melancolía*.

Y me parece esta la ocasión de hacer notar, una vez más, cómo lo idealiza todo el amor. Las mujeres inmortalizadas por los grandes poetas no han sido —triste es decirlo— tal cual ellos las cantan. La Beatriz del Dante era una buena burguesa florentina; la Laura de Petrarca era la mujer de un escribano, y murió después de haber tenido muchos hijos, sin acordarse siquiera de Petrarca, que le dedicó casi todos sus sonetos; Leonor, la dama portuguesa que inspira a Camoens, y que este siguió por todas partes, era una señora que, irritada por los constantes requerimientos del poeta, llegó a quejarse a los reyes para que impusieran silencio a su cantor. Derívase toda esta ficción de que los artistas pintan ilusionados: no lo que es acaso, lo que debiera ser... lo que a todos nos arrebató de entusiasmo. Y de ahí que la historia literaria registre esta aparente anomalía: Juan Jacobo Rousseau, el único escritor sincero, ha sido un autor que, durante muchos años, ha provocado la repulsión general.

En literatura, como en la vida ordinaria, hay que callar lo más íntimo, y tal vez lo hacemos así porque, si confesamos todas las ideas que asaltan nuestra imaginación, acabaríamos por sentir lástima de nosotros mismos, víctimas como somos de la impureza material que reviste al espíritu, y de la que el espíritu se ve obligado muchas veces a compartir sus goces y sus alegrías.

Una mujer, madama de Berny, fue la única inspiradora de Balzac. Ella es su amable consejera, le atendía brusquedades del estilo, introducía modificaciones en sus páginas, sobre todo en las más violentas; como mujer de exquisito gusto lo alienta y lo pule. Al separarse le dice: «Querido, haz por colocarte en la altura para que todos te vean, pero nunca grites que has escalado la cumbre porque la envidia te devorará».

Este consejo no fue seguido. Balzac, el titán perseguido por la jauría de usureros, grita siempre a todos los vientos su genio, sus grandezas. Vive encerrado, prisionero en su cuarto de trabajo; compromete con editores y revistas, novelas, cuentos y artículos, y así como durante veinte años escribió diariamente dieciocho horas, hubiera vivido siglos y es difícil que sus compromisos se llenaran todos.

trabajo. A las doce del día lo interrumpía para tomar un pequeño refrigerio y volver de nuevo, a la carga. A las seis de la tarde cenaba y con la «comida en el pico» —es su frase— se acostaba. A la media noche, de nuevo se sentaba ante su mesa y volvía de nuevo a sus cuartillas.

Esta vida es épica, señores, tiene detalles que asombran y que conmueven. La mesa donde escribía, señores, tiene un canto gastado por el tanto correr del brazo. Y así como los conquistadores hablan de las tierras conquistadas y los grandes generales cuentan sus batallas, sus victorias o sus derrotas, así Balzac decía orgulloso refiriéndose a su sillón de trabajo: «Ya va el tercero que gasto». Recurría para no desmayar a excitantes, tomaba continuamente café. Todos los manuscritos que se conservan tienen en cada cuartilla como una señal indeleble de aquella lucha contra el cansancio y el sueño, el redondel de la taza del café, Hay no sé qué de inmensamente doloroso en aquella voluntad de hierro, en aquel poderoso creador.

Y cuando este gran hombre, fatigado por el trabajo, asomábase durante un instante de la noche a la ventana de su cuarto, acodado allí percibía el París dormido entre las sombras, silencioso, y sentía la sensación de su Rastignac, en la novela *El padre Goriot*; y como él, decía Balzac contemplando la ciudad: «Tú serás mía. Algún día te conquistaré». Y aquel gran hombre, pequeño, grueso, feo, con su aspecto de fraile envuelto en su largo ropón, que reía estruendosamente como Gargantúa o Pantagruel, y parecíase enfurecido a Danton o Mirabeau, resultaría de hermosa majestad en aquellos momentos en que contemplaba el París que había de conquistar. Tenía, sin duda, la grandeza inmensa del genio y la fuerza avasalladora del conquistador.

Balzac construía sus novelas de la manera más rara posible. Hoy admiramos toda su obra era conjunto, y vémosla colosal, mas cada una de sus obras tiene la deformidad de un protoplasma.

Rodin, el gran escultor, ha interpretado bien al gran novelista. Hay obras de Rodin que no me entusiasman, no me gustan, por no ajustarse bien a las características del personaje que anima con su poderoso cincel. Creo, sí, que cuando Rodin se muestra lógico es al hacer la estatua de Balzac, parecida a un bloque, en algo semejante a una escultura egipcia, a una masa no del todo sacada de la cantera, lo que es el mejor símbolo de

la obra de Balzac, informe, pero grandiosa, y que ha sido la fuente en que hemos ido a beber todos los novelistas, los grandes y los pequeños.

Balzac hacía sus libros del modo más extravagante. En muchas de sus novelas no existe para nada la unidad de acción, tan indispensable para la narración. El método le era desconocido. Escribió novelas en tres partes empezando por la tercera, siguiendo por la segunda y concluyendo por la primera. En su *Cura de aldea* se pregunta el lector, asombrado al terminar el libro: «¿Dónde está el cura de aldea?» En verdad, tal personaje no aparece por ninguna parte, pero es verdad también que Balzac, en el prólogo que pone a una de las segundas ediciones de esta obra, manifiesta que los capítulos que siguen son provisionales y que se compromete a escribir otros donde aparecerá el cura de aldea.

Otro ejemplo nos explicará mejor su absoluta falta de método. Escribía un artículo para una revista, exigía examinar las pruebas antes de autorizar la publicación, y con las pruebas presentes, corregía, añadía personajes, modificaba la acción, agregaba capítulos. El cuento se convertía en una novela corta. Y con las pruebas de esta, ocurría tres cuartos de lo mismo, y no era difícil que las devolviera a la imprenta transformadas en una novela de trescientas o más páginas. Otras veces ocurría lo contrario. Y de una novela, podando y suprimiendo, mandaba al editor un cuento corto, reducido. Jamás M. de Balzac sale a la calle sin comprometerse con editores y revistas. Y de su labor sin límites quedan seis u ocho obras maestras, obras que han pasado a la humanidad como una herencia de vida y de belleza, y que guardan en sus páginas un mundo donde vibra el sentimiento, donde se agitan las grandes ideas.

Tantas son las obras de Balzac, que sólo su enunciación ocupa catorce grandes páginas en el libro de uno de sus comentaristas. En un año, 1830, compuso noventa y siete novelas, y ochenta y cinco en 1831. Además de sus obras de la primera juventud, que son diez, firmadas con seudónimo, su *Comedia humana* abarca noventa y cinco. Y ello sin enumerar sus *Cuentos droláticos* y otras bellas producciones literarias. Debe recordarse que estos centenares de obras fueron escritas en diecinueve años, o sea, desde 1829 hasta 1843, lo que da un término medio de cinco novelas por año, y eso que Balzac era incansable en la

corrección de pruebas, hasta el extremo de que las corregía repetidamente.

Por ejemplo, no ordenó editar su *Pierrette* hasta que corrigió las pruebas veintisiete veces. Era que cambiaba a cada momento los rasgos, las características, los episodios de sus protagonistas, por la exuberancia desbordada de su imaginación.

En la novela universal, Balzac representa el Precursor, el Mesías. Es el primer escritor naturalista. Antes de él existían novelistas magistrales, como lo testifica nuestro *Quijote*, para no citar más. Pero en la novela antigua, como en la pintura clásica, sólo las figuras tenían valor, no el paisaje, el ambiente.

El primero que hizo hablar a la naturaleza y le infundió su alma fue un poeta de ternura, Rousseau, quien en sus *Confesiones*, al describirse pobre y humilde, pasando él por un camino de Saboya, detiénese a oír el canto de una alondra. Y, como dice un crítico, «la alondra que Rousseau oyó cantar fue la precursora de las descripciones de la naturaleza en el arte».

La obra de Rousseau, en ese sentido, fue completada por un maestro no de la novela, sino en describir la naturaleza. Ese maestro fue Chateaubriand, que puso un alma al paisaje, a los árboles, a los ríos, a las rocas, y escribió páginas admirables. Pero ninguno llegó como Balzac a rayar a mayor altura. Es el primer maestro que describió el ambiente y los hombres, que abre un período nuevo, donde todo se compenetra armonizándose. Él es el gigante que, sin descubrirse, recorre todos los caminos. Su imaginación desordenada le permite cumplir la tan compleja empresa. La época le ayudó. Él la encarna y la siente. Francia, al principio del siglo XIX, pudo ser madre de Michelet, de Hugo, de Dumas, de soñadores como Fournier y Saint-Simon. Los artistas vivían en plena explosión de grandezas, en un período de sucesos mágicos. Cuando niños escuchaban de labios paternos los relatos de la gran revolución; mientras concurrían a las escuelas veían empavesadas las calles, oían las campanas anunciando alborozadas victorias lejanas; en las esquinas veían fijados carteles que decían de la epopeya cantada por el ejército francés en su loca y gloriosa campaña contra Europa... Pasan los días. De pronto París se ve invadido por jinetes extraños de largos cabellos, cabalgando sobre

malos rocines. Son cosacos. Ha terminado la comedia heroica. Llega la bochornosa reacción de los Borbones. Los espíritus se concentran. Y se vuelcan en sus libros. Eso nos explica el porqué Balzac no creyera en lo imposible. Guardaba en su cerebro el desfile estupendo de grandes heroicidades. En su escepticismo hay un cariño, en su espíritu vive un ídolo a quien adora. Ese ídolo es Napoleón, el gran corso, el emperador soberbio. Y Balzac lo siente. En su estudio hay una pequeña estatua del vencedor en Marengo que tiene debajo esta inscripción de puño y letra del autor de *El padre Goriot*: «Terminaré con la pluma lo que este comenzó con la espada».

Y seguiré ahora hablando de las manifestaciones extraordinarias, acaso grotescas, de la imaginación excesiva de Balzac. Como ya se ha dicho, todos los novelistas nos engañamos al ver la vida ordinaria, la realidad, y diría que somos embusteros, enormemente embusteros.

Así Balzac resultaba una especie de niño grande, extravagante. Todo su deseo era tener una casa, y esto no es raro, pues en el fondo de todo novelista hay un constructor que desearía verse en posesión de un pequeño palacio para trabajar a su gusto. Y casi todos los novelistas que tienen una casa han agotado allí, llenándola de primores, su fortuna. Son unos pobres diablos que no tienen sino eso. Balzac, aumentando sus deudas, consiguió en Ville d'Abbay una casa propia, que había de immortalizarse después con un acontecimiento notable. Diríase que esa casa estaba destinada a la notoriedad, así como aquel que empezó provocando la risa de París había de terminar provocando sus lágrimas.

En este mismo hotel, señoras y señores, que hizo construir Balzac, muchos años después, en esta misma época, sonó un día un tiro. Se vio en un cuarto a una mujer hermosa mesarse desesperadamente los cabellos. Y sobre una cama un hombre de melena negra que se debatía en los estertores de la agonía. Aquel hombre era el presidente de la Cámara francesa, era el orador que entusiasmaba, arrastrando las muchedumbres. Se llamaba León Gambetta. Moría, no se sabe ni se sabrá nunca, si víctima de un accidente o suicida en la misma habitación donde el gran Honorato escribió sus mejores páginas.

Y por quince años excitó la risa de la prensa de París. En su casa se daban espectáculos que lindan a veces e irrumpen otras en el terreno de lo

grotesco. Balzac invitaba de tiempo en tiempo a sus relaciones. Pobre, pero megalómano, chocaba al visitante, en aquellos cuartos desprovistos de mobiliario, leyendas escritas con carbón en las paredes y en los pisos: «Aquí colocaré un Rubens», rezaba una; «Sobre este piso se pondrá una alfombra de Persia, comprada a los mercaderes de Damasco», decía otra. «De esta pared penderá un cuadro de Rafael.» Eran leyendas de lo que Balzac, en su manía de grandezas, soñaba comprar cuando llegara a ser rico. Y en realidad, sólo en la casa se encontraba una mala mesa revuelta, un viejo sillón, varios muebles pobres y un busto de Balzac, regalo de David d'Angers, del que, enamorado el creador de *La investigación de lo absoluto*, se le antojaba a cada instante que no recibía de frente la suficiente luz y cambiaba a cada rato el busto, que pesaba tonelada y media, y a un pobre hortelano, su único sirviente, traíalo loco a fuerza de llamarlo para que le ayudara en la traslación del artístico y pesado adorno.

Cuando Balzac tuvo algún dinero, su casa fue tema de leyendas. Por ejemplo: un día que Víctor Hugo, invitado siempre a almorzar, se decidió a visitarlo, fue sorprendido —aunque conservara su gesto inmutable— por los esplendores imaginarios que Balzac veía en su posesión. Paseando por el jardín, Balzac enseñó a Hugo un gran nogal. «Va a producirme diez mil francos por año», le dijo. Y al contestarle el gran poeta: «Muchas nueces tendrá que producir», agregó el satisfecho dueño de la casa: «Antiguamente, siguiendo un privilegio de época feudal, los vecinos venían a depositar basuras al pie de este árbol. Yo adquiriré el privilegio de nuevo y obligaré a los campesinos a usar las basuras para abonar, lo que me dará la ganancia indicada».

Además, había imaginado otro negocio de 400 000 francos. Tenía el propósito de plantar 20 000 bananeros en el jardín de su casa, que era a lo sumo del tamaño de diez metros en cuadro, y en que no cabían ni doce bananeros.

La vida de Balzac es como una novela. Aborreciendo a la sociedad porque no protegía a los literatos, anunció que iba a dedicarse a comerciante, para vengarse de la sociedad, y que pondría una «Tienda de Honorato Balzac y Compañía». «Gautier —agregaba— será dependiente y en la caja estará Mme. George Sand, para cobrar las cuentas».

Dentro de su estado de ilusionista, Balzac tenía momentos de lucidez e iniciativas originales. El primero, quizá, a quien se le ocurrió la idea de los «trust», fue a Balzac. Y así decía: «Voy a comprar madera de Rusia, la pondré a precio de consumo en Francia y haré un gran negocio. Supongo que ganaré catorce millones de francos». Como de costumbre, en todas sus empresas comerciales, dio participación a otro, a Henri Monier; en este proyectado y colosal negocio, le prometió siete millones, o sea la mitad de sus futuras ganancias... y enseguida le pidió prestados cinco francos a cuenta.

Otra vez, a pesar de sus negocios fantásticos, acertó bien. Haciendo un viaje de exploración por Cerdeña, vio las inmensas minas de plata y el también inmenso montón de escorias, ocurriósele que no eran tan perfectos los procedimientos de extracción antiguos, pues la escoria conservaba grandes residuos del precioso metal, y que sometida a tratamiento mejor podrían utilizarse grandemente esos residuos.

¡Figúrense la impresión que causaría a los banqueros franceses la noticia que les daba Balzac, con su aspecto de atolondrado, de loco! ¡Riéronse, casi se burlaron de él! Pero Balzac insistió, hablando públicamente de ese gran negocio. ¡Cuando dos o tres años después volvió a Cerdeña, encontrose con que una compañía inglesa estaba ya explotando las escorias!

Honorato de Balzac, por regalo de algún amigo, poseía un bote de té, según él, milagroso. Cuando lo tomaba en rueda de visitantes, adoptaba el aire de gran sacerdote de alguna religión asiática. Contaba que era un regalo de un gran mandarín chino, entusiasta lector de sus novelas. Al así decirlo, daba a entender que sus obras se habían vertido al idioma del Celeste Imperio y que contaban con lectores en el Extremo Oriente, que ese té era cosechado por vírgenes chinas vestidas de blanco, en las primeras horas de la mañana; que lo recogían cortándolo con hoces de oro, mientras el rocío aún brillaba en sus hojas, y que sólo en el mundo lo saboreaba el emperador de la China, Balzac y sus invitados. Y agregaba que no se podían tomar sino dos tazas de la infusión. El que tomaba tres quedaba irremisiblemente tuerto, el que se atrevía a cuatro, ciego. Y a fuerza de repetir estas cosas extravagantes, llegó a convencerse de que su té era realmente milagroso, que tenía para el bote que lo encerraba cierto

temor religioso, y jamás se atrevió a tomar en una noche más de dos tazas.

En su eterno afán de ser rico, Balzac llegó a realizar en parte sus propósitos.

Es una ventaja para el novelista, que no ve directamente como el autor dramático el éxito que da el público a sus obras, recibir cartas de admiradores, y más aún, de admiradores que lo estimulan en sus tareas.

Las más de estas cartas suelen ser femeninas, porque la mujer siente con frecuencia la necesidad de confidenciar con el hombre y tener un director de su inteligencia y de su alma. En esa necesidad está basada la confesión en las religiones. Y hoy, en la vida moderna, un novelista, por ejemplo en Francia, es un director espiritual.

Balzac recibía muchas cartas. La duquesa a quien persiguiera inútilmente, divertíase en mandarle muchas esquelitas anónimas. Y una vez, otra señora de una gran fealdad, por cierto, que le escribía a menudo, le dio cita en un baile de máscaras de la Ópera.

Al ver llegar y adelantarse hacia ella a Balzac, se levantó el antifaz dejando ver su antipática fisonomía al gran novelista, que salió corriendo del teatro.

En la vida de Balzac hubo una correspondencia que influyó sobremanera en él.

Un día, un editor entregó a Balzac una larga carta escrita con pluma ágil, una carta interesante. Llevaba una firma: «La extranjera». La leyó. Contestola. No tardó en llegar la repuesta. Y así iniciase una correspondencia que duró catorce años. Y Balzac, que necesitaba producir y producir, durante días, semanas, meses y años, fue robando tiempo a sus novelas para escribir cartas que, luego reunidas en un volumen admirable intitulado *Cartas a la extranjera*, constituyen un libro lleno de bellezas. Al principio luchó para saber quién era aquella mujer, e insistiendo, venciendo pudores femeninos, pudo saber que se trataba de una especie de princesa polaca, mujer de alguna edad, casada, inteligente, amante de la literatura. Balzac sintió por ella simpatía, verdadero cariño. Pidió una conferencia con frases apasionadas y ella negábase siempre a acceder. No podía abandonar Polonia. Pero al fin acordaron que en un

cuarto día de un cierto mes, se encontrarían en el paseo de los Ingleses en la ciudad de Ginebra.

Es una escena sentimental y grotesca a la vez. Habían convenido en que la señora llevaría una sombrilla azul y se mostraría en un banco leyendo un libro de Balzac. «La extranjera» se sentía conmovida. Iba a ver al gran artista, al gran escritor. A cada persona que se le acercaba se cubría con la sombrilla. De pronto vio que entre ella y el sol se interponía un bulto, un hombre pequeño, grueso, con un enorme sombrero de copa, con la levita desabrochada, con calcetines llamativos de color rojo. Se sentó con un movimiento desordenado y empezó a hablarle con voz fuerte, áspera. Era Balzac. Al principio le fue antipático, pero ¡oh, poder del arte! Mad. Hanska misma lo confiesa, a la media hora de conversación se vio subyugada por aquel hombre superior.

Transcurrieron los años. Un día recibe Balzac la noticia del fallecimiento del esposo de la Hanska. Corre a Polonia. Se cree príncipe ruso, saboreando que tiene a sus órdenes tres mil esclavos. Allá lo esperan nuevas contrariedades. El zar no consiente en el matrimonio de la Hanska. Esta se ve obligada a renunciar a la herencia en favor de sus hijos, y se reserva una módica pensión. M. Balzac en Polonia se considera gran señor.

La superproducción en Balzac hacía que se olvidase de las realidades de la vida. Este hombre vivía en ocasiones como ensimismado. Se cuenta que un día el novelista Jules Sandeau fue a visitarlo. Balzac se hallaba entregado a la labor, escribiendo las mejores páginas de su novela famosa *Eugenia Grandet*. Sandeau llegaba apesadumbrado. Una hermana, a quien quería, en la noche anterior había corrido peligro de muerte. Se hallaba enferma de cuidado. Balzac escuchó durante largo rato a Sandeau. De repente lo interrumpe para decirle: «No hablemos de cosas fantásticas, hablemos de realidad, hablemos de Eugenia Grandet».

Al defecto de la superproducción debemos añadir el de escribir de noche. La noche influye en la labor literaria. Altera las dimensiones de los objetos. Víctor Hugo lo demuestra en *Los miserables*, cuando Cosette sale de la posada en busca de agua y cruza aquel bosque que se le ocurre poblado de fantasmas. Verdad que el caso del novelista es bien distinto, pero, sin embargo, no del todo libre de la influencia de la noche. Cuando

el silencio reina, cuando las sombras cubren la tierra, todo se agranda, todo parece alterarse: las líneas se hacen irregulares, los contornos se agigantan, la vida se ve de muy distinta manera y se la siente también distintamente.

En un banquete que le dieron unos nobles y rudos señores polacos del campo, Balzac hablaba de que era un escritor popularísimo. Entonces uno de los señores sacó la cabeza por una ventana, desde la cual se veía la campiña, y preguntó a los *mujiks* más próximos: «¿Conocen ustedes a Honorato de Balzac?» Los *mujiks* por toda contestación encogieron de hombros, y agregó el comensal volviéndose al escritor: «Ya ve usted que no es popular».

Sin embargo, él alegó que una vez, comiendo a la mesa de una gran señora, al decirle a la criada: «Sirva al señor Balzac», la criada, estupefacta, dejó caer la fuente al suelo. Todo esto pasaba en 1847.

Balzac, a los 48 años de edad, sintiendo ya su salud, aunque no su espíritu, algo decaída, contrajo matrimonio con la señora Hanska, con la extranjera.

Tres años después, estando Balzac en París, Víctor Hugo recibió un día, mientras cenaba, un mensajero que, de parte de su amigo, le dijo: «El señor de Balzac lo espera en su casa; está moribundo y lo llama, porque si no, ya no lo verá a usted más». Víctor Hugo fue, y cuenta en sus memorias su visita a esa casa, de un lujo raro. Allí, en una cama imperial, encontró a una especie de Buda, un Buda corpulento y negruzco, cuya respiración sorda y entrecortada resonaba como un fuelle. Acercósele y, al ver que no lo reconocía, «¡Honorato! ¡Honorato!», le dijo, dándole un ligero apretón de manos.

Pero Balzac no respondió ya. Acababa de morir, víctima de una enfermedad del corazón. El abuso del café, la superproducción diaria y forzada, tal vez las contrariedades de haber llegado a la riqueza demasiado tarde, habían acabado con su existencia.

Víctor Hugo dice también que al lado del lecho del muerto vio a una mujer. No era la princesa, que estaba entonces lejos de allí, no era la extranjera; era la parisiense, la madre de Balzac. ¡La madre, señores, la que no falta nunca, la que representa el verdadero amor, acaso el único amor eterno!...

Y así acabó el gran Balzac. Es él una de las cumbres del pensamiento humano. Todos los que escribimos somos hijos o nietos de la obra que él hiciera; la continuamos sin completarla.

Uno de sus continuadores es Víctor Hugo, quien tiene el encanto de ser poeta de Francia y poeta español. En sus producciones hay mucho de español, aunque en sus pretensiones hispanófilas llegara hasta el disparate. Por ejemplo, en su *Hombre que ríe*, cada capítulo se inicia con un lema tomado de autor extranjero, y entre esos autores, muchos son españoles. En un capítulo, como acápite, escribe: «Buenos días» y debajo, «Calderón de la Barca». Hubiera podido poner: «Expresiones a la familia. Lope de Vega».

Cómo se hace una novela: Víctor Hugo
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 24-6-1906)²²

Señoras y señores: En la conferencia anterior hablé del gran Honorato de Balzac, y al terminarla prometí ocuparme en la de hoy de Víctor Hugo, de su personalidad, y de sus obras, que llenan todo un siglo en la historia de la literatura y lo resumen. Al finalizar el siglo XVIII, el gran Napoleón, árbitro de los destinos de Europa, aparece como una nueva fuerza llamada a cambiar los rumbos de la Europa y de la humanidad. Napoleón, aparece dando cortes en el mapa del mundo antiguo, creando naciones, mudando monarcas, colocando como reyes a los soldados que lo acompañaban en sus homéricas campañas. Y aquel gran hombre cuyo nombre solo llenaba el mundo entero, no tenía sino una preocupación: la de encontrar un poeta. Napoleón no fue francés, sino por haber nacido en Córcega un año antes de su anexión. Pero su alma, su carácter, su fogoso temperamento revelan al italiano del renacimiento, fogoso, lleno de vida y entusiasmo.

Nadie ha definido mejor a Napoleón que aquel papa conducido desde Roma al palacio de Fontainebleau. Aquel Papa, al discutirle y amenazarle ese César Victorioso, considerábalo con sonrisa altiva, como a un ciudadano compatriota. Cuando Napoleón se esforzaba en convencerle, le murmuraba: «comediante». Cuando esforzabase en aterrorizarle, le decía: «trajediante».

Napoleón tenía mucho de artista. Deseoso de gloria, a la vez cómico y trágico. Su apostura era la de un actor en escena y su público un gran pueblo.

Napoleón pedía, pues, como ya he dicho, un poeta. En sus memorias se lee que cuando entrevistábase con el ministro de Instrucción Pública, le preguntaba: «¿Hay entre los jóvenes un poeta que pueda cantar mis hazañas?» Y el ministro contestábale negativamente. Y es que los poetas no se improvisan. Napoleón podía hacer de un mozo de mulas un grande de la nobleza, y de un simple soldado, Bernadotte, un rey de Suecia, pero no podía hacer un poeta.

²² *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, 29-9, 4 a 7-10-1909.

Los grandes poetas aparecen después de los grandes sucesos históricos, y así la poesía es como el relámpago que brilla cuando ya el rayo ha fulminado. Así, durante el transcurso mismo de la Revolución francesa, cuando la guillotina cortaba cabezas a granel y ocurría a cada momento una catástrofe, los poetas seguían componiendo églogas pastoriles. Y durante el Imperio, los poetas solamente entonaban buenas cantatas.

Napoleón no encontraba un poeta. Y, no obstante, cuando él parecía querer fabricarlos «de real orden», existían ya los poetas que él soñaba. Solo que acababan de nacer; como Víctor Hugo. Había de cantar más tarde su famosa oda a la «Columna de Vendôme», pero tenía tres años entonces e iba siguiendo a la zaga de los ejércitos en que figuraba su padre, general de Napoleón. Cual Alfonso de Lamartine, niño de familia real, que en esa época vivía en Saboya; y cual Enrique Heine, niño también, residente en una ciudad de Alemania, y que cuando veía al emperador atravesar jardines a caballo, asombrábase de que pudiera hacerlo, mal grado estar prohibido por las ordenanzas municipales. Nada indicaba que Heine habría de ser un gran cantor de la figura de Napoleón.

Había en aquella época un soldado austero, altivo, que precisamente por estas condiciones había hecho mucho camino en su carrera militar. Era el coronel Hugo, cuyo tercer hijo fue el que más tarde llegó a ser el poeta inmortal.

Cuando nació este último, nadie creyó que pudiese sobrellevar su vida, tan pequeño era. Y el mismo Víctor Hugo cuenta luego ingenuamente, en sus memorias, que su padre sabía decirle que no era más grande que una mano de almirez. Sus hermanos miraban con miedo el pequeño monstruo que acaso no era sino un producto de su época, de aquella época en que las familias llevaban una vida extraordinaria. En Francia no quedaba sino niños y mujeres. Los hombres estaban más lejos de las fronteras luchando y combatiendo. Los hijos, pues, como quien dice, se engendraban entre campaña y campaña, nerviosamente. De esta suerte y por estas causas hubo numerosas familias como la de Hugo, mezclas de genio y locura, pues Eugenio, hermano del poeta, murió loco y todavía su hija se encuentra con la razón perdida en una casa de salud de París. Víctor Hugo fue un genio, pero una simple acentuación nerviosa

hubiera bastado para quitar a la humanidad el intenso placer de leer sus obras. Por eso Víctor Hugo tiene en sus visiones constantes, irregularidades que desconciertan. Pero lo que en él más asombra es la pluralidad de sus vastos conocimientos, pues no hay otro escritor que como él haya abarcado más asuntos agregando su gloria a la gloria de Francia.

Todo lo fue Víctor Hugo: poeta lírico, novelista, dramaturgo, poeta épico, político, orador, agitador, revolucionario... Y profesó todas las doctrinas que agitaban a Francia al iniciarse el siglo XIX. Comenzó cantando al rey, a pesar de haber luchado su padre en la revolución del 93 y ser general de Napoleón.

Fue Víctor Hugo novelista volteriano, como su madre, creyendo más en la monarquía que la religión; y se transformó luego en monárquico católico, y después en católico practicante.

Antes de la revolución de julio, antes de que cayeran los Borbones, ya es bonapartista, y poco más tarde canta las glorias de la Francia en su «Oda inmortal». En los últimos tiempos de monarquía, de Luis Felipe, es republicano burgués, enemigo de las clases obreras. Él mismo recuerda que en 1848 al iniciarse a las tropas del gobierno para hacer fuego sobre el pueblo, exclamaba: «Donde veáis un blusa azul, tirad y habréis matado a un enemigo de la República». Después, cuando reina Napoleón III, ama al pueblo, comprende los sentimientos de los que sufren y reviste ese carácter de republicano socialista, de profeta del porvenir, que lo circunda como de una aureola...

Lo fue todo, sostuvo todas las ideas, y nadie pudo acusarlo de apóstata. Sí, Víctor Hugo era una lira que vibró a todos los vientos, al unísono de todas las grandes pasiones de la humanidad.

Apenas hace 26 años que murió. El día en que pasó su cortejo fúnebre por las calles de París, viose bien lo que había sido. Acompañaban el convoy hombres de todas las creencias y de todos los partidos, y cada grupo repetía frases del poeta: los católicos, sus versos de la primera juventud dedicados al crucifijo: los monárquicos, sus estrofas al rey; y las sectas, y los espiritistas, y la masa popular, todos recordaban con entusiasmo algo escrito por Víctor Hugo.

Las obras de Víctor Hugo fueron obras de las circunstancias y de cada momento. Hay quien cree que el arte debe ser como un punteo en la guitarra, olvidando que si el arte tiene su razón de ser es porque el arte es eminentemente social, y debe ir unido a todas y cada una de las aspiraciones de la humanidad. Víctor Hugo no se encerró en su torre de marfil como esos artífices que desdeñan mezclarse con el pueblo. Sus obras, lo repito, fueron obras de circunstancias, y Goethe ha dicho que las obras más grandes que la humanidad ha producido, han sido obras de circunstancias. La humanidad es la que más tarde, dando su juicio, las inmortaliza o no. La *Divina Comedia*, por ejemplo, no es sino un poema político lleno de detalles y noticias de las luchas de aquellos tiempos entre güelfos y gibelinos, y el mismo *Don Quijote*, de Cervantes, no fue sino obra de circunstancias: había en aquellos tiempos la manía de los libros de caballería y contra los libros de caballería escribió su obra. Lo demás que hay en el libro, lo hemos puesto nosotros: es la salsa, el aderezamiento del comentario. Con Víctor Hugo ocurre lo mismo. Todas sus obras son hijas de las circunstancias, inclusive los primeros versos que bajo el título de *Orientales* escribió con objeto de ayudar a los griegos que en aquellos momentos luchaban denodadamente por su libertad.

Víctor Hugo, como poeta, decía:

*Yo te amo, ¡oh simple naturaleza!
y quisiera absorberme en tí;
pero en este siglo de aventuras,
cada uno se debe mil.*

Y por eso, como hombre, fue político, de circunstancias también, siempre cual debía serlo.

Otros escritores han querido intervenir en la vida de su patria, sin que obtuvieran resultado. Por ejemplo: al hablar de Balzac, en la anterior conferencia, olvidé consignar una anécdota de aquel niño grande de inmenso talento. Balzac pretendió ser político. Como todo lo hacía fastuosamente, adoptó por secretarios a dos condes, tan arruinados y fantásticos como él. Llamábales «mis ayudantes de órdenes». Los utilizó en una propaganda, llegando a poder presentarse dos veces como candidato a diputado. Y ni aun le ocurrió, como a un personaje de zarzuela española, que al ver dos votos en su acta preguntaba si detrás del 2 no

había ceros. A Balzac diéronle el acta, en blanco. Pero no se desalentó y dijo a sus ayudantes: «Está visto: yo no podré debutar en la política sino como ministro. A ministro sí que llegaré». Y tampoco fue ministro.

Volviendo a Víctor Hugo diré, sin analizarlo como político, sino en general, que su principal mérito consiste en haber llegado a la vejez, a edad avanzadísima, que suele convertir a los grandes poetas en bardos de futuro hasta el extremo de haberse algunos inmortalizado con una sola obra, en otros tiempos. En esta época, ello es más difícil, aunque sigue siendo una de las mayores condiciones para merecer el título de gran padre de la literatura haber arribado a la ancianidad. No suele alcanzarse, pues, la gloria con una sola obra. Y antes de que la posteridad levante el monumento, cada autor se apoya ya en una pila de volúmenes.

Víctor Hugo, como Ibsen, como Tolstoi, llegó a una edad extrema. Por eso nosotros recordamos el Víctor Hugo anterior al año 48. Viendo el busto que le hizo David d'Angers, no le reconocemos. Aquella enorme cabeza juvenil de pelo negro, de prominente arquitectura frontal, de ojos de fuego y boca de labios contraídos en expresión severísima, nada dice a nuestro recuerdo.

El Víctor Hugo que conocemos es el viejo de aspecto de marino, cabellos blancos cortados al rape, ojos paternales y barba también blanca y enérgica que el pintor Bonna ha inmortalizado en el grupo con sus nietos Jorge y Juana. Aquel Víctor Hugo que yendo de paseo por los bulevares de París encuéntrase con un mendigo ciego, de esos que llevan un cartel, y sin lazarillo abandonado a su desgracia, sin una moneda en un sombrero extendido. Lo ve el gran poeta, lo acompaña, llévaselo a un café, y en su cartel le escribe:

*Es ciego, como Homero, y Belisario,
tiene un palo por único sostén;
la mano, que socorre al desvalido,
él no la verá nunca. Dios la verá por él.*

A las dos horas de llevar el cartel con esos versos, el mendigo llenaba su sombrero de monedas, y vendía el cartel mismo por una suma de francos que le constituía una pequeña fortuna.

Para comprender toda la energía de este poeta, necesario es hablar algo de su infancia. Con los grandes escritores, necesario es hacer como

se hace con los personajes de las novelas: detallarlos, pintarlos y bosquejar el ambiente en que se mueven. Víctor Hugo era —permítaseme el galicismo— un niño de tropa. Abrió sus ojos a la luz de la vida en un momento en que en el mundo solo se oía el tiroteo de los fusiles y el tronar de los cañones.

Cuando no podía darse cuenta de nada, fue llevado de Francia a Córcega, regresando luego a Francia, porque su padre debía marchar con Napoleón a Nápoles. Desde Nápoles el padre llamó a toda su familia y Víctor Hugo en sus memorias, al recordar este período de su vida, cuenta emocionado su pasaje por los altos Alpes, entonces tan infranqueables que su solo paso daban una hazaña enorme a Napoleón, y recuerda a los monjes del convento de Bernardo, con seis perros salvadores. En sus narraciones recuerda cómo un día llegó el pesado carruaje hasta la cabaña de un salvaje leñador. Víctor Hugo, con apetito devorador, pidióle a aquel hombre algo que comer, pero el leñador en todo el día no había cazado sino un águila, de la que el niño se comió las patas.

En este episodio de la vida del autor de *Los miserables*, un poeta simbolista podría desarrollar un hermoso tema: el águila de la literatura comiéndose al águila de la naturaleza, animal noble en el que se personifica la fuerza y el poder. Continúa luego Víctor Hugo su viaje y recuerda el imponente castillo de Milán y una inmensa iglesia donde su madre solía llevarle a adorar a un gigantesco San Pedro, del que recuerda perfectamente que su dedo grueso del pie, por los besos en él depositados por millares y millares de generaciones, había quedado más pequeño que el dedo meñique. Recuerda Nápoles con sus paisajes sonrientes y con su inmensa bahía, tan poética, el mar, el palacio donde vivía su padre y donde él pasaba su vida en el mayor de los placeres: sin maestros, sin lecciones, correteando y jugueteando libremente en medio de la naturaleza.

La ida de Bonaparte a España originó un nuevo viaje de Víctor Hugo y un nuevo regreso a París.

Decía yo hace un momento que se comprende hayan nacido en la época de la infancia de Víctor Hugo, hombres de cerebros extraordinarios, porque los sucesos de aquel período histórico no pueden considerarse comunes.

La infancia de Víctor Hugo abunda también en sucesos extraordinarios. Madame Hugo, al trasladarse a París, habitó un convento, donde no estaba sola con sus hijos. En la sacristía conventual habitaba un señor que vivía misteriosamente allí, sin salir nunca. Víctor Hugo se encuentra siempre durante sus juegos con aquel señor, que con sus brazos fuertes de soldado lo echa en alto y lo baraja en el aire. Su madre le dice: «Es tu padrino». Cuando Víctor quiere que lo lleve a la calle, su padrino se niega. El niño ama a ese hombre de guerra, de tez cobriza y ademanes resueltos. Un día mientras la generala Hugo come con sus hijos, entran unos hombres, preguntan por el general Lahorí, y el padrino de Víctor, dice: «Yo soy», y se entrega. Este general, compañero de armas del padre de Víctor Hugo, cuya sonrisa constituía su encanto en su retiro, era considerado como un criminal, porque conspiró contra Napoleón. Después de salir del convento el general Lahorí, Víctor ya no lo vio más. Al día siguiente un tiro hacía caer en la muerte al pobre recluido, dejando una impresión imborrable en el ánimo del niño.

Inolvidable recuerdo dejó también en Hugo el pueblo de Hernán, que vio por primera vez al viajar con su madre por España, y cuyo nombre dio por título después a su primer drama. Recorriendo Burgos, le impresiona la catedral, y esa especie de bufón que sirve para indicar las horas, denominado vulgarmente el Papamoscas. Quizá ese simple espectáculo le reveló la idea de lo grotesco, que une en sus obras tan frecuentemente a lo majestuoso y lo dramático, la conjunción de lo ridículo y lo sublime, y de ahí surgió su teoría del romanticismo.

Establecida su familia en Madrid, se vio sometido a férrea disciplina por su padre, quien lo hizo ingresar en el célebre Seminario de Nobles. Allí él y sus dos hermanos eran los únicos franceses. Los demás, españoles, que por cobardía o por afrancesamiento resultaban partidarios del rey intruso, de José Bonaparte.

Y en ese colegio Víctor empezó sus estudios de latín y de literatura española, con dos curas, sus maestros, don Basilio, alegre y grueso; y don Manuel, seco y huesudo que muerda con cariño en sus *Memorias*.

La vida era difícil en aquella época agitada, y no se podía salir a la calle sin tropezarse con soldados y correr peligro en las guerrillas.

El rey intruso creía que solo se contentaba al pueblo español con la diversión de las corridas de toros.

Y se daba entonces el caso de que a aquellas corridas nadie concurriese y que los granaderos saliesen por la calle de Alcalá a objeto de llevar con el empuje de sus bayonetas a los transeúntes que encontraban, hasta el interior de las desiertas plazas de toros. Por complacer a aquel pueblo, que creía inmensamente católico, Bonaparte fingió hacerse católico; cuando llegó a su palacio en Madrid, fatigado por el viaje, los palaciegos se apresuraron a ofrecerle sus servicios. «¿Desea refrescar su majestad? ¿Desea cambiar ropas? ¿Desea descansar?» Y Bonaparte contestó: “No. Lo que deseo y lo que necesito es oír una misa...” Bonaparte había olvidado que eran las cuatro de la tarde.

Esta vida de la Francia dentro de la España era insostenible, y en previsión de mayores accidentes, el general Hugo envió a su esposa y a su hijo a París en un largo y pesado convoy que fue saludado con los primeros tiros de fusiles de las guerrillas españolas.

A la llegada a París nuevos sucesos se desarrollan, sucesos que influyen poderosamente en el ánimo del joven Víctor. Un día, al despertarse, escucha algo como truenos, y al ver que el cielo estaba claro y límpido interroga. Se le dice entonces que aquellos truenos no son sino el cañoneo de los aliados, que están ya las puertas de París.

Desde ese momento, un nuevo cambio se produce en la familia Hugo. La madre, fervorosa, realista, que hasta entonces había transigido, se muestra tal como es, con sus ideas de antes, y ante esta oposición en la manera de apreciar las cosas, el matrimonio se disuelve, por separación de los cónyuges. Cuando se habla al general Hugo de los ideales que su hijo sustentará, dice que «mientras sea chico, pensará como su madre; cuando sea hombre, pensará como yo».

En un colegio de París es donde Víctor Hugo, por vez primera, sintió necesidad de escribir, de trasladar al papel sus pensamientos y sus impresiones. Ni Víctor Hugo sabe en qué momento le ocurrió aquello, ni ningún poeta recuerda el primer instante en que sintió la necesidad de ser poeta. Lo cierto es que un día asombró a sus maestros cuando estos leyeron en la primera página de uno de sus cuadernos de deberes, esta frase: «Seré Chateaubriand o no seré nada».

Un día, la fila de los alumnos del colegio donde el joven Hugo se educaba, iba marchando por la calle. Hugo, al lado de un modesto pasante, conversaba de sus sueños juveniles. Manifestábale que tenía unos versos escritos y que sabía que la Academia tenía destinado un premio para la mejor composición poética que le presentasen, y quería saber cómo debería hacer para presentar los suyos al seno de la docta corporación.

De pronto la fila de los alumnos pasa por el edificio ocupado por la Academia. Víctor Hugo, acompañado del pasante, penetran al interior de ella, saludando gravemente a los porteros, a quienes toma por académicos. Después de una peregrinación por el edificio, logra entregar al secretario de la corporación aquellos versos, que no fueron premiados con el primer premio, porque se creyó que lo que se decía acerca de que eran escritos por un joven de 15 años era una broma de mal gusto. Por eso solo se le dio una mención. Tuvo, pues, así Víctor Hugo en estas circunstancias su primer momento de gloria y su primera iniciación en la fama.

La historia literaria de Víctor Hugo empieza después de muerto su padre, al encontrarse huérfano y en la mayor pobreza.

Muchos de ustedes habrán leído *Los miserables*. Allí Maro, el joven soñador que arrojado de su casa va a vivir en una triste bohardilla, preocupado siempre de hacer imposibles economías para subsistir, es en este último aspecto un trasunto del propio Víctor Hugo, que, falto de dinero, habitaba una bohardilla de la calle del Dragón. En esa época, un día, su hermano Abel, militar y de algunos recursos más que él, le hace publicar sus *Orientales*. El papel del folleto, de tan rústico, era casi negro, y en la carátula un vaso con una serpiente, en símbolo de la Envidia, parecía más bien un mortero emblemático de botica.

El editor fijó el precio del libro en francos 3,50.

Quedábase con los 3 francos, y daba los 50 céntimos a Víctor Hugo. Así es que cuando el poeta consiguió 750 francos como importe de sus versos se creyó con una fortuna.

Y le ocurrió algo más halagador. Acabada de imprimir la obra, pasó frente a una librería un viejecito, lector del reino, lector de Luis XVIII, y compró ese libro por no saber cuál comprar. El rey miró el libro,

impresionándose mal por su aspecto, y al oír su lectura se embelesó, hízose repetir estrofas que le deslumbraban y averiguando quién era su autor premió a Víctor Hugo con una pensión de 1000 francos por año.

El gran poeta pensó que era la ocasión de casarse con Adela, hija de un antiguo amigo de su padre y a quien amaba desde sus primeros años. Víctor Hugo era una excepción en la historia literaria, también porque fue el más pudibundo de los escritores, en su vida privada. Llegó al matrimonio con la castidad de la infancia.

Corrían entre tanto los tiempos en que una nueva literatura chocaba con la fuerza de una catapulta contra la escuela literaria clásica. Surgía el Romanticismo, que era, en realidad, la manifestación predecesora del naturalismo. Surgía cuando en la novela y el teatro, los personajes hablaban un lenguaje afectado, se olvidaba el paisaje y el medio ambiente. Surgía y necesitaba un caudillo. Víctor Hugo lo fue. Púsose al frente de la nueva legión del ideal, y se destacó como la primera figura literaria de Francia.

La cuna, el nacimiento en las letras de Víctor Hugo, fue el estreno de su drama *Hernani* y el de *Marion de Lorme*.

El rey, al conocer este drama, lo prohibió, ofreciendo al autor una pensión de 4000 en vez de 1000 francos. Hugo no quiso aceptar y escribió *Hernani*.

Bueno es recordar que la juventud republicana había repudiado al gran poeta desde que publicó su «Oda a la columna Vendôme, y que en la prensa liberal, todos eran defensores del clasicismo y protestaban de los jóvenes escritores que pretendían destrozarse todos los moldes ya consagrados.

Antes del estreno de *Hernani* ya el público parisiense burlábase de Ruy Gómez, la escena de los retratos, Carlos V, y los amores de doña Sol. El ambiente era contrario, y así, en medio de esta situación, surgió el romanticismo, primer vagido, como decía, de la escuela naturalista.

Víctor Hugo puso en escena su drama en el teatro francés por exigencia de sus amigos, pero teniendo en su contra a todo París, acaso porque en su favor tenía a todos los melencólicos, las hordas salvajes del romanticismo. Antes de la representación, compró unos pliegos de papel

rosado, los dividió en pequeños trozos, e hizo en cada uno de ellos estampar la palabra «Hierro».

Cada una de estas tarjetas sirvió de contraseña.

Aquel día del estreno, la calle de Richelieu presentaba un rarísimo aspecto. Por ella venían en pintoresco desfile los jóvenes románticos, pintores, literatos, escultores, artistas, con extraños trajes: calzones cortos, chalecos verdes de terciopelo, que llegan hasta las rodillas, casacas galoneadas de múltiples colores, grandes chambergos, grandes melenas. Eran los partidarios de Víctor Hugo, que llegaban al teatro con una notoria anticipación de varias horas, de seis a siete.

Entre ellos estaba Berlioz, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier y otros; tantos, cuyos nombres más tarde se pronunciaron rodeados de respeto. El grupo no podía ser más exótico y pintoresco. Los comerciantes decían que aquello perjudicaba sus intereses y de más de un balcón empezaron a tirarles cosas. A Honorato de Balzac un troncho de col le derribó la gigantesca galera de pelo.

Mucho antes de la hora anunciada, por exigencias de aquella turba que grita y gesticula, se abren las puertas del teatro y la horda de salvajes literarios penetra al recinto oscuro. Como falta mucho tiempo, se entretienen. Unos leen versos, otros declaman, otros cantan, otros dicen discursos. Suenan aplausos y risas; y finalmente, de debajo de sus capas y de sus blusas, sacan alimentos, que se ponen a comer.

Después de comerlos, ponen el teatro a la miseria; provocando la justa indignación de los concurrentes.

Se levanta el telón. Medio público rabia por aplaudir, y el otro medio por silbar. En un palco unas señoras ríen de los versos que doña Sol recita, y Gautier, con su enorme chaleco de fantásticos colores, se pone de pie sobre una silla, interrumpe totalmente la representación y le dice:

—¡Señora, hace usted muy mal en reír, porque tiene unos dientes muy feos!

Así siguió la representación de *Hernani*. Cada escena provocaba una ovación y una silbatina. Víctor Hugo, impasible, con su serenidad habitual, permanecía entre bastidores. Al acto cuarto, un editor, Boutel, le llamó aparte para comprarle el drama. Víctor Hugo se negó, insistiendo el editor, que le dijo:

—No me conviene que termine la representación sin haber hecho el contrato. Si ahora le ofrezco 6000 francos, al final, con el éxito de la obra, tendré que ofrecerle 8000.

Ante la insistencia, Víctor Hugo vendió su obra en 6000 francos. Aquel día había salido de su casa con una moneda de 5.

El estreno de *Hernani* fue un gran triunfo del romanticismo, aunque así no lo reconociera la prensa. Y originó polémicas y hasta incidentes sangrientos. En Burdeos, un teniente de dragones moría atravesado por una estocada, al batirse por *Hernani*, y dejó ordenado que se le enterrase con esta inscripción en su tumba: “Aquí yace uno que fue admirador de Víctor Hugo».

Pero nada halagó más al genio naciente que una carta de Chateaubriand, en que, felicitándole por su éxito, decíale: «He asistido a la representación de *Hernani*, y os saludo emocionado. Yo me voy; vos venís. La gloria del joven poeta debe velar por la de los muertos». Víctor Hugo consideraba esa carta como una parte de inmortalidad.

Al día siguiente de *Hernani*, Víctor Hugo sufrió una gran contrariedad. Estaba durmiendo aún cuando entró a su habitación el dueño de la casa que alquilaba.

—Yo estoy contento de ustedes —dijo al poeta y Adeta—. Son un matrimonio modelo. Pero el señor la funesta costumbre de escribir dramas, y se junta con mala gente, de cabellos largos, que no son electores, ni políticos, ni nada, sino una gente incivil y sucia... En fin, deben ustedes buscar otro domicilio.

Y Víctor Hugo se mudó del Barrio Latino a los Campos Elíseos, a un pequeño hotel rodeado de labrantíos.

La mudanza le ocasionó trastornos, pero aún ocurriole otra calamidad.

Entre los que fueron a felicitarle, en su ausencia, su esposa no se fijó en un hombre que estaba allí sentado, escuchando.

Contó entonces la esposa cómo había vendido Víctor Hugo su drama al editor Boutell. Al oír esto, el hombre aquel se levantó indignado: era el editor Chaussellet, primer editor de Víctor Hugo, que no pudo disimular su rabia y su envidia. Desde entonces, el autor de *Hernani* se acarrió todo el odio de este editor.

Boutell, en anteriores circunstancias, le había prestado a Hugo una pequeña cantidad de dinero a cambio de una novela, que este le prometió escribir. Le escribió, pues, exigiéndole que le entregase sus trabajos, y Víctor Hugo, como el forzado que arrastra su cadena pesadamente y dolorosamente, empezó a escribir su obra para cumplir aquel compromiso.

Aquella obra fue *Nuestra Señora de París*.

Cuando se dispuso a escribirla, compró una gran botella de tinta, y es curioso hacer notar cómo al terminarse la última gota de aquella botella, terminaba Hugo de escribir su última cuartilla. Trabajó de una manera inaudita, vestido con algo parecido a un hábito, escondiendo las ropas para evitar toda tentación, y escribía desde las 7 de la mañana a las 12, desde la una de la tarde hasta las 8, y desde las 9 hasta la una de la mañana. Al principio, escribió con pena y casi con disgusto: luego, poco a poco, se entusiasmó y vació en aquellas cuartillas lo mejor de su espíritu. Y más de una vez tuvo que abrir las persianas de su cuarto, porque, a pesar de estar en pleno invierno, necesitaba que una racha de aire frío acariciase su febriciente cabeza. Cuando la terminó, la entregó a su editor, el cual tenía como esposa a una mujer marisabidilla quien declaró que aquella obra era la peor. El público la conoce...y sabe que fue la mejor.

Es conmovedor ver cómo Víctor Hugo conoce ya profundamente el corazón de la mujer. Así su Esmeralda, en la novela *Nuestra Señora de París* prefiere al poeta Gringoire, de triste aspecto, el capitán Febo, se decide por él y va hacia la belleza exterior y no hacia la del alma, como va Marte hacia Venus, como se prefiere en la vida todo lo que brilla aparentemente.

Después de *Nuestra Señora de París*, Víctor Hugo no escribió otras novelas anunciadas, y se engolfó en el drama, produciendo *El rey se divierte*, para el cual tomó de modelo a cierto jorobado que conociera en el Seminario de Nobles.

Al estreno de este y los demás dramas, no existían ya las «tribus salvajes del romanticismo», pues el movimiento de esta nueva escuela duró solo algunos años. El mismo Víctor Hugo desesperaba a sus entusiastas, porque nada había en su traje que los distinguiera de los demás hombres, vestido como iba, de levita y corbata negra. Realmente el escritor, el artista, debe distinguirse de los demás por las manifestaciones

de su talento pero no por una corbata, un sombrero o unos pantalones. El artista debe vivir en comunicación con la humanidad, sin ambicionar más privilegios que el de la gloria. Eso es ya bastante. El arte es adorno de la vida, pero no toda la vida, y en el gran mecanismo de la sociedad, todos sus rodajes son útiles, lo mismo el gran artista que el humilde labrador. Es inútil querer dividirse en castas y razas, y el artista no puede exigir por el solo hecho de considerarse artista que la sociedad lo proteja aunque no trabaje.

El artista no debe, pues, exteriorizar ridículas vanidades, sino procurar igualarse a los demás hombres.

Así, Víctor Hugo parecía un buen burgués, de buena vida burguesa.

Donde comienza la división es en la vida privada. El artista no tiene la inteligencia como los demás. Él creó cosas que los otros no ven y por eso su vida íntima no pudo ser como la vida íntima de los demás. La vida de aquel señor correcto no era como la vida de los demás señores correctos. La vida de Víctor Hugo tiene una seria irregularidad. Antes de decirla, he vacilado por el lógico temor de desentonar y ofender castos oídos. Pero creo necesario decirlo porque de otro modo no sería completo el estudio que de esta personalidad hago.

A Víctor Hugo le sucedió que amaba a su esposa, pero como llevaba el demonio de la imaginación en su cabeza de gran novelista—el amor al desorden que suele ser la alegría de la vida—, un día en el estreno de su *Lucrecia Borgia* se enamoró de una actriz, de una partiquina, la Duhet, que era muy bella y se unió a ella.

En su hogar sucedió otro cambio que la historia literaria, muy cruel a veces, ha revelado. La señora de Víctor Hugo aplicó a su esposo la pena del Talió, y se unió a Saint Beuve, otro escritor célebre.

Así mientras Mme. Hugo vivía en otro hogar con sus hijos, Víctor Hugo vivía con la Duhet.

Y sucedió que un día, invitado a una comida por el editor Ezzell, Víctor Hugo no quiso ir sin su amante. Y fue la esposa del gran escritor quien aceptó que su gran hijo fuera con la actriz, aunque Mme. Hugo era como una reina que llevaba dignamente el peso de los laureles conquistados por su ilustre esposo. Recibió a la Duhet con indiferencia,

pero esta, le ofreció un brindis con su copa mirándola como diciéndole: «Perdón. No tengo la culpa. Fue él..., fue el amor, que es así».

Y Mme. Hugo parecía contestarle: «Cuida del poeta, piensa que es el gran maestro que debemos conservar para gloria de Francia».

Y lo que es el destino: Mme. Hugo la esposa legítima, murió joven, como al peso de la gloria que llevaba, y la amante vivió hasta los últimos años, al lado del poeta, y todos recuerdan a esta pareja de viejecitos, a Víctor Hugo apoyado en el hombro de su anciana compañera, como representando la antigua fábula de Filemón y Bausis. Los dos llegaron al término de la vida acompañados del amor, que suele perdurar, porque el cuerpo flaquea vencido por el tiempo, pero el espíritu, permanece activo, y parece exclamar: ¡Siempre! ¡Siempre!... ¡Siempre!

No escribió Víctor Hugo otra novela hasta veintisiete años después. Aquella novela fue *Los miserables*, leída seguramente por todos los que en este momento me escuchan, razón por la que no he de detenerme en su análisis.

Víctor Hugo hablaba siempre en forma apocalíptica, como decían sus enemigos. Era en la vida práctica, un notable exagerador de la verdad. Una anécdota, entre las muchas que se conocen a este respecto, probará la verdad de este aserto.

El 2 de diciembre de 1851 se producía en París un movimiento revolucionario, del que milagrosamente escapó Hugo. Huyendo de París en un ómnibus, se le acercó el conde Carini, un noble italiano aventurero que ofrecía su espada allí donde había guerras o peleas. Carini se unió a Hugo en el ómnibus, en circunstancias en que un regimiento, con su general a la cabeza, pasaba por la proximidad del lugar. Indignado el noble italiano, sacó la cabeza y prorrumpió en una serie de insultos contra los soldados. Hugo cobró un miedo tal, que se hincó de rodillas y comenzó a tirarle de la levita para que cesara en sus insultos.

Muchos años después, Hugo y Carini se encontraron. Después de un rato de conversación, dirigiéndose a sus amigos, Hugo comenzó a hablar así:

—En verdad os digo que el valor cívico es mayor que el guerrero. Una vez en París, nosotros, el conde Carini y yo, nos pusimos a insultar a

un regimiento y... —narró íntegra toda la aventura, en la que solo Carini tuvo rol de protagonista.

Veinte años después, Víctor Hugo y Carini vuelven a encontrarse. Después de un rato de conversación, Hugo se dirige a sus amigos y dice:

—En verdad os digo que el valor cívico es mayor que el guerrero. Una vez en París me puse a insultar a un regimiento, y por cierto que usted, amigo Carini, se hincó de rodillas y me tiró de la levita...

Cómo se hace una novela: Emilio Zola
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 26-6-1909)²³

Señoras y señores: Truncaría mi última exposición si no os hablara de Víctor Hugo en Guernsey y de la más gigantesca de sus obras.

Quedábamos anteayer en el momento que Víctor Hugo, caída la segunda República francesa, proclamada en 1848, iba a emprender el camino hacia el destierro.

Sigámosle.

Una tarde tempestuosa desembarcaban en la Isla de Guernsey dos desterrados, fugitivos, sin patria en el mundo: Víctor Hugo y su hijo... Ocuparon una casa vieja, triste, lóbrega, a orillas del océano. Según refiere el gran poeta, su primera impresión al verla, fue de fatalidad, de que era digna de su destino. Por las pequeñas ventanas apenas se deslizaba la luz en las habitaciones ensombrecidas, que acumulaban en los rincones obscuridades simbólicas de la melancolía de los expatriados.

Víctor Hugo, al sentarse al resplandor de la lámpara, en el estrecho comedor, con la única compañía de su hijo, le preguntó:

—¿En esta destierro, que se va a prolongar, quién sabe cuántos años, tú qué vas a hacer?

—Traduciré a Shakespeare. ¿Y tú, padre?

—¿Yo? Algo semejante. Me entretendré en contemplar el océano, inmenso, como el genio de Shakespeare.

Ninguna ocupación más singularmente propia para el genio. Pero como el hombre no vive sólo de la contemplación, por más elevada que esta sea, porque tiene también necesidades materiales y que atender a su subsistencia; como Víctor Hugo estaba pobre, sus libros de versos ya se conocían de memoria en Francia y sus dramas ya no se representaban, y eran los de un proscrito, necesitaba trabajar, en esa oceánica soledad de su destierro. En el equipaje, entre apuntaciones para sus poemas y bocetos de nuevas producciones, tenía un legajo de papeles azulados por los años, y con letra breve, de sus primeras épocas literarias, diferente a los grandes rasgos de su edad mayor. Ese legajo eran *Las miserias*, un

²³ *El Pueblo*, 31-7 y 1 y 2-8-1909; *El Progreso* [Santa Cruz de Tenerife], 9-8-1909.

boceto de *Los miserables*, muy distinto a la novela de este título que todos conocemos.

Datiervo. Vida Gueneroy. Dos Mirevalles. En
fluencia Balzac (1)

Como los escribió. ^{Favó} Antiquo original vehuelo,
9 mes. Waterloo. Manera de avoglar tratos,
Michel Tracvois

Después otras novelas Datiervo. Todas vocematias
Microscopio. Esa naturalismo pero agrandado. Ade
mas aparece siempre el autor.

En día Eterna antitéis. Hasta entiero

En día plena gloria artículo Zola. Dos que
vienen segundo.

Origenes de Zola. Internacionalismo

Su juventud pesosa. Suspensa literaturava.
Vida de novo

Su inovacion literaria. ^{Definicion de la novela.} El naturalismo que
no es mas que el romanticismo ~~redon~~ ^{redondeado} ^{con} ^{superioridad} ^{del} ^{autor}
Influencia del medio sobre el hombre.

Como escribian Balzac ^{inventaban} y Victor Hugo. ^{Como} Zola (2)

~~Lo mas guiado por libros e impresion. Zola por natural. Su~~
~~Historia algunos de sus libros~~

Escapaciones zefe escuela.

Puera de su vida. Su mujer. Mujeres francesas.

En medio tranquilidad llega asunto Dreyfus,
Caribales. Se mujer Mora

Como le conoci. Como era físicamente. ^(Cervotivite)
Como vivia. Mobiliano romantico. Ida a Medau basso. En renova

Su muerte.

H

Las miserias habían sido escritas en 1846, antes de la segunda República, cuando Hugo era par del reino; y después de cinco años, al querer publicar esa novela, su autor encontró que no reflejaba sus ideas y sentimientos. Ya en la época del destierro, el monárquico liberal de hacía un lustro, habíase convertido en republicano y sin prejuicios de casta, miraba a la humanidad de su altura olímpica y a la vez melancólica, con un amor lleno de generosidad, que no hubiera sospechado antes. Así, transformando su primera obra, de *Las miserias* hizo, muy diversamente, *Los miserables*, que las discusiones de la crítica impusieron en Francia como una novela sublime, casi a la fuerza, pero en que no todo es de Víctor Hugo, y se percibe que Balzac es el maestro. Víctor Hugo es allí el discípulo, el imitador; pero como puede serlo el genio, superando quizás al modelo,

Un crítico, André Lebreton —y esto me excusa de comentario— dice: «*Los miserables* son, cual la *Comedia humana*, la historia de la vida de Francia en la primera mitad del siglo XIX. Reflejan el imperio, la restauración y la monarquía de Julio, al morir la sociedad del antiguo régimen, y el nacimiento de la nueva democracia. Aunque *Los miserables* no están hechos a la manera de la *Comedia humana*, son como su resumen. Todo está, hasta la batalla de Waterloo, cuya descripción prometiera Balzac y que no llegó a escribirla. Jean Valjean tiene algo de Bautreil y Ferravoud; Marius, que en su pobreza consigue equilibrar su presupuesto particular en 500 francos anuales; Marius, con sus pensamientos a Cossette, en aquel capítulo «Un corazón bajo una piedra», recuerdan al joven enamorado que Balzac nos presenta en su obra *La piel de zapa*. El anciano Guillernormand es reflejo del viejo Gaulois, y el pilluelo Gravoche es retrato de Nepomuceno, descriptos por Balzac. Lo mismo sucede con el pesquisista Javer, y con la boardilla, que recuerda el antro de los 13 y el rapto de la duquesa, trazados por Balzac. Sólo que, como ha dicho, Víctor Hugo imitó como puede imitar un genio. Y así, Balzac entrevió durante toda su vida *Los miserables*, pero solamente Hugo pudo describirlos. Y la verdadera grandeza de esta obra está en el evangelio de amor por los humildes, que palpita en la suprema poesía de sus páginas. El genio transforma todo lo que toca, y así Víctor Hugo, como Shakespeare, como unos magos, convierten hasta el barro en diamantes.»

Es curioso cómo trabaja Víctor Hugo en su destierro. En su casa vetusta, construyó una atalaya de cristales, desde la cual dominaba el océano, y en que reverberaba el sol y rugía la tempestad. Distraía el vuelo de las gaviotas. Había adquirido la costumbre de escribir de pie, frente a un alto pupitre, y así pasaba escribiendo durante todo el día, y al fatigarse, se paseaba.

Hugo empleó nueve meses en escribir *Los miserables*, durante algunos de los cuales salió de Guernsey para irse a los campos de Bélgica, a ver el lugar de la batalla de Waterloo, donde pasó sesenta días.

Víctor Hugo se paseaba allí, como interrogando a los profundos barrancos y las altas colinas, hablando solo, figurándose que veía al águila, a Napoleón, con su ancha frente y ceño torvo, que le daba tan genial majestad. Veíale con su uniforme sobre su jaca blanca, pasando al través de la batalla; veíale meditando frente al ocaso, en aquellas horas en que estaba indeciso el porvenir de Europa; veía los regimientos de cascos rojos de los ingleses, y los escuadrones del gran capitán, y veía los cuadros de horror del choque entre los soldados y generales de Napoleón y los de Wellington, y la espantosa confusión de la derrota: el momento en que los coraceros franceses arremetían sobre los ingleses, y caían en los hondos barrancos, pasando los vivos sobre los muertos, en una masa en que se agitaban cabezas, brazos humanos y cuerpos y patas de caballos... Veía a Cambronne exclamando su palabra sublime e irrepetible, y a Napoleón, desesperado, lanzándose, deseoso de perecer, entre las filas enemigas.

Entretanto, toda Europa esperaba la obra que anunciara Víctor Hugo, y un editor, Michel Lacroix, que entre la gloria y el comercio, había preferido humildemente a este, aunque no tenía a la sazón, sino el dinero indispensable para el viaje, desembarcaba un día en Guernsey y proponía al gran novelista comprarle *Los miserables*.

Víctor Hugo era un hombre práctico, y lo que más asombraba en él es que cuando se trataba de ganar dinero, también era admirable. Sus contratos asombraban a los abogados. Él nunca salía perdidioso, sino, en todo caso, el editor.

Víctor Hugo fue en realidad, un autor rico. Supo con sus obras redondearse una fortuna real y positiva. Cuando le sorprende la muerte

entrega a sus herederos tres millones de francos magníficamente colocados en negocios seguros.

Cuando llegó hasta él Lacroix con sus entusiasmos de sincero admirador y sus sueños de grande futuro editor, se encontró con un Hugo que le imponía condiciones precisas para la entrega de su trabajo. Exigía trescientos mil francos pagaderos en tres cuotas de cien mil francos, inmediatamente de ser entregadas cada una de las tres partes que comprendían su novela.

Michel Lacroix, a pesar de no tener un céntimo, apenas escuchaba aquellas condiciones. Miraba un montón de cuartillas sobre una mesa. Era el manuscrito de los primeros libros de *Los miserables*. Se sentía atraído. Sentía impulsión por leerlas. Y cuando extendió sus manos para tomarlas y leer aunque mal no fuera sino algunas frases, las frases de introducción de aquella obra después gloriosa, Hugo se lo impidió.

—Sí, yo acepto todo cuanto usted exige, pero permítame que conozca los originales... Deseo saber lo que compro —dijo Lacroix.

Entonces Hugo en uno de sus arranques olímpicos que siempre lo acompañaban en su peregrinación de un dios por la tierra, le observó:

—Lo de menos es la mercancía. Lo más importante es la etiqueta. Si esas cuartillas en lugar de estar escritas, llenas de ideas, estuvieran en blanco, bastaría que sobre ellas se leyera *Los miserables* de Víctor Hugo, para que usted vendiera a millares de ejemplares mi libro.

Lacroix aceptó las condiciones. No tenía un mal franco de capital, pero nada le importaba. Sabía que le bastaba decir «soy dueño de *Los miserables*», para encontrar dinero. Y así fue. Un banquero le adelantó los fondos necesarios.

Una de las escenas más cómicas, señoras y señores, que ofrece la historia de cómo vio la luz pública esa epopeya sentimental, verdadera explosión de imágenes, enorme serie de capítulos soberbios, nos la ofrece Lacroix cuando llevando consigo cien mil francos se embarca para la isla de Guernsey para recoger la primera parte de la novela. El mismo editor nos la relata con minuciosidad de detalles en sus *Memorias*. Llevaba el dinero en una bandolera. Ni por un momento le quitaba la mano de encima, como temiendo se le esfumara. Suba a bordo de una embarcación de poco orden y el dinero le sirve de almohada. No respira tranquilo sino

cuando teniendo bajo su brazo las cuartillas codiciadas ofrece a Hugo el fajo de billetes, y el poeta con un ademán de Jehová, a quien no lo preocupan las cosas terrenas, lo recoge satisfecho.

Lacroix fue gracias a *Los miserables*, durante 20 años, el editor más grande de Europa. Se enriquece rápidamente, y de sus almacenes salen a millares obras que llevan a todas partes las arrogancias del espíritu francés. Hugo continúa en el destierro escribiendo. La pluma burila *El noventa y tres*, *El hombre que ríe*, obras que como sus novelas anteriores se caracterizan por una cualidad esencialmente hugoliana. Hugo escribe novelas que llamaríamos poemáticas. Su vista era una vista microscópica; aclararé mi pensamiento diciendo era una vista que agrandaba las cosas. Así, en las páginas de Hugo un infusorio aparece como un gigante, una barricada toma los contornos de toda una epopeya, un conflicto de conciencia es magnífica, toma líneas infinitas en ese capítulo que se intitula: «Una tempestad bajo un cráneo»; sus personajes más insignificantes hablan como filósofos, manejan frases perfectas. Juegan con las ideas. Sin embargo, ellas acusan un indiscutible progreso. En sus novelas se estudia, se reviva el ambiente. Sólo que el autor es demasiado grande y nunca abandona la escena. Le ocurre algo semejante a maese Pedro el del retablo de que so habla en el *Quijote* y que siempre está moviendo sus personajes.

El arte principal de Hugo fue la de la antítesis, es la eterna antítesis. Toda su labor se explica por aquella escena de la niñez, cuando el hijo del general Hugo entra en la catedral de Burgos y nota el contraste que con aquellas naves, soberbias, aquellos cristos sanguinolentos, aquel silencio que pesa en las almas, aquellos altares donde brilla el oro, hace ese tipo de alegría grotesca que el vulgo ha denominado «el papamoscas».

Hugo es esa escena siempre renovada. Su «yo» en todas partes se denuncia. Cuando habla de la luz, habla también de la negrura de las sombras, cuando alcanza el cielo, no olvida de abandonarse en el infierno. Recordemos a su Fantina, meretriz, pero virtuosa; el abuelo de Mario, un mal carácter, pero un hombre bueno; Jean Valjean, un presidiario que llega a encarnar el tipo del justo. Y otra antítesis. La última y la más perfecta. Cuando se acercan sus últimos momentos, el gran poeta que sabe su muerte será un duelo nacional, cuando sin orgullos vanos podía

estar convencido de que su patria dolorida concurrirá por millares de sus hijos a despedir sus restos, resuelve que su cadáver sea conducido en el carro fúnebre de los pobres, para que así lucieran mejor en el conjunto la humildad del vehículo y lo soberbio del espectáculo.

Y bien, señores, un día, cuando Hugo se hallaba en la plenitud de su gloria, cuando era una especie de semidiós, el representante más alto de la mentalidad democrática europea, un sumo pontífice de la literatura, cuando de su capilla eran fieles adoradores espíritus cultos que recogían con fervor religioso sus palabras y comentaban sus frases más banales como si fueran pensamientos profundos, como un trueno irreverente que interrumpiera aquel oficio sagrado, un escritor audaz, irreverente, lanzaba un libro en el que le discutía como poeta, le atacaba como novelista y le negaba como político. Era un libro iconoclasta. Estaba destinado a llamar la atención de su autor, un casi desconocido que había escrito dos o tres novelas sin haber logrado convencer al público. Este rebelde, este gran rebelde se llamaba Emilio Zola.

Esta manera de empezar su literatura, señoras y señores, no tiene nada de extraordinario, si a la vida se la respeta midiéndola en su concepto real. Yo tengo —y discúlpeme esta cita personal— una novela, *Sangre y arena*, en la que aparece un matador de toros, un alma ruda, pero ambiciosa de halagos populares. Alguien una vez le pregunta si le causan miedo los toros, y contesta:

—No, los toros, no. Los que me infunden miedo son los toreros jóvenes, los que se inician, los que tienen necesidad de asegurarse su carrera.

En literatura ocurre lo mismo. No es la crítica la que nos atemoriza. Una vez que el público, siempre justo en el fondo, lee nuestras obras. Los que nos dan cuidados son los principiantes, los que tiene el empuje de la juventud. En literatura ocurre como si fuéramos ya en una barca propia, navegando seguros, y otros sin poseer aún una embarcación se agitan en las aguas. Son los «tiburones», los que nos amenazan y al mismo tiempo nos impulsan. Pasó mi juventud sin ser viejo todavía. Fui «tiburón» también. Cuando somos desconocidos nos parece afirmamos nuestras fuerzas atacando a los maestros, deseándoles un mal rato. Complace el combatir contra los que se hallan en las alturas. Este fue el acto de Zola.

Atacó al dios de las letras de una época. Un acto natural, lógico. Y creedlo —no soy un maestro—, cuando nos ataca un «tiburón» en el fondo, sentimos simpatías, porque nos indica que quien lo hace nos quiere bien. Son como aquellos que hablan empeñosamente mal de una mujer, y lo hacen porque ella no les cedió lo que pretendían. Lo que sí nos duele cuando un igual nos combate es porque en el ataque hay por lo común una dosis de envidia...

Vamos a hablar de Zola, señoras y señores. El padre de Zola no era francés. Francisco Zola nació a fines del siglo XVIII, en Venecia. Teniente de artillería en los ejércitos de Napoleón, conoció parte de la campaña heroica. Después de la guerra se hace ingeniero. Torna al ejército como oficial de la Legión Extranjera que maniobra en Argelia. Vuelve a Francia. Se establece en Marsella. Concibe el proyecto de canalizar un río de los alrededores. Se dirige a París buscando del Gobierno le autorice la concesión. En París se enamora de una mujer que tiene sangre griega en las venas. Se casa con ella. Obtiene del Gobierno lo que ambiciona. Y cuando de nuevo en Marsella se pone a la obra, la intrusa lo arrebató. Deja un hijo: Emilio. Este origen cosmopolita fue invocado por algunos franceses contra Zola. Porque de sus dos padres y cuatro abuelos, sólo tres eran franceses; patrioterios estrechos afirmaban que Zola no pertenecía a Francia. Con ese estrecho ni Renan ni Eliseo Reclus ni el mismo Hugo sería francés. Hugo, por su énfasis, su solemnidad caballeresca, su retórica, es castellano. Los escritores lumineros no son de patria alguna. Son universales. Y cuando Maurice Barrés le decía a Zola que no era francés, porque a pesar de haber vivido en un ambiente, no lo comprendía, debemos reconocer que si ser francés es vivir del bulevar, ser frívolo, ser superficialmente espiritual, los escritores de Francia se llaman Henri Lavedan, Marcel Prevost, Paul Bourget. Zola amaba demasiado los hombres y su patria para conformarse en la fabricación de sonrisas, él que tenía las fuerzas para mover un mundo...

La juventud de Zola es una historia triste. Es la historia del pobre de talento y sin protectores. La madre, al quedar viuda, contaba con algunos fondos, y con ellos trasladose a París para internar a su hijo en un colegio. Soñaba llegara a ser abogado, y así, con su título, tener seguridades de triunfo en la lucha por la vida. Pero el joven Zola era un visionario. Fue un

mal estudiante. En lugar de atender a sus profesores, se entretenía en hacer versos y más versos. En el examen que rinde para graduarse de bachiller, vio cortadas las ambiciones de su progenitora. En historia natural, matemáticas y geografía, respondió bien. Zola tenía gran cariño por las ciencias, lo que después justificó con los Rougon Macquart. Pero en literatura fueron sus respuestas insuficientes. Le preguntó la mesa examinadora la fecha de la muerte de Carlomagno, y Zola fijó una fecha equivocada en 500 años. Hacia morir a Carlomagno bajo el reinado de Francisco I. Le dieron una fábula de La Fontaine para que la interpretara, y Zola, romántico, interpretó aquel trozo maestro en una forma tal que indignó a los catedráticos. Fue reprobado.

Empiezan los años de bohemia. Él los recordaba después en la riqueza. En el Barrio Latino paseaba su orgullo y su miseria. Muchos días pasó gastando tres sueldos y comiendo patatas. Otras noches se acostaba sin cenar. En los días que no tenía traje, «hacia el moro» —es su frase— envuelto en mantas. Desde la ventana, con aparatos por su ingenio contruidos, esperaba pacientemente se dejara coger algún gorrión que luego en la estufa de un amigo le permitiera distraer el apetito. Se cuenta que, en un crepúsculo de bohemia, Zola iba acompañado por una compañera de azar. Y como no tuviera con qué obsequiarla, en medio de la calle, blanca de nieve, se quitó tu roída levita, la entregó a aquella mujer para que la llevara al Monte de Piedad, mientras él, por la *rue Sufflot*, tiritando, se dirigía a su buhardilla. Por fin, un día pudo entrar como dependiente en la librería Hachette.

Aquel hombre tenía que ser el criado de otros señores, el empaquetador de los libros de otros lectores, y es seguro que al empaquetar aquellos libros soñaba con lo que ellos contenían, con hermosos ensueños. Una vez acaeció que, sabiendo Hachette, su patrón, que Zola tenía algunas debilidades y conocimientos literarios, llegó a pedirle que le escribiese dos cuentos que necesitaba para las páginas de dos revistas de segundo orden. Zola, entusiasmado, se puso a la tarea con ahínco. Cuando terminó su labor se los entregó a Hachette. Leyolos este cuidadosamente y se los devolvió diciéndole:

—Son muy bonitos vuestros cuentos, pero sois muy revolucionario. Creedme; en literatura haréis poca carrera.

Poco a poco Zola va ascendiendo en su carrera de empleado, sin aspiraciones siempre o con aspiraciones tan limitadas, que cuando llega a ganar un sueldo mensual de doscientos francos, se cree en el pináculo de la felicidad. Entonces, como un buen empleado burgués, amante de la literatura, dedica íntegros sus domingos a escribir cuentos y más cuentos. Estos cuentos, señores, fueron los que más tarde se reunieron y publicaron en un volumen que lleva por título *Cuentos a Ninon*.

En esta época y con ocasión de este volumen fue cuando Emilio Zola, lleno de timidez, miope, sin un solo adarme de valor moral o de audacia, conoce a Michel, primer editor de Francia en aquel entonces. Zola fue a verle, y Michel, al ver a aquel joven principiante y lleno de entusiasmo, recordó sus principios difíciles en el camino de la riqueza y, lleno de bondad, accedió a imprimir aquel volumen. Este primer volumen de la época primera de Zola no fue leído por casi nadie y pasó para la inmensa mayoría desapercibido.

Más adelante, cuando Zola fue regularizando su vida y poseyendo un poco más de dinero, se presentó de nuevo a su editor, haciéndole curiosas proposiciones, porque todo lo de raro y estrambótico que había en Balzac, lo había en Zola. El editor antes citado cuenta en sus memorias un episodio al respecto.

Cuando Zola tenía concluida su novela *La vergüenza*, dijo al editor:

—Se me ocurre un medio notable para hacer que se vendan más de 100 000 ejemplares de esta obra. Cuando esté impresa, haremos publicar en los diarios y revistas el anuncio de que la novela está ya entregada a las cajas, pero que el impresor se niega a cumplir su compromiso porque entiende que la novela es demasiado escandalosa e inmoral. En esos mismos diarios publicaré la noticia de que os seguiré un pleito. Viene el pleito, se produce una vista fiscal, hay discusión, se hace ruido en torno de la obra y, cuando aparezca, todo el mundo se lanza a comprarla, ávido de conocer las inmoralidades que encierra.

Así se hizo, en efecto. Se anunció el conflicto, sobrevino el pleito, pero Zola tuvo un desengaño: sólo 1300 personas se interesaron, en aquella época de inmoralidad, por conocer las inmoralidades que Emilio Zola pintaba en aquella obra. Narro este detalle, señores, nada más que para pintar a qué extremos se ven obligados a recurrir los escritores

cuando el público no presta a sus libros la atención y el interés que ellos exigen.

La verdadera celebridad de Zola comenzó mucho más tarde, con su serie inimitable de los Macquart-Rougon, en la que historió una familia tomada en la época del segundo Imperio. Fue con ella que nació en el campo de la literatura el verdadero naturalismo, definiéndose entonces a la novela no como decía Stendhal, como un espejo que se pasea a lo largo de un camino, sino como un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento (definición de Zola). La verdad que hay en la novela, es la naturaleza. La imaginación que en ella campea, más rica o más pobre, es el temperamento o lo que el temperamento del artista coloca en sus páginas. El romanticismo era falso en cuanto se refería a personajes ideales. En el naturalismo, los personajes aparecían reales, como en la vida, de carne y hueso. Los de Zola fueron personajes sacados del medio de la diversidad de tipos que la humanidad presenta. En la escuela del romanticismo, el autor aparece a cada instante, en escena, entre bastidores, hablando con todos y hablando por boca de todos. Se ven los hilos del que mueve a los personajes, como se veía la acción de maese Pedro en el retablo aquel de que Cervantes nos habla en *Don Quijote*. En las obras de Zola, no pasa así: los personajes se mueven solos; sólo por esas causas intangibles e invisibles que en la vida hacen mover a los seres humanos.

Otra innovación grande que surge con Zola en el campo de la literatura, es la manera de hacer novelas. Víctor Hugo y Balzac inventaban, ideaban primeramente el argumento de la obra y metían luego dentro de él a los personajes. Balzac, por ejemplo, escribía por yuxtaposición. A un cuento le unía otro, lo alargaba y le resultaba una novela. Con Víctor Hugo ocurría el caso inverso: contaba tanto que a una novela la dejaba reducida a cuento, como corta el leñador en un bosque frondoso las largas ramas que conceptúa inútiles. Zola hizo un trabajo literario nuevo, aportando preciosos procedimientos que antes que él nadie había traído. Hablando entre amigos, íntimamente, confesó a uno de ellos su procedimiento para hacer una novela. Dijo así:

«Yo no hago, propiamente dicho, una novela, sino que la dejo hacer. No sé inventar hechos y sucesos, porque carezco de una imaginación

creadora y para inventar algo en vano me pasaría tres días sentado a mi mesa de trabajo, devanándome los sesos. Cuando me pongo a trabajar, ignoro los sucesos posteriores que han de aparecer en las páginas de mis libros. Tomo a mi personaje principal, lo estudio en sus modalidades, condiciones, manera de ser y de pensar, lo sigo a través de su familia, analizo la clase social a que pertenece, la gente con quien ha de tratarse, su profesión, su oficio, el ambiente en que se mueve, sus hábitos y sus costumbres. Después de tres meses de este estudio prolijo, yo veo a mi personaje, lo siento, llego a identificarme en absoluto con él, y tengo la cabeza llena de retazos de la vida de ese personaje. Unir con un solo hilo todos esos retazos que son otras tantas impresiones, es el trabajo que más difícil resulta; y ese trabajo tiene mucho de parecido con la labor del comisario de policía, que por uno sólo de los indicios del sumario, trata de reconstruir un crimen misterioso y conocer a su autor».

En primer lugar hace el bosquejo; ha escogido ya su personaje y sabe en qué medio ha de colocarlo. Habla con su personaje, desenvuelve sus ideas, sabe las contestaciones que daría en cada situación concreta de la vida. Del bosquejo de un personaje, pasa al bosquejo de los demás. A cada uno atribuye cualidades o vicios, pasiones, particularidades. Recoge en seguida notas o informes acerca del asunto de la novela, ya recorriendo personalmente los lugares, como hizo *La tierra*, ya valiéndose del conocimiento que sobre tales cosas le suministran sus amigos, como pasó con *Naná*. Finalmente, viene el plan, la división en capítulos, un trabajo de mecánica inteligente. Con Zola, que va de lo particular a lo general, ocurre lo que con las sinfonías de Wagner. Las primeras que se escuchan producen desconciertos. Mas luego se nota que en ellas todo es armonía.

Por este medio de concienzudo procedimiento de intensa observación, Zola hacía sus obras. A los que escribimos novelas, se nos suele preguntar con cierta ingenuidad, cuánto tiempo hemos empleado para escribirlas. Ante esta pregunta, sin querer, sonreímos. En una novela, lo de menos es escribirla, realizar la función mecánica, pues este acto, en la producción, es lo más insignificante. La novela creada en cuatro o cinco años de laboreo mental, se escribe sólo en tres o cuatro meses. Hace poco escribí en tres meses una novela, pero por temor de que la crítica dijese que había sido escrita con precipitación, modifiqué el tiempo. La escribí en

tres meses, pero, ¿y para crearla? Pasé cinco años de continua observación.

Es que en una novela lo principal es la observación. Así lo comprendía Zola, que demoraba años y más años observando, de tal modo que cuando se disponía a escribirla, la novela había sido ya íntegramente vivida en su cerebro.

Ya os hablé, otro día, de la retina intracerebral del novelista, con que aunque parezca distraído en otra ocupación, percibe imágenes. Pero lo que más ha menester es la memoria, no la vulgar memoria de nombres y de cifras, sino una función mental que a quienes la poseemos, nos hace dudar s veces si estamos bien de la cabeza o si estamos locos.

Es una memoria elástica, que se carga y se descarga, se hincha y se deshinchas como una esponja. Antes de la obra está plena, llena de jugo, digámoslo así. Después de la obra se achata, vuelve a su estado normal. Es una memoria que aunque no recuerda seis palabras seguidas, como la común, se diferencia también en que es ocular, auditiva y olfatoria. Por ejemplo, a los cinco o seis años de haber contemplado el sol en el campo, yo, de pronto, un día, lo evoco y lo veo como lo vi, y siento que me deslumbra los ojos, y sufro su pinchazo en la cara, y aspiro el aroma de la hierba, y oigo el rumor del viento en el follaje dorado por sus rayos. Describo esto, y después de trasladarlo al papel, olvido todo. Si el novelista conserva cuanto ve, fresco en su memoria, quedaría abrumado y en sus obras se repetiría... Por esto tiene la facultad de olvidar la obra una vez escrita, y al mes de publicarla recuerda el título y los personajes principales, alguna escena culminante, y... nada más. Así, algunas veces cualquier persona nos pregunta el argumento de una novela, y no lo recordamos.

La manera de hacer una novela ya la definió Zola. Los personajes son como los pilares de la obra. Los vive el novelista en su imaginación y en todas partes se los representa. Y se dice: «¿Si yo fuese él, qué haría? Tal y tal cosa». Y si se encontrara con tal otro, ocurriría un conflicto, etc. Claro es qua la novela se desarrolla dentro de un marco que es el concepto general y algunas veces el novelista incurra en el defecto —yo, por ejemplo— de convertirse en predicador de sus ideas propias, presentándolas directamente, en vez de presentarlas veladamente, como

una derivación de lo que dicen los personajes y la trama misma. Este último procedimiento es el que gusta al público, al cual encanta eso de hacerse la ilusión de que tiene un gran entendimiento y descubre el sentido íntimo de la novela. Así, ya lo sabéis, señores, si queréis hacer novelas que gusten al público.

Después de tener el alma de la novela, necesitamos documentarla, viviendo en el mismo ambiente de nuestros personajes, tomados de la vida real. Zola hacía así sus novelas, y los apuntes de *L'Assommoir*, por ejemplo, son ridículos para quien no sea novelista. Hace un reparto, digamos, de sus personajes, indicándolos como a este: Lantier, que es el traidor, va seguido de epítetos; grosero, canalla, granuja, etcétera. Y después, estas palabras le bastan para ver el tipo tal como lo reflejará en su obra. Entre sus apuntes, se encuentran dibujos, toscos, pero que le sirven para describir las calles, los suburbios, las casas y las tabernas.

Zola se vio en figurillas cuando quiso escribir *Naná*, la historia de una de esas mundanas que tanto influyeron en la vida del Segundo Imperio. Pues Zola, a quien una gran parte del pueblo europeo ha bautizado con los apodos más denigrantes y repugnantes, fue, en realidad de verdad, el hombre de más sencillas costumbres y un excelente hombre de familia.

Cuando tuvo que escribir *Naná*, ocurriósele que con sus años, sus lentes de miope y su cara triste, no podía recoger observaciones del natural... y que las mundanas le contarían leyendas fantásticas acerca de su vida.

Con ese temor, procedió por intuición, por adivinación, si se quiere, y el mérito del acierto es tal, que el lector que conoce al verdadero Zola, se dice a cada momento, leyendo *Naná*: «Parece mentira que, sin conocer personalmente estas costumbres, Zola las pinte tan bien...»

Zola hizo *Naná* de la manera que voy a indicar brevemente:

Un día le presentaron a un elegante, un «león». Le convidó a comer en un restaurant, centro de la vida alegre, y el Don Juan le relató detenidamente sus amoríos, percances, hazañas y escenas íntimas.

Con esta conversación, con los informes que pidió a Guy de Maupassant y una visita a una gran mundana, sin más elementos propios, Zola escribió la obra que produce la impresión de que la ha vivido...

Fue gran artista hasta en sus aberraciones. El maestro tiene, sin embargo, páginas que, si bien excusa el arte, no perdona el vulgo. Zola tuvo un defecto. Fue jefe de escuela, sacerdote de capilla, director de un partido literario. Por eso, muchas veces exagerando, aferrándose a los cánones, incurrió en excesos. Igual cosa ocurrió con Hugo con su romanticismo. Zola en *La tierra*, echando un guante de desafío a sus enemigos, extremó la observación, trajo páginas que violentan a los espíritus medios. Zola se asemeja a Wagner. El maestro de Bayreuth, en unas de sus inmensas admiraciones, en algunas partes de sus óperas, soberbias de su belleza, se hace pesado. Quizá esas partes las concibiera en momentos que, según el gráfico dicho vulgar, «se duerme en la suerte». Pero dejemos al jefe de escuela. Concretémonos al novelista genial. Fue un alma enamorada de la moral. En todos sus libros fustiga el vicio, defiende los oprimidos, para los que reclama valientemente justicia, paz y libertad.

Aquel hombre, señoras y señores, a quien torpemente algunos han atacado, considerándolo como un removedor de inmundicias sociales, cuando en realidad uno de los más grandes artistas de todos los tiempos, en su vida familiar fue un hombre ejemplar. Se dice que en una ocasión, Guy de Maupassant, el gran Maupassant, mundano, amante de mujeres, enamorado de aventuras, le incitaba a que rompiera con su vida burguesa y entrara en los salones donde bellas admiradoras le preguntaban en cada velada por él. Zola, ante esas perspectivas, exclamó:

—Gran Dios, ¿otra mujer además de la mía? No. Me haría perder mucho tiempo.

Zola vivió dedicado a su esposa, amoroso y rendido siempre. Ella lo acompañó dignamente en la suerte y en la desgracia. Y dejadme que haga una digresión. Uno de los detalles más tiernos de la literatura francesa es el que ofrecen las mujeres de los grandes escritores de aquel país. En Francia la mujer que se casa con un escritor se dedica a él. Es su secretario, su colaborador, es quien redacta sueltos elogiosos para anunciar la aparición de una nueva obra de su marido, es una madre, una reposa y una hija al mismo tiempo. En España, tal vez porque nos quieren más, las mujeres no nos tienen ningún respeto. Nos conocen en la intimidad, saben nuestras debilidades, conocen nuestros defectos, y por

eso no nos admiran y quizá en el fondo se rían de ese público que lee nuestras novelas y hasta nos admira. Las mujeres de los escritores franceses he podido conocerlas en mis visitas por Francia.

Recuerdo que en un banquete me correspondió el honor de sentarme entre dos señoras, esposas de dos conocidos escritores. Durante la comida me acribillaron a preguntas sobre «el maestro». Inquirían si sus esposos eran conocidos en mi país, cómo los trataba la crítica, si los lectores sumaban cientos o millares, y hasta el final me quisieron convertir en una especie de propagandista de las lumbreras que tenían en sus casas. Es conveniente notar que a la mujer española que tiene hijos, poco tiempo les queda para dedicarlo a su «maestro». En la República Argentina debe pasar lo mismo. En Francia, donde las mujeres de escritores no tienen descendientes, tienen horas sobradas para ocuparse de obras literarias, la las muchas que directamente o por referencias conozco, sólo la de Alfonso Daudet tenía hijos. Las demás, no. No nos extrañe entonces que en esas fotografías de escritores que los popularizan unidos a sus esposas figure un perro o algunos perros formando grupo.

Zola nunca quiso ser político. Cuando en sus primeros tiempos fue redactor de un diario de Gambetta, decía: «Aquí son todos aspirantes a diputados, menos yo y el mozo encargado del servicio». En momentos que Francia se halla invadida por el extranjero, Zola en Marsella, necesitando fondos para vivir y hallándose como se hallaban las imprentas cerradas y París envuelto en un cordón de tropas alemanas, se dirige a Burdeos donde funcionaba el gobierno provincial, y a sus antiguos compañeros de redacción que por el andar de los tiempos habían llegado a los más altos puestos, les pidió un cargo para poder sufragar sus gastos. Lo nombran subprefecto de Bayona, tal vez porque creían que su pluma serviría para redactar electrizantes manifiestos electorales. Felizmente se levanta el sitio de París y Zola, sin haberse hecho cargo de la subprefectura, dimite y se dirige a la capital de Francia. No fue un político ni deseó serlo en ningún momento de su existencia. Sólo cuando llega un instante en que iba a jugar su vida y su honra para salvar la honra de su patria, entró en la lucha popular. El asunto Dreyfus lo arrojó a la vida pública. Escribió su «J'acusse», uno de los más formidables alegatos de la época

contemporánea. Y al firmarlo, firmó la primera página de su calvario glorioso por la justicia, por más que la justicia, por la verdad.

Aquel documento, señores, llevó al gran Zola hasta los tribunales, y en los tribunales se vio condenado a un año de cárcel. El literato vio los vidrios de su casa apedreados por las muchedumbres, hechos añicos los cristales, su nombre llenado de fango, su honorabilidad por los suelos. Venía a ser, pues, un mártir de la humanidad. Cuando le condenaban, en el día en que su sentencia se dictaba, viose a los oficiales del ejército que agitaban en el aire, llenos de entusiasmo, sus quepis. Era la única victoria que conseguían, y la festejaban ruidosamente, dando atronadores mueras al bandido, al enemigo de la patria, al canalla. Y Zola, entretanto, lleno de calma, cuando se le leyó la sentencia condenatoria, tornó su rostro, miró a su mujer y sólo pronunció una palabra:

—¡Caníbales!

Fue el único comentario que aquella amarga sentencia le sugirió.

Me encontraba entonces en Valencia, y quise hacer saber a Zola que no estaba solo. No sabiendo cómo demostrárselo, a la puerta del diario popular que entonces yo dirigía, hice colocar unas mesas, en las mesas unos pliegos de papel e hice decir que los que en ellos firmasen enviaban un mensaje a Zola. El espectáculo fue tierno e imponente: todo el pueblo pasó a firmar, acudiendo a mi llamamiento. Toscos obreros, con toscos caracteres de letras, ponían su firma. Muchos de ellos no conocían a Zola ni de nombre, otros sólo a través de una novela, los más sólo firmaban porque sabían que Zola sufría. Venían las obreritas, las modistillas y colocaban entre los pliegos ramitos y las huertanas vaciaban allí sus canastas de flores, como si estas flores hubieran de ser remitidas a Francia. Vino Sorolla, y con Sorolla otros pintores, y llenaron de acuarelas y de pinturas hermosas aquellos pliegos llenos de firmas. Más tarde, los obreros encuadernadores lo encuadernaron con marfil y cantoneras de oro, y los plateros pusieronle letras de plata. Por fin, con más de 60 000 firmas, fue el álbum enviado a París,

Poco tiempo después fui a París e hice mi primera visita a Zola. Recuerdo que me dirigí a su casa de la calle Bruselas y que me anunció un portero de voz meliflua, casi asustado, como recordando aún los días en que aquella casa era tomada al asalto por las turbas nacionalistas. Zola me

recibió afectuosamente y me trató como camarada y como amigo. La casa estaba adornada a estilo medioeval, porque es de observar que cuando un escritor llega a la comodidad pecuniaria, realiza los sueños que concebía su mente en las épocas de miseria, Zola, de quien la crítica apasionada, extremando la nota, calificó con adjetivos terribles, era extremadamente romántico.

Hablamos largamente, pero el maestro, a pesar de haber sido puesto en libertad como consecuencia del triunfo del «affaire Dreyfus», estaba triste. El indulto no le conformaba. Había aprendido que a los que dicen la verdad a los pueblos, los pueblos no les creen y los crucifican, como a Cristos, a los apedrean. Conversé mucho y muy íntimamente con Zola, y recuerdo que al retirarme, en la escalera, besé su mano. Aquella mano era la primera que en mi vida besaba. La primera mano de hombre, se entiende.

Pocos meses después volví a París y de nuevo me dirigí a la casa de la calle Bruselas. Me informaron allí que Zola se encontraba en Médan, donde tenía su espléndida mansión, en la que había invertido una cantidad fabulosa: la compró en 9000 francos y en mejorarla gastó 2 000 000. La viuda después no supo qué hacer con ella y la regaló para levantar un asilo.

Su esposa me recibió. Era en la mañana, y con todo el respeto debido al maestro, velando por él, me dijo que era imposible que a esa hora lo viera.

A las tres pude conversar con Zola. Estaba contento, nervioso. Charlamos de todo y recuerdo que cuando le conté mis treinta y tres prisiones y condenas por artículos políticos, mis destierros, Zola reía y me preguntaba por qué no escribía un libro con todo lo que me había pasado, Zola reía. Al separarnos sacó un retrato de él —el último que se había hecho hacer— escribió una amable dedicatoria y me lo regaló. Nos separamos más amigos que nunca, Y era aquella la última vez que había de verle.

Una tarde me encontraba en mi quinta de la Malvarrosa, En ella hay como un torreón de vidrio, una atalaya, en la que me encierro a escribir contemplando el mar, mirando el raudo revolotear de las gaviotas cuyas alas, algunas veces, vienen a golpear los vidrios de mi atalaya. En los días

de temporal llega el agua, que entonces toma un tinte rojizo, como las del Río de la Plata, hasta los primeros peldaños de la escalinata. Aquella tarde tormentosa, mirando a lo lejos una goleta que hacia la costa se acercaba, trabajaba en las últimas páginas de mi novela *Cañas y barro*.

De pronto sentí abajo, en el teléfono, voces confusas, de las que me llegaba el eco, sin poder percibir las frases. Era mi esposa la que hablaba, la misma que pocos momentos después se me presentaba para decirme:

—¿Sabes?... ¡Zola ha muerto!

Permanecí un rato silencioso y, sin darme cuenta, pregunté:

—Pero ¿qué Zola?

—Don Emilio Zola, el novelista. Ha muerto asfixiado...

Quedé como se queda después de una de esas que no son noticias, sino moles enormes que caen sobre nosotros y anonadan por algunos momentos todo nuestro organismo. Continué mirando el mar brumoso de aquella tarde melancólica, siguiendo con la vista perdida el torbellino de las gaviotas y vi de pronto que mis hijos traían flores de la silvestre adelfa de los prados, tejían con ellas una corona y la colocaban sobre el retrato de Zola.

Entonces me volví hacia ellos y les dije:

—Cuando muera vuestro padre, como mejor elogio de él, decid que fue amigo de Zola...

Y otra vez volví a mirar el mar inmenso y sentí por mis mejillas correr algo... que no sé si fueron lágrimas o efectos de la humedad de la melancólica tarde.

España en el siglo XIX: la madre patria frente al futuro
(Teatro Coliseo [Buenos Aires], 27-6-1909)²⁴

Señoras y señores: Ante todo debo declarar la satisfacción con que me encuentro entre vosotros.

Desde mi llegada a este país no he tenido sino motivos para congratularme, pues he expuesto mis conferencias con un éxito de afectuosidad y de simpatía superiores a mis méritos, ante un público en que figuraban elementos de alta significación en la intelectualidad y en la literatura argentina. Estoy íntimamente agradecido a esas deferencias.

No obstante, para darme por satisfecho, necesitaba algo más. Yo, obrero como otros muchos, obrero de una profesión literaria, necesitaba comunicarme directamente con la masa obrera, con quienes son trabajadores, lo mismo que yo lo soy.

Bien sé que estoy en este teatro ante representantes de todas las clases sociales. Pero me permitirán que les diga: no me dirijo a ustedes, sino a los que, esclavos de sus tareas durante toda la semana, han venido a oírme hoy domingo. Desde este escenario yo saludo a los obreros, a la juventud comercial, aferrada al escritorio y al mostrador; y a todos cuantos no disponen de más tiempo para escucharme que el de esta fiesta, que, por recordar a España entre tantos que son mis compatriotas, pudiera llamar fiesta de la patria y del corazón.

No vengo aquí representando a la España de los blasones y de la monarquía. Yo soy el hijo de un pobre comerciante, y a mi vez, un pobre escritor sin más facilidades que mi trabajo para ganarme la vida. No soy, y ya lo he insinuado en otra conferencia, de los que pretenden establecer dentro de la sociedad algo así como privilegios y separación de castas entre los obreros manuales y los obreros intelectuales. Igualmente respetables creo que son todos los que contribuyen al engrandecimiento del país, así sea en unos grande el esfuerzo y en otros como para aportar un grano de arena. Tan importante como el más excelso pensador o artista, o sabio, paréceme el hombre que rotura la tierra, o el industrial, o

²⁴ *La Prensa* [Buenos Aires]; cf. *El Pueblo*, 6-8-1909.

el comerciante. Igualmente son ante el verdadero criterio sociológico cuantos aportan sus elementos al gran capital que es el trabajo humano.

La sociedad es como el mecanismo de un reloj, en que el simple muellecillo, leve como un cabello, es tan necesario para su funcionamiento como el rodaje más saliente. Así, todos los trabajadores valemos, en realidad, lo mismo. ¡Todos somos, señores, soldados del ejército de la libertad y del progreso!

A vosotros, mis compatriotas, los que sois españoles, yo aprovecho esta oportunidad para haceros una confesión que desearía llegara a España y que, si no llega, la repetiré allí cuando regrese. Y es que una de las más grandes alegrías de mi viaje no es, con ser hermosísimo el espectáculo de este Buenos Aires tan adelantado y progresista, cuya grandiosidad nos halaga a los españoles por ser la capital de un país que es hijo de España, sino el espectáculo de la colectividad de mi patria, presentándose como modelo de laboriosidad dentro de la nación en que trabaja y para la nación de que proviene. Yo diré allí a quienes piensan que España se desangra viniendo a incorporarse a un pueblo de su sangre y de su raza, que aquí vosotros, compatriotas míos, venís a perpetuar el pueblo español, y sus censuras son torpes, pues cuantos vienen de la madre patria vienen accediendo a las solicitudes del moderno progreso. Así como en el siglo xv los conquistadores venían con la cruz y las armas, así vienen ahora los españoles a sostener con todos los atributos del trabajo el prestigio de España en América, para que aquí, donde acuden todos los pueblos del mundo, no se extinga el nombre de España.

Vosotros, los españoles que estáis aquí, sois como la imagen de la España que habéis dejado y que debe seguiros con ojos amorosos, por ser los soldados de una gran campaña nacional en favor de la civilización. Sois los hijos de una España que ha caído, pero como Anteo, como el héroe mitológico que cobraba nuevas fuerzas cuando sus espaldas tocaban la tierra. Sois los representantes de un país que tiene en sí todas las razas históricas y todos los climas conocidos; en la dulce Galicia, con sus verdes praderas, sus altas montañas, sus ribazos melancólicos; en la risueña Asturias, a que se ha llamado por sus bellezas naturales la Suiza española; en la férrea Vasconia y la hermosa Navarra, con las poderosas riquezas minerales de su suelo, que parecen fortificar a sus hijos; en la industriosa

Cataluña, que levanta al espacio, como incensarios del progreso, millares de chimeneas; en las moriscas Valencia y Murcia; en la austera y gran Castilla; en la deslumbradora y florida Andalucía, que aún hoy es el museo de Europa, destacando ante el mundo su Alhambra como Partenón de la arábica cultura. Sois, en fin, vosotros, el resumen de esa gran nación española que ha provocado grandes amores y grandes odios... ¡Odios, sí, pero no por ella, sino por la torpeza de sus gobernantes!

Tenía que circunscribirme a un punto, tenía que fijar un tema a esta conferencia. Conversaremos, señores, sobre España en el siglo XIX. Me he impuesto ese punto porque creo que es materia desconocida en este país, como lo es entre muchos de los mismos españoles. Y no se extrañen de esta afirmación. En historia lo que por lo común se ignora es la historia contemporánea. Los apasionamientos partidistas desfiguran, violentan los hechos. Nos limitan a un orden de ideas. Nos impiden la mayoría de las veces abrazar el conjunto en su amplitud...

No debemos asombrarnos de que haya españoles que ignoren la vida de su país y de que los americanos la conozcan poco. Ocurre en esto lo que entre amigos que riñen. Al cabo de un tiempo tendrán de nuevo que simpatizar, llegar a una amistad tan honda como la que interrumpieran, pero entonces sus confianzas se reducen al presente; casi no les preocupa aquella época en que, para nada tal vez, intervinieron sentimientos comunes. Algo parecido ocurrió entre mi patria y la América española. Cuando esta, obedeciendo a sus impulsos de libertad, se libró del poder extranjero, se lanzó a una vida propia, tenía a su frente grandes problemas que la absorbían. Hoy, abierta a todas las corrientes civilizadoras, fija la mirada en todos los pueblos y es su porvenir el que la atrae, la mueve, la precipita...

Cuando a España se la estudia en el detalle, si el espíritu que tal tarea emprende no sabe volar, le es difícil apreciar sus progresos. Pero, si haciendo altos en su crónica se miden épocas, sus avances surgen inmediatos, evidentes. A principios del siglo XIX nuestro país tenía once millones de habitantes; en épocas anteriores tuvimos veintidós millones. Los malos gobiernos y la intolerancia disminuyeron un número que significaba fuerza, poder, cultura, florecimiento. Hoy tiene veinte millones. En un siglo hemos realizado un progreso de nuevo millones.

Hace cien años la enseñanza era un mito; la intolerancia lo constreñía todo. Hoy, exceptuando una ínfima minoría de fanáticos, los que piensan y trabajan, sienten y aman la lucha somos liberales, republicanos, nos hallamos envueltos en el vértigo del progreso, nos volcamos en el futuro...

La vida ordinaria, señores, se mueve entre grandes recuerdos y grandes esperanzas. Lo mismo los pueblos. Se nutren de su pasado, piensan en el porvenir. España es de los pocos países que puede beber energías en la fuente de lo que fue. Ese ayer no es lo que algunos espíritus estrechos encuentran simbolizado en Ignacio de Loyola, en el absolutismo de los monarcas austríacos, en el tétrico tribunal de la Inquisición. Castelar, el verbo magnífico, decía: «El pasado de España respira libertad, democracia».

Y decía una verdad. En el Medioevo el pueblo español marcha a la cabeza de los demás. Es libre y grande. Uno de los misterios que al extranjero superficial se le presenta hojeando nuestros libros de historia es el que le ofrece la guerra de la Reconquista. No se explican que tardáramos siete siglos para expulsar de nuestro territorio a la morisma. Olvidan los que así opinan que España era en aquellos tiempos indiferente en materia de religión. Durante largos periodos en su suelo vivieron en perfecta paz mahometanos, judíos y cristianos. No recuerdan que reyes moros y reyes que adoraban la cruz llegaron en ocasión a ser buenos amigos; que príncipes que rezaban en templos de Cristo se unieron con princesas islámicas; que los moros se radicaban en los Estados cristianos —esos moros se llamaban mozárabes— y viceversa —los cristianos se llamaban mudéjares—. Fue necesario que llegaron los Carlos V, los Felipe II, los Felipe III para que España se viese lentamente estrechada por el fanatismo, para que, en nombre de la religión, aquellos hombres de otra fe se vieran obligados a abandonar una tierra que amaban y fueran derramando sus energías, llevando sus ideales por otras naciones.

En aquella época gozó España de una indiscutible libertad política, y a este respecto séame permitido recordar un hecho que entraña un craso error y un craso desconocimiento de nuestra historia institucional. Hace poco tiempo, con motivo del triunfo obtenido por el partido revolucionario de la joven Turquía, las Cámaras inglesas saludaron a las Cámaras turcas recién instaladas con un mensaje que decía así: «El

Parlamento más viejo del mundo saluda al más moderno de la joven Turquía». Este mensaje entraña un error. No es cierto que el Parlamento inglés, que es ejemplo de los parlamentos de Europa, sea el más viejo. Estaba yo entonces en España y escribí al respecto demostrando cómo ciento veinte años antes que por vez primera se reuniera el Parlamento inglés se congregaban en mi patria, en León, las Cortes castellanas, dejando así sentado por vez primera, como hermosa conquista de progreso, los principios del sistema parlamentario.

Crear que los reyes españoles de la Edad Media eran absolutos equivale, sencillamente, a incurrir en un gran error. Casi puede decirse que no eran sino presidentes de república, con todas las limitaciones legales de tal. La real corona no pasaba de padres a hijos sino cuando con semejante transmisión estaba conforme el país, cuando el pueblo encontraba en el hijo cualidades que le hicieran digno de suceder al padre. Privaban entonces en España las fórmulas y las formas de una democracia, formas y fórmulas que no son hoy, naturalmente, aplicables como no lo son las corazas, los arcabuces y otras armas ofensivas y defensivas de los tiempos pasados, inservibles ante los inventos de los cañones de tiro rápido.

La fórmula del juramento de los reyes es tan gráfica, que pinta mejor que nada las relaciones de mutuo respeto entre pueblo y soberano. El rey, para serlo, tenía que presentarse ante las Cortes reunidas. Allí se le presentaban los Sagrados Evangelios, y por ellos y ante ellos juraba ser servidor del pueblo. «Nos —le decían—, que valemos tanto como vos, os hacemos rey si guardáis nuestra libertad y nuestros privilegios. Et si non, non.»

Es que después vino lo moderno —y lo moderno no es lo contemporáneo—, porque lo moderno es la tiranía, el espíritu de intolerancia religiosa; en una palabra y para ser más breve, la ruina de España. Por eso es que el relato de la España de principios del siglo XIX es un relato triste, esencialmente triste, que arranca lágrimas. Nuestra historia es historia de eterno civismo. Terminada la historia de la tradición y del atraso, iba a comenzar la historia del progreso. El cambio resultaba así demasiado fundamental, y esta clase de cambios no se realizan en la historia sin que sobrevengan grandes crisis. Se han descubierto muchas

cosas, pero no se ha llegado aún a la receta que permita cambiar tranquilamente la situación de los pueblos por medio de discursos. Para estos cambios es necesario, es indispensable, la lucha, la batalla, el combate. De otra manera no es posible conseguirlos.

Ocurre en la historia lo que pasa con un pedazo de la naturaleza cuando el ambiente que la rodea se encuentra contaminado por miasmas de diversas enfermedades contagiosas. La dulce y suave brisa, llena de poesía, que mueve las frondas, no puede higienizar el lugar porque no tiene fuerza para ello. Pero el huracán, la tempestad llena de rayos y relámpagos, sí nos libra. En la historia de los pueblos, estos dolorosos huracanes son indispensables. En la vida individual misma pasa algo semejante. Cuando venimos al mundo no venimos en medio de risas, sino en medio de los dolores de la que nos da el ser, gimiendo como la noche gime.

España a principios del siglo XIX presenta un cuadro de tristeza intensa, y —¿por qué no decirlo?— un cuadro de vergüenza intensa también. Habíamos tenido un rey, Carlos III, que no era gran cosa en materia de inteligencia, que, por el contrario, era pobre en concepciones geniales, pero que tenía una admirable condición: la de sentir admiración hacia los hombres grandes, hacia los hombres de talento de quienes solía rodearse. Pero él solo, considerando aislada su figura, es un rey malo. Es grande por sus ayudantes y sus colaboradores: Aranda y Floridablanca, cuyos nombres han pasado a los anales históricos rodeados de consideración. Hoy mismo, cuando se recorre la península, se puede admirar la profusión de canales, fábricas, asilos, obras de agricultura y de beneficencia, asociaciones y agrupaciones creadas en los tiempos del rey Carlos III, por él o por sus ministros.

Durante más de un siglo, Floridablanca y Aranda han sido maldecidos por los representantes de la intolerancia, y aún en la época actual, hace dos meses, maldecíanlos en una sesión académica el padre Coloma y Pidal, cantando los tiempos en que Aranda y Floridablanca no existían. ¿Sabéis por qué? Porque expulsaron de España a la Compañía de Jesús.

Y permitidme este recuerdo de paso. En un banquete de escritores españoles, íntimo, sin brindis ni discursos, pero de afectuosísima

comunidad intelectual, dímonos a pensar varios de nosotros, de los que sin mayores méritos ponemos nuestro patriotismo al servicio de las causas elevadas, cuáles han sido los tres más grandes hombres de España. Y después de evocar casi una por una todas las gloriosas figuras, sin decidirnos a incluirlas en esa trinidad incomparable que buscábamos, nos acordamos de tres españoles que nos parecieron los más dignos de constituirlos.

El primero era don Juan de Padilla, uno de los héroes de Villalar, defensor de las comunas libres en tiempos de Carlos V, y que continuó las tradiciones liberales y democráticas de la España medieval. Representaba a la España que hubiera avanzado en el progreso si no la torcieran en su camino las alianzas extranjeras.

Era el segundo el conde de Aranda, aquel noble de voluntad de hierro que luchaba con tesón inquebrantable por el engrandecimiento de su patria y a quien Carlos IV llamaba «tozudo como una mula española»; el conde de Aranda, a quien saludaba elogiosamente Voltaire y que contribuyó a la expulsión de los jesuitas, no sólo en España, sino también en Portugal.

Y era el tercero don Juan Álvarez Mendizábal, antiguo dependiente de comercio que llegó hasta el gobierno de su país y, encontrando que España no se enriquecía porque más de la mitad de sus tesoros iban a poder de los conventos, implantó la desamortización, entregando a la nación esos bienes, dotándola de ferrocarriles y de carreteras que le faltaban.

La historia española del siglo XIX se inicia con uno de los reyes más ineptos que ha conocido nuestra cronología. Era Carlos IV una figura insignificante, pálida, que vivía con la inconsciencia de un sonámbulo. Cuando su pariente Luis XVI estaba en capilla para ser decapitado por la guillotina; cuando Europa se conmovía con los sucesos revolucionarios de París, él, Carlos IV, que tenía en Aranjuez un pequeño campo, entreteníase en la agricultura y en la caza, y si sus embajadores o ministros le hablaban de los acontecimientos de París, el rey les contestaba: «Hoy he matado tres ciervos y dos gamos».

Gobernaba a España un privado incapaz, Godoy, deseoso de hacer algo por el país, pero a quien el país odiaba. Otro elemento gobernante

era María Luisa, protectora de Godoy como lo había sido de otros antes y lo fue después de muchos. Godoy, a la sombra de esa protección, alcanzó el poder y gobernó sin preocuparse del país, sino de la reina, cuyo malhumor desvanecía tocando la guitarra. En esa época, todo lo que sucedía en España y en sus dominios se debe a la fatalidad de las leyes históricas. Ya existían en América San Martín, O'Higgins, Bolívar, Sucre, todos los grandes caudillos militares. Era, pues, natural que la historia se desarrollara como se desarrolló, y yo, que por encima de todo amo la lógica y la libertad, encuentro muy natural la emancipación americana. Mientras que España estaba falta de gobernantes, América tenía grandes generales.

Era una política desacertada la de Carlos IV. Por miedo —no por entusiasmo, no, señores—, en lugar de unirse Carlos IV, como le aconsejaban sus intereses dinásticos, con las naciones que se levantan contra la revolución, se pone al lado de Francia. Se dio así el espectáculo grotesco de que un país que aún contaba entre sus instituciones ordinarias el Tribunal de la Inquisición —tribunal que ya no funcionaba porque, como muy bien dijo Larra, «la Inquisición murió de puro vieja»—, que tenía leyes retrógradas, se aliara con la república, surgida entre una explosión de liberalismos, de ideas nuevas, revolucionarias. Aquel pacto indispuso a Inglaterra en contra nuestra. Y se produce aquel desastre —que es página de derrota, pero de gloria para España— que se conoce con el nombre de batalla de Trafalgar.

Trafalgar, señores, nos arrebató el dominio marítimo. Y de aquel combate, aureolado de heroísmos, no admiro tanto a Gravina, a Alcalá Galiano y a otros muchos que murieron, como admiro a aquel sabio, aquel cosmógrafo que no era ni marino ni guerrero, a Churrua, figura melancólica, dulce, que fue a aquella emboscada contra sus opiniones, que cuando llega el momento decisivo del encuentro, que fue fatal por torpeza del almirante francés, sin hacer proclamas al estilo napoleónico, dice sencillamente a sus soldados: «Españoles: que conste que la bandera de la patria está clavada en el palo mayor. Y que si nos hundimos en el abismo, la bandera se hundirá con nosotros».

Y así fue. ¡Así cayeron aquellos nobles corazones!

Esa derrota es obra de aquellos reyes ineptos. La corte de Carlos IV era una corte de intrigas. Su hijo Fernando VII ambicionaba impaciente la corona. Y ambos se emulaban en adular a Napoleón, un soldado de fortuna que se apropiaba de la herencia de la Revolución. Cuando se estudia la política de este emperador corso, su conducta para con España es inexplicable.

He hablado al respecto con sus historiógrafos más notables, he leído libros que tratan esta materia con gran altura y detenimiento, y, sin embargo, ni los unos ni los otros aclaran este punto oscuro, que lo será tal vez para siempre. Nada podía temer de España. Era su aliada. Sus ejércitos lo habían seguido hasta Dinamarca en su campaña contra Rusia. Nuestra escuadra se hallaba a sus órdenes, anclada en el puerto de Brest. Y, sin embargo, nos invadió con sus compañeros de victoria. Estalla la guerra de la Independencia, y mientras los hijos del pueblo se sublevaban, luchaban contra el extranjero, nuestro rey, en París, felicitaba al emperador a cada victoria que ganaba y se condolía por cada derrota que sufría...

Sobre esta época, señores, corren versiones infundadas. En una de esas versiones que se arrojan entre los párrafos de un artículo de fondo de algún periódico y que luego son aceptadas como si se tratara de un artículo de fe, se dice: «La causa francesa en España era la causa del progreso contra la del oscurantismo».

Nada más incierto. La constitución que dio Napoleón era mucho menos liberal que la de Cádiz, promulgada en 1812. Napoleón no era la revolución. Era el imperio. Con José Bonaparte podrían estar escritores como Moratín, escépticos como Goya, que, siendo pintor, pintaba lo mismo para Fernando VII que para José I, es verdad; pero, en cambio, con el pueblo se hallaban espíritus de la talla de un Quintana, de un Arriaga, de un José Bartolomé Gallardo, autor de un *Diccionario cristiano-burlesco* que es muy superior al de Voltaire; y toda una legión de hombres que querían la independencia para pensar con libertad.

No es cierto que la causa francesa representase la causa de la libertad y que los otros representasen la causa de la reacción. Lo que hubo entonces fue la separación que se opera siempre cada vez que se produce un movimiento de opinión, la división eterna de la humanidad: de un

lado, los listos o los hábiles; del otro, los entusiastas, los egoístas y los altruistas, los cobardes y los valientes, los que aspiran a tener una prebenda dada por José Bonaparte y los que se animan a perder la prebenda. En una palabra: los que se quedan donde están se encuentran bien, y los que llenos de entusiasmos se lanzan a la romántica aventura, a reconstruir la patria, a darle independencia y libertad, a reconstituir las antiguas Cortes y con ellas la institución política, a hacer una España progresiva y a encaminarla por el sendero del adelanto, en medio del fragor de las luchas y de las guerras.

Después viene la reacción, la reacción amarga. España, mientras creyó en sus reyes, tuvo el dolor de sufrir amargos desengaños. Desde lejos, cuando no se conoce a fondo la psicología de aquel pueblo, resulta difícil explicarse cómo pudo luchar durante seis años consecutivos, en guerra abierta, por Fernando, por aquel Fernando tan ansiado de su pueblo, que pasó a la historia con el adjetivo de «el Deseado». Su retrato se colocaba en los altares a guisa de imágenes sagradas, originándose las jornadas de Gerona y Zaragoza y cien más que son ejemplo de la bravura indomable de la raza.

Es extraño, en verdad, lo que por aquel rey se hacía, tanto más que encontrábase este entonces en París y felicitaba a Napoleón cada vez que sus huestes vencían a los ejércitos españoles. Al volver a España, trajo Fernando la reacción. De una sola plumada suprimió las libertades políticas, suprimiendo las Cortes y la Constitución del año 12, que era una de las más completas y adelantadas de su época. Viose entonces a hombres ilustres en presidio por el simple delito de pensar. Argüelles fue enviado a Ceuta, y grandes generales del ejército fueron desterrados o presos en Castilla. La reacción comenzaba enérgica, haciendo surgir a Clariá, Bernier y otros tantos caudillos de la independencia. Era aquel, señores, un momento que resultaba terriblemente absurdo. Todo lo que viene después no es sino consecuencia de aquel momento, y consecuencias lógicas, por cierto, dentro de la ensambladura de los hechos de la historia.

Se comprende, en efecto, que en un país donde todas las esperanzas y anhelos de libertad están muertos, que tiene disueltas sus Cortes de Cádiz por orden real, que carece de toda esperanza para el futuro, que ve

a sus hombres intelectuales perseguidos y penados, cuyo ejército estaba como blanco de persecuciones, se comprende, digo, que no tuviese simpatías más allá de las fronteras, y se explica que España fuese de mal en peor.

Los españoles —muchos españoles, por lo menos— consideramos aquello lógico, y aseguramos que no es imputable a España, sino a los hombres que a España gobernaban. Los pueblos que se quejan de la poca libertad que entonces la madre patria les daba, deben pensar lo que era entonces España. Los españoles de allá no gozaban de mayor libertad que los súbditos de allende el mar: gozaban de menos. Se comprende que se perdiera a América íntegramente, desde Texas hasta el cabo de Hornos, y que se separasen las que después fueron repúblicas americanas, que han quedado unidas a la madre patria por los lazos del idioma, del afecto, del espíritu de la raza.

En el fondo de la vida de los pueblos hay una fuerza misteriosa que los guía. Unos la llaman Dios; otros, Providencia; y otros, fatalismo de la historia. Creyose en España que por la fuerza de las armas se podría reconquistar el afecto perdido, y con tal propósito se intentó una nueva aventura. La Santa Alianza, formada para terminar con los últimos destellos dejados por la Revolución francesa, auxiliaba a España, y Rusia le prestó de buen grado sus barcos para transportar en ellos, hasta México y Perú, una fuerte expedición militar, que no serviría sino para retardar el momento de la independencia de estos pueblos, ya que la independencia era cosa que fatalmente había de ocurrir.

Las tropas se reunieron todas en Cádiz, y al verse juntos y reunidos aquellos militares, a quienes se despreciaba porque se decía que entre ellos había cundido el espíritu de la masonería, ocurrió algo que la monarquía no esperaba: la sublevación de Cabezas de San Juan, en la que aparecen figuras que son como figuras de mártires de la humanidad.

Y surge la figura de Riego, uno de los héroes y mártires de la libertad, uno de los que sublevaron las fuerzas que debían venir a América a incorporarse al ejército español.

Aún hoy, cuando los republicanos hablamos de la libertad, hay reaccionarios, partidarios del retroceso a otras épocas, que nos dicen: «¡Bah! ¡Por la libertad perdió España a América, porque las tropas que

debían venir a oponerse a la emancipación americana se sublevaron!» Esto último es verdad, pero también lo es que se sublevaron porque pensaban: «Antes de combatir en el exterior, debemos combatir en el interior». Y así hubo libertad en España, gracias al ejército.

Este no tiene ahora el prestigio de antaño, ni conviene lo tenga, pues no es ya como entonces. Pero el ejército ha sido en España un factor de cultura, a principios del siglo XIX. La masa popular no lo era. Es doloroso decirlo, pero es cierto también. Estaba educada en el respeto a la tradición monárquica y carecía de medios y de energías para imponer nuevas ideas. La masa popular ha contribuido al progreso de España, pero no entonces, en esa época cuando gritaba «¡Viva Fernando VII! ¡Vivan las cadenas!» La tendencia a la libertad estaba representada por la clase media, por los capitanes, por la oficialidad del ejército, hijos de esa misma clase. Y así, ese ejército hizo la revolución de 1820; y entre las figuras de ese ejército, la de Riego ha quedado como emblema de la libertad. Acaso en otra época, este héroe, que era una personalidad sin relieve, sin gran cultura, hubiera quedado oscurecido. ¡Pero la página del martirio es en su historia la que lo glorifica!

Después de derramar sangre por su país, Riego, encerrado en un serón y escarnecido por la muchedumbre, fue llevado a una plaza, y allí lo remataron como si fuese un criminal.

En el primer tercio del siglo XIX España pasó por los mayores conflictos. Desde el año 1823 la libertad sufrió una vida precaria. La monarquía quiso hacerse dueña de todo, pero la libertad se sublevó. Y la monarquía española se unió entonces a Francia, en la Santa Alianza velaba, y la invasión francesa de los Cien mil hijos de san Luis acabó con la libertad con una reacción tal que Francia misma mostrábase arrepentida de haber sostenido el poder de Fernando VII. Tan horrible fue esa reacción que no se conoce suceso en que el mundo viejo se haya visto más ensangrentado.

Los que rodeaban a Fernando VII eran fanáticos absolutistas. Más que el mismo rey. De aquella época es la frase: «Más realista que el rey». Ellos aconsejaron todos los excesos, los reclamaban, los imponían. Las ejecuciones se sucedían a las ejecuciones. El pensamiento moría aplastado en aquellas horas sombrías. Hubo universidad, señores, como la de

Cervera, cuyos catedráticos ignorantes, que no sabían enseñar sino tiquismiquis teológicos, en una nota elevada al rey se atrevían a escribir: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar».

La reacción llegaba con todos sus excesos. Un español que revivía al Cid en pleno siglo XIX, un hombre de pocas letras, de la clase popular, pero un alma grande, valiente, gloriosa, don Juan Martín el Empecinado, el que en la guerra de la Reconquista sigue la tradición de lucha que se iniciara en Viriato, recurriendo a la guerrilla para hostilizar al imprudente invasor, fue, sin respeto alguno por sus merecimientos y a pretexto de que profesaba ideas liberales, encerrado en una cárcel y mostrado en las ferias del pueblo de Roa dentro de una jaula y expuesto a los insultos de los realistas. Un día aquel viejo, arrancado de un canto de *La Ilíada*, se yergue, se subleva contra la chusma; con sus músculos habituados al combate rompe los hierros de la jaula, se apodera de un sable que pende del cinto de un guardián y muere batiéndose, solo contra todos, como un león.

Las víctimas fueron muchas. Todas las clases sociales dieron su tributo al martirio. Cuerpos de obreros pendían de las horcas; oficiales valientes, hombres como Torrijos y Chapalangarra caían fusilados; mujeres como Mariana Pineda subían al cadalso a purgar la imprudencia de haber bordado una bandera con sus manos. Los crímenes se sumaban a los crímenes. Pero, españoles, mientras la opresión reinaba arriba, la rebeldía persistía en el llano, incesantemente repetida, sin cesar nunca, adelantándose al triunfo que en una hora lejana sería suyo.

Hicieron la guerra a Fernando VII en Cataluña los que se consideraron, según la frase clásica ya citada, más realistas que el rey. En ese momento Fernando se siente en peligro inmenso, pues en palacio comienzan las burlas y las hábiles intrigas de la corte. Fernando se casó con la italiana María Cristina, que, al igual que Isabel II, se inclinaba hacia los liberales, iniciándose así en una vida que bien parecía una novela. Había de por medio, a los efectos de la sucesión en el trono y la corona, el inconveniente de la existencia de la ley sálica, que dominaba en todas las casas de los Borbones. La ley sálica, como se sabe, impedía que una mujer heredase el trono. Tal es el gran conflicto en que Fernando se encontraba.

Como no tenía sino una hija, la corona tenía que ir a manos de su hermano don Carlos, que representaba la reacción.

Aquel rey no acababa nunca de morir. Cada mes redactaba un nuevo testamento en el que dejaba la corona a diversas personas. Hubo un instante en que Calomarde, poniendo en juego toda su decisiva influencia de ministro del rey, consiguió hacer que Fernando VII le dejase la corona a don Carlos.

Al lado de María Cristina estaba la infanta Carlota, mujer fuerte y varonil, sólida, resuelta, especie de valquiria o de amazona. Cuando esta tuvo conocimiento del testamento, corrió a la cámara real, se encontró con Calomarde, le quitó el testamento y le aplicó un par de sonoras bofetadas.

Calomarde no tuvo sino una frase:

—Señora, manos blancas no ofenden.

Después de esto, vuelven de nuevo los partidarios de Isabel a pedir insistentemente que se derogue la ley sálica. Así se hizo en efecto, y Fernando VII murió por fin y salió de la historia de España odiado por los reaccionarios y odiado por los liberales. Tal fue Fernando, persona fatal, tan fatal, que aun después de muerto fue nefando para el país, pues dejó como herencia la guerra carlista.

Fue este un conflicto curioso que nos costó tres guerras, y del que sólo es responsable el apasionado carácter español, que pinta Eliseo Reclus al decir que cuando un español toma una idea, la toma con tal calor, que muere en ella y la deja inoculada en el espíritu de sus hijos. En cualquier otro país, tal conflicto no hubiese originado sino una guerra. En España costó tres.

Creo que tendré que terminar, porque es ya un poco tarde. En España, ni hay optimismo absoluto ni hay pesimismo absoluto.

En la vida sólo se es joven una vez. Después viene la decadencia y la vejez. Los pueblos —la historia nos lo dice— sólo son grandes una vez, y España ya fue grande. Inglaterra perderá un día su actual hegemonía, que es posible pase a los pueblos de América. Pero dentro del concierto de las restantes naciones no es España tan mala como decimos que es en los momentos en que los españoles nos reunimos para charlas. Es que somos apasionados con las cosas y las queremos ver realizadas pronto, lo más

pronto posible. Nos pasa, en la exageración, lo que a una persona que llevase mucha prisa y viajase en ferrocarril, y al ver que no llegaba rápidamente a su destino, dijese que el ferrocarril marcha más despacio que una carreta. España progresa, está en marcha, avanza, y tan grande es la fuerza de la impulsión que hasta hace avanzar a su peso muerto.

Nosotros seguimos trabajando en la gran obra nacional de una España nueva. Pensamos que España no es solamente el territorio encerrado por sus fronteras, en donde flamea la bandera roja y gualda, ni la concreción política obediente a la monarquía. Creemos que España es una manifestación del alma humana, que encarna una raza, la raza española, toda la inmensa raza que tiene la misma sangre y el mismo idioma. Creemos que España es una concreción de la humanidad.

Los que alzamos la inteligencia por encima de las divisiones de la patria, vemos como nuestro algo más que la península española; y cuando notamos manifestarse el progreso en una nación de nuestra familia, nos alegramos y queremos que la raza española esparcida por el mundo sea grande, al lado o detrás del Atlántico, porque en todas partes queremos la grandeza de España.

En esa misma historia que yo os relataba, cuando la libertad se ve frente a la reacción, la libertad se salva por algo que viene de América. Cuando estalló el conflicto entre las dos ramas de la monarquía, los palaciegos se decidieron por el infante don Carlos, sin que en ese momento pudiera ser contrarrestada la monarquía por los partidarios de la libertad, que eran pocos y no tenían caudillo, y entonces empezaron a llegar de América a las playas españolas soldados que tenían el gesto melancólico de los vencidos, no por la falta de valor, sino por la fatalidad; soldados vencidos por una de las más gloriosas campañas del siglo XIX; soldados que se habían batido en todos los climas con la arrogancia y el impulso de los héroes homéricos. Eran vistos en España como apestados, diciéndose que traían el contagio de influencias malsanas. Entre esos grandes soldados estaba Rodin y Valdés, Espartero y otros, y todos ellos pusieron sus espadas al servicio de la libertad en España. Eran españoles que habían luchado en una guerra prodigiosa, que no ha tenido aún Homero que la cante ni historiador que la narre con toda su grandeza: la guerra de la emancipación americana.

La novela moderna
(Teatro Argentino [La Plata], 29 y 30-6-1909)²⁵

Séanme permitidas unas breves palabras antes de entrar en lo que puede llamarse el tema de esta conferencia.

Yo he venido desde España a la República Argentina sabiendo que venía a un país de prodigio, a un país de civilización mágica, de verdaderos milagros. Yo sabía que en este país de improvisación, donde ayer era una pradera inculta, donde imperaban las hierbas, aparece hoy un pueblo que mañana puede convertirse en una gran ciudad. Yo sabía que esta república tenía por capital a una inmensa metrópoli que hace más de un siglo sólo contaba con unos miles de habitantes y que hoy es la segunda ciudad del mundo latino y una de las tres o cuatro capitales de la humanidad. Yo sabía de los grandes prodigios de este pueblo; pero yo, que sabía todo esto por los labios; yo, que sabía todo esto por las ligeras observaciones que he podido hacer en los pocos días que permanezco en vuestra capital, en la gran ciudad de Buenos Aires, os aseguro, os afirmo y os juro que la sorpresa mayor que he experimentado es al visitar vuestra ciudad de La Plata.

Esta, señores, es una sorprendente improvisación de la cual no tenemos idea en Europa, improvisación tan enorme que nuestra pobre imaginación no puede contenerla dentro de los límites del sentimiento.

Hay en los antiguos libros, no en los antiguos libros de caballerías, en los cuentos fantásticos, en las leyendas que forman la literatura popular de un pueblo, escenas mágicas en que, por vía de encantamiento, surgen del suelo castillos luminosos con palacios inmenso; pero yo os digo que esto ha sido obra de la imaginación, que esto ha sido obra de edificación vuestra, por vuestro trabajo, por vuestra iniciativa, porque es esfuerzo, porque es inteligencia.

En veinticinco años jamás he podido contemplar palacios como los que hay en esta ciudad, que es hija de la energía, del valor y del progreso.

No, no bastarían la hermosura de vuestra ciudad, el esplendor de vuestras calles y paseos, la facilidad con que se ha improvisado, no

²⁵ *La Argentina*, 30-6-1909; *El Pueblo*, 7 y 11-8-1909.

bastarían estos elogios que estoy dirigiendo en este momento, que no pueden ser más justos ni más legítimos, cuando se tributan a la ciudad de La Plata, capital de una provincia que ha alcanzado el justo renombre que hoy conquista; porque yo os aseguro, y en esto no hay adulación alguna porque yo sabré justificar más tarde mis palabras, yo os aseguro que, de toda la América del Sur, La Plata es la ciudad más conocida de todos los intelectuales de Europa y de la que oímos hablar constantemente.

Porque hay en vuestra ciudad algo más que la hermosura de vuestras calles y paseos, que la hermosura de vuestra edificación y que la prontitud con que la habéis construido; porque en vosotros no sólo hay una envoltura material, sino porque vosotros tenéis un alma, un alma espléndida, un alma de poeta y el ideal del progreso intelectual.

Las naciones son lo mismo que los órganos humanos: hay ciudades músculos, ciudades que se dedican al trabajo, a la actividad, a la producción, y hay otras ciudades de calles que parecen tranquilas, donde palpita el ambiente sereno que necesita el hombre estudioso para dedicarse al trabajo del alma; ciudades que, como las otras son músculos, estas son cerebros, y vosotros sois la ciudad cerebro de la República Argentina, y sois el cerebro que se asemeja a la Europa que piensa.

Yo, al visitar La Plata, he experimentado múltiples sensaciones como escritor, como hombre intelectual, como hombre de trabajo, dedicado a esta labor literaria; digo que he sentido las sensaciones que uno encuentra en su propia casa.

Han acudido a mi memoria los recuerdos más gloriosos de aquella España que esparcía las luces de su ciencia por todo el mundo, al ver vuestros edificios de enseñanza, al ver ese imponderable museo, que no es de La Plata ni de la República Argentina, sino de la humanidad, en el cual está guardado el secreto de la creación del mundo.

Al ver todo esto pensaba en otra ciudad que hay en España, ciudad decadente, pero que todavía conserva el esplendor de su antiguo prestigio. Pensaba en aquella Salamanca, madre de la ciencia, madre de las letras, que cumplió su misión enseñando a sus hijos como la madre que educa a su prole, como la madre que se regocija ante los progresos de los hijos que ha dado a la humanidad.

Yo pensaba que vuestra ciudad era la Salamanca del Nuevo Mundo, que vuestra ciudad será la Salamanca del porvenir, y vuestra ciudad me ha sugerido el recuerdo de una persona que es el símbolo de la grandeza intelectual, de un hombre por cuya personalidad yo he sentido más admiración que nunca, por la que puede llamarse el padre espiritual de esta hermosa juventud estudiosa y el padre de vuestra ciudad. He pensado y sentido admiración hacia ese doctor, hacia ese hombre de ciencia que es honradez de las letras y del pensamiento argentino; hacia ese hombre que tiene un apellido clásico, el apellido castellano de aquellos sabios de Salamanca que eran gloria del pensamiento; hacia ese doctor que reúne las altas cualidades del hombre moderno, del hombre de estudio, hombre que es la tradición de la raza, en lo que tiene de más noble y de más grande la nueva España, y permítame el doctor Juan Vicente González este recuerdo que hago a su nombre y que lleva en su rostro, en el color y hasta en la fisonomía, el sello de la raza.

A este hombre, señores, le tengo envidia, la santa envidia de aquel que trabaja por el progreso, de aquel que cultiva su imaginación para crear; y yo pienso que por más trabajo, por más esfuerzo, nuestra obra, la de los escritores, es deleznable, nuestra obra de fabricantes de libros que viven cincuenta años o menos y que la humanidad olvidará, mientras que la obra del doctor Juan Vicente González se va acrecentando y haciéndose con el tiempo cada vez más grande. Cuando hayan pasado siglos, cuando la República Argentina tenga millones y millones de habitantes, cuando sea uno de los países más grandes del mundo, cuando sea el conductor del progreso, cuando sea el conductor de la humanidad, el conductor de la vida moderna, la fama del doctor Juan Vicente González vivirá y La Plata será uno de los centros intelectuales del mundo, que esparcirá sus rayos por todas las naciones y servirá de foco para todos los hombres amantes de la ciencia.

No he elegido un tema científico para mi conferencia, pues considero que el auditorio que me escucha está compuesto de personas que tienen al respecto amplios conocimientos.

Creo más oportuno tratar un tema de más adecuación a mi persona; y nada más propio, por consiguiente, que hablar de literatura, de esa

literatura al alcance de todos que constituye el regalo del alma en momentos de aburrimiento y de dolor. Voy a hablar, pues, de la novela.

La novela es el género literario que está más en contacto y en relación inmediata con una necesidad que siente el ser humano; es el género que llega a su definitiva formación en los tiempos modernos; es, en fin, el resumen, el conjunto de todos los géneros literarios; es epopeya porque trata de los hechos históricos; es drama porque descubre los grandes conflictos de nuestra vida; es comedia porque establece con humor y con ingenio los rasgos ridículos de nuestra existencia; es epopeya patriótica porque describe la más noble de las pasiones, la que es fuente de vida y de grandeza: el amor a la patria.

Sus orígenes se remontan a tiempos remotos, pudiéndose afirmar que hace su aparición con la vida de la humanidad. El hombre posee en su ser dos elementos: la inteligencia y la imaginación, el primero de los cuales suele también encontrarse en ciertos seres inferiores, lo que no pasa con la imaginación, que es una de las facultades que nos distingue y hace superiores con respecto a los demás seres. Estas dos facultades son necesarias y se complementan armoniosamente en el hombre, pues la falta de uso de la inteligencia conduce a la barbarie y al salvajismo, en tanto que la falta de imaginación trae como consecuencia el tedio y el aburrimiento.

Apenas venimos a la vida, apenas sabemos comprender las palabras que escuchamos, siendo aún muy niños, en las largas veladas invernales le pedimos a la buena madre o al abuelo bondadoso que nos relate un cuento. La humanidad, esa eterna niña, procede del mismo modo y, queriendo hacer un paréntesis en la lucha diaria, se dirige al artista, al escritor, y le pide también un cuento, una novela, que tienda a distraer el espíritu de las muchas preocupaciones que lo absorben.

Los orígenes de la novela se remontan a los tiempos prehistóricos, si es que en aquellos tiempos existía la palabra. Claro está que allí no podía encontrarse propiamente la novela tal como actualmente se concibe, sino se la hallaba en una forma rudimentaria por así decirlo. ¿Acaso no es una novela el relato que aquel hombre de las edades lejanas, tosco y sin los refinamientos que más tarde adquiere con la civilización, haría a su

semejante, de las luchas mantenidas con las fieras, de los temores que ha pasado en las selvas, en el combate librado ha poco?

Saludo —
No que es novela - Operas y novelas misma perfeccion.
Influencia. Ciencia. Piedad. Tessie
Republica. Ciencias naturales. Europa
Origenes novela
Eevantes —
Inglaterra. Scott. Dickens
Rousseau (Parisiage)
Chateaubriand
Balzac
V. Hugo
George Sand
Zola.
Daudet
Dostoyevski.
Tolstoi
Gorki
Los evangelios.
Lo. Influencia Wagner.
Los novelistas son misioneros del bien.

En las condiciones características del temperamento de los pueblos hebreos, asirios, persas y egipcios encontramos en la tendencia de esos pueblos a lo maravilloso la razón por la cual nacieron novelistas. En Grecia y Roma, la misma religión constituye una novela, una fábula muy hermosa, invención de los filósofos para alimentar a la humanidad con eternas quimeras... El cristianismo hace también uso de ellas, apelando a

la parábola, que es una pequeña novela, y usándola además como propaganda en los sermones y pláticas de los sacerdotes.

Como género literario, hay que reconocerlo, la novela tuvo poca importancia en el antiguo mundo. En Grecia y Roma abundaban los historiadores y los filósofos, pero no existían novelistas propiamente. Así, Roma no tiene más novelas que la obra grosera de Petronio, *El satiricón*, y *El asno de oro*, de Apuleyo. Es que no existía entonces la vida del hogar, sino tan sólo la preocupación de la pública, y es bien sabido que donde no hay vida de familia no hay novela, porque esta no se basa en los hechos públicos.

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que la novela tiene su verdadera manifestación en los libros de caballerías, cuya pintoresca narración llámase «romance» en francés y «novela» en castellano; romances primitivamente en verso, que los trovadores de aquel entonces recitaban de castillo en castillo y de campamento en campamento. Pero el lugar de su nacimiento, remontándose a sus orígenes, se encuentra en una península europea: en España. Y no podía ser de otra manera por el temperamento de aquel pueblo, cuyo territorio servía de tránsito a los celtas, a los fenicios, a los griegos, a los romanos, a los hebreos y a todas las razas de Europa que, al pasar, dejaron allí su sedimento. De ahí que España haya resultado un pueblo tan raro, en el que se encuentran mezclados todos los vicios, todas las virtudes, todas las debilidades, todas las robusteces del hombre. Y es por eso precisamente por lo que el español puede adaptarse a todos los climas de la tierra, y vivir lo mismo en los países cálidos, donde se hace casi imposible la vida, que en las zonas frías, donde la vegetación se hace por lo mismo estéril.

Es grande la influencia ejercida en España por los judíos y los árabes en su larga dominación. Estos últimos, grandes imaginativos, dotados de temperamento ardiente, produjeron, cuando apenas sabían escribir, ese gran poema mágico que todos conocemos y cuya lectura deleitó nuestra niñez: *Las mil y una noches*. Una vez en la península, empezaron a cultivar aquellos romances caballerescos que constituyen la primera manifestación de nuestra literatura.

Como consecuencia de la influencia decisiva de toda esta labor literaria, cuyo mérito es indiscutible, surgió un pueblo novelista por

excelencia, que si no escribía novelas, las hacía en acción, en cada combate y en cada batalla.

Pero es claro que esa situación tenía que modificarse con una literatura especial, realmente épica. Y fue más tarde cuando surgió un hombre, un superhombre, que no podrá ser nunca igualado, el creador de la novela española, el que no es sólo gloria de España, sino de todos los puntos donde se habla lengua castellana, un humilde soldado, pobre y desgraciado, dotado de cualidades imaginativas y de observación sorprendentes, que produjo la obra más admirable, más estupenda, más imperecedera: la obra que constituye la Biblia de nuestra raza. Comprenderéis, señores, a quién me refiero: me refiero a don Miguel de Cervantes Saavedra. Sí; *Don Quijote* es el libro representativo del espíritu español y del espíritu de toda la humanidad. Esta tiene un tesoro de obras célebres, de obras inmortales, de obras de genio. Pero en materia literaria debemos hablar francamente, y hay que confesar que entre este tesoro de libros que admiramos hay muchos que no hemos leído, que conocemos tan sólo de nombre, a pesar de lo cual les profesamos gran admiración. ¿Acaso no ocurre así con Homero, a quien todos clasificamos como el primer poeta del mundo sin conocer una de sus estrofas? ¿Quién de vosotros no le admira? ¿No pasa lo mismo con el Dante? Todos sabemos que fue el autor de La divina comedia, y muy pocos, no obstante, han leído la obra completa. Yo mismo he leído la parte del «Infierno» solamente, dejando la del «Cielo» para otra oportunidad. Lo mismo puede decirse de Milton, cuyo *Paraíso perdido* sólo conocemos por las ilustraciones de Gustavo Doré.

Pero no sucede así con Cervantes ni con Shakespeare, porque sus obras están basadas en nuestras luchas, en el estudio del carácter humano.

Aun así, Cervantes está más arriba que Shakespeare, pues la obra de este, al ser teatral, posee el carácter convencional de este género literario. Así, cuando transitamos por la calle y vemos pasar un joven pensativo, macilento y pálido, de ojos fatídicos, a nadie se le ocurre decir que es un Hamlet; cuando divisamos a un viejo ciego, de barba blanca, a nadie se le ocurre decir que es un rey Lear; sin embargo, en la vida ordinaria, lo mismo en la calle, en la casa, en una gran capital o en medio del campo,

cuando existe un hombre imaginativo que vive fuera de la realidad, al más rústico se le ocurre decir, señalándole: «Este es un señor Don Quijote».

Cervantes es eterno porque encontró para su obra, en un momento de exaltación, el verdadero tipo representativo de la humanidad.

En cada uno de nosotros existen dos tendencias. Llevamos dentro de nuestro ser un ángel, bueno, que representa los sentimientos altos, y un ángel malo, que son los instintos de la perversidad. Existe entre ellos una perpetua lucha. Y esta verdad, que Pascal dejó escrita, la dijo antes Cervantes, con ese poder de adivinación excepcional que es forzoso reconocerle, al afirmar que la humanidad está compuesta de estos elementos.

Por ser, pues, humana y no ficticia la obra de Cervantes, conserva aún y conservará siempre la misma frescura y el mismo interés, sin que el tiempo pueda ejercer sobre ella su acción demoledora.

España brillaba en su *Quijote* inmortal. Francia, en tanto, producía obras de escaso valor literario, pero de cierta popularidad.

Surge el *Gil Blas de Santillana*, cuyo autor se creyó en un principio fuera español, por el conocimiento que demuestra de las costumbres de este país, y que resultó ser Lesage, un mistificador literario. Aparece después en el siglo XVIII la *Historia de Manon Lescaut*, novela amorosa. Pero España, como si hubiera hecho un gran esfuerzo con el *Quijote* de Cervantes, permaneció durante mucho tiempo anémica, en lo que se refiere a la producción literaria, tal como hoy pasa con el arte musical, estacionario, si no retrógrado, después de la desaparición de ese genio estupendo de Wagner, que parece se hubiera llevado, al morir, la inspiración, sin que por el momento se sepa cuándo hará su aparición un émulo de su talla.

Un país nebuloso y frío, Escocia, producía un gran novelista de todos conocido, Walter Scott, cuya labor intelectual adquirió grandes proporciones, influyendo en el movimiento literario de Europa. El más grande elogio que se le puede hacer se sintetiza al señalarlo como el creador de un estilo hasta entonces desconocido: el de la narración, estableciendo en sus obras el diálogo en la forma que hasta hoy se usa.

Carlos Dickens viene después para introducir en la novela pasional el espíritu tranquilo de la sociedad inglesa. Dedicó su pluma a los pequeños,

a los desgraciados, a los humildes, poniendo en las páginas de sus obras ese sentimiento cristiano de la piedad, que nos hace sentir hondo, que nos hace derramar lágrimas...

Ya en el siglo XIX, Francia empuña el cetro de la novela, que ha perdido ahora con la muerte de maestros ilustres. Lo empuña con Balzac, ese gigante de la idea, ese gran psicólogo que sostiene sobre sus espaldas el peso de noventa y seis novelas, entre las cuales resalta ese conjunto que él envuelve bajo el título de *La comedia humana*.

Víctor Hugo, el popular autor de *Los miserables*, es una brillante personalidad como novelista y lo mismo Balzac, acerca de los cuales no me detendré ahora por haberme referido a ellos en conferencias recientes.

Pero hablaré de otro, aunque no tiene la importancia literaria de estos últimos, porque no es un maestro; merece, sin embargo, el mayor respeto, ya que su obra ha sido fecunda y original. Me refiero a Alejandro Dumas (padre), el titán de la imaginación que ha creado personajes fantásticos en la trama de sus grandes aventuras. Él mismo fue un escritor que vivió fuera de la realidad hasta en la vida ordinaria, al punto de que su propio hijo decía, refiriéndose al autor de sus días, con cierto aire protector: «Yo no tuve padre; mi padre es un hijo que tuve cuando yo era pequeño».

Esta manera de ser le causó grandes decepciones.

Cuando Garibaldi arrojó a los Borbones del territorio de Nápoles, Alejandro Dumas creyó que era necesaria su presencia y que Garibaldi no haría nada sin su auxilio. Consecuente con esta idea, se embarcó en una goleta llevando algunas armas, y una vez en Nápoles, en presencia del general, le manifestó, en el tono familiar que acostumbraba, que venía a defenderlo.

Los napolitanos, al ver llegar a este hombre de tez cobriza, con una gran cabellera que formaba sobre su cabeza una especie de almohada, creyeron encontrarse en presencia de un rajá de la India.

Los napolitanos, entusiasmados por el honor que se hacía a Garibaldi enviándole tan importante delegación, fueron en tumultuosa manifestación a constituirse debajo de los balcones de la casa donde tan ilustre embajador se hospedaba.

Dumas, entusiasmado a su vez con esta manifestación espontánea, decía a sus escribientes: «Ya lo veis, esta es mi popularidad, y seguro estoy de que aquí cada uno de estos conoce perfectamente mis obras, y especialmente a Montecristo».

Ordenó que subieran a sus habitaciones, y hasta que estuvo aquello repleto fueron entrando. Corrieron de mano en mano los vasos con el licor que se escanciaba, a la vez que Dumas les decía: «¡Tomad!, ¡bebed!, que yo lo pago todo aun cuando Montecristo no me produzca, a causa de los editores, todo lo que debiera producirme».

Y aquel populacho, que encontró muy razonable lo que el novelista decía, manifestó en coro: «¡Montecristo era muy malo! ¡Muera Montecristo!»

Detrás de esta escuela, llamada, en el lenguaje corriente, de la novela romántica, viene la escuela naturalista. Aparece como supremo representante de ella Emilio Zola.

El maestro quiso abandonar la torre de marfil, donde moran ciertos genios que no son más que la personificación del egoísmo y la impotencia, para confundirse con la multitud y vivir su vida.

Encontré en mi visita al maestro abatido, con el doloroso abatimiento de los esforzados y de los que luchan; lo encontré triste y cansado después de haber llevado a cabo la gran obra. De sus labios no salió, sin embargo, ninguna protesta airada, sino estas sencillas palabras repletas de amargura: «Yo creía que cuando se tiene la verdad bastaba presentarla a la muchedumbre, pero veo que la humanidad no ha cambiado y que el que expresa una nueva verdad es condenado como el Cristo». Y ante la pregunta de si empezaría de nuevo la obra, él me contestó, después de una vacilación, con ese cansancio de los titanes que luchan con la ignorancia humana: «Sí, la comenzaré».

El imperio universal de las novelas de aventuras de Dumas tuvo naturalmente su influencia en España, donde surgieron de pronto dos grandes autores: Pérez Escrich y Fernández y González. Este ha sido un talento sin cultivar, malogrado por su falta de ilustración, que él supo suplir con su genio.

Novelistas han sido y son Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Alarcón, Juan Valera, la Pardo Bazán, la mujer más intelectual de Europa.

Nosotros, los novelistas, somos de tal naturaleza, estamos constituidos de tal manera, que allí donde vamos la novela viene con nosotros. Somos como una placa fotográfica que conserva la impresión de la visión. En nuestros cerebros llevamos la impresión imaginativa que es la retina cerebral; nuestra imaginación se hincha como la esponja, tomando los recuerdos de las sensaciones. Os digo esto porque mientras estoy en la Argentina parece que hago una cosa y en realidad hago otra. Yo doy conferencias, deseo dar conferencias, deseo hablar con el público; pero, como tengo una doble personalidad, mientras hablo en mi espíritu se graban todas las sensaciones, todas las imágenes; parece que no tomo nota de nada y, sin embargo, más tarde, un día cualquiera, cuando yo esté lejos de vosotros, un día digo, sentiré la necesidad de tomar un montón de cuartillas, y ya veréis entonces cómo en el libro que sobre este país pienso escribir habrá muchos de vosotros que yo no recordaré con exactitud, pero que son imágenes y visiones que no salen de la memoria.

Aunque parezca que nuestra obra es superficial, aunque parezca que nosotros somos de los que todo lo vemos de color de rosa, como cosa agradable, somos algo más de lo que aparentamos.

Nosotros, por medio de la novela moderna, esparcimos el progreso de la humanidad. Antes los novelistas eran como los antiguos trovadores que entonaban himnos de amor; hoy los novelistas somos los propagandistas de todas las grandes ideas y de todos los progresos que surgen en el mundo.

Las mismas ciencias físicas y exactas tienen su difusión por la novela; la humanidad no puede comprender las abstracciones de la ciencia. Podrá comprenderlas la juventud estudiosa; pero el hombre científico tendrá que darle color, y no todos ellos tienen facilidad suficiente para hacerlo. Y entonces viene el novelista, que son los obreros modestos del progreso, los sembradores que abren el surco, arrojando la semilla que más tarde ha de fructificar en el cerebro de los pueblos.

Pienso que vosotros, con ideas tales, lo habéis aprendido, en una capital intelectual como esta, en el libro de los filósofos, porque todos vosotros sois científicos que sabéis desentrañar con claridad el pensamiento; pero hay otros que no han tenido tiempo de estudiar en esos

libros científicos, y entonces lo saben por los novelistas y por el periodismo, que es una diseminación y una continuación del novelista.

El arte es la suprema manifestación, es la suprema propaganda de toda idea nueva. Como los antiguos tiempos de los espartanos, cuando enviaron a los atenienses al poeta Tirteo, que era un hombre débil, pero que llevaba dentro del alma el genio de la santa epopeya. Aquel hombre dio más victorias a los espartanos que todos sus grandes hombres científicos.

El arte tiene una gran influencia en la vida de la humanidad; de ahí que nosotros somos responsables del gran poder que llevamos en nosotros mismos, porque nosotros también somos la mente que educa a las generaciones y hace más loable el progreso y lo hacemos democrático.

Nosotros, los hombres de novela, somos la suprema grandeza, y lo que hacemos en ciertos momentos de la vida atiende a que el rico dé algo al pobre; y no tenemos mayor satisfacción que la de saber que la virtud se inclina del lado del bueno, y el mayor premio, no que caiga un aplauso, sino que caiga una lágrima de emoción.

Cervantes
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 2-7-1909)²⁶

Al hablar de Cervantes, el espíritu se encuentra en presencia de la primera figura de la literatura española e, indiscutiblemente, frente a una de las más grandes de la literatura universal.

Podría, siguiendo una costumbre que se ha hecho carne cada vez que se habla del que con tanta justicia se llama Príncipe de los Ingenios, haber aprendido de memoria cuatro párrafos grandiosos, cuatro arranques literarios que viniesen a ser como una onda entonada en honor del autor del inmortal libro.

No he seguido tal procedimiento porque ocurriría que después del caluroso elogio —bien merecido, por cierto— quedaríamos sin conocer íntimamente su figura humana, su personalidad real, y en este autor existe, como en pocos, una conexión íntima y mediata entre el autor y la obra, entre el hombre y su producción.

Sin temor de caer en el terreno de las exageraciones, de Cervantes puede decirse que hay que volver a descubrirlo. Lo han puesto tan alto, tan verdaderamente alto y tan fuera de la corriente de la humanidad de los admiradores, que, como los fieles con sus santos, olvidan que han sido hombres. En este culto a Cervantes, formado durante años y años y siglos y siglos, hay mucho de meritorio, acreedor al aplauso. En España, a la cabeza de los grandes críticos, marcha el ilustre sabio don Marcelino Menéndez y Pelayo, y sé que es la República Argentina una de las naciones americanas donde mejor se conoce e interpreta el *Don Quijote*. Timbre de honor para la ciudad de La Plata ha sido la cuidadosa edición allí hecha, y no ignoro las bellezas de todo género que contiene la obra del doctor Adolfo Saldías, *Cervantes y don Quijote*, en la que ha dado muestras de ser un gran literato.

Nada más extravagante, en efecto, que lo que ha venido ocurriendo con los críticos del *Quijote*. Cervantes, que fue un desgraciado durante toda su vida, continuó desgraciado hasta después de su muerte. Ha pasado con él lo que pasa con ciertos faquires hindúes, que en honor de

²⁶ *El Pueblo*, 22-8-1909; *El Progreso* [Santa Cruz de Tenerife], 2-9-1909.

sus creencias se entregan a extravagantes ceremonias. Una plaga de falsos cervantófilos se han dedicado a escribir libros en los que se pretende demostrar que Cervantes fue todo y todo lo supo. Se ha hecho así un Cervantes filósofo, un Cervantes militar, un Cervantes católico, un Cervantes librepensador, y Cervantes no ha sido nada de eso.

CERVANTES

A los unos que le han metido. Redescubrió ^{Saldías.} Extravagancias comentaristas. Aveoplasmo

Fue un hombre que escribía a vato.

Los genios no los leen. Cervantes o Shakespeare ni. Superioridad Sujete

Además fue el primer novelista.

Imaginación. Historia novela

Aparece Cervantes. Siempre fue alegre y la historia triste

Su padre. Problemáticos estudios. Penariva. Italia

El teneo de Moneada. Trezauto

Ha esclavitud. 5 años

Vuelve. Era Galatea. Se casa. Señorita pueblo. Hace comedias

Cerca 20 años sin aparecer escena literaria (Inventible) (America) Colva sufre vieja, aprende vida no a través libros sino ventos caninos

Fue Carcel Sevilla. Consejo Sujete o Nov ejemplares Certámenes de meliavas.

Se ha llegado a decir que en las páginas de su gran libro profetizó el vapor, la electricidad, el ferrocarril, y es extraño, en verdad, que no hayan

dicho que profetizó el aeroplano, porque con un poco de buena voluntad hubiesen podido ver el aeroplano en el caballo volador que en cierto capítulo se hace mención. En cuatro siglos se ha venido tejiendo todo este himno desfigurando su personalidad. Cervantes no fue sino un gran novelista, y para su gloria este título basta.

La mayoría de los novelistas somos a modo de máquinas de escribir. Cervantes fue todo lo contrario. Fue ante todo un hombre, un temperamento batallador, en combate siempre con los infortunios, de los que fue su vida larga cadena. Los primeros cincuenta años los pasó sin escribir una sola línea. Sus libros más grandes fueron escritos en periodo de plena vejez, entre los cincuenta y cinco y los sesenta y nueve años de edad. De todas las glorias que en sus páginas encierra la historia de la literatura universal, es la más fresca, sin duda alguna, la de Cervantes; y conste que no digo esto por ser español y por afinidades de raza, porque estoy convencido que su figura no pertenece sino a la humanidad entera.

Pero hay en esta gran figura que todos conocemos mucho de exageración, mucho de lo convenido que se acepta y se repite, porque es el resultado de los estudios realizados en los primeros años de su vida. Cuando se nos pregunta cuál es el poeta lírico más grande del mundo, contestamos sin vacilar que Homero. Y, sin embargo, si somos sinceros, la mayor parte tenemos que confesar que no conocemos ni *La Ilíada* ni *La Odisea*. Casi lo mismo ocurre con el Dante y con *El paraíso perdido*, de Milton. Una y otra obra sólo en parte las conocemos. Con el Dante, por ejemplo, lo seguimos gustosos mientras está en el «Infierno», con menos gusto cuando llega al «Purgatorio», y son pocos, muy pocos, los que le acompañaban cuando penetra en el «Cielo».

Una anécdota pinta mejor que nada lo que deseo significar. Un noble italiano, a consecuencia de haber reñido con otra persona sobre cuál de los dos era más grandes, si Dante y si Petrarca, fue al terreno del honor y en él recibió mortal estocada. En el lecho, moribundo, hablando a su hijo, le decía: «Y es la verdad que muerdo por Dante, aunque no he leído su obra».

Las consideraciones de mérito las aceptamos a beneficio de inventario, de buena fe, porque provienen de personas que han hecho estudios al respecto, evitándonos la labor de que los hagamos nosotros.

Entre la enorme pléyade de genios que fueron, sólo dos conservan frescas sus glorias y sólo dos han estado en más contacto con el pueblo: Shakespeare y Cervantes.

Ambos pintaron la vida intensamente y crearon figuras que pasaron a la humanidad; y hay que convenir que, en lo que se refiere a la oportunidad, éxito y juventud de las glorias, Cervantes está más cerca que Shakespeare. Es que Cervantes fue el príncipe de la novela, y la novela es el género literario que permite permanecer en contacto más permanente con el público. Shakespeare, para ser puesto en escena, necesita modificaciones y adaptaciones al gusto de la época. Cervantes permanece grande siempre, como esos peñascos que están junto al torrente y que, en vez de disminuir de volumen por los embates del agua, lo aumentan con la agregación de la vegetación que en su torno se acumula. Es el mismo público, entre el vulgo, en las situaciones ordinarias de la vida, se recuerda a Cervantes a cada momento. Nunca oiréis decir que fulano se parece a Hamlet ni al rey Lear; pero estéis donde estéis, en cualquier país civilizado donde se hable o no el idioma español, cada vez que se trate de una persona de recios empujes por los grandes ideales, se dirá que es un Don Quijote; y cada vez que se hable de una persona de espíritu materialista y estrecho, se dirá que es un Sancho Panza. ¿Qué es lo que esto demuestra sino que las dos grandes creaciones de Cervantes son infinitas personalidades destinadas a reproducirse en el infinito de los tiempos?

La gran mayoría de los novelistas no aspiramos sino a que quede de nosotros una faceta o una chispa; pero Cervantes es el primero de los novelistas en el doble sentido de la palabra. Primer novelista, porque nadie lo ha superado en la creación de tipos; y primer novelista, porque en el orden cronológico, es el primero que aparece, siendo así el creador de la novela moderna.

En anteriores conferencias, al referirme al concepto que el vocablo novela encierra, he dicho que la novela aparece como la última manifestación de todas las literaturas, después del periodo de la epopeya, de la poesía lírica, del drama, como resumen de todas ellas. Pero aunque sea esto la novela, no impide que, como manifestación primera, haya aparecido antes de la formación de los pueblos, apenas aparecida la

humanidad, antes de inventada la escritura y antes de perfeccionado el idioma. El hombre, en los primeros tiempos, llevaba ya en el cerebro la novela.

Por más que se trate de encontrar otras, se verá siempre que la diferencia que separa al hombre de los otros seres que en la escala zoológica ocupan un lugar más o menos inferior, no es sino el poder imaginativo del hombre. La función de la inteligencia, que es como la carta de nobleza, como el título de superioridad del hombre, aunque en mucha menor magnitud la poseen también los animales. Pero la imaginación, el poder creador del género humano para hacer surgir de la nada imágenes que agradan, recrean y entretienen, sólo el hombre la posee.

La imaginación necesita alimento, como lo necesita el cuerpo. Cuando la imaginación no se alimenta, caemos en las horas negras del aburrimiento. Cuando niños, satisfechas las necesidades corporales pedimos un cuento largo y bonito que nos entretenga, mientras inclinamos la cabeza en el regazo de la madre, y tengo la casi certeza que el hombre de la edad prehistórica, semisalvaje aún, cuando en las noches se reunía con sus compañeros para pasarlas en vela junto al fuego, a fin de defenderse de las fieras, mataba las largas horas contando cuentos y relatos de sus combates, de sus encuentros con animales fabulosos.

Los pueblos de Oriente, de tan exaltada imaginación, que, como el rey Midas de la leyenda, convertían en oro todo cuanto tocaban, no necesitan ser recordados. Los indostánicos demostraron ser grandes imaginativos, cuando tuvieron que legislar y crear sus grandes poemas sagrados con mitos, dioses, mitologías, que no eran otra cosa que novelas. Imaginativos fueron los persas, los asirios y los babilonios, que sólo a los iniciados enseñaban la parte sustanciosa de su religión, dejando al pueblo la novela de la misma; y el afán de lo maravilloso se nota hasta en los orígenes del cristianismo, porque su primera propaganda fue hecha entre orientales, por personas de exagerada imaginación. Jesús mismo demuestra gran afición a la novela, y sus frases y sus palabras están llenas de apólogos, ejemplos, cuentos. Tal, por ejemplo, la parábola del hijo pródigo, la de las vírgenes locas y las vírgenes prudentes, etc.

Los pueblos de más tradición eran en aquella época los más imaginativos, los más aptos para la creación de la novela; y al extender Grecia y Roma su influencia por Europa, la literatura reviste formas luminosas; nace lo que hoy se llama el clasicismo; pero la novela no adquirió verdadera importancia sino entre los pueblos orientales.

La novela moderna necesitaba de dos elementos primordiales para su existencia: el amor y el hogar. Ha menester del ambiente de la familia, con todas sus intimidades y todas sus grandezas.

Y la sociedad antigua, griega y romana, en otros conceptos grande, no lo era para la novela, porque en realidad no había familia. Los ciudadanos pasaban el tiempo en la plaza murmurando de los magistrados; la mujer quedaba olvidada en su casa, sin participación directa ni indirecta en la vida pública de aquellas sociedades. Se comprende, pues, que no existiera la novela. Los griegos nos han legado en este género únicamente las *Fábulas milesias*, en exceso inmorales. Los romanos, *El satiricón*, de Petronio, ilegible para hombres y para mujeres, porque en esa obra se hiere profundamente la dignidad humana; y legáronnos tan *Las metamorfosis*, *El asno de oro*, que es apenas una transcripción de los diálogos de Lucrecio.

Como he dicho, en los pueblos no existió su realidad la novela.

Pero cuando el cristianismo modificó la constitución de las antiguas sociedades, cuando se formó en verdad la familia, cuando la mujer no fue mueble de lujo ni objeto de placer, adquiriendo su natural personalidad, entonces y sólo entonces empezó a aparecer la novela como origen del género literario que ahora con ese nombre conocemos.

Apareció con los libros de caballerías, precedida por dos obras, por dos manifestaciones que ya tendían a la verdadera novela: la *Historia etiópica*, en que el obispo Heliodoro describe los amores de Teógenes y Clariclea, y otra de un autor desconocido, que según se cree nació en Bizancio y que escribió *Dafnis y Cloe*. La obra de Heliodoro fue modelo de Cervantes para su *Persiles y Sigismunda*. *Dafnis y Cloe* le inspiró a un escritor francés, Bernardino de Saint Pierre, su *Pablo y Virginia*, sólo que esta creación es pura y su predecesora se encuentra llena de inmoralidades.

Vino con la Edad Media el florecimiento de la novela, que había empezado por el romance, cantado por los trovadores de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea. La prueba de que el romance es padre de la novela está en que esta conserva aquel nombre en varias literaturas, como la de Francia e Italia. En Francia se llama *roman*; en Italia, *romanzo*. Cervantes fue quien impuso la palabra «novela», que no clasifica con precisión este género, pues «novela» es un cuento largo. De manera que cuando es más amplia que un cuento extenso debe llamarse romance.

En España hubo una influencia literaria que dejó hondas huellas. He hablado ya del gran poder imaginativo de los orientales. Pues bien; ninguno entre ellos de más poderosa imaginación que los árabes. Todos vosotros conocéis su libro mejor: *Las mil y una noches*, que sin autor determinado, colosal maravilla a que contribuyó todo un pueblo, es el más brillante exponente de su fantasía.

Era España en la Edad Media como una carretera del mundo por donde aflúan todos los hombres, y vio reunidos en su seno a los celtas, los íberos, los romanos, los cartagineses, los godos, los árabes y los hebreos. Y esto explica los caracteres diversos y las múltiples aptitudes del pueblo español, en que predominaban libremente las virtudes guerreras. Ocurrió entonces en España algo de lo que sucede ahora en América y en la Argentina, adonde convergen hombres de todos los orígenes y de todas las razas. Y en España, la imaginación exaltada de los árabes, a la vez que el profundo misticismo de los hebreos, influyó en la literatura, creando libros que obtuvieron difusión en toda Europa, los libros que ya he nombrado, los libros de caballerías.

Esos libros nos hacen reír en la época actual. Para un comerciante o un hombre de gabinete de nuestros días resulta ridículo el Caballero de la Ardiente Espada o Pentapolín el del arremangado brazo, aquellos gigantes que derribaban a mandobles las torres o las ciudades. Pero eran otra cosa en aquellas épocas de lucha, de guerras, donde todos eran soldados, y casi todos los lectores creíanse con fuerzas y con arrestos bastantes para realizar tales o parecidas hazañas. Resultaban libros admirables para ese pueblo español, que, como dice Michelet, era el pueblo novelista por excelencia, que ponía en acción y llevaba al triunfo verdaderas novelas

heroicas, como la conquista de México y del Perú, hechas con un grupo de guerreros, o como esa conquista espiritual de Ignacio de Loyola, que se lanza a través de toda Europa para combatir por sus ideas... Sí, novelas en acción fueron todas las proezas realizadas por España en aquella época. Y forzosamente había de nacer entonces quien fuera el padre de la novela moderna, el maestro de los que, a través de los siglos, cultivaran ese género literario, el genio a quien pudiéramos llamar el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes.

Fue una perpetua contradicción, un invariable contraste, la vida de este príncipe de la inteligencia, de este rey de los donaires, quien poseyendo la gracia como no la ha poseído escritor alguno, vivió entre la ingratitud, entre las lágrimas, entre el envilecimiento, del que le sacó su ingenio peregrino.

Semejantes a esas siete ciudades de Grecia que se disputaban cuál había sido la cuna de Homero, siete poblaciones de España se disputaron cuál había sido la cuna de Cervantes. Sábese ya positivamente que nació en la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, de que os hablaba en otra conferencia, al recordar la fundación de su universidad por el cardenal Cisneros, y en la cual siete mil estudiantes que vivían entre serenatas y cuchilladas, se preparaban en los estudios clásicos o se disponían a buscar plaza entre los tercios de Flandes o veníanse a América, atraídos por la esperanza de labrarse con su espada un virreinato.

Con Cervantes acaece lo que se lee en la historia de muchas grandes personalidades: su ascendencia es humilde. Este escritor de genio fue hijo de un cirujano insignificante, Rodrigo de Cervantes, que, aunque con el título de cirujano, era un vulgar sangrador, y además sordo como una tapia, defecto por el cual vivía recluido, siendo uno de esos jefes de familia que para nada sirven en su hogar, donde todo lo hace la madre, trabajadora, solícita y hacendosa, que cuida de sus hijos y a la vez provee a la subsistencia de toda la familia.

La madre de Cervantes, doña Leonor de Cortinas, tiene así más importancia que su padre, y es quien cuida de sus hijos Miguel y Rodrigo.

Una extraña curiosidad, un problema en la vida de Cervantes, es que, siendo natural de Alcalá de Henares, no cursara estudios universitarios ni de ninguna clase. En las listas de alumnos de la

Universidad, durante todo un siglo, no aparece el nombre de Cervantes ni el de nadie de su familia. El mismo Príncipe de los Ingenios nos da a entender que por pobreza de los suyos y por su carácter enérgico, independiente, indisciplinado, no recibió instrucción universitaria. Nos cuenta que su avidez por la lectura era tal que leía cuanto le caía en la mano, y recogía hasta pedazos de papel escritos que encontraba en las calles; que su educación fue popular, adquirida en el trato de la multitud. Así resultaba semejante a otro escritor bohemio, de gran talento, que un día en el Ateneo de Madrid, decía a un grupo de académicos: «Y bien; no os asombréis de que yo sepa tanto como vosotros. Vosotros venís de las universidades y yo vengo de algo mejor que las universidades: ¡vengo de la calle!».

Cervantes fue también un discípulo de la calle, como lo fuera después de las ventas, de los caminos y de la cárcel. Conoció así las miserias de la vida, la vida real, y pudo reír y llorar con risas y lágrimas verdaderas, no con las falsas de los que no han visto la existencia sino a través de los libros. A los veinte años, mientras componía sus primeros sonetos o daba cuchilladas, aprendió a conocer el mundo, adquirió la experiencia que después le echaban en cara no poseer.

En el transcurso de su vida aventurera encontró a una especie de monseñor, a Julio Acquaviva, que estaba en misión diplomática entonces ante la corte de España. Acquaviva, que poco después llegó a ser cardenal, propúsole llevárselo en calidad de camarero, lo cual no significaba envilecimiento, dadas las costumbres de aquella época, muy diversas a las actuales. Entonces los escritores ponían dedicatorias a los reyes y a los nobles en esta forma: «Criado de V. M.» «Criado de V. E.» Y era ello honor que se disputaban los hidalgos, y medio que les servía para hacer carrera.

Con el cardenal Acquaviva emprendió Cervantes el camino con el entusiasmo que años después mostrara Don Quijote en su primera salida. Y él mismo cuenta la impresión de su llegada a Roma, la gran metrópoli del catolicismo, que era entonces la capital del Renacimiento. Los Médicis, al transportar su trono desde Florencia a Roma, habían llevado allí también el cetro de las artes. Y Cervantes se encontró en Roma con los últimos destellos del Renacimiento. Como soldado que era, se encontró mal en aquel ambiente de cámaras pontificias. Advirtió que el cardenal

Acquaviva no viajaría ya por el mundo; pensó en que los tercios de Flandes cubriéndose de gloria en cien batallas y, obedeciendo a una vocación, dejó de ser camarero del cardenal para convertirse en soldado.

Entró entonces en el tercio de don Miguel de Moncada, acantonado en Nápoles.

Hay que comprender bien lo que significaba figurar en los tercios de Flandes, pues ser soldado no era entonces, como hoy, una probabilidad de gloria y una situación inferior. Los soldados de los tercios eran como los granaderos de la guardia imperial de Napoleón. Cuando los jefes hablaban a los tercios los trataban de señores. «Señores soldados», les decían. Eran cuerpos formados por segundones de la nobleza salidos de las grandes universidades y figuraban en ellos simples soldados, como Alonso de Ercilla, que escribió *La Araucana*; como Lope de Vega, Calderón de la Barca y el mismo Cervantes; simples soldados, pero que llevaban pajes y eran los hidalgos más elegantes y caballerosos de España; soldados que podrían ser hoy príncipes y que, de regreso del combate, escribían *La vida es sueño* y *Don Quijote de la Mancha*.

Después, cuando a Cervantes le daban a elegir entre ser autor del *Quijote* o ser simplemente el manco de Lepanto, prefería este heroico apodo y manifestaba: «Mi página más gloriosa es haber asistido a esa batalla», de la cual diría en el *Quijote*: «La acción más gloriosa que vieron los tiempos presentes, que pudieron ver los pasados y que verán los venideros». Se ve, señores, se ve bien que este recuerdo de Lepanto es el más memorable de su vida: aparece de continuo en todas sus obras.

Iba Cervantes como soldado en la galera llamada *La Marquesa*, que formaba parte de la gran flota que al mando de don Juan de Austria reunieran Venecia, el papa y España para contrarrestar los avances del turco, que amenazaba, por tierra con sus ejércitos y por mar con sus galeones, inundar y avasallar a Europa.

Cervantes, enfermo y débil, estaba en la cala del navío, donde apenas habían cien hombres, olvidado de todos, entre el amontonamiento de inmundicias producidas por los que habitaban aquel tétrico lugar. Al oír los primeros disparos que iniciaban el combate entre las dos gruesas escuadras, viose salir de aquella penumbra medrosa uno a modo de esqueleto pálido y calenturiento que a tientas buscaba su espada y su

mosquete. Subió a la cubierta y resueltamente entró a las filas de los combatientes.

El comandante de *La Marquesa* intimó a Cervantes, que no otro era aquel que subiera al lugar de la lucha, a que abandonara el sitio del peligro, pero él, siempre grande, contestó: «Yo, que no he huido nunca, no quiero huir en esta ocasión». A los ruegos de Urbina negose tenazmente a dejar su lugar, y este marino, reconociendo en él las grandes dotes de dominio de las muchedumbres, aunque era un simple soldado, le dio orden para que pasara con doce hombres más a un esquife y combatiera desde uno de los costados del buque.

Así lo hizo el intrépido Cervantes, pero con tan mala fortuna que uno de los primeros disparos dirigidos contra la frágil embarcación que se le confiara le hirió en la mano izquierda arrancándole alguno de los dedos. Siguió combatiendo a pesar de la herida; pero, poco después, certeros disparos dirigidos desde el castillo de popa de un galeón cercano le hirieron de nuevo, cayendo imposibilitado para la lucha.

Trasladado a *La Marquesa*, sufrió horriblemente, ya por la magnitud de las heridas como por lo embrionario de la sanidad militar y la medicina en aquellos tiempos.

Entre sus delirios de enfermo, cúpole la dicha de ver en repetidas ocasiones al mismo don Juan de Austria que, junto a su lecho de dolor, preguntaba por el estado de su salud.

Restablecido volvió a la guerra, realizando una gloriosa carrera militar que le valió afectuosidades de don Juan de Austria y del duque de Sesa, quienes, al embarcarse en la galera *El Sol*, que desde Sicilia partía con rumbo a España, diéronle cariñosas recomendaciones para el rey. Y él, aventurero y visionario, vio en aquellas queridas cartas las gracias reales y la banda de capitán.

Pero Cervantes fue siempre desgraciado. Ya habían hecho la mayor parte de la travesía, ya estaba su galera próxima a las costas de España, ya pensando en sus recomendaciones y en lo que había de pedir al rey, cuando apareció juntándose con la línea del horizonte la plaga infecta de los mares en aquellos tiempos. Sobre las azules aguas dibujose un navío pirata berberisco, que como ave de presa, con las que tenía semejanza por

su casco negro y su pico rojo, cayó sobre la galera que conducía a Cervantes.

Defendiéronse intrépidamente los tripulantes de la galera, pero, agobiados por el número, fueron poco a poco cayendo. Cayó herido Cervantes, cayó su hermano Rodrigo, y al fin rindióse el navío, y el que buscaba la gloria encontró la esclavitud.

Preso por los berberiscos y conducido a Argel, pasó más de cinco años de encierro y privaciones, cinco años estos, los más memorables de su accidentada vida, en los que se muestra más grande y magnífico.

Únicamente reconociendo en Cervantes ese don de gentes, que hacían su persona admirable y respetuosa, se comprende cómo los desalmados argelinos no lo sacrificaron, aunque hacía vivir a sus dueños en constante inquietud.

Su vida en las mazmorras argelinas fue inquieta y desasosegada. Intentó fugarse una vez solo y sin ningún auxilio. Otra vez, de acuerdo con unos marineros baleares, huyó a una cueva cercana acompañado de varios compañeros de cautiverio; pero, descubierto, dijo a los que con él fueron que declarasen que él y sólo él tenía la culpa y lo había incitado a escaparse.

Grande en todo, soñó hasta en sublevar a los veinticinco mil esclavos que con él estaban, trabar combate, apoderarse de la ciudad, arrojar de ella a los moros y devolver la plaza al monarca español.

En una de sus intentonas de escapatoria y al presentarlo como elemento levantisco al bey de Argel, como no diera por nada el nombre de sus cómplices en la fuga, echáronle una soga al cuello para ahorcarlo. Se cree que bastó una de sus incendiarias miradas, una chispa de su intelecto, para evitar el horrible suplicio.

No quiero insistir en la vida que hizo durante su cautiverio. Es tan accidentada que debemos pasar por ella como por sobre ascuas.

Un día unos frailes trinitarios que fueron a redimir a un opulento caballero, como no les alcanzara el dinero que para su rescate llevaran, se acordaron de Cervantes y decidieron redimirlo de la cautividad. Así volvió a la vida libre.

Volvió a España, pero desconocido, sin más bagaje que unas comedias y unos cuantos sonetos compuestos durante su cautiverio y que

le recordaban a sus compañeros de encierro y llevaban hasta él el encanto novelesco de manos blancas que por entre tupidas celosías dejaran caer junto a él pergaminos blancos escritos con caracteres de oro.

Este pasaje romántico de su prisión se refleja en aquel capitán cautivo que en el *Quijote* tiene amores con una princesa mora.

Hay detalles en esa narración que demuestran la certeza de algo amoroso y que algo había de fundamento, pero, como novelista, aumentó la intriga para que terminase como él quería, no como en realidad fue.

Llegó a España solo, abandonado, marcado por su heroísmo, y tuvo entonces una idea incomprensible en su miseria y sólo también posible por ella misma. Se le ocurrió casarse.

Tuvo el infortunio de casarse con una mujer vulgar que no le comprendió.

La familia de Cervantes conocía en Esquivias a otra de regular riqueza, dentro de los muros de un pueblo mezquino, la que tenía una hija, doña Catalina, de diecinueve años, señorita de pueblo que, como acontecía y sucede en España, en esos pueblos de ínfima categoría, sólo podía aspirar a casarse o a ingresar en un convento. Doña Catalina no tenía vocación religiosa, pero en su pueblo no podía elegir como esposo otro que algún gañán, rudo e inculto. Por tanto, estaba condenada a eterna soltería.

Llegó a Esquivias Miguel de Cervantes, quien, aunque tenía veinte años más que doña Catalina, la encantó con sus narraciones novelescas de viajes y combates, con su porte apuesto y gentil, con su charla amena que perturbaba.

Antes de casarse, Cervantes escribió su *Galatea*, en la que idealizó a doña Catalina, pintándola como pastorcilla bucólica, y se retrató a sí mismo como gentil pastor que constantemente la seguía tañendo la zampoña y diciéndole galanteos.

Yo, que conozco Esquivias, puedo decir lo que fue casi su vida de casado en aquel estrecho marco para su imaginación.

Tenía asegurado sólo el pan cotidiano. Las posesiones de su mujer constituían unos olivares y tierras de siembra.

Seguramente que el manco de Lepanto tenía que despertarse a las cuatro de la mañana, al estrépito del pateo de las mulas y el rodar de los

carros. Indudablemente tenía que bajar a las cuadras y vigilar la medida de la cebada y el reparto del forraje, para evitar distracciones en criados malintencionados, y así entregarse a todas las vulgaridades de la existencia de labrador pobre que tiene que escatimar todo para defender el mendrugo diario de pan.

Doña Catalina, para mayor mal de Cervantes, tenía un tío sacerdote, de virtud acrisolada, intachable conducta, sin grandes estudios, pero con un defecto muy común en esos hombres que no tienen familia: era avaro de los bienes de la tierra, creyendo que Dios los daba para que fueran bien administrados.

¡Figuraos dentro de aquel caserón a estos dos hombres!

Ella amaba a su poeta, a su aventurero, pero sentía respeto por el sacerdote y sus económicas ideas.

Un buen día Cervantes dijo adiós a esta vida mal avenida con su mentalidad y partió a la aventura, representando así la segunda salida de su héroe el ingenioso hidalgo.

Empieza entonces otro gran periodo de su vida aventurera. No podía ser sino soldado o poeta; viejo, nadie tenía fe en su espada, mientras que la literatura no daba para las más perentorias necesidades.

Pidió entonces un empleo y le dieron el encargo de recoger comestibles por las campiñas de Andalucía, para abastecer a la armada llamada «Invencible», y que por aquel entonces se alistaba.

Figuraos a este gran novelista recorriendo los lugares, luchando con el clero que creía suyo lo que se llevaba, con el pueblo que lo recibía a silbidos y pedradas, hasta con un alcalde que, desconociendo su autoridad, lo mete tres días en la cárcel.

Un año llevó de esta suerte, y tan triste, que pensó en embarcarse y venir a América. Sólo esto era lo que le faltaba para completar su biografía de soldado de aquella época. Él mismo decía que las Indias occidentales eran el refugio de todos los desesperados de España; y él, como desesperado, pidió un empleo en Guatemala o en el Perú. No pudo, sin embargo, conseguir sus deseos.

Fue luego corredor de cereales, recaudador de alcabalas, y luchando y rodando, arrastrando esa vida, estudió en el pueblo, en la carretera, ese ambiente de sus obras que es el encanto del *Don Quijote*.

Una sola penalidad le faltaba. Al rendir cuentas de sus recaudaciones, fue acusado de desfalco. Díjose que había distraído una suma poco más o menos igual a 750 pesos de nuestra moneda.

Durante mucho tiempo apareció como ladrón. Demostrose luego que esa cantidad la había girado a un mercader, y este fue el que se quedó con ella.

Yo acepto y me congratulo de este aserto, pues que libra a Cervantes de una infamia; pero si se hubiera quedado con ese dinero lo encontraría muy justo y muy natural en un soldado de Lepanto, que sólo sacó en premio de su heroísmo la ingratitud. Si se lo hubiese quedado, hubiese sido más hombre y más humano, pues que lo necesitaba para su subsistencia.

Preso por la acusación de desfalco, fue llevado a la cárcel de Sevilla, y allí nació la idea de su gran libro. Dice Cervantes que su idea nació en un lugar donde reinaba todo escándalo e inmundicia, y por tanto, mal puede ser la cárcel de Argamasilla de Alba el recinto que le inspiró, pues que esta prisión no era sino un sótano en una casa particular donde mal podía reinar tal bullicio y escándalo.

Cervantes, preso en la cárcel de Sevilla, cuyo desorden cuentan los sainetes de la época, incubó allí su hidalgo manchego.

Abuelto, cuando recuperó la libertad, vagó mucho tiempo llevando en sí el admirable plan. Se cree que lo escribió en Sevilla, entre la más espantosa miseria y con la más absoluta falta de medios para atender a sus necesidades.

En todo este periodo no tiene otra manifestación de su talento que unos poemas leídos en un certamen de honor de santa Teresa de Jesús, en el que recibió como premio tres cucharas de plata.

En otro de los certámenes consiguió un premio para él de gran importancia. Era en invierno y tenía rotos los zapatos y destrozada la raída ropa. Fue premiado, y como el premio consistía en algunos metros de paño, quedó contentísimo.

Más tarde fue llamado a Valladolid, donde estaba entonces la corte, a fin de rendir nuevamente cuentas por aquellos pocos escudos que era seguro no se los sacarían por la sencilla razón de que no había de donde sacárselos. Al viajar, en la maleta que le servía para apoyar su cabeza

llevaba algo grandioso: un manuscrito escrito en diversas tintas y con diversos caracteres de letra, en cuartillas desiguales de papeles viejos, recogidos al azar aquí y allí para evitar el gasto de comprarlos. Aquel manuscrito era el *Quijote*.

En Madrid encontró al editor don Juan de la Cuesta, quien le adquirió la obra por la insignificante cantidad de mil reales.

¿Aquella primera parte del *Quijote* fue escrita en Sevilla? A mi juicio, sí. Los que sostienen lo contrario, lo hacen diciendo que no era posible que, escrita en Sevilla, hubiese tenido como protagonista a un manchego ni la Mancha como teatro de la misma. Pero ¿es acaso posible imaginar un Don Quijote andaluz? No, porque ello sería incompatible con la inmensa realidad romántica que constituye el fondo del héroe de Cervantes. Tampoco Sancho pudo haber sido reclutado en las calles de Sevilla, porque Sancho no dice chistes. Habla como la gente del pueblo. El chiste resulta del contraste. Por otra parte, aquellas escenas que en las páginas sublimes de la gran obra se escriben no podían desarrollarse sino en la Mancha, campos inmensos y tristes, que son como las pampas argentinas.

Apareció *Don Quijote*, y un gran éxito, no literario, sino popular, acompañó la obra. Cervantes tiene de diverso con los demás escritores, que nunca en la vida vivió en contacto con los demás escritores o literatos. Su vida fue una batalla continua con Lope de Vega, digno rival de él, lleno de riquezas, honores, y gozando del favor de damas y reyes, y que, sin embargo, tenía envidia a Cervantes. Para darse cuenta de lo injusto de aquel odio, baste recordar que una vez dijo: «No hay poeta nuevo tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe su *Quijote*». En España, por otra parte, no pocas veces la crítica ha sido así. Por eso escribía Beaumarchais que, antes de llegar a Madrid, unos lobos le salieron al encuentro; pero que no era a esos lobos a los que temía, sino a los lobos literarios.

Una colección de novelas, titulada *Novelas ejemplares*, siguió a la primera parte del *Quijote*, llamadas así por Cervantes en oposición a los cuentos de Boccaccio, y es de advertir que, en cierto modo, fue Cervantes siempre más moral en sus escritos que en su vida.

La vida de Cervantes en Valladolid puso un triste coronamiento a todas sus desventuras e infortunios. Su existencia era tan difícil que se

pasaba el día en las casas de juego, deseoso de poder ganar algo en ellas para cooperar a los gastos del hogar. Vivían en su casa su hermana mayor, Andrea, con una hija de doña Andrea, su esposa doña Catalina, otra hermana de Cervantes y doña Isabel Saavedra, hija natural de Cervantes. La leyenda ha querido que esta hija fuese el resultado de unos amores habidos entre Cervantes y una dama de la corte de Portugal. No hay tal cosa; fue hija de una modesta mujer de Madrid, casada poco después con un alguacil. Las mujeres, cosiendo y bordando, sacaban lo suficiente para vivir con modestia extrema.

Una noche acaeció que el noble señor don Gaspar de Ezpeleta fue hallado muerto frente a la casa de Cervantes, y este, encontrado con la espada en la mano. Aun cuando pretextó que así estaba porque había querido prestarle auxilio, no se lo creyeron, y de nuevo fue a la cárcel, de la que se libró para volver a su casa, en la que vivía ya entonces el sacerdote tío de su mujer.

Cervantes pasó nueve años sin continuar el *Quijote*, sin cumplir su promesa de continuarlo, como no cumplía, desde treinta años antes, la promesa de publicar su *Galatea*; y en esas circunstancias apareció una segunda parte de su obra, la que escribió Avellaneda, seudónimo tras el cual no se ha adivinado aún el nombre verdadero del autor. Unos creen que es el padre Aliaga, confesor del rey Felipe IV; otros, que Lope de Vega; algunos, que Mateo Alemán.

Las últimas averiguaciones del eminente Menéndez Pelayo atribuyen esa segunda parte a un escritor aragonés in importancia, Alonso Lambert. La mejor demostración de que el autor no era ningún ingenio memorable de la época es que Cervantes aludió en su original segunda parte al que la salseara, como se alude a un insignificante. De lo contrario, hombre de valor era para haber revelado públicamente el seudónimo. El *Quijote* de Avellaneda no es pésimo, como se ha dicho. Su trama es buena. Pero le falta la gracia, el encanto, el donaire sin igual de Cervantes. El *Quijote* de Avellaneda sirvió para sacar a Cervantes de su pereza, y así, cumpliendo su promesa, escribió la segunda parte.

Fue una gran suerte. Sin ella no existiría el verdadero *Quijote*, pues la primera parte es sólo alegre, sin más finalidad que combatir ligeramente los libros de caballerías, mientras que, en la segunda parte,

Cervantes, ya en la plenitud de sus facultades, y conociendo el éxito de su creación, sabía lo que podía hacer para engrandecerla.

Aunque dice en la segunda parte: «Nunca segundas partes fueron buenas», esto no resulta exacto. Y allí ya no presenta sólo al hidalgo aventurero y a su marrullero servidor, ya no es sólo el Cervantes que divierte, sino un Cervantes concededor de todos los resortes y secretos del alma. Cervantes, como Shakespeare, tiene la magia de convertir las sonrisas en sollozos y el llanto en carcajadas. En la segunda parte no le bastan a Cervantes su Don Quijote y su Sancho. Ve que ellos no son la total personificación de la humanidad, y crea al Caballero del Verde Gabán, que representa el positivismo vulgar, el burgués hombre de familia que, comiendo con Don Quijote, no comprende cómo este, teniendo ama y sobrina, sale al mundo en busca de ideales y generosas aventuras; y al despedirse del caballero andante piensa: «Tal vez este señor loco es la poesía que pasa». Crea también al bachiller Sansón Carrasco, que significa la sonrisa fría, el egoísmo burlón, que en su saber se ríe de las locuras y caídas humanas. Es el prototipo del político de nuestra época, espíritu malicioso y estrecho, atento a lo que da resultados prácticos únicamente.

Pero Cervantes no comprendió la importancia de su gran obra inmortal. Fue un artista intuitivo, que presentía y adivinaba, mas no tuvo la medida de lo que valía su creación.

Testimonio de que no creyó en la grandeza de su *Quijote* es que a los elogios y felicitaciones contestaba: «Sí, es una obra apreciable, pero para admirarse esperen ustedes mi novela *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Y resulta que esta producción no es sino un libro de caballerías, de valor casi exclusivamente bibliográfico».

Cervantes escribió la segunda parte del *Quijote* un año antes de morir, y asombra pensar que hubiera quedado trunca, quizá olvidada su obra, si muere el gran escritor un año antes.

En la última época de su existencia habitaba en un piso bajo, con reja a la calle de Francos. Escribió *Persiles y Sigismunda*, sofocando sus padecimientos, su enfermedad del corazón, cuyo síntoma más mortificante era en él una gran sed que hostigaba sus días y sus noches.

En esa época el conceptismo, los afiliados a la escuela de Góngora, volvían las espaldas a Cervantes, que les parecía mediocre, y no le respetaban, a pesar de sus años y de sus canas.

El pobre Cervantes, con el presentimiento de quien está cercano a la muerte, dedicaba parte de su tiempo a visitar el convento de las Trinitarias y la Cofradía de los Esclavos del Santísimo Sacramento, y esto se explica, pues entonces no había clubs ni casinos y el único centro intelectual era esa cofradía, a la que estaban afiliados Lope de Vega, Calderón, entre otros grandes ingenios, y buen número de hidalgos, condes, duques y marqueses.

Buscando algún dinero, Cervantes dedicó sus obras a grandes personajes que allí conociera: al duque de Béjar, cuyo nombre sólo se recuerda por estar escrito al frente de la primera parte del *Quijote* y cuya verdadera nobleza se la dio así Cervantes, sin que él le retribuyera ni con agradecimientos ni con favor, ni con dinero. Otras obras las dedicó al conde de Lemos, que le protegió en cierto modo, pero como protegían los grandes de la nobleza, sin acordarle el primordial beneficio de una completa independencia.

La verdadera independencia de los escritores no existe hasta después de la Revolución francesa. Antes de esa gran reivindicación de los fueros del pensamiento humano, los escritores eran lacayos que obtenían como merced y como premio de sus obras algún traje de su señor.

Cervantes nada obtuvo nunca y hasta las satisfacciones del escritor le fueron casi desconocidas.

Él mismo lo demuestra cuando cuenta, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cómo viniendo de Sevilla a Madrid se encontró con un pobre estudiante que, al saber que aquel anciano decrepito era Miguel de Cervantes, se le acercó y, tomándole la mano, llevola a sus labios, mientras le colmaba de agasajos, congratulándose de conocer a tan alto talento al acercarse a Madrid. A tales muestras de afecto contestó el laureado manco: «En mala hora me habéis conocido; nada me queda ya de la vida».

Lo mejor que escribió lo hizo dos días antes de morir. Fue aquella célebre poesía dedicada al conde de Lemos, que lo protegía en parte, y que dice:

*Puesto ya el pie en el estribo
y en las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.*

Poco después, aquel animoso anciano, aventurero y guerrero, pagaba su tributo a la vida, olvidado de todos y envidiado de muchos.

La muerte de Cervantes es sólo comparable con otra por él descrita; es en la que este gran burlón, en su *Quijote*, relata cómo al volver su hidalgo con Sancho este le anima en su derrota, diciéndole lo que harán en su pueblo. Pero al llegar a la aldea y ver correr una liebre perseguida por los perros, el manchego caballero le dice a su escudero: «Mala señal». Cuando llega a su casa y se despide de todos, exclama: «¡Adiós locuras; adiós fantasías doradas!» Igual ocurre en el lecho de muerte de Cervantes: «¡Adiós alegrías; adiós ilusiones!»; y se va del mundo sin conocer más que tristezas, y le deja en cambio la caricia de su alegría, que es lo que más distingue y enaltece a los hombres.

Cervantes, por rara coincidencia, murió en la misma fecha, y si no en la misma, porque Inglaterra no había hecho aún en su calendario la corrección gregoriana, el mismo día en que nacía el gran poeta Shakespeare.

Cervantes vivía en la misma calle que habitaba Lope de Vega y junto a la en que vivía Quevedo; sin embargo, ninguno de ellos fue a su entierro. Sólo dos poetas pobres, del vulgo, acudieron solícitos a la muerte del maestro.

El *Quijote* lo leían, como él dice, la clase popular, los del pueblo; fue popular, pero no admitido por la envidiosa crítica. ¡La crítica! Muchos de los libros que se admiten hoy servirán quizás mañana para papel de envolver.

Su cuerpo fue llevado al convento de las Trinitarias, y enterrado mal y de prisa, se alejó su escaso acompañamiento.

Pasaron años y siglos; el convento sufrió modificaciones, fue restaurado y derribado en parte, y hoy sólo sabemos que los restos del gran novelista están en un convento de Madrid, pero no sabemos en qué lugar. Están bajo el recinto que marcan unas paredes, pero en aquella fosa común no se sabe cuál fue la mano que escribió el *Quijote*.

Cuando estoy en Madrid, cansado de trabajar, algunas tardes del pálido invierno me echo sobre los hombros la capa española y voy a la antigua calle de Francos, hoy Lope de Vega. Voy al convento de las Trinitarias, vago por aquellos alrededores, evocando la gran figura de Cervantes, a esas horas en que en las estrechas calles reina la noche, y en lo alto, sobre los tejados, llamea la puñalada anaranjada del sol poniente. Oigo sonar las campanas del convento con acompasados golpes, escucho los arpegios del órgano y los monjiles cantos y pienso con qué gusto no adoraría su tumba si existiera, si una losa me marcara el sitio donde descansaba el cráneo que cobijó la grandiosa gloria de Cervantes.

No queda nada; el vacío, sólo su nombre, y me alejo viendo brillar en lo alto del firmamento millares de estrellas.

Frente a su estatua, en la plaza de las Cortes, he sentido luego el recuerdo inmenso que queda y, como Don Quijote, veo en lontananza, brillando como las escamas de oro de la quimera, el grandioso nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

España en el siglo XIX: la Revolución de Septiembre
(Teatro Coliseo [Buenos Aires], 4-7-1909)²⁷

Hube de interrumpirme el domingo anterior en el momento que se colocaban frente a frente, durante el siglo XIX, las dos Españas: la del pasado ante la del porvenir, en lucha entre las tradiciones dinásticas y el régimen constitucional.

Por extraño acaso, la bandera de las instituciones libres estaba simbolizada en la corona de Isabel II, a quien, afectando romanticismo, los liberales como los monárquicos llamaban la inocente, la angelical Isabel, quizá por los pocos años de esta reina.

Al trazar esta figura, siento escrúpulos explicables en un conferenciante ante su público, aun cuando puedo excusar describirla en su vida íntima, que por la historia escrita y oral todos vosotros conocéis. Pero como soy republicano y no me interesa mistificar el pasado de los reyes, diré que, en medio de una corte de cortesanos ambiciosos y aduladores, la inmoralidad de Isabel II no es un hecho excepcional en la monarquía europea, y no fue ella la primera reina así, ni será la última. No son escuelas de educación los palacios, con su ambiente de servilismo puesto al servicio de bajos intereses, y menos para una joven reina que se encuentra rodeada de toda índole de atenciones manifiestas y de solapadas intenciones, a que no siempre puede resistir la debilidad propia de su sexo. Compréndese, pues, que Isabel II, ensalzada constantemente y por todos como la más hermosa de las mujeres, fuese como fue. Y además, considerando que recibió una educación muy descuidada y que su madre la regente doña María Cristina, tuvo que salir de España dejándola sola a una edad temprana. Mientras permaneció bajo la tutela de Espartero, el intachable militar; de Argüelles, llamado «el Divino», gran orador de las Cortes Constituyentes, y de la virtuosa viuda del general Espoz y Mina, supo resistir a las tentaciones que la acechaban. No así al caer los progresistas y volver las cortes con Narváez, época en que Isabel II encontrase en pleno ambiente de seducción, de torpe cortesanía, de

²⁷ *El Pueblo*, 28-8-1909.

inmoralidad, donde los políticos se prevalían, para ascender, de viciosas intrigas.

Como anécdotas demostrativas de que, a pesar de haber tenido tan preclaros preceptores, su educación moral era deficiente, como la de su hermana Luisa Fernanda, refiérese que ambas se entretenían en su dormitorio en quemar papeles. ¿Sabéis qué papeles? Billetes de banco que les entregaban sus cortesanos. Así, Isabel II murió de vieja sin conocer el valor del dinero, y como tenía generoso corazón, hizo derroches que son verdaderas locuras. Una vez, compadecida de un cortesano que le lloraba desgracias de familia, ordenó al intendente del palacio que le entregara diez mil duros. El intendente los amontonó en monedas sobre una mesa y al presentarse la reina le dijo: «Vea vuestra majestad lo que son diez mil duros». Formaban pilas enormes de oro, ante las cuales la reina quedó en la mayor de las sorpresas, pues ni sospechaba semejantes montones. Esta reina, mal educada, manirrota, cuya explotación por sus cortesanos pagaba el país, el tesoro público, fue, como he dicho, el símbolo de la libertad!

Los partidarios del liberalismo tuvieron que luchar siete años contra los partidarios del absolutismo, que defendían a don Carlos, pretendiente a la corona. La primera guerra civil fue salvaje por ambos bandos, un continuo fusilamiento, demostrándose una vez más el irresistible valor de los españoles, hasta cuando combaten entre hermanos. Y aquella guerra concluyó por agotamiento, sin que pudiera extirpar el espíritu absolutista. Acabó con el Convenio de Vergara, en virtud del cual desaparecieron momentáneamente los carlistas, formándose un partido moderado, un carlismo sin don Carlos, que bajo el régimen constitucional deseaba prolongar la tendencia de atraso en que había España vivido siglos, bajo el dominio de los Borbones y de los Austrias.

Como la libertad había triunfado en guerra civil, se había impuesto por la espada, toda la historia de España, en la época de la Revolución de Septiembre, es militar. La gente de milicia suplantaba en los más altos puestos a la gente civil. Y así, esa época puede caracterizarse por cuatro grandes generales: el moderantismo estaba representado, en su faz reaccionaria, por Narváez; en su faz avanzada, por O'Donnell; y el progresismo, deseoso de llevar adelante a España, por Espartero y por

Prim. Son ellos los cuatro principales protagonistas de la Revolución de Septiembre.

Narváez, de triste memoria, era un militar de principios revolucionarios, de carácter más propio para defender al pueblo que a la monarquía. Siendo oficial, había decidido la victoria contra los dinásticos, contra Fernando VII, y durante esos tiempos del absolutismo fue perseguido como sospechoso, creyéndosele liberal. Pero una vez llegó a general y a personaje, se encontró con que el papel principal de revolucionario y de progresista lo ejercía Espartero, por lo que, cediendo a los halagos de las clases conservadoras, se hizo monárquico.

En cuanto a Espartero, este había hecho sus primeras armas en las guerras de América y era entusiasta por la libertad. Había cruzado su espada con los generales americanos, en ese choque heroico en que parecían los ejércitos en lucha comunicarse recíprocamente su grandeza. General oscuro, no tenía los principios de estrategia de Fernández de Córdoba, Rodin y Valdez, pero destacábase por su férrea energía, que lo glorificó en la batalla de Luchana, en que, enfermo, febril, a caballo bajo la nieve de una noche cruel, púsose al frente de los liberales en el sitio de Bilbao, exclamado: «¡Partidarios: el sol de la mañana ha de vernos sobre las colinas», y cumpliendo la hazaña al romper el cerco de la ciudad y alcanzar aquella gran victoria que en discurso memorable evocaba don Joaquín María López, en la cortes españolas.

En cuanto a O'Donnell, fue un general tan valiente como aquel, pero no más culto. Descendiente de soldados irlandeses que habían peleado por España, frío, con grandes ambiciones de estrategia, su cultura era, no obstante, poca cosa. La primera vez que como jefe del ministerio español habló en la Cámara de Diputados empezó así: «Ahora que tengo el honor de hablar en este establecimiento...»

Siguiendo un relato histórico, diré que la regente María Cristina, madre de Isabel II, fue expulsada de España por los progresistas, que veíanla como un obstáculo para manifestar libremente sus ideas. Quedó de regente del reino el general Espartero, y su principal preocupación debió de ser contribuir a la educación política del pueblo.

Más allá de las fronteras de España, los generales, descontentos por no obtener mandos, y los políticos, descontentos también por su poca

figuración, fraguaron una sublevación militar, dirigida por Narváez. Y así cayó Espartero, vencido; surgió el moderantismo, y durante mucho tiempo, España continuó su régimen tradicional, el que siguiera antes del régimen constitucionalista. Las cortes fueron hechuras del Gobierno, y las leyes, tapujos de la despótica voluntad reinante. Entonces, con la revolución de 1848 se conmovió Europa.

Existía en España un partido democrático y un partido progresista. Las ideas se dividen, chocan, y por fin estallan en aquel movimiento de 1854. Son tres jornadas eminentemente ciudadanas. El pueblo de Madrid, sin jefe y casi sin armas —con las solas armas de que ha podido proveerse en el registro de sus casas—, pudo vencer. Pero no supo imponer su voluntad para modificar el régimen. Educado dentro de la fórmula monárquica, siguió después de la victoria proclamando a Isabel II, Para aquel pueblo la reina no era, no podía ser, culpable. Con esa inocencia de latinos, hallaba culpables en todas partes menos en donde verdaderamente existían. Se contentó con un cambio de ministerios y con lograr que se armara la milicia nacional. Y la camarilla que rodeaba a la reina en dos años borró habilidosamente las conquistas de aquel movimiento.

El general O'Donnell es una figura española bien definida. Al subir al poder, con cierta clarividencia de intuitivo, se trazó una línea de conducta que tuvo el mérito de distraer las aspiraciones regeneradoras. Habló de conquistas, señaló como un campo de aplicación de energías tierras extranjeras. Al pueblo español tiranizado le ocurre como a las ratas dentro de un saco: si se las deja tranquilas, roen el saco y se libentan; pero, si se las agita continuamente, no atinan a salir. Ese fue el procedimiento de O'Donnell.

Hizo vibrar la cuerda patriótica, la visión de un pasado glorioso pasó iluminando las masas. O'Donnell fijó sus ojos en Marruecos. Y así comienza una guerra heroica, sembrada de proezas, fecunda en hazañas, pero inútil. Fue una epopeya como pocas se verán. Un derroche de valor en una, al fin y al cabo, lucha civil. Guerra civil, sí, señores; la hacíamos con hermanos nuestros, decaídos, degradados, si se quiere, pero que vivieron entre nosotros, que tienen mucha de nuestra sangre. Los que crean que en esta paternidad hay algo de deshonroso están equivocados.

Se puede vivir con derechos entre las clases cultas y tener hermanos a quienes azota la desgracia, envicia el alcoholismo. Marruecos tiene virtudes, señores, que ya quisieran poseerlas algunos pueblos. Todos los países han sufrido el yugo extranjero, por un día, por un año, por un siglo; Marruecos ha resistido contra toda la Europa coaligada en contra de sus intereses, y si os hablan de la influencia comercial de algunos pueblos, decidles que tal influencia no existe; son latrocinios organizados.

En esta guerra surge un tipo legendario, heroico, magnífico, gigantesco: don Juan Prim. Hay en la historia del siglo XIX dos soldados de la libertad y de su patria. Cuando pasen cuatro o cinco siglos, tal vez lo consideren los historiadores como productos imaginativos más que reales. Esos soldados se llaman José Garibaldi y Juan Prim.

El primero es de una heroicidad suma. Cuando de su vida se recuerda que un día, cubriendo su pecho de valiente con una camiseta roja, se embarca seguido por mil estudiantes mal armados de fusiles viejos en dos embarcaciones que parecían más destinadas a hundirse en los mares que a surcar atrevidas las aguas, realiza aquella expedición de Sicilia que derrumba el poderío de los Borbones y tiende a determinar la unidad italiana, se cree asistir a una evocación fantástica.

Prim. Caudillo de hondos prestigios, héroe de una novela tan humana que parece inverosímil, que entra en las trincheras saltando con su caballo sin preocuparse de las balas que cruzan como lluvia a su alrededor, sin que lo rocen ni lo alteren en lo más mínimo, es un personaje de un canto épico soberbio. Los mismos poetas marroquíes, que en versos relataban los episodios de la guerra, lo admiran. Lo creen un ser sobrenatural. Se cuenta, señores, que una vez Muley Abbas, el general moro, conferenciaba con O'Donnell en la tienda de este último.

Al fondo, de pie y silencioso, asistía Prim; Muley Abbas se dirige a él y le dice:

—Gran cristiano, como enemigo leal que soy, os pido que al entrar en combate os quitéis esa placa de brillantes que siempre lleváis sobre el pecho. Mis tiradores, en cuanto la ven, os reconocen y todos apuntan sobre vos...

—Esta condecoración —contestó Prim— es mi mejor coraza. No me la quitaré; la bala que ha de matarme no se ha fundido todavía.

Aquel soldado, en efecto, concluyó la campaña sin recibir el más leve rasguño. Años más tarde, en una callejuela de Madrid, debía ser asesinado por hombres que no han sido descubiertos.

Prim era respetuoso de la libertad de los pueblos. Cuando Napoleón III, en su ambición de dominio, pone sus ojos en la república de México y pretende al principio reconstruir el único trozo que existió en la América española dándolo a uno de los suyos, y luego, ante las amenazas de la diplomacia europea, cede y se pacta que esa corona improvisada adornara las sienes del archiduque Maximiliano, envía un ejército francés. Con ese ejército marchó uno inglés y otro español, al mando de don Juan Prim. Va a México a regañadientes. Debe reclamar el pago de ciertas deudas. Prim se pone al habla con Juárez. En la conferencia de delegados habla en favor de la república mexicana. Y cuando ve de un modo claro las pretensiones de Napoleón III, sin consultar a la reina, motu proprio, embarca su ejército para Cuba y él se dirige a España. No quería hacerse cómplice de aquel atentado contra la libertad de un país.

Creyó que iba a ser castigado.

Llega al palacio de Aranjuez, donde se halla Isabel II. Esta lo recibe. En las antecámaras, O'Donnell, jefe del ministerio y su enemigo, espera con un decreto que destituye a Prim y lo declara reo de alta traición. Prim explica sus razones para justificar su noble conducta; pinta a la soberana los peligros de la política imperialista de Napoleón III, política que debía fracasar algún día. Y, por último, argumenta así:

—Majestad, yo fui a México a servir a España; mi espada no podía estar al servicio de Francia. Lo sabéis, y lo reza la copla, que fue una copla gloriosa, en el sitio de Zaragoza:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa...*

Y la reina Isabel, en uno de sus raptos de españolismo, perdonó.

Desde aquel momento, Prim quedó desligado de la política monárquica. Era hijo del pueblo, simple soldado que simpatizaba con el progreso. Se necesitaba una espada para las cruzadas futuras del liberalismo. Espartero era viejo, había concluido su carrera, y Prim ofreció la suya.

Esta época es la época de la revolución, en que tan culminante papel hizo Prim, quien, en el momento a que me refiero, se sublevó con dos regimientos en Calella. Después de una lucha de guerrillas a través de España, se dirigió a Portugal, de donde pasó a Londres, con el propósito de volver inopinadamente a España. Un día Isabel II, tranquila en su palacio de Madrid, quedó sobresaltada por el fragor de los tiros. El inmediato cuartel de San Gil se agitaba, llenándose de tropas de artillería. Era un pronunciamiento preparado por Prim. Pero este, por uno de esos azares frecuentes en la historia, no pudo pasar a tiempo las fronteras franco-españolas. Y los capitanes y oficiales al frente del motín no tuvieron cabeza para dirigirlo.

Después de todo un día de cruenta lucha, vencidos los revolucionarios, Isabel II se ensañó con los enemigos del trono, ordenando infinidad de fusilamientos. Esa sangre vertida sirvió no para calmar, sino para exacerbar la fiebre de la reacción que deseaba ahogar en sangre también al país. Fue extremosa la reacción. Los mismos generales de la Unión General, los compañeros de O'Donnell, fueron considerados como sospechosos, y la reina entregó el gobierno a González Bravo y desterró esos generales a Canarias.

Estalló entonces la revolución entre los hombres que podían sostener el trono... En el entretanto, Prim sufría una vida de continuos infortunios y sacrificios; se hallaba en difícil situación, rodeado de espías, en Londres. En París estaban, asimismo, gran número de desterrados, desde que se produjeron los sucesos de julio, a que creo ya me he referido... Allí estaba Sagasta —que se veía obligado a ir al río a llenar su cubo de agua para atender a su aseo—; allí estaban dos jóvenes, pobres también, que vivían de escribir artículos y traducir folletines para un diario de México, y que eran Martos y Castelar, príncipes de la tribuna y la elocuencia españolas. Allí estaba un anciano de barba blanca, Pi y Margall, y, en fin, las grandes personalidades de las Cortes Constituyentes del año 69, toda la España intelectual y artística desterrada, que luego había de regresar a su patria a imponer sus ideas generosas de libertad y de progreso.

La vida mísera de la emigración era difícil que coordinara un movimiento capaz de concluir con la monarquía. Figuraban entre los más decididos a ello los generales Serrano y Topete, aún con prestigio en el

ejército. Pero Topete era en realidad monárquico y no deseaba una revolución precisamente, sino un pronunciamiento que cambiara el ministerio de Gobierno, dejando en el trono a Isabel II.

El talento de Prim, su vivacísima astucia, velaba sobre los trabajos de los conjurados. La marina española estaba ya avisada, prevenida, y Prim, con un arranque decisivo para la suerte de la revolución, se trasladó desde Londres a Gibraltar para activar el acto inicial.

Por designación especial debía iniciar el movimiento el general de marina Topete, cuyo carácter enérgico está pintado en esta anécdota: siendo jefe de una corbeta, visitó esta república durante la tiranía de Rozas. Vino a hacer una simple reclamación ante los diplomáticos españoles aquí acreditados, y para hablar a Rozas fue a su palacio de Palermo, donde el dictador le recibió en mangas de camisa, diciéndole irónico y sonriente: «Dispéñseme, pero así estoy mejor». A lo que replicó Topete: «Es cierto, hace mucho calor». Y se quitó la casaca del uniforme, agregando: «Ahora estamos bien los dos».

Sin embargo, Topete estaba dominado por su señora, como suele suceder con estos «leones de las batallas», dóciles a menudo en el hogar, y por esta circunstancia, su señora, que era muy devota y creía vender su alma si su esposo tomaba parte en una revolución, casi le impidió que ocupara a tiempo su lugar en la fragata para el día de la sublevación. Por lo demás, Topete no tenía convicciones incommovibles, y si se sublevó no fue sino porque le dijeron que era necesario sublevarse.

En momentos que Topete había reunido a su oficialidad y la alentaba para la sublevación, se acercó un simple remolcador que venía de Gibraltar, y un hombre gritó a la marinería, hizo echar una escala y subió a la fragata. Era el general Prim, pero en su precipitación no llevaba uniforme, ni aquel medallón brillante a que se refería Muley Abbas, el de la guerra de África, ni su vencedora espada.

Creyéronle en la fragata un simple paisano. A la mañana siguiente, Prim consiguió, por medio de los marineros, un fajín rojo, cortado de una bandera española vieja, un fajín de general, y con un gorro de oficial de marina subió al puente de la fragata cuando asomaba el sol en el horizonte. Era el 29 de septiembre de 1868. Era el día de la gran revolución que iba a cambiar los destinos de España.

Es una práctica en las escuadras europeas, cuando se halla a bordo de un buque de guerra extranjero un rey o un presidente, que suba al puente de mando el capitán y grite: «¡Viva el rey!» o «¡Viva la República!» y conteste siete veces la marinería.

Topete, aquella mañana, gritó: «¡Viva la reina!», y la tropa acompañó su grito. Prim, que lo había acompañado, nervioso, trémulo, escuchaba aquella fórmula tímida de proclamar la revolución; se trataba de un simple golpe de Estado, uno de tantos golpes vanos y estériles. Sin poderse contener, dijo, apartando a Topete:

—Con el permiso de usted, general.

Y echando el cuerpo fuera, electrizando a aquellos hombres, gritó: «¡Viva la soberanía nacional! ¡Viva España con honra!» La chispa estaba arrojada, el incendio tomaba cuerpo; una aclamación atronadora acogió sus palabras; habían reconocido a Prim; la revolución estaba hecha.

Gracias a Prim, se vio por primera vez en España que un trono quedaba vacante sin que otro trono viniera a sucederlo. Pero no sin luchas; los monárquicos arman un ejército contra los revolucionarios, que felizmente triunfan en Alcolea. Algo muy hondo conmueve al país. Se inicia una España nueva, una España que avanza libre, que se mueve hacia el porvenir.

Se reúnen las Cortes Constituyentes, que escriben una página que enorgullece a nuestra patria y legislan, cambian, modifican. Todas las aspiraciones de una época se debaten, se purifican antes de convertirse en hechos. Prim, que pagó con su vida su error, fue el causante de que no se proclamara la república en esas tan favorables circunstancias; él no creía en la capacidad política del pueblo. Si se hubiera decidido, estoy seguro de que la monarquía no hubiera vuelto a España. Si se hubiera proclamado dictador, si se quiere, y preparando el camino a otros que llegarían en una hora de orden a gobernar, la democracia estaría triunfante en la península. Prim, liberal y revolucionario, era un escéptico en lo que se refiere al ejercicio de los derechos ciudadanos. Y en aquellos momentos decide que una corona venga a España a regir sus destinos.

Amadeo llega en una hora desfavorable; su mejor amigo, Prim, ha sido asesinado; los conservadores agitan las banderas carlistas; los moderados piensan en los hijos de Isabel II; las masas republicanas

sueñan alcanzar el triunfo; sólo los liberales están de parte de Amadeo. Ven en él al caballero hijo de Víctor Manuel, el enemigo del papa. El rey Amadeo era una persona simpática, amiga del progreso, enemiga de la intolerancia, presentárase como se presentara, sea en forma de intolerancia política, sea en forma de intolerancia religiosa. Comprende que su acción y sus buenos deseos no pueden completarse o cumplirse. Y un día, el 11 de febrero de 1873, después de dos o tres años de reinado, sorprende al país con su dimisión; se marcha llevándose el respeto de todos, amigos y adversarios. Se proclama la República, pero llega tarde, con los carlistas en el Norte, una guerra en Cuba, el tesoro exhausto, la nación en una situación difícil.

Fue un milagro que durara quince meses. Cuando Martínez Campos da su grito de guerra en Sagunto, en favor de los Borbones, todos desean la paz; la República cae sin resistencias, viene la Restauración. Aparentemente, la Revolución de Septiembre estaba vencida. Aunque no tanto como se creyó.

Ella ha introducido permanentes caminos en el orden moral; lo ha renovado todo; los partidos se organizan con principios más amplios y generosos; España ya no es más regida por generales y pasa a manos civiles. El mismo Martínez Campos, que dio el trono a Alfonso XII, fue una vez jefe de gabinete, pero por poco tiempo, en el que fue blanco fácil de los ataques de Práxedes Mateo Sagasta y Antonio Cánovas del Castillo.

Yo no sé si los abogados son mejores que los generales —en mi opinión los considero una verdadera calamidad cuando intervienen en la política, y debo añadir que yo soy también abogado; no se olvide tampoco que todo español es abogado mientras no demuestre lo contrario—, pero es preferible, más lógico, que gobiernen hombre de leyes que hombres de espada, civiles que militares.

El pueblo, abiertas las vías, se reforma después de la revolución, hasta tal punto que puede afirmarse sin temor de ser desmentido que es hoy por hoy un pueblo tan culto como cualquier otro del mundo civilizado. Daré una prueba de este aserto.

Hice editar una vez *El origen del hombre*, de Carlos Darwin, y en sólo mi país se han vendido cuarenta mil ejemplares; aquel libro es conocido en todos los rincones de España, no pretendo decir que por el

labriego, pero sí por todos los que se precian de intelectuales dentro de la modestia de su medio. Es un pueblo que ama las ciencias y las letras, que lee, estudia y sabe admirar.

Después de la revolución, señores, la libertad de prensa se afirma; yo, aunque he sido víctima de esa libertad, creo que debe ser todo lo amplia posible. Por eso creo que debemos batallar mucho todavía los españoles para ponernos en este punto a la altura de otros países. Y notad que un contraste que ofrecen las leyes de mi país: dibujo, por ejemplo, una caricatura en la que pongo en ridículo al rey, y se me castiga; escribo un libro de trescientas páginas contra don Alfonso XIII y la monarquía, y se me respeta. El libro en España es sagrado; ningún tribunal persigue al autor.

Otro de los beneficios que debemos a la Revolución de Septiembre, señores, es la reforma de las ciudades; se abaten las murallas que las cercan, se abren calles nuevas, se reemplaza lentamente aquel carácter medieval que las hacía pintorescas al viajero, pero incómodas a sus moradores fijos; entran dentro de las formas modernas, menos artísticas si se quiere, pero más convenientes.

La Restauración trae, no por sus propias virtudes, sino por las exigencias del ambiente, leyes laicas, tolerantes, democráticas, como la del matrimonio civil, la de la constitución de los jurados, la del sufragio universal.

En lo que principalmente influyó la Revolución de Septiembre fue en el arte, la literatura, las ciencias y la vida intelectual de España. Esto no quiere decir que antes no brillara la literatura española, que floreció a favor de aquella revolución contra Isabel II y el pretendiente don Carlos. Los que conocen la historia literaria habrán oído hablar de aquella asociación romántica que se llamaba «El Parnasillo», cuna de los grandes escritores de España desde el año 30 al año 68. Allí Martínez de la Rosa, el exquisito académico y poeta; allí Quintana, el gran poeta de las odas magníficas, el bardo de la Revolución de Septiembre; y con ellos dos grandes escritores que han influido notoriamente también en la cultura intelectual española: un gran poeta, don José de Espronceda, y un gran crítico y satírico: don Mariano José de Larra.

da a j'ivado, refugio, matrimonio civil etc
 Influencia en la cultura.
 Pannacillo ~~Bretón~~. Quintana, Maurtier de la
 Rosa, Bretón, Espinosa, Gava, Garcia Gutierrez
 Hawthornbusch.
 Ponce Zorrilla Menéndez todo hasta revolución.
 Teatro Narciso Serra.
 Novela Escrito Fernandez y Gualter
 Inez Galdos, Alarcón, Pareda, Valdes, R. Bara
 Clarin
 Poesía Núñez de Arce, Campaños Al del Palacio
 Pintura - Rosales, Fortuny, Pradilla, Sevilla etc.
 Escultura - Blay, Benlliure, Juevt, Navias
 Teatro - Echegaray.
 Ciencias. Universidades. Samuel Mozal
 Menéndez Pelayo.
 los Krauistas (Saur del Rio) Jines de los Rios, Salmerón,
 Arcuate, Samuel Mozal Carracedo, Cajal
 Servet y Cajal.

Zorrilla, el preclaro poeta de Don Juan Tenorio, uno de los más grandes poetas que ha producido la humanidad, predomina en la historia de la literatura española, en el teatro y en la lírica, pudiendo sólo compararsele, como predecesor, Bretón de los Herreros, y como continuador, Narciso Serra, entre los comediógrafos de costumbres.

En cuanto a la novela, el periodo anterior a la revolución no fue gran cosa. Sólo aparecen entonces dos novelistas populares: uno de ellos, de escaso valor literario, menor que su valer moral, fue don Enrique Pérez Escrich, que alcanzó gran éxito en el hogar, y en este concepto merece todo homenaje. Otro novelista, quien por desgracia fue una inmensa fuerza malograda, es don Manuel Fernández y González, cuya imaginación únicamente puede ser comparada por su riqueza a la de Dumas, y por sus desórdenes, a la de Balzac. Es necesario haberlo conocido para apreciarlo. Cuando yo comencé mi vida literaria, tenía la tontera de ensayar novelas que resultaban disparatadas. Y con la ilusión de quienes creen que basta un manuscrito bajo el brazo me escapé de Valencia, pasando en Madrid una negra bohemia, con los tormentos del hambre. ¿Por qué no decirlo? Mi alivio fue ser secretario de Fernández y González, que en esa época estaba casi ciego, y era conocido en toda la capital de España por su figura y su rara indumentaria, descuidada y no muy limpia. En la existencia extraña de Fernández y González, nos reuníamos de noche para escribir hasta la salida del sol; y durante la velada solía quedarse dormido, a lo mejor de un capítulo, y me decía cabeceando: «Bueno, hijo, ahí quedan conversando la baronesa y el marqués. Continúa tú el diálogo». Y yo amontonaba tonterías, creyendo que eran donaires.

A partir de la Revolución de Septiembre aparece la novela, una literatura novelesca que puede figurar en primera línea entre las de Europa. Sólo que al desconocimiento de la novela, en cada país, contribuye la inferioridad política de ese país mismo. Nosotros hemos producido novelistas tan originales como los de la más adelantada nación, pero nos ha sucedido en parte como a Rusia, cuyos grandes novelistas no han sido conocidos hasta después de la alianza franco-rusa. Y es posible que si hoy saliera en Rumanía un autor como Cervantes, y escribiese otro *Don Quijote*, nadie lo conocería.

Hoy Francia, muertos Zola, Daudet, los Goncourt, tiene necesidad de echar mano para su mercado literario de la novela española, y los editores franceses las hacen traducir. Por eso se va conociendo más a los escritores de mi patria, en donde han brillado y brillan novelista de tanta talla como Pérez Galdós, cuyas primeras novelas y sus *Episodios nacionales* forman

otra *Comedia humana*; cual Alarcón, el autor de *El sombrero de tres picos* y otras novelas de gracia y colorido incomparables; cual Pereda, que como descriptor de la naturaleza parece tener ojos hasta en las manos, cual el exquisito Palacio Valdés y el preciosista Octavio Picón, cual doña Emilia Pardo Bazán, cuyo talento es tan poderoso que no parece de mujer, sino de hombre.

En la poesía tenemos a ese gran lírico que se llamó don Gaspar Núñez de Arce, un espíritu superior y ético; don Ramón de Campoamor y don Manuel del Palacio.

La pintura, que toma vuelos con Rosales, el autor de *La muerte de Lucrecia* y *El testamento de Isabel la Católica*; que con Fortuny, ese mago del color, encarna el alto romanticismo de nuestra patria, es seguida por Pradilla y tiene hoy una cumbre en ese pintor de la luz que vosotros conocéis, Joaquín Sorolla. La escultura cuenta con hombres gloriosos: Benlliure, Blay, Querol y otros. El teatro ofrece a don José Echegaray, cuya vida es una antítesis; orador, político, ministro sin las etapas de su primer periodo. Un día se estrena en un teatro de Madrid un drama, y cuando el público pide entusiasmado la presentación del autor, ve con asombro que se presenta al proscenio el señor secretario de Estado en la cartera de Hacienda, un hombre de cuarenta años, de perilla romántica, don José Echegaray.

En las ciencias hace pocos años, señores, bien lo sabéis cuál era sobre ese punto la situación de España; yo al cursar en las universidades he tenido que sufrir profesores verdaderas momias de museo, vejestorios, que vivían del pasado; llevo sobre mi conciencia el haber aprobado Economía Política sin que el profesor me enseñara en qué consiste el socialismo. Hoy tenemos catedráticos como Rafael Altamira, que acaba de llegar a estas playas.

Dominaba en ciertos círculos, antes de la Revolución de Septiembre, una doctrina filosófica: el krausismo, que si hoy ha muerto, en cambio, mucho hemos de agradecerle como disciplina mental. Con esa doctrina comulgaron hombres que se llamaron o se llaman Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate. En ciencias naturales nos ocurre algo como con aquel baturro, que, con una maza y metido en el agua, pescaba truchas y, como alguien se extrañara del

procedimiento, dijo: «Se pescan pocas; pero trucha que pille vale por una docena». Tenemos pocos, pero grandes. Se llaman, por ejemplo, don José Rodríguez Carracido, hombre ilustre en el campo de la química; don Santiago Ramón y Cajal, en el de las ciencias médicas.

Todos los días, de dos a cuatro, en el café Suizo de Madrid, se ve un hombre que no hace comedias ni paradas, sentado alrededor de una mesa junto a varios profesores y discípulos. Viste levita no muy nueva que denuncia, y no miente, pobreza; una mala corbata le adorna el cuello. Es un tipo de sabio distraído: es Ramón y Cajal. ¿Sabéis quién es Ramón y Cajal? Es como si dijéramos el Cristóbal Colón del sistema nervioso, el que dio la teoría del sueño.

Aragón, señores, la tierra que a veces y no sin malicia la consideramos como un pueblo de ideas tenaces y no muy largos alcances, da «buenas truchas».

Ha dado, entre otros, a Ramón y Cajal, el Colón del sistema nervioso, repito, y a Miguel Servet, el Magallanes de la circulación de la sangre.

Lope de Vega, el teatro español y sus principales intérpretes
(Teatro Odeón, 6-7-1909)²⁸

Vamos hoy, señoras y señores, a ocuparnos de Lope de Vega. Vosotras que encontráis en el teatro uno de vuestros placeres intelectuales más íntimos y mejores, que concurrís a estos grandes edificios, llenos de comodidades, de confort, que palpáis las ventajas y los adelantos del teatro moderno, difícil es, si no lo sabéis, el imaginarnos cómo eran los teatros en la antigüedad. No os hablaré del teatro griego o romano, porque no entra en mis propósitos. Me circunscribiré a presentaros brevemente los orígenes del teatro español, haciendo como una especie de prólogo a la vida del portentoso don Lope de Vega. Durante la Edad Media, la vida del teatro era embrionaria, completamente embrionaria. Apenas por los días de las Pascuas, Carnestolendas, Nochebuena se representaban en los castillos, en las casas señoriales y a veces en los coros de los templos se representaban comedias de asunto religioso, comedias edificantes para la fe.

El marqués de Villena escribe más tarde una comedia de tema profano en «fabla vulgar», que se representa en Zaragoza en la corte del rey de Aragón. Luego, durante el reinado de Isabel y de Fernando, Torres Naharro escribe ocho comedias que no se representaron. Surge entonces un hombre a quien Cervantes bautizó con justicia de padre del teatro español; este hombre, don Lope de Rueda, mezcla extraña de cómico y gran artista, extendió por toda la península sus comedias.

En aquella época, señoras y señores, recorrían los pueblos, las aldeas, compañías de cómico. Todo el atrezzo y decoraciones, como lo dice Cervantes, estaba cómodo dentro de un costal, de un mal saco. Y a fe que no consistían sino en unas barbas descuidadas, en unos cuantos cueros de carnero para encarnar papeles de pastores, y unas espadas mohosas. Eran compañías de bohemios que recorrían el país recitando loas, diálogos, comedias. Estaban habituados a todas las miserias. Era su vida una vida triste, de aventuras. Llegaban a un pueblo. Alquilaban un corral o el patio de una posada, cuando no ocupaban el atrio de una

²⁸ *La Argentina*; cf. *El Pueblo*, 1, 4, 5 y 6-9-1909.

iglesia. Y un público heterogéneo que abonaba en especies, quien con un pan, quien con una sardina, quien con frutas del campo, ante aquellas tiradas de versos descubrían, sentían un mundo nuevo, grande e inmenso. Estas compañías seguían los tercios que iban a Flandes e Italia, pero forzosamente debían llegar a ser sedentarias. Y lo fueron, afirmando el teatro español. Estos orígenes, que a algunos parecerán ridículos, hacen admirar a aquellos hombres que sembraban el arte.

Orijenes teatro. Andera y groveia. Troje de Pineda, Corrales y otros de iglesia.

Engrera con Troje España y Shakespeare Inglaterra

Representacion Otelo.

Corral Pacheca y de la Cruz. Aparato escénico. Tra Carabela. Apuntadores y desahucadores. Descripción venta comestibles. Tra Zorabanda

Vida de Troje. (D. Juan Tenorio)

su fecundidad.

Tiempo (Brulador Sevilla) Alarcón (Verdad respecto a)

Caldevon

Felipe IV y su corte. (Villamediana) Juho. J. Vaca. Isabel de Borbon. Compañia. Reales.

Representaciones palaciegas (Padre Eterno)

Decadencia teatro siglo XVIII. Chovinos y volacos

Novatín pone orden. Salen Garcia Gutierrez, Bretón, Vega, Duque de Rivas, Hautrembrsch, Rosilla, Serra, Echezaray.

Interpretes Maiguer, Romea y Diaz (Amaduro Calvo y Vico. Actuales)

Para mejor pintaros la situación de los cómicos de la época, permitidme que, ayudado por recientes investigaciones, recientes descubrimientos históricos diré, os cuente cómo se entrenó en Inglaterra una de las obras más grandes y monumentales de todos los tiempos y una obra que todos vosotros conocéis y habéis aplaudido: *Otelo*. El estreno ocurre, como es natural, en Inglaterra; pero aunque nuestra escenografía en algunos puntos estaba más aventajada, era en el fondo la misma. Un día del verano de 1602, los vecinos de la City vieron en una esquina fijado un cartel pintado a mano —es conveniente observar que la imprenta era aún muy cara y no le permitía a los cómicos recurrir a ese lujo— y que decís así con letras rojas sobre un fondo blanco: «Por la compañía de cómicos de Su Majestad se representará en el teatro del Globo esta tarde la tragedia *Otelo o el moro de Venecia*, escrita por William Shakespeare. La representación comenzará a las 3 en punto y se cobrarán los siguientes precios: palcos, dos chelines; galería, un chelín, y sillas altas y patio, dos peniques». Como se trataba de un estreno, la compañía había duplicado los precios.

A las dos de la tarde empezó a acudir la concurrencia. La formaban personas que no eran por nada modelos, ni de corrección ni de buenas formas. Iban llegando unos en literas, otros a caballo y los más a pie. Ninguno en carroza, que en aquella época, excepto el rey, nadie tenía, y la misma del rey no era más cómoda que una carreta actual. Los que llegaban a caballo, antes de entrar confiaban su rocín a los pilluelos que se hallaban en la puerta; entre esos pilluelos, en sus primeros años, vivió Shakespeare, ganándose los primeros sueldos que le permitieron luego entrar a la escena y tomar de ella un cetro que no le arrebatarían jamás.

El teatro tenía forma rectangular, no tenía techo —circunstancia por la cual muchas veces la lluvia impedía proseguir la representación, renovada en días subsiguientes—; el acceso se hacía por dos puertas: una grande, por donde entraba el público y, abierta, dejaba ver una estatua que representaba un gigante que sostenía un globo —de ahí el nombre del teatro—, globo que en el Ecuador se cruzaba con una inscripción que decía: «Todos tenemos algo de comediantes», y una puerta pequeña, reservada para los actores y personas de clase principal que de tiempo en tiempo honraban con su presencia el teatro...

El público se acorralaba en el patio, ocupando palcos mugrientos o simplemente agrupándose de pie. La luz apenas penetraba en aquel recinto. Al frente y a los lados, una especie de cajones tenían el pomposo título de palcos y eran ocupados por algunas damas, a veces de costumbres mundanas, otras de familia principal que se atrevían, por su afición al teatro, a desafiar las incorrecciones de aquel público por lo común grosero, inculto. A un costado de la escena, en otra especie de cajón, se situaba la orquesta, que la formaban dos violines, dos trompes y una viola.

El telón se descorría de derecha a izquierda, era una simple cortina. Al fondo, una otra cortina hacía de decoración. El convencionalismo era de lo más rudimentario. Cuando se quería dar al público la ilusión de un jardín, se ponía en escena algo que parecía una fuente; cuando el diálogo tenía lugar frente o en el mar, con una roca se decía todo; un palacio se representaba con un letrero que expresaba: «Estamos en un palacio». Un viejo que cruzaba el escenario llevando un farolillo, era el sol que se levantaba. Y cuando, por ejemplo, un guerrero alentaba a sus tropas para que lo siguieran en el asalto de un castillo, ¿sabéis en qué consistía el ejército? Pues, señores, en dos espadas cruzadas mal dibujadas sobre la cortina del fondo.

En España, desde Lope de Rueda, los papeles de mujeres estaban confiados a mujeres. En Inglaterra, en tiempos de Shakespeare, la mujer no formaba parte de las compañías: se reemplazaban con hombres. Ofelia, la rubia Ofelia que cruza la escena diciendo sus tristezas; Desdémona, la buena y desgraciada Desdémona; Julieta, la amante de Verona, fueron en sus comienzos interpretados por hombres, a veces jóvenes agraciados que, al fin, eran pasables como mujeres, y otras, como ocurría en el estreno de *Otelo* por un actor de voz bronca y que no es difícil se hubiera momentos antes tomado dos o tres copas de *rhum* para tomar fuerzas.

Llegó el momento de la representación; sonó una trompeta y se descorrió una cortina. En el fondo, detrás de la cortina del fondo, se veía pasar con una vela en la mano un hombre de frente alta, porte arrogante, que leía un manuscrito; aquella figura había merecido que un día un noble le enviara un mensaje por un criado, y al confiarle le dijera a este: «Irás a tal taberna, verás unos señores que parecen caballeros y no lo son;

uno tiene aspecto de caballo, otro de perro, otro de cartero, en fin, todos denunciarán un origen animal; pero hay uno que parece un hombre» Bien, ese hombre era el que paseaba detrás de la cortina: era Shakespeare.

El representante de la compañía se adelantó y pronunció antes de que comenzara la representación un discurso más o menos concebido en los siguientes términos: «Señoras y señores: Hoy no venimos a haceros reír. Vamos a representar cosas serias, que, como reales, os llenarán de lágrimas los ojos a los que tenéis almas sensibles. Hablaremos de una mujer digna de ser compadecida. Tened paciencia desde las primeras escenas que no saldrán defraudados vuestros anhelos por sentir. Los que han venido para ver payasadas se han engañado. Muchas gracias». Y se retiró. Los dos primeros actos pasaron sin incidentes. El público se sentía seducido por aquellas escenas intensas, grandiosas, geniales, llenas de arte, un arte superior. Los soldados, marinos, aquel pueblo mudo se entusiasmaba más y más.

Cuenta un autor del tiempo de quien he tomado los anteriores detalles, que, entre el segundo y tercer acto, un joven pollo mundano saltó al escenario y se dedicó a requebrar una mundana que ocupaba un palco, el público se indignó contra aquel galán atrevido y tuvo que salir Shakespeare para calmar los ánimos y evitar choques de consecuencias.

Cuando la representación había alcanzado el último acto, cuando Desdémona canta su «canción del Sauce», cuando tiene el espectador la íntima convicción de que aquella mujer inocente va a morir, ocurrió que, desde el patio, aquella muchedumbre apiñada que comía y bebía mientras presenciaba el espectáculo prorrumpió en una gritería infernal. ¿Qué había ocurrido? Lo siguiente, señores, disculpad que entre en minucias, pero ellas pintan la época, al fin y al cabo las minucias forman la historia. Sucedió que en un rincón del patio había un mingitorio y en tan malas condiciones de higiene que infectaba la atmósfera y que el público, no pudiendo ya resistir aquellos olores alcalinos, sofocantes, pedía se quemara ginebra para poder respirar mejor. Y tuvo que salir Shakespeare y satisfacer los reclamos, por otra parte, injustos

Cuando terminó la representación de *Otelo*, el público entusiasmado aplaudió, ovacionó la obra. Volvió al escenario el representante de la compañía y dijo: «Señoras y señores: Quizá nuestro trabajo no ha sido del

agrado de todos los presentes; algunos han dormitado, otros no han venido sino para criticar, pero, los pocos que desde el principio al fin se han interesado por la obra, habrán podido apreciarla. Si hemos logrado agradar con ella a algunas señoras virtuosas, estamos seguros de que los aplausos no nos han de faltar. Buenas tardes».

Felipe IV a quien ustedes conocen por las reproducciones de los cuadros de Velázquez, de figura arrogante, que ofrece en su rostro la mandíbula saliente de los Borbones y que hoy por atavismo vemos reaparecer en personas reinantes de la misma casa, era un maestro en las armas, un espíritu cultivado y amigo del arte. No era un gran rey, era un monarca de una época de la que con verdad decía Quevedo: «La monarquía en los actuales momentos tiene la grandeza de los hoyos, es más grande cuanto más tierra se le quita». Cada día que pasaba perdíamos un pedazo de nación. En la corte de Felipe IV no existían como en la de Felipe II, papelistas y hombres de leyes, ni como en la de Felipe III, frailes y cortesanos graves, figuraban Lope de Vega, Calderón, Ruiz de Alarcón, Góngora, Moreto, Quevedo y cien ingenios más. Era corte de espíritus selectos y galantes.

Figuró en ella el conde de Villamediana, elegante, calavera, buen decidor. Un día ganó de una sentada 30 000 ducados, cerca de medio millón de pesos, y tal escándalo produjo este hecho que fue desterrado de la corte. Era Villamediana muy aficionado a frecuentar los teatros — escribió algunas comedias— y no son pocos los enredos femeniles que se le conocían. Se dice que Morales, marido de la actriz Jusepa Vaca, mujer hermosa, hombre celoso, se pasaba las noches en vela, espada en mano, temiendo que Villamediana ofendiera su honor. Y se agrega que los temores de Morales no eran infundados.

No se sabe cómo Villamediana consiguió figurar entre la comitiva que fue a recibir a doña Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV. Aquel español elegante, atrevido, ingenioso, encantó a la reina durante el viaje describiéndole las costumbres de la corte en la que como soberana iba entrar, y gracias a esta amistad así conquistada, Villamediana entró en palacio. Villamediana escribió un drama y convenció a la reina de que debía tomar a su cargo una de las partes. La noche en que se representaba, cayó una lámpara en el salón e incendió los cortinados.

Villamediana se lanza a la escena, toma en sus brazos a la reina, salta con ella una ventana y la salva. Consignan algunos cortesanos que fue Villamediana quien volcó la lámpara y produjo el incendio.

En una justa de la plaza Mayor, poco después, Villamediana que debía figurar en ella, se presentó llevando en su escudo la siguiente inscripción: «Son mis amores...» y pintadas unas monedas de plata llamadas reales de vellón y que equivalían a cuatro monedas menores que se llamaban cuartos.

El bufón, que se hallaba a los pies del rey don Felipe, que asistía a la justa, al ver entrar a Villamediana, dijo a su señor:

—Mira, primo: dice en el escudo: «Son mis amores reales».

—Pues a esos reales —contestó de mal humor el rey— los haré cuartos pronto.

Y efectivamente, aquel «calembour» se cumplió. Aquella misma noche, Villamediana, al ir a atravesar el umbral de su morada, fue asesinado.

Aquella muerte alteró la corte del rey. Muchos artistas se retiraron. Y el rey, amante de las artes, empezó a frecuentar los corrales, y de estas visitas, de sus amores con la María Calderón, cómica de gran belleza, tuvo un hijo, el llamado segundo Juan de Austria.

Así se representaban las obras que han quedado consagradas como fuente de la literatura universal, y así las recibía el público.

En España, el teatro se desarrollaba en una forma muy parecida, y hasta puede decirse que el corral de la Pacheca, donde las representaciones se sucedían en un principio, se hallaba en peores condiciones que los locales similares de Inglaterra.

El aparato escénico era casi idéntico, con la desventaja de que no se usaban carteles y algunas otras menudencias que lo colocaban en un nivel inferior. Cuando, por ejemplo, había necesidad de fingir el ruido de los truenos, arrastrábanse bolsas debajo del escenario, y en las obras en que debían aparecer diablos de improviso, los espectadores veían a los diablos, mal disfrazados, subir impasiblemente por escalerillas.

Aquel público tan tolerante con todos estos accesorios de las representaciones, era intransigente y estrecho en cuanto a la moralidad de las obras. Compuesto en su mayoría de descamisados de espada, gente

que bien podría titularse residuo de heroísmos, rendía un culto apasionadísimo al honor y a la virtud, y el ambiente democrático que no respiraba en la calle, quería vivirlo en el teatro, interrumpiendo por ello la representación de ciertos dramas de Calderón y Lope de Vega, con disputas y tratando con rudeza a los pobres poetas.

Una innovación de las que no quedan trazas en España, pero que he observado entre vosotros, fue producto de los corrales. Me refiero a las cazuelas destinadas al público femenino.

En aquella época, como lo sabréis por los cuadros de Velázquez y mil grabados más, usaban ahuecadores, esto es, faldas con grandes miriñaques. Pues bien, los empresarios del corral tenían contratado especialmente a un sujeto par dar colocación a las damas en el sitio más reducido posible. La intervención de estos desahuecadores o apuntadores, originaba general protesta entre ellas, lo que era un motivo más para interrupción de las representaciones.

Aumentaban los desórdenes en los corrales, la venta de frutos, una bebida, la loja, etc., y muy en particular el mentado carácter quijotesco de la época, pues como espectadores, histriones y autores hacían alarde en todas las circunstancias de su habilidad en el manejo de la espada, producíanse en los escenarios frecuentes riñas, a las que pudo ponerse término sólo cuando se colocó, junto a los cómicos que trabajaban en el desempeño de sus papeles, un ceñudo alcalde de casa y corto, erguido altivamente al lado de su vara, símbolo da autoridad.

Aparte de esto y del poco favor que Felipe II dispensaba al incipiente teatro español, los organizadores de los espectáculos veíanse en apuros con las exigencias del público, que no se contentaba con la representación de un drama o una comedia. Y es así que surgió un baile, la zarabanda, calificado por los más de baile pecaminoso y que atentaba contra la grave severidad de las costumbres. Este baile, que es madre del tango y mucho más inocente, era objeto de sermones en les iglesias, calificándolo los predicadores de danza satánica e infernal.

La zarabanda puso en peligro la vida del teatro porque ante una disposición del rey prohibiéndolo y prohibiendo también el que las actrices aparecieran en escena sin un manto que las cubriera por completo, dejando en descubierto únicamente la cara, el público boicoteó

a los corrales. Después de muchas protestas, Felipe II cedió y los cómicos volvieron a sus ocupaciones, con contento de todos.

El rey acostumbraba a reunir a los poetas, y ante su corte les hacía improvisar comedias, de cuya jocosidad puede juzgarse por esta anécdota que me permito repetir:

Cierta vez representábase *La creación del mundo*, habiéndose confiado a Calderón el papel de Padre Eterno. El soberano había puesto en manos de aquel una esfera hartamente pesada, simbolizando al mundo.

Moreto, interpretando el de Adán, comenzó su improvisación contando al Creador las delicias del Paraíso. Hablábale de las pintadas aves, de los árboles, de las flores... y seguía hilando verso tras verso, mientras el pobre Calderón sufría lo que no es decible con el globo en las manos.

Al concluir, Moreto volvió a «su Señor», que lo miraba compungido y preguntóle con faz radiante: «¿Y vos qué decís. Señor?»

—Que me pesa... haber criado un Adán tan hablador.

Hemos llegado al momento en que aparece el gran Lope de Vega, a quien su rival Cervantes, rival porque con iguales bríos se disputaban el cetro de la literatura española, llegó a calificarlo de «monstruo de la naturaleza», apodo no exagerado, pues su personalidad grandiosa no cabe dentro de los límites de la literatura.

Parece, en efecto, imposible que un ser humano pueda tener esa fecundidad en la creación de caracteres, esa fuerza de producción en incesante actividad. Increíbles resultan las cifras que sobre su producción han hecho pacientes calculadores de su labor. En 73 años de vida dejó escritas 1800 comedias de no menos de tres actos; 400 autos sacramentales, 700 intermedios, 10 novelas y una cantidad innumerable de diálogos, sonetos y distintas formas de versificación. Y finalmente, en 133 000 páginas escritas que se conocen, la asombrosa suma de 21 000 000 de versos.

Más imposible parece aún su facundia en el verso, que le era más fácil que la prosa, teniendo en cuenta que trabajó viviendo como nadie ha vivido. Lope de Vega no fue un benedictino, no fue siquiera un hombre cuya vida pueda contarse sin ciertas reservas.

Fue, por el contrario, el prototipo del español de los siglos XVI y XVII, el don Juan Tenorio magistralmente pintado por Lope de Vega, y del que desconfiaban las mujeres y dudaban los hombres. Quizá Tirso se inspiró en él para escribir su obra.

Es una gran verdad que la virtud es costosa y el pecado llano y agradable. Pero Lope de Vega, como casi todos sus contemporáneos, no se contentaba con pecar, sino que por añadidura gozaba de la voluptuosidad del pecado, que consiste en «pecar, hacer penitencia y luego vuelta a pecar». Y no se piense que fuera un irreligioso, no; creía en Dios y en el diablo. Pero después de creer en ellos, se burlaba de Dios y del diablo.

Comienzo su biografía: En sus primeros años fue un niño prodigio. A la edad de cinco, hacía versos y por no saber escribir tenía que gastar sus cuartos para que sus compañeros trasladaran al papel lo que él dictaba.

Contaba sólo trece años y ya era considerado como uno de los primeros espadas, llevando además escrita una comedia.

No resignándose al fin con la vida tranquila y sosegada del colegio de Madrid, se inscribe entre los tercios españoles e inicia por diversos puntos una serie de aventuras. Su figura gentil, en la que se adivinaba al hombre de buena cuna, ayúdole no poco en sus conquistas,

Vuelto a Madrid, se enreda en una intriga amorosa con cierta mujer llamada Dorotea, que inspiró su obra de ese nombre, mujer mayor en años que Lope, pero que a los encantos de su elegancia unía la experiencia que lo sedujo. La mujer mantenía también relaciones con un gran señor que la regalaba asiduamente, y como nuestro héroe lo supiera, esperó a aquel a la puerta de su casa, tiraron de la espada y le dio una estocada que lo llevó a la cárcel, de la que escapó gracias a los oficios de un buen amigo.

Ocurriole más tarde otra femenil aventura. Conocía a una joven, Isabel Urbesias de Cortinas, parienta de la madre de Cervantes, doña Leonor, y como la familia de la pretendida no consintiera en su casamiento, raptola. El resultado fue que lo procesaron y tuvo que engancharse de nuevo como soldado en la Armada Invencible, que como sabéis, marchó a la derrota.

Embarcado en una galera, debió acomodarse a las circunstancias y no tuvo otro recurso que escribir sobre rollos de cuerdas. Tan poco apreció

tenía a sus obras, que habiéndosele concluido cierta vez los tacos de su arcabuz, lo suplió con unos sonetos a Filis.

Al regresar de su expedición, casose con su citada amante Isabel, lo que no impidió que continuara con tesón sus galantes aventuras, viéndose mezclado en riñas, serenatas, etc., hasta que murió su primera mujer.

Para concluir esta historia, que se haría monótona, diré que a los 60 años adoptó la austera investidura de clérigo.

Resumiendo: vivió en medio de amoríos, riñas y orgías, y siempre trabajando febrilmente.

No se crea, empero, que su alma fuera tan impura cual licenciosas pueden calificarse sus acciones. A pesar de la infidelidad de que hizo gala con sus amantes, su corazón atesoró dos sentimientos que permanecieron incontaminados y que reflejan en muchas de sus obras: la caridad y la paternidad. Cuando llora a sus hijos muertos, cuando canta a Marcela, que desde el fondo de un convento vivió llorando por su padre y aconsejándolo, sus versos son sublimes y parece arrancar a su lira lamentos que emocionan con una emoción que sólo él puede producir.

De sus amores con María Luján nació un hijo, Félix, que a los trece años de edad demostraba poseer la misma encantadora facilidad que su padre para hacer literatura. A los dieciocho, se le ocurrió a su soñador espíritu, alimentado siempre de ensueños y quimeras, venir a América, con objeto de entregarse a la vida de soñadas aventuras. En compañía de sesenta esforzados hijosdalgo como él, se embarcó en un mal barco en el puerto de Cádiz, en un barco tan malo, que los técnicos declaraban que era inútil para la navegación. Y así ocurrió, en efecto. Dos días después, en medio de un temporal, el barco se abrió en dos partes, y todos los pasajeros se ahogaron. Lope de Vega lloró esta muerte con lágrimas intensas. En muchas de sus obras, a través de sus versos, se traslucen sus llantos.

La otra hija fue sor Marcela, en la que también lucían las cualidades intelectuales del padre. Fue poetisa, un tanto trastornada, excesivamente mística, producto especial de aquella época española, tan extraña en todas sus manifestaciones. Llena de ideas que entonces flotaban en el ambiente, testigo presencial de la desenfrenada y pecadora vida llevada por su padre, creyó como cosa más oportuna ingresar a la vida conventual, a fin

de implorar a Dios la salvación del alma del autor de sus días, a fin de rezar desde el claustro de las trinitarias por la salvación de su padre. En parte, viene a ser como Alejandro Dumas, hijo, con relación a Alejandro Dumas, padre.

Lope de Vega continuó llevando su azarosa vida, y se acordó de Dios a los 54 años de edad, muerta ya su segunda esposa. Decidió entonces ser sacerdote, y fue sacerdote, y cantó misa, haciéndose familiar de la Inquisición, por corresponder este título a lo que podría llamarse la nobleza del clero español de aquella época.

La vida de clérigo de Lope de Vega es de lo más curiosa. Fue sacerdote, pero seguía escribiendo dramas, llenando el teatro de sus maravillosas producciones y hasta enamorando damas. Esto, que a primera vista puede parecer absurdo, no lo es, si se tiene en cuenta por un momento que la España de entonces no es otra cosa que una España llena de antítesis y de contrastes, en la que las cosas más inverosímiles ocurren y tienen lugar. Por eso es que Lope de Vega continuaba siendo hombre de capa y espada, de aventuras y de donaires. Fue en aquella época que, festejando a una tal Jerónima —cómica de cuya belleza todos se hacían lenguas— y sabiendo que un capitán recién llegado de Flandes, la enamoraba con éxito, escribióle unos versos en los que la ponía en ridículo, recordando que antes de ser cómica, había vendido panecillos calientes. Excusado es decir que tal ofensa no le fue perdonada por la dama.

Trató entonces de ingresar como socio a la Cofradía de los esclavos del Santísimo Sacramento. Las cofradías eran entonces, en que no había clubs ni cafés, sitio ameno de reunión, sumamente buscado, porque daba la oportunidad de cambiar ideas entre gente de alguna cultura intelectual.

Una noche, ya tarde, en que volvía de la cofradía y regresaba a su casa, tres malandrines le salieron al encuentro. Lope de Vega —que, recordando sus antiguos hábitos, llevaba bajo la sotana la espada— les hizo frente y los puso en fuga. Hirioles, pero quedó herido, y más tarde se supo que los tales espadachines habían sido enviados por la Jerónima, para vengar la ofensa que con sus satíricos versos le hiciera. Lope de Vega tenía entonces sesenta años de edad.

La popularidad de este hombre, que era curiosa, fue en gran parte culpable del hecho de que Lope no pudiese llevar en los últimos años de su existencia, una vida regular que deseaba llevar. Las gentes del pueblo, con exceso de imaginación, creían que no era de carne y hueso como los demás, y el mismo tribunal de la Inquisición al que él pertenecía, tuvo que declarar como sacrílego un credo que comenzaba así: «Creo en Lope de Vega, todopoderoso, etc.» Su ancianidad se deslizó llena de encantos y de frescura, y puede decirse que, dentro de su modalidad antitética, fue consecuente consigo mismo hasta el último instante de su vida. Al llegar la noche, como buen católico —católico de corazón— sentía todos los horrores del remordimiento, y entonces se disciplinaba tan fuertemente, que llegaba a manchar con sangre las paredes de su habitación. Pero cuando el sol lucía al siguiente día, y con el sol venía la alegría de la vida, volvía a aparecer en Lope el hombre galeno y seductor, lleno de encantos y lleno de debilidades. Salía a su jardín —un pequeño jardín que personalmente cuidaba— y a poco rato un ruido de faldas le anunciaba la presencia de una dama. Era alguna cómica que venía con él a ensayar algún nuevo papel, a consultarle y traerle la realidad de las visiones pecadoras.

Los méritos de Lope de Vega son infinitos. Pero uno de ellos, el más grande acaso, es la forma en que dignificó a la mujer en el teatro. Hasta entonces no habían tenido las damas sino papeles excesivamente secundarios, y no hacían otra cosa que contestar en forma breve y sencilla las largas tiradas que sus galanes les dirigían. El hombre lo era todo. Lope de Vega, conocedor profundo como enamorado incansable de todos los escondites del corazón femenino, cambió las situaciones, y es desde entonces que la figura de la mujer adquiere en las tablas un sol de primera fila y nace el culto caballeresco y exageradamente romántico a la mujer.

Lope de Vega murió en plena gloria, en medio del cariño de todos los que le conocieron. Como creador de tipos, no puede, ciertamente, compararse a Tirso de Molina, ni como poeta a Calderón de la Barca, ni como enhebrador de escenas artísticas a Juan Ruiz de Alarcón. Pero es el tronco, añoso y sin belleza, del teatro español. Sus obras son las ramas, los frutos y las flores que están en lo alto del tronco, pero que a la savia del tronco deben su existencia.

Tirso de Molina, a la inversa de Lope de Vega, no tiene biografía. Era un fraile mercedario, un gran literato y nada más. Es en vano que algunos comentaristas, deseosos de encontrar lo maravilloso en todas las situaciones de la vida, hayan querido decir que ingresó al convento como consecuencia de un intenso arrepentimiento. No hay nada de eso. Tirso no tiene novela en su vida. Vivió en el convento porque la paz de los claustros convenía a su espíritu tranquilo y excesivamente serio, aun cuando su imaginación exagerada poblase luego de visiones su celda.

Fue Tirso un hombre tranquilo, y sin embargo, es el creador de un tipo de universal existencia, del Don Juan. En cualquier país del mundo donde se vaya, Don Juan es conocido, y significa y representa lo mismo. Tan inmortal es el personaje, que de él han salido los otros parecidos: el de Byron, el de Zorrilla, el de Dumas padre y el argumento de la conocida ópera.

Después de Tirso viene Calderón de la Barca, que tiene algunos puntos de contacto con Tirso: soldado primero, y sacerdote después. Fue también hombre de tranquila vida y de un excesivo mal carácter. A los 13 años empezaba ya a escribir; a los 20 era soldado en uno de los más famosos tercios; a los 23 se sentía con aficiones a comediante, y a los 50 ingresaba en un convento. Persona de mal humor, reñía con frecuencia, y con más frecuencia andaba a cuchilladas. Calderón ha enriquecido el teatro universal con dos grandes obras: *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*.

Los críticos ingleses se muestran tan partidarios de Lope de Vega, que en su afán por ensalzarlo, llegan hasta empequeñecer a Cervantes. En cambio, son los alemanes los que nos han hecho conocer en España todo el mérito que las obras de Calderón encierran, recordándonos su figura, un poco olvidada. Los alemanes han leído mucho a Calderón, al extremo de que en el *Fausto* de Goethe, se ven versos casi exactamente escritos igual dos siglos antes por Calderón.

En cuanto a *El alcalde de Zalamea*, parece imposible que en una época de tantas arbitrariedades y de tanto absolutismo monárquico pudiera ella ser escrita y representada. Es ella, en efecto, una obra de marcadísimo antimilitarismo, francamente revolucionaria. Es al mismo tiempo la más antimonárquica y la más democrática. A este respecto,

bueno es recordar que cuando el 93, se quiso en Francia excitar los sentimientos democráticos del pueblo, contando con la innegable influencia que el arte ejerce en las muchedumbres, se dispuso que en todas las ciudades y pueblos se diesen representaciones teatrales. La obra elegida para ello fue *El alcalde de Zalamea*. He visto yo en la biblioteca de París el original traducido al francés. Es que en aquella obra hay frases que a primera vista parecen un elogio para los reyes, pero que en el fondo son el grito de la democracia que se levantaba. En España, en aquella época, como en épocas anteriores, la democracia existe.

El hidalgo, de ropa rota o remendada, se cree igual al rey, y sólo reconoce como diferencia única, la circunstancia de que el monarca posee dinero, de que ellos carecen.

Muerto Felipe IV, iniciase una desconsoladora decadencia del teatro español. María da Austria, cerró las puertas de los corrales: el rey era un niño y no debía haber teatros.

Y a pesar de que se reabrieron merced a peticiones frecuentes, la decadencia seguía rápidamente su curso, como coronación de las crisis política e intelectual por que atravesaba España.

Se iba al teatro como van muchos a las corridas de toros: a ver y a oír lo que hacen y dicen otros.

Los poetas de verdad desaparecían, y el siglo XVIII, el más inculto y a la vez el más fanático por la religión, se refleja en el teatro. Un drama ridículamente titulado *La mujer más penitente, espanto de caridad*, hizo furor. Sacerdote hubo que tituló a una obra *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*. Aparecían en escena San Pedro enseñando a tirar al sable a la Magdalena; la Samaritana viviendo en Madrid. Otra escena desdichada representaba a Julio César, un dechado de elegancia, con peluca empolvada y calzón corto, igual que a un marqués.

Contra todos estos desatinos hizo oír su protesta airada Moratín. Sin embargo, público y autores se burlaron de él.

Marca el siglo XIX, el renacimiento del teatro español, que desde entonces se coloca en un sitio preponderante. Motivo de esta revolución fue el drama que todos conoceréis, porque ha servido de tema a una de las páginas musicales más brillantes de Verdi. Hablo de *El trovador*, de ese

hermoso drama romántico, escrito por un soldado que vegetaba miserable e ignorado, García Gutiérrez.

Fue en tiempos en que Espronceda volviera del destierro, cuando el autor dio en llamar a su puerta para solicitar su juicio e influencia.

Por muchos días —preciso es confesarlo—, no obtuvo el favor del poeta. Espronceda le huía. Llegó, sin embargo, llegó el momento en que la madre de este, compadecida de la perseverancia del hombre, que recorría a Madrid de un extremo a otro, buscando a su hijo, le indicó que podría hallarlo en un restaurant cercano, donde solía estar a menudo.

Así sucedió. García Gutiérrez presentose ante Espronceda, que al verlo, indignose, y sólo después de muchas súplicas decidióse a oír al principiante, advirtiéndole que si el drama era malo, acabarían mal los dos.

El peticionante empezó su lectura con timidez. Espronceda, por su parte, seguía comiendo y hablando con unos amigos que allí estaban. Pero cuando alcanzó los versos en que García Gutiérrez evoca maravillosamente la época feudal, el oyente prestó atención, siguió prestándola y al final tendióle su mano y prometió interponer sus buenos oficios para conseguir el deseado estreno.

Después de muchas dilaciones, el estreno llegó. Los artistas representaban con disgusto la obra, y cuando el público, de pie, gritó a una sola voz: «¡Trabajar mejor, que la obra vale!», entonces los intérpretes cobraron animación.

Al concluir, una ovación delirante saludó al autor. Y, por primera vez en los anales de nuestro teatro, pidióse su presencia en el escenario. Cabe aquí una anécdota —permítidme que la recuerde, porque con ella está ligado el nombre de un ilustre compatriota nuestro.

García Gutiérrez se hallaba en traje de cuartel, por lo que creyó que no podía ni debía presentarse al público. Ventura de la Vega, ante tal inconveniente, sacose la levita que vestía, y ofreciósele al poeta aplaudido, salvándolo de un apuro.

El éxito de García Gutiérrez trascendió, y así pudo obtener la concurrencia de la reina a una de sus representaciones. Gustosa, la soberana, de la obra, concedió una audiencia al poeta, y en su presencia preguntóle cuál era su mayor deseo.

—Que me libren del servicio de las armas —respondió— para dedicarme de lleno a la literatura.

[El señor Blasco Ibáñez terminó su conferencia pasando en revista la personalidad de Bretón de los Herreros, Ventura da la Vega, el Duque de Rivas, Hartzenbusch, Narciso Serra y José Echegaray. Estudió la obra de cada uno de ellos, la influencia ejercida «n el teatro moderno y las principales obras teatrales debidas a sus plumas.

Estudiados los autores, pasó a sus intérpretes, es decir, a los actores. Habló entonces largamente de Isidoro Máiquez, Julián Romea, Díaz de Mendoza y la Guerrero, salpicando su conferencia con anécdotas relativas a cada uno de ellos.]

La madre Teresa de Jesús y los místicos españoles (El misticismo
batallador de los españoles)
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 8-7-1909)²⁹

Señoras y señores, lo confieso: jamás he empezado una conferencia con tanta preocupación y tanto miedo.

Quizá una gran parte de vosotros venís con el prejuicio de que aprovecharé esta oportunidad para insistir en las ideas en cuya defensa he gastado tanto entusiasmo y tanta energía. No es así. Hablaré de altos personajes históricos que son santos, dejando a un lado mi juicio sobre la santidad, para hablar sólo de sus características humanas y del ambiente en que actuaron.

Otra parte del público pudiera preguntarme por qué he elegido este tema en que hablaré de personas que no se ajustan a las doctrinas de que he sido siempre sostenedor. Respondo: porque esta conferencia era imprescindible entre las que he venido dando acerca de España, pues hablaré en general del misticismo, una de las genuinas manifestaciones del alma española.

Comprendo que esta es, de todos modos, una conferencia de peligro; no saldré incólume, sino como los toreros cuando luchan con un toro superior a sus aptitudes. Quedaré «alcanzado», pues me encuentro en esta ocasión entre dos escuelas antagónicas, y aunque pretenda sostenerme en el «justo medio», por no hablar como un predicador, seré atacado por unos, y por no hablar como un escéptico, seré atacado por otros; pero sé también que en la vida de todo pensador, de todo artista, hay algo más repugnante que la adulación, y es la cobardía, y que deber importársele menos del juicio general que de sus propias ideas, manifestándolas con sinceridad. Digo, pues, como los creyentes: «Suceda lo que Dios quiera», y entro en la conferencia.

El misticismo español es distinto al de los demás pueblos católicos, por ser el más enérgico, completo y rotundo. No resulta filosófico, a la manera del misticismo en la escuela de Alejandría. Es un misticismo más bien guerrero, que no produce la inmovilidad como el de los faquires, por

²⁹ *El Pueblo*, 7-9-1909.

ejemplo, sino que busca la lucha. Es un misticismo batallador que, encontrando estrecho el claustro monacal, lánzase por el mundo para difundir y arraigar sus ideales.

Santa Teresa

Individualismo.

El misticismo español

San Ignacio.

Descripcion Avila. ^{Horizontes yampa.} Pedernales. ^{Escritos S. Vicente, Breyas, Escritos encadenados. Masas Catedral fortaleza.}

^{Santa Teresa} Salida novis.

^{Escrito uno.} Libros caballerias. ^{Teus el oprimido, el inocente al que hay que salvar}

Mesa Vida reuorta. Primo. Moynio

El cura concubinario

Ataques convento Encarnacion. No era listo. ^{Mania ciencia contra senos.}

conoce San Francisco Boya. Los Borgias

Contacto con los jemitas. Recibe dinero Peru. Fie da convento. Alberto Avila. Como interesaban entonces cosas religiosas.

Empiezan conversas. Don Suijote con tocas. Hijo físico. Mujer no conoce ridiculo.

Fundacion Medina del Campo. Fundacion Toledo. Noche Salamancas.

Los nombres. Heredia y San Juan. ^{Finde y medio Amor espiritual}

La vida. ^{Teresa escritora. Su lenguaje. Es esencial. Para instruccion. El deralio y las cosas en las obras de Teresa y sus seguidores.} No que ocurrio con el libro. La princesa de Eboli. El convento de Pastwana. Demencia a la Inquisicion.

Batalla entre ~~los~~ camelitas cabrados y descabros. El Nuncio Felipe Sega. Femina inquieta y audaz liga confina en Toledo. Prision San Juan.

Proceso de Teresa ante la Inquisicion

Todos los místicos han dejado absorberse por el cielo, digámoslo así, ascendiendo su espíritu hacia allá para quedar flotando en esas regiones. El misticismo español ha hecho que el cielo bajase hasta él, que Dios se infundiera en su cuerpo, y ha sido combatido. Así como los mahometanos peleaban con el libro del Corán en una mano y la cimitarra en la otra, así los místicos españoles han luchado llevando por una parte el Evangelio y por otra la espada, al defenderlo contra el protestantismo en Flandes.

Ese misticismo, afirmación activa de la voluntad humana, confórmase bien con el carácter español, que es por excelencia individualista, a tal extremo que la raza española es, entre las hijas de la gran raza latina, la más individualista de todas. Y de eso mismo procede su actual decadencia, aparte de otras causas históricas.

En otros tiempos, la energía individual podía abordar grandes empresas. Por falta de medios de comunicación y otras circunstancias, cada pueblo estaba constituido por grupos de hombres entre los cuales la acción dependía del impulso de los caudillos. Ahora no son los pueblos individualistas los que triunfan. Triunfan hoy, que están formados por grandes conglomerados humanos, los pueblos colectivistas. Ya no valen tanto los genios como los rebaños.

En tanto, el individualismo del pueblo español se ha denotado en todas sus grandes empresas, cual la conquista del Perú, realizada por Pizarro con trece hombres y unos cuantos más que acudieron a incorporárseles. Si en vez de trece hubieran sido trece mil, no habrían llegado a conquistar el Perú: se hubieran degollado los unos a los otros por el camino. Mientras nuestros generales mandaban guerrilleros, la victoria iba con ellos. No es así cuando combatían al frente de grandes ejércitos. Nuestros políticos, cuando son jefes de partido, realizan óptimas iniciativas. Cuando llegan al gobierno, sus actos pierden trascendencia. Por el exceso de individualismo, se comprende que las tendencias anárquicas, exaltadas e individualistas por sí mismas, tengan mayor influencia en los pueblos latinos que en los pueblos sajones: en Italia, España y Francia más que en otras naciones europeas.

El misticismo en Europa fue inculcado por siete siglos de educación religiosa, en la guerra de la Reconquista, de los católicos contra los sarracenos. Siete siglos en cuyo transcurso los libros de caballerías eran

libros de santos, a quienes se llamaba caballeros de la Ardiente Espada, de la Fe, de la Estrella Divina. La misma santa Teresa, de quien hablaré luego, decía que en sus empresas religiosas era a manera de caballero andante a lo divino, a favor del cielo. Así, por entusiasmo, a la vez místico y guerrero, irradia, por ejemplo, en el siglo XVI, presentándonos en constante antítesis, dentro del arte, al alma española, a la vez cándida y dramática, inocente y trágica.

La pintura religiosa, alta manifestación del misticismo, presenta un doble carácter: de un lado están Zurbarán, el Greco, Ribera, sombríos, lúgubres, trágicos. En vano les pediríais risueños colores y celestes perspectivas. Son de hierro, sienten la inspiración artística con enérgica fiereza. En sus cuadros, de fondo negro como de tinieblas, veréis figuras pálidas de santos y de mártires, con los músculos ensangrentados y los tendones y nervios rotos y sanguinolentos. Son pintores de pesadilla los pintores de ese misticismo trágico en que culminó como representante heroico san Ignacio de Loyola. Y en contraste con ese misticismo, está el dulce Murillo, el pintor de los azules cielos, de la Virgen envuelta en manto cerúleo, de los ángeles niños con ramos de flores, de la ternura y la inocencia cristianas, ese otro misticismo en que culminó como ardiente propagandista santa Teresa de Jesús.

Y es de advertir que, tanto en el misticismo trágico como en el cándido, el espíritu español pone un sello de realismo que está ausente en el misticismo de otros pueblos, como lo veréis comparando, para no citar más, a Rafael con Murillo. Las vírgenes de Rafael y de Murillo son igualmente retratos de modelos de carne y hueso; pero Rafael las idealiza, les quita todo lo terrenal; las de Murillo son pinturas exactas de las muchachonas alegres y juguetonas que recorrían las calles de Sevilla. Ese realismo es típico hasta en el amor místico de santa Teresa de Jesús, que al derramar sus ideas sobre el papel, vehemente, apasionada, nos traza sus visiones celestiales con una corporización tal de las imágenes y en deliquios acompañados de espasmos a que no falta sino un acto para ser materiales en medio de su fogoso idealismo.

Estudiaré un momento el siglo XVI, como época de crisis para el cristianismo. La autoridad de los papas estaba quebrantada, la disciplina espiritual decaía, las almas cristianas perdían su confianza en Roma.

Habían pasado papas como los Borgias y como los Médicis, que sentían la influencia del Renacimiento. Y había en esa época de crisis del cristianismo dos almas igualmente religiosas que pensaban en contrarrestarla. Una vivía en el norte de Europa, era Martín Lutero; la otra, en el sur, y era Ignacio de Loyola. Lutero quería la destrucción de los papas para que el cristianismo se reconstruyera. San Ignacio pretendía la reconstrucción del cristianismo conservando a los papas, haciéndolos garantía y sostén eterno de las ideas católicas. Así, de Lutero surgió el protestantismo y de Loyola el jesuitismo, dos fuerzas antagónicas, cuya lucha ha durado siglos, y aún se perpetúa.

Loyola se inició como místico español, para serlo después francés y de otras naciones, donde actuó cual Colón, que, nacido en Italia, resulta español por sus empresas. Tenía Ignacio un entusiasmo reconcentrado, férreo, pertinaz, para llevar a cabo sus ideas. En toda su vida percíbese el origen militar de este guerrero de la Iglesia. Fue un hidalgo de Vizcaya, un soldado de Vasconia. Luchando en Pamplona contra los franceses, caía en el combate con las dos piernas rotas por un casco de metralla y fue conducido al castillo de Loyola.

Yo he estado en esa pequeña fortificación, en la casa del soldado fundador del jesuitismo, y uno de los sostenes más firmes del catolicismo. Es una casa que parece una fortaleza, una especie de gran torre con gruesos muros. El mal gusto artístico de los jesuitas ha hecho desaparecer los adornos característicos en aquellas construcciones, recubriéndolos por otros más brillantes y llamativos. Siempre mueren devotos que dejan enormes cantidades para la casa de san Ignacio, y esas fortunas se invierten en recubrirlas con ornamentos del peor efecto. Los metales preciosos cubren la piedra, los mármoles la revisten como para servir de estorbo, pero en el castillo queda permanentemente notoria una hendidura que lo atraviesa desde lo alto de los muros hasta sus cimientos.

Cuando el visitante pregunta qué es aquello le contestan: «Al abandonar san Ignacio su vida cortesana de hidalgo para hacerse soldado de la fe, el demonio resquebrajó el castillo con un formidable trueno que produjo esa hendidura...»

Loyola fue una voluntad que no reparaba en obstáculos. Una vez, herido, en cama, después de su curación, viendo que los cirujanos habían

dejado sus piernas inútiles para la danza y no podría lucirse ni intentar aventuras en la corte, él hizo que, en aquella época, cuando no había anestésicos, y sufriría horribilmente, le rompieran de nuevo las piernas para que se las curasen mejor, a fin de no quedar cojo. Su convalecencia fue muy larga, pasaba los días tendido en el lecho, con las piernas entre cuerdas y tablas, contemplando por las estrechas ventanas de su castillo las lejanas colinas verdes, los campos cubiertos de manzanos y viñedos. No le bastaba recordar las hazañas de su juventud de soldado y cortesano. Ya ambicionaba más.

Y este hombre de espada, que había considerado los libros como impropios de ocupar a gentes de su alta clase social, sintió la necesidad de ilustrarse. Había leído libros de caballerías. Relee el *Amadís de Gaula*, y encuéntralo sin atractivo. Sus hazañas son parecidas a las hazañas reales que él ha conseguido. Y halla entonces otros libros que le interesan verdaderamente: las leyendas de los santos, de proezas, de sacrificio por conservar la fe y sostenerla en países que no son católicos. Entonces piensa, con su espíritu de soldado y su generosidad de caballero, que ese debe ser el único ideal caballeresco y esas las únicas hazañas gloriosas. Y entonces se siente, desde luego, soldado de la fe, del ideal religioso, en que los sacrificios alcanzan premios más grandes que las aventuras de los caballeros andantes. Pero, como ellos, necesita una dama, una alta señora para la ofrenda de sus conquistas, y con puro amor enamórese de la Virgen. Ella será su ideal, por ella batallará hasta morir. Mira por las ventanas del castillo las estrellas, y parécenle lágrimas caídas de la señora de su alma; imagínase más allá, detrás del velo azul del firmamento, está la Soberana, y alienta en redoblado brío y desea recobrar la salud para salir en campaña.

Apenas recobra su vigor, y sin más fortuna que una mala mula, emprende su camino, dirigiéndose hacia la costa del Mediterráneo, con la misma fe que años después guiaría por allí a navegantes como Colón, ansioso él también —el soldado de Loyola— de llegar a Tierra Santa para arrancar a los infieles el Santo Sepulcro por medio de su espada.

De viaje a Cataluña, crúzase en el camino con un arriero morisco que dice mil y mil blasfemias de la Virgen. Ante este hecho queda sorprendido, olvida sus propósitos de paz y mansedumbre lentamente gestados y vacila

si matar o no al arriero. Entonces tranquilamente resuelve que si su mula, abandonada, sigue el camino tomado por el morisco, lo mata; si, por el contrario, toma otro, le perdona la vida. Esta anécdota, sin trascendencia alguna en sí, tiene su importancia por cuanto puede contribuir a definir el espíritu escrupuloso y casuístico de san Ignacio de Loyola.

Al llegar a Manresa el hidalgo había cambiado por completo. Los cabellos en desorden, las ropas sucias y raídas, los ojos fijos en lo alto, en actitud hipnótica; todo ello le daba el aspecto exótico y extravagante de un faquir oriental. Los niños, viéndolo transitar por las calles, se reían de él y se burlaban.

En las calles de Marruecos he visto faquires, raros faquires, que me han recordado más de una vez al solitario de Manresa.

Sin comer durante días y días, abstinencia que produjo en su organismo serios trastornos, de los que sufrió por el resto de su vida, tendido en el suelo, pálido, débil, pedía a Dios insistentemente, fervorosamente, que le diga cuál es el camino más directo y corto para llegar a la suprema perfección humana.

Por fin, después de mil noches pasadas en vela, en actitud extática, descubre el gran secreto, secreto que fue desde entonces la fórmula incólume del jesuitismo: el hombre debe ser obediente. Proclama la virtud de la obediencia como único camino posible para llegar a la perfección humana y ganar las glorias imperecederas del cielo.

La obediencia, sí, pero la obediencia para los otros, para los débiles, para los afligidos, al mando de él.

Después de este descubrimiento —la Compañía de Jesús—, germen de su orden, emprende su viaje a Tierra Santa.

De los Santos Lugares vuelve otro; ve que el cristianismo no está allí, ve que el cristianismo está en Roma, y advierte que para luchar en defensa de sus ideales, a la par de los grandes pontífices, necesita una ilustración que aún no posee.

Comprendió que ya en aquella época era necesario ser un hombre de estudios para luchar por el triunfo de la religión, que se hacía necesario estudiar, y tiene el valor de los sacrificios. Este hombre rudo va a sentarse en los bancos de las escuelas para estudiar, y con una tenacidad y

constancia admirables, con su férrea voluntad, conquista paso a paso el saber, y sigue y termina la carrera de sacerdote.

Loyola en los principios de su existencia es el prototipo de Don Quijote, que hace su primera salida sin dinero, confiándose así a la ventura, sin escudero, solo por los campos de su fantasía; pero cuando de nuevo vuelve a la lucha y sale de nuevo, lleva de escudero a Sancho, y lleva ropa y da a su servidor unos escudos para los gastos necesarios.

Así Loyola en su primera salida desprecia el dinero y en su segunda se nutre de conocimientos útiles; reconoce que el dinero es una palanca necesaria y toma el que le dan.

En París se constituyó el primer núcleo de la nueva institución religiosa que tanto había de influir e influye aún en el mundo. Cinco fueron los primeros afiliados: Loyola, Laínez y Salmerón, célebres teólogos; Acevedo, educador, y el que después había de ser san Francisco Javier. Allí están los teólogos que habían de discutir en el concilio de Trento; Acevedo, que luchara por el progreso fundando escuelas, y el varón que después sería santo.

Su fuerza de voluntad y sus energías los llevan, un día, en la calles de Venecia, a proclamar sus ideales; pero por desconocimiento del lenguaje no se hace entender, nadie les comprende y marchan a Roma para ofrecerse al papado y formar el comienzo de su ejército.

La historia no es ni puede ser como yo quisiera, sino como la hicieron los tiempos. Sin Loyola hubieran sido otros los destinos de la religión.

El catolicismo tiene un alma eminentemente española que le infiltraron Laínez, Salmerón y Acevedo en el concilio de Trento. Sin Loyola, Carlos V no hubiera hecho la guerra en Alemania, no hubiera hecho nada por la conquista de la fe.

Es tanta la influencia de Loyola y de santa Teresa, que hay una personalidad literaria que dice al hablar de ellos: «Esas dos figuras fueron la base del catolicismo en Europa y gracias a ellas no adelantó nada el protestantismo, que se quedó desde entonces con sus alas rotas e imposibilitado en sus avances».

Para comprender bien a santa Teresa de Jesús, hay que conocer Ávila, la ciudad donde nació y vivió y que tienta a los escritores y artistas.

Uno de los vuestros, Enrique Larreta, en libro notable que me complazco en admirar, ha reflejado gran parte de la vida antigua de esta ciudad legendaria. Álzase Ávila en una llanura ligeramente ondulante, inmensa, como la pampa argentina, océano de tierra que se besa con el océano del cielo en los amplios horizontes, sin que la línea oscura de una colina o de una arboleda oculten esa conjunción grandiosa. En tal inmensidad, la distancia, en vez de disminuir los objetos, los agranda: un cordero, en la perspectiva, parece un caballo; un caballo, un elefante; un hombre, un gigante.

Esta fantasía óptica contribuye no poco en la imaginación para hacerla creer prodigios, y no deja de ser a la larga una buena escuela para santos.

Las llanuras inmediatas de Ávila presentan otra particularidad: están sembradas de masas de basalto negro, como esos bloques de las pirámides egipcias, y que nadie las creería obra de la naturaleza. Diríase al verlas que una familia de gigantes se ha entretenido en apedrearse con riscos. En un amontonamiento informe, semejan dragones espantosos, seres prehistóricos, rostros de monstruos que asustan al caminante con su mueca espantosa. Esas masas de piedra contribuyen al ambiente de leyenda, y así se comprende que, aún hoy, Ávila viva en un ambiente legendario.

Es esta ciudad una de las pocas de España que conservan su recinto amurallado, circundándola ochenta y cinco torres con almenas. El verdadero nombre de Ávila es «Ávila de los Caballeros». Esas torres son de palacios señoriales, y se ven coronadas de grifos, de animales heráldicos, de emblemas nobiliarios. Cada palacio es una muralla, un poderoso bastión, con el que cada hidalgo contribuía a la defensa de la ciudad. Su misma catedral parece una fortaleza, en donde los muros y hasta las torres están almenadas. Sus adornos inspiran la idea de la leyenda; leones de mármol, con cadenas, y grandes cachiporras cual la de Hércules, pues Hércules fue quien, según la tradición, fundó esa ciudad.

Allí, en el siglo XVI, existía un hidalgo llamado Rodrigo de Ahumada, de ilustre nobleza y escasa renta. Su esposa, noble también y muy devota, cuando no rezaba en la catedral o hilaba en el amplio salón de su casa,

alternaba los libros piadosos con los de caballerías, y esto indica lo mucho que estaban difundidas esas lecturas en la ciudad de Ávila.

Un buen día, un hermano de Ahumada se sorprendió en la mitad de un camino al divisar dos pequeños que marchaban cogidos de la mano, y cuyo continente, a pesar de sus pobres vestidos, revelaba la nobleza de su familia. Avanzó al paso de su caballo y al cruzarse con ellos vio que eran sus sobrinos Teresa y Rodrigo, que iban... ¿Adónde? ¡A Marruecos, a la capital del rey moro! ¿Para qué? Con la esperanza de que los sacrificaran por la gloria de Jesús... Ello no resultaba tan raro en aquella época, cuando los grandes como los pequeños se ilusionaban leyendo de continuo los libros de caballerías. Los niños fueron conducidos por su tío a la casa.

Teresa aprendió a leer y a escribir, aprendió labores, y quedó, todavía niña, huérfana de madre. En sus libros, la santa ha referido las dudas y vacilaciones que experimentó para abrazar el estado religioso. Bueno es advertir que nunca fue triste ni melancólica, sino de natural alegre y de alma expansiva.

En medio de su majestad evangélica y triunfal, de fundadora de orden religiosa y tan severa como la de los Carmelitas —y las Carmelitas— Descalzos, obsérvanse siempre en ella dos manifestaciones que recuerdan su infancia: es alegre sin chocarrería y chistosa con elegancia. A pesar de ser monja denota también sus preocupaciones aristocráticas, del abolengo. En alguna de sus cartas, en vez de Teresa de Jesús firma Teresa de Ahumada. En su primera juventud sintió las tentaciones del mundo, y cuenta en su autobiografía cómo influyó en su ánimo una prima suya, afanosa de galas y cortejos, y cuánto simpatizó con uno de sus primos. Pero tales influencias fueron pasajeras. Su verdadera afición la llevó a entrar en el convento de la Encarnación, en Ávila, donde los rigores de la vida conventual, las abstinencias y las disciplinas, aunadas a su edad temprana, la abaten en crisis que se han pretendido explicar equivocadamente.

Usando la palabra que nos sirve para definir ciertas enfermedades que no conocemos, se ha dicho que santa Teresa era una histérica. No es cierto; los doctos hombres que han investigado luego la vida de la monja prueban que no es así. Prueban que no era una histérica cuando sufre sus

crueles ataques en los que llega a morderse la lengua; no lo es tampoco cuando va por toda España, recorriendo sus polvorientas carreteras y llegando a todas las ciudades para fundar conventos. No es una histérica la que como ella dice a las monjas: «Seamos mujeres varoniles y luchemos con fe y energía».

Influyó mucho en la vida de santa Teresa cierta visita que recibió estando en el convento de la Encarnación, en Ávila. Fue esta la del que luego había de ser san Francisco de Borja, descendiente de los Borgias, caballero de la corte, que él adoró siempre idealmente, y que al comprender lo deleznable de la vida se hizo sacerdote.

Esta vida y el contacto con los jesuitas que se habían establecido en Ávila hicieron que Teresa, acrecentándose su tesón y fuerza de voluntad, acometiese la gran empresa con que siempre soñara.

Esta monja de tan soñador espíritu encontró estrecho su claustro; necesitaba salir de su encierro. Soñó con fundar una orden nueva, soñó que la orden de Carmelitas Calzadas, a que pertenecía, no llenaba bien su cometido; quería instituir la de Carmelitas Descalzas y ser ella la fundadora de la orden.

Pero para acometer esta empresa, precisábase dinero y ella carecía en absoluto de numerario. Entonces recibió un auxilio con el que jamás contara.

Un hermano suyo que estaba en el Perú con destino oficial había venido a ese rico imperio mandado por sus reyes como persona de confianza, y este hermano le mandó auxilios en metálico que le sirvieron para fundar el convento de San José, en Ávila. Esto fue a modo de lo que hoy llamamos en política una disidencia, produciendo en Ávila un verdadero escándalo.

Recordemos aquellos tiempos en que sólo había templos, conventos y oraciones; en que no existía otra distracción que los quehaceres familiares, el rezo, la devoción; en que aún no habían aparecido los teatros, y comprenderemos lo que significaba la creación de un nuevo convento. Formáronse partidarios de uno y otro bando; su nombre empezó a conocerse en Ávila, en Toledo, en Madrid, y poco a poco se fue conociendo por toda España.

Cuando hubo fundado el convento, soñó más; santa Teresa no era la monja del claustro; se explica su figura diciendo que fue Don Quijote con toca, fue la dama errante.

Así como Don Quijote no dormía pensando en los inocentes que necesitaban el auxilio de su brazo, santa Teresa sólo vivía pensando en establecer templos y templos. Lo que dice ella en sus escritos: «Cada día que pasa los luteranos nos quitan un templo, yo quiero fundarlo para que no falte la casa de Dios».

Recorriendo siempre España, encuentra en sus excursiones un sacerdote aficionado a sus reglas y su orden que tiene algún dinero, unas «blanquillas», como ella dice, y funda, acompañada de otra monja, el convento de Medina del Campo, entrando a la casa en que había de establecerse la nueva fundación religiosa a deshoras de la noche, atravesando campos y calles medrosas y exponiéndose a una desgracia, pues que en sus alrededores vagaban los toros que habían de lidiarse en la corrida del día siguiente.

Y esta que fue llamada por un nuncio la «fémina andariega», de una casucha hace un templo. Su compañero coloca en un mal altar el Sacramento y, a la mañana siguiente, los vecinos, asombrados, se encuentran con un nuevo convento. Convento en el que, como la misma santa Teresa dice, podían las monjas oír el sacrificio de la misa sin salir de sus celdas y presenciándola por las rendijas y grietas de las viejas paredes y carcomidas puertas.

¿A qué seguir? Podría contaros muchas otras fundaciones hechas por la santa, con las que se demuestra su carácter quijotesco; pero sería repetir episodios y alargar demasiado esta conferencia.

Hay, sin embargo, algo que contaros y que ella dice en una de sus páginas describiendo una noche en Salamanca y que hace recordar a Guy de Maupassant.

Va, en efecto, una noche a Salamanca ocultamente, y llega a una casa solamente habitado por estudiantes. El dueño los arroja a la calle para dar posada a la santa y a una compañera de viaje, y quedan solas las monjas en aquel caserón, palacio antiguo que hace pensar en cuentos de brujas. En esa página por ella escrita así lo dice.

Metieronse las pobres mujeres en una habitación donde se habían tendido unos puñados de paja, llenas sus paredes de grietas y sus ventanales rotos, por los que entraba el viento silbando y bramando, haciendo pensar en apariciones de almas y fantasmas. Era la noche de Ánimas; todas las campanas de la ciudad doblaban hiriendo el espacio con sus melancólicos tañidos, llevando el pavor y el miedo a los ánimos más templados.

La monja compañera de santa Teresa pensaba en los estudiantes, en que podían volver, en que quizá las echarían, y así lo comunicaba a la madre Teresa de Jesús; esta la consolaba, la reducía con sus consejos y su fortaleza; pero tal era el pavor de aquella monja, que llega a decirle: «Y si yo me muriera, ¿qué haríais vos con un cadáver toda la noche?»

Santa Teresa vuelve a sus consejos, y al fin le dice: «Durmamos, hermana; desechad esos temores y que Dios sea con nosotras».

Lo característico de todas estas idas y venidas por las carreteras y caminos de España, de esta monja, es su voluntad de hierro, su fuerza, esa fuerza innata en todas las mujeres, que les hace no tener ni conocer el miedo al ridículo. Los hombres sentimos miedo por el ridículo; la mujer, no. La mujer sólo teme el qué dirán, cuanto pueda atacar a su prestigio de mujer honrada.

Muchas veces, en la vida, lo que no dice el marido lo hace la mujer; pues bien, esa era la suerte de santa Teresa, y por eso recorrió toda la península en aquella época en que los caminos los llenaban hombres de todas clases y, por cierto, no modelos de caballeros honrados y galantes.

Imaginaos los conflictos que tendría que vencer, imaginaos su santa inocencia y sus grandes deseos de fundar conventos y templos donde los hombres adoran a Dios, su amor puro y casto.

En cuanto a santa Teresa, considerada en su estilo literario, no creáis que sea un modelo clásico. Tenía pocas letras. Una vez le escribía la priora de un convento hablándole de asilos. Y la fundadora de la orden contestábale: «¿Qué es eso de asilos? Sea usía menos letrera y dedíquese a cosas convenientes». No fue en realidad una escritora; escribía lo que pensaba claro, pero de cualquier manera, con una espontaneidad que recuerda a la de Ovidio cuando, castigado por el autor de sus días porque hacía versos, le contestó en verso, sin querer, que no los haría más. Le

ocurría como a Tolstoi, que siempre escribe para maldecir el arte y la literatura, y lo dice en forma admirable. Aborrecía a las mujeres literatas, y las obras que hizo fueron para sus monjas, para doña Luisa Mascareñas y para la duquesa de Alba. Nunca pensó que sus libros llegaran a imprimirse, y de ahí esa espontaneidad y naturalidad sumas de todos sus escritos, en la prosa como en la poesía. Por especiales circunstancias de la ciudad en que se educó santa Teresa, y porque la evolución del castellano no se había perfeccionado todavía, su lenguaje, propio de Castilla la Vieja es diverso al de los autores que residían en Castilla la Nueva, como Cervantes, Lope, Quevedo y otros muchos. Santa Teresa decía: *nadie, lición, disposición, cirimonia, traiga, mesmo, siguro, haiga*, palabras hoy no admitidas, pero que le eran en cierta manera propias. Y le ocurría como al más grande de vuestros escritores, Sarmiento, que no tenía ortografía, pero sabía escribir. Ortografía tienen todos los maestros, pero no todos los escritores. Algo así le ocurrió a santa Teresa, dando motivo a que fray Luis de León se irritara por las correcciones que hacían los editores, quitando a sus frases su expresiva sencillez. No era, pues, clásica. Escribió infinidad de cartas de lenguaje popular, no tabernario, sin duda, pero sí en el castellano rudimentario de los vecinos de Ávila, y en esas cartas, cuando se dirigía a las monjas, hay plebeyismos cual las palabras que he citado y frases minuciosas como para hacerse entender bien. Pero en sus obras *Camino de perfección, Castillo interior* y otras, su estro se arrebató, se enciende, vuela y resulta en su encantadora espontaneidad una inmensa artista.

Tiene toda la gracia de la salud moral en el primer libro que relatando su vida escribió, por mandato de su confesor. Las señoras de la corte pidieronle ese libro para conocerlo, y lo prestó ella a la duquesa de Alba y a doña Luisa Mascareñas. Esta lo leía sola; pero había en la corte una dama, la princesa de Éboli, delgada, menudita, fina, movediza, vivaz y graciosísima, que era, a la manera de un vistoso colibrí, la única persona que desarrugaba el ceño de Felipe II, llevando como un rayo de sol a aquel carácter lóbrego como una caverna. Y esa señora, al ver que doña Luisa Mascareñas y la duquesa de Alba admiraban a la monja que escribía y que iba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea fundando conventos, creyó deber imitar a esas otras damas de la nobleza y se hizo amiga de la

fundadora, a quien perturbaba con sus revolteos de faldas y con la mirada brillantísima de sus ojos, que para mayor gracia eran uno azul y el otro negro. Deseó conocer la vida de la santa, que le dio su libro, y a las cuatro o cinco páginas se cansó de la lectura, abandonándola a los pajes, que se reían del manuscrito. La de Éboli sintió capricho por fundar algún convento ella también, y aunque a santa Teresa le era poco simpática, accedió a que la ayudara a fundar un convento de su orden en el pueblo de Pastrana. Murió el paciente marido de la de Éboli, llamado Ruy Gómez de Silva, y su viuda se entregó al mayor dolor y entró en el convento. Santa Teresa exclamó: «¡Monja la princesa, se acabó el convento!» La de Éboli púsose ceniza en la cabeza el primer día y lloró desesperada; el segundo se lo pasó en el locutorio y al tercero ya exigía que las monjas le hablasen puestas de rodillas, porque ella era de alta alcurnia.

Santa Teresa rompió sus relaciones con la de Éboli. Esta, en venganza, la denunció a la Inquisición, culpándola de actos heréticos, y así fue como la mujer más notable que ha tenido la Iglesia católica estuvo sufriendo bajo el poder inquisitorial no menos de nueve años, hasta que por fin reconocieron su inocencia. Había adquirido tanta fama como propagandista, que a tiempo de producirse la lucha entre las carmelitas calzadas y las descalzas, un nuncio, hablando de santa Teresa, dijo que iba en devaneos por el mundo.

Otro gran amigo de la santa fue san Juan de la Cruz, poeta eminente del catolicismo.

Diré cómo la conoció. Quería la madre Teresa hacer una fundación de hombres. Un día se presentaron a ella dos frailes. El uno era grande, alto, fornido, pudiera decirse que gigante de los frailes; el otro, por el contrario, chico y menudo, sonrosado, de rostro soñador. El fraile grande era Eveti; el otro, san Juan de la Cruz, y al comunicarles sus deseos, exclamó la santa: «¡Ya tengo fraile y medio!»

Santa Teresa quería a Juan de la Cruz como madre amantísima. Era mucho mayor que él; el fraile la adoraba con pasión férvida, ideal y divina. Y a tal punto que, cuando estaba perseguido y encerrado en los calabozos de la Inquisición de Toledo, recordaba siempre, en medio de sus tormentos, a su santa, y preguntaba si ella había sido también perseguida.

No creáis en esa Teresa que algunos os han presentado, no; Teresa era alegre, con la alegría sencilla del artista, del escritor, que después de su trabajo desea expansión y recreo.

En San José de Ávila se enseñan las castañuelas, panderos y otros instrumentos que ella se complacía en enseñar a tocar a sus compañeras de claustro, en los ratos de ocio. Ella dijo que las almas santas necesitaban santas alegrías.

Santa Teresa, al hacerse una figura europea, ha pasado por las descripciones de todos los artistas, especialmente de los franceses, que la hicieron una dama medieval, de cara larga y pálida, de mirar triste, de manos de cera. No es verdad.

Yo estuve en la casa donde se crio la santa, he visto su báculo y, aunque no soy bajo, me queda sobrado. He visto una suela de sus sandalias, y es harto pequeña. Era lo que se llama en castellano una buena moza.

Tengo el retrato que hace de ella el padre Rivera, su contemporáneo, y en que parece verse a la santa: alta, agraciada, de ojos no grandes, pero tampoco pequeños, de sonrosado color y cabello castaño, algo rizado.

El padre Gracián, su confesor, añade que no fue fea y que el único retrato que se conserva de ella lo hizo, a los sesenta años y por orden suya, un fraile pintor muy malo que había en un convento de Sevilla y que le llamaban fray Juan de la Miseria.

Y aquí una anécdota que demuestra bien a la mujer, aunque sea santa. Cuando santa Teresa vio su retrato terminado, dijo a fray Juan: «Dios te perdone, hermano, lo que me has hecho sufrir para pintarme fea y legañosa». Y es que la mujer, como las bellas artes, deben siempre ser hermosas.

Voy a terminar. La fama de Teresa de Jesús se había difundido; ya sabéis lo que sucede a los que quieren sobrevivir. Las grandes figuras no se enteran de que decaen sus facultades; por eso veréis que los últimos días de los grandes hombres son días tristes. El mundo parece harto de su gloria. Después de muerto renace la gloria y el respeto.

Las mismas superiores vivían en continua batalla con esta vieja que se metía en todo y todo quería arreglarlo, y hasta se desataban en improperios. Un confesor la denunció nuevamente, aunque sin resultado,

a la Inquisición. Entretanto, Teresa de Jesús, que en una caída se había roto un brazo y seguía, manca y todo, visitando unos y otros conventos, fue enviada, con una compañera, a Alba de Tormes. Durante el viaje sufrió frío, pasó veinticuatro horas sin comer, y al poco tiempo de llegar al convento, se murió. Así terminó la vida de la que la Iglesia había de santificar llamándola santa Teresa de Jesús.

Ya dije lo que representa para el catolicismo san Ignacio. Y diré lo que representa para la literatura santa Teresa.

Grandes literatas ha habido, pero las supera esta escritora por no tener, como ellas, ni el artificio de la profesión ni el deseo de renombre. En la inteligencia de esta mujer, quizá la más grande inteligencia de mujer, todo es tan suyo como la vegetación de las montañas. Es inmortal santa Teresa y se ha difundido su obra, inmortal también, pero que fue tan del momento, tan de la naturaleza, como el canto del ruiseñor, que no sabe siquiera si le oyen; como el aroma de la flor, que lo esparce sin advertir que encanta a quien lo aspira.

La pintura española: el Greco, Velázquez y Goya
(Teatro Odeón [Buenos Aires], 13-7-1909)³⁰

Cuando un artista extranjero pasa los Pirineos y penetra en España, su mayor deseo consiste en llegar cuanto antes a Madrid, capital de la que, ciertamente, no hay mucho de notable que ver, pues sus más antiguos monumentos tan sólo datan del siglo XVIII.

Sin embargo, si ese extranjero es artista, en vez de dirigirse a ver las hermosas campiñas de Galicia, los frondosos bosques de naranjos de Valencia, las grandes obras arquitectónicas, como la Alhambra o la Mezquita de Córdoba, o una ciudad histórica, como Zaragoza, marchará directamente a Madrid. Es que sabe que en la capital de España, al extremo del paseo del Prado, existe un palacio enorme, de colosal edificación, dentro de cuya atmósfera, entibiada por la calefacción artificial, vive algo más que las figuras de un pueblo: las figuras de la humanidad. Es aquel edificio el Museo del Prado, panteón enorme en el que reside la vida, porque las figuras que allí hay viven la vida de la inmortalidad.

La mezcla no puede ser mayor. Junto a las rosadas desnudeces de las figuras de la pagana mitología, se ven los retratos de frailes místicos y ascetas, cuyos rostros respiran una eterna oración; armaduras de caballeros, guerreros que combaten, naves que pelean. Si por cualquier cataclismo aquel museo desapareciera o un incendio redujera a pavesas sus hermosas obras de inimitable arte, la humanidad entera tendría que vestir el traje de los lutos rigurosos. Allí está el compendio y el resumen de dos siglos de Renacimiento: Rafael, con su idealidad suave; Murillo, con su idealidad y con su romanticismo real; Van Dyck, con sus elegantes figuras; Rubens, que es en la pintura lo que Wagner en la música; Ribera, atormentado siempre; Rembrandt, con sus juegos de luz y de sombra; el Veronés, que puede decirse, sin exagerar, que es el abuelo de Sorolla, y cientos de cientos de otras personas más, porque el catálogo es interminable.

³⁰ *La Prensa* [Buenos Aires], 14-7-1909; *El Pueblo*, 8-9-1909.

En estas conferencias, que no son sino ligeras manifestaciones, tenía que hablar, después de los poetas, de los pintores; de los pintores, que son también poetas del color. Entre estos pintores ocurre que, aunque muchos de ellos son españoles, por haber nacido en mi patria, pocos lo son en lo que a la obra producida se refiere. La pintura de Murillo, por ejemplo, fue puramente religiosa; Zurbarán no hizo sino pintar frailes, ascetas, milagros; Ribera pintaba con temor. En cambio, tres figuras se imponen en plano de primera fila: el Greco, Velázquez y Goya. Esta trilogía forma el objeto de mi presente conferencia.

Antes de la aparición del Greco, la pintura tenía en España el carácter rudimentario que constituye la característica de todo arte que empieza a desarrollarse. Los reyes se permitían el lujo de tener en sus palacios cuadros en los que había pintadas algunas divinidades mitológicas; pero aparte de estas excepciones, todo el resto de la pintura tenía en España un marcado carácter religioso.

Uno de los grandes defectos de la pintura en España es que nunca fue privada, íntima, particular, exteriorizadora del hogar. Precisamente, uno de los encantos mayores de la pintura holandesa y de Flandes es el de haber retratado la vida íntima y tranquila de la familia, que mediante aquellos cuadros puede reconstruir el historiador. La restauración del tranquilo hogar holandés resulta fácil, merced a estas telas en que se ve a la madre junto a la rueca de hilar y al padre, bajo la luz de la cariñosa lámpara, leyendo los libros santos.

En España no existió la pintura del hogar, como no existió tampoco la pintura del hogar en Italia. Pero en esta última nación los pintores se dedican a sujetos en que tan fecunda es la mitología. En tres siglos, en España no se produjo otro desnudo que el de Venus, pintado para el dormitorio de un monarca. Fue el único desnudo hasta que Goya hizo su *Maja desnuda*.

Llegamos al momento en que aparece el Greco. Este pintor no es español, sino griego, como su apodo lo hace ver. Su nombre era el de Doménico Theotocópuli, natural de Creta, y que fue un vagabundo en España. Su vida es oscura y no se sabe en qué forma ni a través de qué circunstancias llegó a Italia. En Italia estuvo en Venecia y fue discípulo del Tiziano; pero incompatible su carácter con el de determinado maestro o

escuela, y sabiendo que Felipe II necesitaba un pintor para el decorado de El Escorial, marcha a España. Trabajó durante algún tiempo en El Escorial y desde allí marcha a Toledo.

Es necesario saber lo que era Toledo en aquel entonces, ciudad única que sólo podía compararse con Roma. Cuando el viajero llega a Roma, al contemplar las grandezas muertas se le ocurre que ellas no son sino páginas abiertas en un libro de piedra. Allí están la Roma romana, la de los Césares y de la república; la Roma medieval, representada por templos góticos, palacios puntiagudos, y, finalmente, la magna Roma del Renacimiento. Toledo es también un libro de hojas de piedra, una ciudad asentada sobre una eminencia de escasa vegetación, de la que dijo el escritor francés Mauricio Barrés que le hacía recordar el lomo pelado de una mula castellana.

Hay en Toledo dos grandes moles: el Alcázar de Carlos V, y la otra, una mole blanca, grandiosa, poética, la catedral, simpática, conjunto y resumen de nuestra lucha de siete siglos por la Reconquista. Aquella catedral tenía presupuestos y ministros y renta propias, como si fuera un Estado dentro de otro Estado; y sus arzobispos guerreros, en más de una ocasión, dejaron sus ricas vestiduras para ceñir la espada. La catedral es blanca, toda blanca, con la inocencia de un villancico de Nochebuena, con inmensas naves y profundas capillas, en cuya humedad parece como que hubieran las lágrimas de todos los que durante cincuenta generaciones han ido allí en busca de consuelo.

El prestigio de Toledo es inmenso, y lo fue en las épocas pasadas por sus médicos árabes y por la sabiduría de sus doctores judíos. En Alemania, cuando se quiere pintar una escena desarrollada en ciudad de raras nigromancias, se elige a Toledo, porque Toledo es como el maravilloso Bagdad de *Las mil y una noches*. En el Oriente mediterráneo, cuando se quiere hablar del Bagdad de los orientales, se habla de Toledo. Allí viven, hablando español rancio, los judíos expulsados de España; y los sábados, cuando por su ley y por su religión nada pueden hacer, la familia se reúne en torno de la abuela pidiendo un cuento. Y la abuela, invariablemente, comienza así: «Érase un príncipe que vivía en Toledo...»

Este Toledo, la ciudad adornada de leyendas, desde la mañana hasta la noche denunciaba su vida fabril. Tintineaban los martillos sobre el

hierro enrojecido; de sus talleres salían para todas las cortes de Europa las espadas finas, delgadas como serpientes, que iban a pender de cintos cortesanos, y las espadas anchas, tajantes, fuertes, que llevaban el sello famoso de las siete cruces o del Perillo, que en manos de conquistadores cumplían con la leyenda que el armero había grabado sobre la hoja: «No me saques sin razón ni me enfundes sin honor». Eran las espadas de las luchas.

En aquella ciudad, como muy bien lo observara el embajador veneciano Navacero, faltaba un pintor. Tenía orfebres que hacían maravillas con el cincel; ofrece hoy como productos de aquella época sus rejas de bronce que asombran al viajero, sus grandes ventanales de hierro forjado, sus muebles ricos de líneas delicadas que codician los arqueólogos; tenía a un Villaprando, un artista en la forja; a Berruguete, un gran escultor; pero las pinturas de sus retablos eran pobres, los cuadros de sus altares no respondían a las justas exigencias de aquel ambiente.

En esa hora propicia fue cuando llegó el Greco. Toledo se transformaba. Sus industrias florecían más y más. En aquella época, una mujer de inmensa voluntad y que había entrado en la ciudad aprovechando la donación de una casa, fundaba un convento, sin intimidarse de que, en una casa vecina a la que ella había hecho refugio de místicas, moraban ciertas mujerzuelas de mal vivir; antes al contrario, al saberlo, aquel espíritu noble dijo: «Mejor; estando más cerca, nos será más fácil convertirlas». Aquella mujer se llamaba la madre Teresa de Jesús; y como si el destino hubiera querido reunir bajo un mismo cielo y dentro de un mismo escenario a un grupo de hombres que pesaron en la historia, por los barrios, a la hora de la tarde, un caballero no muy trajeado, ya cubierta su cabeza de canas, que tenía una mano lisiada, en un mesón conocido por el del Sevillano, escribía una novela ejemplar que se titula *La ilustre fregona*. Era don Miguel de Cervantes. Por los alrededores, por los cigarrales, y a determinadas horas del día, los toledanos se habían habituado a ver un fraile meditando, soñador: era Tirso de Molina. Y como si no bastaran una madre Teresa de Jesús, un Miguel de Cervantes, un Tirso de Molina, para orgullecer a Toledo, la ciudad contaba con otro gran huésped, con un jesuita de frente ancha, de

vista penetrante, que escudriñó en el pasado escribiendo una obra de méritos infinitos, un jesuita que tiene un nombre glorioso: don Juan de Mariana.

Y hay más, señores. Un día, el Greco recibe en su taller la visita de un personaje que ha pasado a la posterioridad como un arquetipo de caballero como uno de los poetas épicos más puros e indiscutidos que ofrecen las literaturas. Nos queda un retrato debido al pincel del Greco. Es un joven en cuyo rostro resplandece la nobleza. Su frente está ceñida por una corona de laureles y tiene en una de sus manos un libro. Ese libro es *La araucana*, señores, y el caballero, que acaba de llegar de América, se llama don Alonso de Ercilla.

El Greco, señores, es modernísimo; casi podría decirse que lo hemos visto todos nacer a pesar de que viviera hace siglos. Hace veinte años era un desconocido; la crítica moderna lo ha impuesto. Se le ha considerado por muchos como un loco. Abundan en Toledo las leyendas que así nos lo pintan y hasta en el Hospital Tavera se enseña un cuarto donde se afirma que este pintor pasó en él recluido durante cuatro años, víctima de la locura y pintando cuadros extraños. Yo, por mi parte, no creo muchas de esas leyendas, pero debo confesar que admito sin esfuerzos que el Greco no era un espíritu normal.

Como decía, el Greco fue olvidado durante tres siglos. El clasicismo y el neoclasicismo nada vieron en aquellas telas de figuras extrañas, colores vivos y rabiosos, de miembros retorcidos, en actitudes extravagantes. Vino el romanticismo, y ya no se desdeñó a aquel artista raro. Llega el neorromanticismo —los modernistas— y, como por encantamiento, el Greco se discute en revistas y libros, el Greco se convierte en un maestro, es un genio precursor.

Personalmente, señores, debo manifestar que no gusto mucho de ese pintor, pero soy el primero en afirmar la originalidad intensa —factor indispensable para ser artista— y la fuerza que se traducen de sus telas. En verdad, me desconciertan sus procedimientos y algunas de sus modalidades. Por los cánones del arte, la grandeza de una figura debe ser siete veces la de la cabeza; el Greco rompe con ese canon; sus figuras son doce y unas veces más grandes, parecen interminables, no concluyen nunca. El Greco tenía en poca estima el dibujo; el color, las tintas, era lo

principal. El colorido de las telas es vigoroso. Sus retratos, que son muchos, nos reproducen algunos caballeros de su época; las cabezas tienen la forma, como se ha observado con justicia, de una pera invertida; las manos son finas, exangües; las barbas, ralas; los ojos reflejan una luz interior, parece que tuvieran alma, que quisieran animar el mundo externo. El Greco tiene un defecto. Se «amaneró», se habituó a esos rostros ascéticos, y todas sus telas parecen repetir un mismo tipo, un personaje semejante. Él generalizó casos particulares, y de ahí que con su pincel haya calumniado a su época. Hoy está de moda; y cuando en París, por ejemplo, se hace una exposición con sus telas, los escritores franceses, que están dominados por el maldito empeño de atribuir gratuitamente a España una serie infinita de horrores, frente a esos cuadros, se complacen en decir que esos ojos visionarios concentran todo el horror de una época de torturas y barbarie, época que, entre paréntesis, no existió nunca, que fue como todas, con los mismos vicios y las mismas virtudes de las que se ofrecen en la historia de cualquier nación europea.

Y tan es así, señores, que veinticinco años más tarde Velázquez pinta al conde de Benavente, un noble lleno de vida y salud, y al conde-duque de Olivares, un señor que tenía cualquier cosa menos de fraile penitente, un polícastro de la espada, un tanto ladrón, respetable abuelo de ese cacicazgo político que es una rémora en mi país. Y en veinticinco años no se modifican tan fundamentalmente las épocas como para que ofrezcan el contraste de los caballeros pintados por el Greco y los caballeros pintados por Velázquez.

El Greco, señores, tenía en su sangre algo de bizantino. Su mejor obra, *El entierro del conde de Orgaz*, basada en una leyenda, por la que se decía que el señor de Orgaz, de la casa imperial de los Paleólogos de Oriente, había practicado con tanta asiduidad las virtudes durante su vida, que mereció que bajaran del cielo san Agustín y san Esteban para ayudar a enterrar su cadáver.

El Greco no tiene biografía. La leyenda ha deformado su existencia. Al morir dejó muchos discípulos, y entre ellos su hijo, que siguieron fieles las huellas del maestro, dejando muchos cuadros que hoy hábiles especuladores venden a los yanquis a buen precio, como si fueran los legítimos, los codiciados. El Greco, señores, influyó en Velázquez, no de

un modo decisivo ni como un maestro, porque Velázquez tenía demasiado genio para dejarse influenciar por alguien; influyó en el colorido. Es indudable que Velázquez, en la contemplación de sus cuadros, modificó su primera manera de pintar, usando poco del cambio de colores para la segunda y definitiva, que lo ha convertido en el maestro más grande de la pintura.

El griego. Los neoclasicos no podian entenderlo. Fueron los romanticos los que en viendo en su locura comenzaron a fijarse en el.
Los modernistas ^{neorromanticos} han visto en el el padre del impresionismo. Expresa estados de alma.
Como griego tenia algo de tirantismo. Rigidez figura desproporcion dibujo.
Desmenurada longitud figuras junto con escualidez y verti calidad.
Su originalidad mas que en los colores fue en el modo de emplearlos con valentia y desarmonia. Dramatico color. contraste con misteriosa quietud de las cosas.
Dejo discipulos pero sin valor pero que reprodujeron sus cuadros por eso tantos griegos falsos.
Velazquez continuador pero solo tomo lo bueno, dando mas color a su paleta sobria.

Si el arte es la más alta interpretación de la naturaleza, Velázquez es el primer pintor del mundo. Su vida es una vida tranquila, sin aventuras.

Cuando pintaba era el maestro sin igual, cuando dejaba el pincel era el burgués que sólo se dedica al cuidado de los hijos. Los estudiantes alemanes dicen que el burgués —el filisteo, como ellos lo llaman— es un hombre que nace, se casa, tiene hijos y muere; agregadle a Velázquez: pintó, y tenéis al hombre.

Nació en Sevilla, y aquella ciudad, entonces en su apogeo comercial, mercado de las riquezas que llegaban del Nuevo Mundo, llena de aventureros, la ciudad de las rejas, de los amoríos, de los lances caballerescos, parecía que en la mente de aquel niño de genio debía despertarle una imaginación asiática, espléndida, exuberante. Pero no fue así; Velázquez es el pintor de mejor retina que se ha conocido, pero es también de una imaginación prohibitiva. Trabajó desde sus primeros años con su maestro Pacheco, que no titubeó en augurarle un gran porvenir, dióle su hija en matrimonio y procuró por todos los medios acercarlo a la corte. Sus esfuerzos obtuvieron el resultado apetecido. Felipe IV, de quien os hablé en conferencias anteriores, le concede que figure entre sus criados, con un sueldo de doce reales diarios. Un peso y medio, más o menos, de nuestra moneda. Y Velázquez se traslada a la corte.

Se ha hablado mucho de la protección de los reyes a los artistas; son los artistas los que en realidad han protegido a los monarcas. ¿Quién se preocuparía, señores, de conocer el rostro de Felipe IV si Velázquez no nos hubiera transmitido su retrato?

Velázquez, espíritu distinguido, tímido, tuvo que figurar en la corte en ese plano subalterno, y en la lista de los bufones y de los barberos se consignaba su nombre. Ya ven, señores, cómo ayudaba la monarquía a los artistas. Y Velázquez se vengó inmortalizando aquellas figuras grotescas que lo rodeaban.

Velázquez, entre otros muchos rasgos propios e inconfundibles, tiene el de un carácter amablemente irónico frente a la mitología. Y esto recuerda el hecho de que todos los genios españoles son irónicos. Cervantes fue un gran irónico que con frase irónica volcó en su libro toda la ironía que la andante caballería le sugería. Velázquez se burló igualmente de la mitología, con la fina ironía destilada por sus pinceles. Uno de sus cuadros, el de *Los borrachos*, ridiculiza a Baco, pintándolo no con la forma de la mitología, sino encarnado en un muchacho lleno de

carne y de salud, sin otro simbolismo que una corona de pámpanos en torno a su frente. Está en compañía de unos borrachos alegres y contentos, en los que se adivina que, cuando llegue el momento de la embriaguez completa, no han de reñir. Cuanto más, se darán besos y abrazos.

En el cuadro *La fragua de Vulcano* pinta la fuga de la esposa de Vulcano con Marte, pero sin recurrir a los mitos. Vulcano es un buen herrero de los alrededores de Madrid, y Marte no es esta vez sino un apuesto militar de los tercios de Flandes. Es que Velázquez, ante todo, amó la naturaleza y no tuvo el atrevimiento de modificarla, ni siquiera con el pretexto de embellecerla. Así, su cuadro del *Cristo crucificado* es un cuadro lleno de arte y de vida. Como se sabe, este cuadro, donado por el rey a los monjes de San Plácido, tiene una leyenda en la que interviene una recluida, llamada Margarita, de llamativa belleza. Además de este cuadro, donó el rey en cuestión un reloj que fue colocado en lo alto de la torre.

Velázquez no ocupó en la corte sino un puesto secundario, de suerte que cuando se trató de darle el hábito de caballero de Santiago y se procedió a la información necesaria entre los restantes caballeros de la orden, se redactó un curioso documento como consecuencia del cual se demostró que Velázquez no pintaba ni por profesión ni por dinero, sino que hacía por mero pasatiempo los cuadros que luego regalaba al rey.

Sin embargo, como gentilhombre subió algunos modestos peldaños en la carrera cortesana. Fue así que, como mejor honor de toda su vida, además de la distinción del hábito de caballero de Santiago, ocupó el puesto de constructor de palacio, teniendo que llevar la contabilidad de los sacos de yeso y otros detalles de la construcción. Cuando Felipe IV, llevando a la infanta Margarita, se trasladó a París, Velázquez formó parte de la comitiva real, a título de maestro aposentador. Pero fue tanto el cúmulo de trabajos que tuvo que realizar para alojar a cada una de las personas de la comitiva, que contrajo una enfermedad de cuyos resultados falleció a su regreso a Madrid.

Entre sus cuadros más notable figura igualmente el que lleva por título *La rendición de Breda*, más vulgarmente conocido con la designación de *El cuadro de las lanzas*. El de *Las hilanderas* no puede ser

más notable. Es de una belleza real tan intensa, que provoca un deseo de permanecer no horas y horas, sino semanas y semanas frente a aquella tela en la que la idealización llega a un grado máximo.

Pero indiscutiblemente la tela que lleva por título *Las meninas* es el más notable.

Cuando a Teófilo Gautier se lo enseñaron, preguntó:

—Y bien, ¿dónde está el cuadro?

Porque, efectivamente, allí no hay cuadro. El marco parece ser el de una ventana, y todo lo demás, un pedazo de vida que se ve a través de esa ventana. Es que en aquel cuadro se ve hasta el aire, porque Velázquez pintaba hasta el aire. La mayor parte de los pintores se distinguen por una cualidad: unos son buenos coloristas, buenos ejecutantes los otros. Pero Velázquez lo fue todo: colorista, dibujante, compositor, ejecutor.

Velázquez murió tranquilamente en su aposento. Después de muerto aquel hombre que obligó la gratitud de su rey, se siguió un pleito a su esposa porque faltaba en las rendiciones de cuentas de su esposo el recibo de algunos sacos de yeso. El pleito demostró las excelencias de la administración pública de aquellos tiempos, pues resultó que no sólo Velázquez no era deudor de nada, sino que el Estado era deudor de Velázquez.

Dos semanas después, porque sí, acaso por un intensísimo sentimiento de amor, su esposa falleció. Acaso no pudo en el mundo vivir sin su compañero y fue a continuar su tranquilo amor más allá de la vida. Lo cierto es que nunca se supo la causa de esta enfermedad.

El siglo XVIII, en su decadencia, ofrece para la pintura dos hombres: Mengs, el alemán, y Lucas Giordano, el napolitano.

A mediados de esta centuria nace en Aragón un hombre destinado a la gloria: don Francisco de Goya y Lucientes.

Enemigo de las academias y de los maestros, a los que imputaba el delito de deformar las mentes juveniles, embruteciéndolas en copiar líneas y más líneas, en reproducir ojos en forma de almendras y narices moldeadas dentro de un tipo siempre idéntico. Revolucionario de fondo, solía decir: «Cuando veo una persona y contemplo su cabellera no me veo dedico a contar cuántos cabellos sombrean su frente y considero ridículo exigir del pincel lo que mi vista no percibe ni le preocupa percibir». Y

agregaba: «En la naturaleza no existen líneas; existen, sí, cuerpos planos que se adelantan y se mueven. En la naturaleza no existen colores; existen luces y sombras; me basta el blanco y el negro para hacer mis cuadros». Este teorizador atrevido tuvo una vida accidentada, novelesca. Si se le compara con Velázquez, este semeja un maravilloso palacio del más puro Renacimiento; Goya, una montaña llena de accidentes, pero majestuosa e inmensa.

Hijo del pueblo, llevó al arte sus innovaciones y su rudeza primitiva. Tenía aquella fealdad genial de Beethoven, sólo que en lugar de traslucir su rostro toda la melancolía que los retratos del autor de la *Novena sinfonía* han popularizado, en Goya esa melancolía se circunscribe a la parte superior de su cara; sus labios, en cambio, estereotipan un desdén un algo sardónico, algo que desprecia y ríe. Goya, como todos los artistas, deseó conocer Roma. Sin disponer de medios, huido de Aragón por haber intervenido en una riña de la que saliera herido, se alista en una cuadrilla de toreros y, de aldea en aldea, va paseando sus nostalgias, sus sueños.

Tiempo más tarde le vemos en Roma, donde obtiene con su primer cuadro *Aníbal en los Alpes* un segundo premio, y figura en las actas como romano. No permaneció muchos meses en la ciudad eterna. De noche frecuentaba los barrios populares, provocando reyertas con «los guapos» y haciéndose amante de las beldades más disputadas. Intenta un día raptar una monja y, bajo las amenazas de un proceso, huye gracias a la protección de poderosos amigos.

En Roma, Goya cultiva la amistad de David, el gran pintor francés, y juntos leen y comentan la Enciclopedia y estudian a Voltaire. Goya regresa a su patria nutrido de aquellas lecturas, principios liberales que nunca lo abandonan, y en España reanuda su existencia folletinesca. Esgrimidor consumado, pasa sus tardes probando sus habilidades con los maestros; espíritu caballeresco, no puede transigir con la injusticia, y cierto día, viendo a un gallego aguador que maltrataba a un pobre jorobado, sale en defensa del débil, golpea al aguador hasta dejarlo casi muerto, y Goya es encerrado en la cárcel.

Goya es el padre de la caricatura. Sus «caprichos» son dibujos que todo el mundo conoce y que todo el mundo admira. Algunos parecen, a simple vista, formados por líneas sin objeto. Si se los mira con detención,

se penetra en su espíritu, admirablemente explicado por las leyendas que el autor pone en cada uno de ellos, y así se aprecia en toda su grandeza a Goya. Tenemos, por ejemplo —y citaré al caso tres o cuatro de sus «caprichos»—, aquel en que Goya dibuja un alcornoque —árbol que simboliza la imbecilidad— vestido con una sotana y rodeado de mujeres en actitud de adoración, y la leyenda explicativa dice: «El poder de un sastre». Hay otro en que presenta un hombre dormido y lleno el ambiente de figuras fantásticas, con estas palabras: «El sueño de la razón engendra monstruos»; es un dibujo alusivo a la Inquisición. En algunos dibujos Goya sintetiza su pensamiento filosófico. En un «capricho» vemos un muerto que anda, un muerto que ha salido de su tumba para escribir un libro: «Nada». Se cuenta que un obispo al contemplarlo decía: «Muy bien, muy bien, señor Goya, la vida es nada, *vanitas vanitatum...*» Y que Goya lo interrumpió para manifestarle: «No, no es eso; es un muerto que escribe: “Más allá de la vida no hay nada”». No falta en sus «caprichos» la nota aguda de crítica social. En un dibujo presenta un burro, calados los lentes, que recorre las páginas de un infolio recubierto de versos. La leyenda explica toda su idea. Dice: «La nobleza que se recrea en la contemplación de sus ascendientes».

Un día, va Goya a entrar en palacio, pero el centinela se lo impide, haciéndole notar que la corte se hallaba de luto y, como lleva medias blancas, no viste con arreglo a las circunstancias. Goya baja al cuerpo de guardia, toma un tintero, se entretiene en ennegrecer sus medias recubriéndolas de caricaturas de algunos de los personajes de palacio y entra luego al salón de los cortesanos provocando los más curiosos comentarios.

Goya pinta su época. Escéptico, no tiene inconveniente alguno en ser pintor de Carlos IV, de José Bonaparte, de la restauración. Su patriotismo no se ofende sirviendo a capitanes franceses. Enemigo de la guerra, con sus *Desastres de la guerra* refleja un alma antimilitarista y profundamente humana.

Tenía un carácter un tanto impulsivo. Una anécdota dirá al respecto todo lo que deseo decir. Al entrar Wellington vencedor en Madrid, varios personajes creyeron en la conveniencia de encargarse a Goya retratar a aquel hombre que acababa de contribuir poderosamente a expulsar a los

francés de territorio español. Parece que Wellington no se mostraba contento de la obra vigorosamente naturalista de Goya. Este, que era sordo y de suyo irritable, le pidió un día al duque de Alba que preguntara al lord su opinión sobre el cuadro; y a la vista del gesto que adivinó de desagrado en Wellington, se apoderó prontamente de dos pistolas abandonadas sobre un escritorio y, ofreciéndole una al héroe inglés, dijo: «Dele una a ese tío y veremos quién tiene razón...» Lord Wellington echó mano a la espada y, de no ser por la interposición de los presentes, fácil es adivinar el fin de aquella escena. El cuadro quedó inconcluso. Es una obra de grandes méritos y que respira vida.

Goya dejó cuadros de un inmenso valor.

Muerto Goya, el arte español ofrece pintores como Vicente López, discípulo del gran maestro que acababa de morir en el extranjero, Rosales; Fortuny, el mago del color; Pradilla, que por más de veinte años honra nuestra historia como un maestro de la pintura. En la actualidad tenemos —la hora me obliga a concretarme a dos hombres— un Zuluaga y un Sorolla.

El primero es un gran pintor, pero, como el Greco, en sus telas presenta una España que no es la real, una España de chulas, de guapos, de tipos a veces contrahechos y en cierto modo amanerada.

Sobre Sorolla diré poco. Me ligan con él lazos de fraternidad y mis elogios se creerían dictados por el sentimiento y no por la razón. Antes de ser novelista estudié un tiempo música, luego pintura, sin lograr, por distintas causas, perfeccionarme ni en uno ni en otro arte; no pasé de los comienzos. En el taller que frecuentaba, un chico débil, de voz atiplada, merecía que todos le diéramos sin regateos nuestra amistad. Lo llamábamos Sorollita.

Pasaron los años. Un día, mientras me paseaba por las playas de Valencia, recogiendo datos para lo que después fue mi novela *Flor de mayo*, haciendo caso omiso de las murmuraciones de los pescadores, que me creían un empleado del fisco que tomaba notas para aumentar los impuestos, llamome la atención el «retratero», como le decían aquellas gentes, un pintor que en pleno sol llenaba sus telas de colores y de luz. Nos reconocimos. Era Sorolla, que acababa de fracasar ruidosamente en Madrid con un cuadro místico, extraño, *El entierro de Cristo*. Era Sorolla,

que a su retorno de Italia y después de una breve permanencia en Asís, prosiguió con su primera manera de pintar, tal vez sentida en la tierra de San Francisco, y definitivamente iba a reflejar la vida y coronarse de gloria.

Su nombre arranca hoy los mejores juicios a la crítica. Muchas veces nos confiábamos nuestros sueños para el futuro. ¿Esos sueños se realizaron? Creo que no, señores; la ambición humana es como el tonel de las Danaides: no tiene fondo, nunca se satisface, siempre pretendemos más. Es la vida que sueña ascender hasta lo infinito.

Doña Juana la Loca
(Teatro de la Ópera [Rosario], 1-8-1909, a beneficio de la Sociedad
Filantrópica del Centenario)³¹

Principió el señor Blasco Ibáñez por manifestarnos que a ninguna de funciones en que había sido protagonista en este país, habla ido con mayor satisfacción interior, porque su producto se destinaba a socorrer infortunios, y si bien ciertas escuelas modernas rechazan la caridad, no se puede, sin embargo, negar que, mientras nuestra organización social no varíe, el único medio conocido de aliviar los efectos de las injusticias de eso que llamamos el destino, es esa caridad rechazada.

Entra luego en el tema de la conferencia, que lo escogió así porque la historia de una mujer tenía que interesar a las mujeres que le escuchaban, y que tan prominente parte toman siempre en las obras de caridad.

Principió por presentarnos un cuadro minucioso de lo que era la sociedad española de la época de los reyes católicos, de la influencia que ejerció sobre los otros países, y de cómo dadas las costumbres del tiempo, las hijas de los soberanos servían de instrumentos políticos en manos de sus padres. Así fue que don Fernando y doña Isabel, casaron a sus hijas de manera que, por sus matrimonios, facilitasen las alianzas que le eran, si no necesarias, muy convenientes, para mermar el poder de su enemigo tenaz y único peligroso, el rey de Francia.

La hija mayor, doña Isabel, casó con el rey de Portugal; la segunda, doña Catalina, con Enrique VIII de Inglaterra, y doña Juana, la menor, con Felipe de Habsburgo, apellidado el Hermoso, soberano por derecho propio de los Países Bajos, y heredero de la corona de Austria. Francia quedaba circundada.

En cuanto al apodo de Hermoso que se da a don Felipe, no parece justificado por los retratos y las medallas que de él existen. Tal vez el contraste de su tipo rubio, sonrosado, de hombre del Norte, comparado con los atezados españoles lo motivó; o más bien tuvo origen en la dificultad con que tropieza un rey para no ser considerado hermoso por sus súbditos, y el conferenciante alude a un caso contemporáneo.

³¹ *La Prensa* [Buenos Aires], 26-7-1909; *El Pueblo*, 13-9-1909.

Hermoso o no, don Felipe, fue el objeto de una ardiente pasión amorosa por parte de su esposa, y cuenta que su fidelidad no fue, ni con mucho, de las mis ejemplares. Dada esa pasión no es de extrañar que los celos dieran lugar a continuas riñas de las cuales solía llevar la infanta las marcas fehacientes más a menudo de lo que a su alta alcurnia correspondía.

Pues bien, a pesar de esto, cuando ahuyentado de España por el carácter díscolo y marrullero de su suegro, don Felipe se separó de su mujer, para volver a Flandes, esta lo quiso seguir, contra la voluntad de todos, y después de una serie de escenas de desesperación, estuvo a la intemperie dos días, asida a una poterna del castillo de Medina del Campo, sin querer entrar; y allí hubiera muerto de frío y de inanición, a no haber intervenido su madre ya casi moribunda.

Por la muerte del infante don Juan y los términos de los contratos matrimoniales de Isabel y Catalina, a doña Juana le correspondían ambas coronas de Castilla y de Aragón. Al fallecimiento de Isabel la Católica, se le dio posesión de la primera, y a don Felipe le faltó tiempo para procurar que las Cortes declarasen a su mujer loca. La muerte, que sorprendió al rey consorte a los 28 años, puso fin a las discusiones matrimoniales.

Y entonces presenciemos uno de los espectáculos más lúgubres que registra la historia. El cadáver debía ser enterrado en Granada, en la otra extremidad de España. La reina insiste en acompañarlo, y la fúnebre procesión atraviesa toda la península, andando sólo de noche, por caprichos de la soberana.

La falta de salud le obliga a detenerse en Hornillos, por días y semanas. El horrible espectáculo empieza a sublevar á todo el país: y al fin interviene Fernando e induce a su hija a encerrarse en el convento de Santa Clara en Tordesillas, y ella consiente con tal de que le dejen el cadáver.

Desde su residencia puede contemplar continuamente el ataúd; diariamente lo hace abrir, y así pasan, no días, no semanas, no meses, sino iquinze años!

Al fin, la muerte pone término a la espeluznante exhibición, y el cuerpo de doña Juana, unido al de su esposo, encuentra eterno descanso en la catedral de Granada.

¿Era doña Juana loca?

Todos los actos que de ella se conocen, sus cartas, son de una persona de una gran inteligencia, absolutamente cuerda, cuando no se trataba de su pasión. Doña Juana era nada más una enamorada vehemente. Pero en todas las épocas y en todos los países se ha considerado y se considera el amor como un atributo exclusivo de la juventud. Todo se lo excusamos, todo nos lo explicamos cuando los amantes tienen la edad de Ofelia, de Julieta, de Francesca de Rimini; pero cuando el amor apasionado, violento, se apodera de una mujer casada y tiene por objeto su legítimo marido; cuando, además, esa mujer es de edad ya madura, esto es, un caso como el de doña Juana, el mundo piensa: tú no puedes ser amorosa, tú no puedes ser más que una loca.

En Paraguay

El arte en el siglo XIX³²
(Teatro Nacional [Asunción], 26-8-1909)

Solamente habiéndola taquigrafiado —y bien lo merecía— podríamos reproducir aquí la hermosa conferencia dada en el Teatro Nacional por el renombrado escritor don Vicente Blasco Ibáñez. Trataremos, aunque sea punto menos que imposible, de recordar los innumerables conceptos vertidos por el orador, procuraremos acercarnos —punto más difícil todavía—, a las brillantes expresiones con las que su inspiración adorna las ideas. Nuestra buena intención justificará el pecado de osadía.

Empezó el señor Blasco Ibáñez dirigiendo una admirable salutación al pueblo paraguayo. Habló en ella de la América soñada, de la América que forja la fantasía del artista, del nuevo mundo que en nada se parece al viejo. Dijo que admiraba el movimiento y grandiosidad de una ciudad como Buenos Aires, reveladores del impulso progresivo de estos pueblos jóvenes, pero que la gran capital argentina en pocos caracteres se diferenciaba de los centros de población de Europa. A él, que modestamente se tituló viajero o artista vagabundo, le sorprendía encontrar en su recorrido ascendente, de sur a norte, lo que en el antiguo continente se encuentra de norte a sur: el límpido cielo que sirve de manto a esta tierra, las azules aguas de sus ríos semejantes a las aguas azules del mar, sus bellas islas parecidas a jardines flotantes, las palmeras destacando como gracioso surtidor sus coronas de verdes plumas, los naranjos de zumoso y exquisito fruto esparciendo en el ambiente el perfumado aroma de los azahares, todo, tan semejante todo, a ese color y vida típico de las regiones del sur de España, a esa Andalucía de las mujeres hermosas, de los mantones de Manila y de la gracia, de los galanes que requieren de amores a la mujer de sus pensamientos frente a la reja cubierta de florida enramada...

Los ojos, esos llamados espejos del alma, al hablar de la mujer paraguaya, arrancaron ardientes expresiones y brillantes párrafos al orador. El más rendido enamorado no hubiera tenido al evocar su pensamiento palabras tan galanas, recursos de una naturalidad tan

³² Reseña realizada por Pedro Sayé.

encantadora, como tuvo Blasco Ibáñez al referirse a la mujer paraguaya. Ocurre con ella, con la clase de belleza peculiar a la mujer de este país, lo que les ocurre a los cosecheros de Burdeos, por ejemplo, con ciertos vinos: tienen uno envasado el mismo año, procedente de la misma cosecha y, no obstante, el vino de un recipiente es mejor que el de otros; el secreto de la diferencia está en que ese vino de mejor catar ha pasado la línea, ha venido a América. Al pasar la línea, no se sabe por qué, encontramos esa exótica hermosura de la mujer paraguaya. Con ese ramillete de originales imágenes dejó prendado el conferenciante al auditorio femenino, y pendiente del resto de su discurso al público en total.

¿Qué cuerda sensible no tocó el habilísimo narrador en el prefacio de la conferencia? El soldado alemán llamaba la atención, entre los soldados de los demás ejércitos del mundo, por su disciplina, por la regularidad de sus movimientos, por ese conjunto automático que se titula perfeccionamiento de la técnica militar. El soldado turco, en cambio, sobresalía por su porte fiero, por su continente lleno de audacias, por el ciego heroísmo que le abraza a la muerte al abrazarse a la boca de un cañón. Con este soldado comparó el orador al militar paraguayo. De soldados como este se componían los defensores de Sagunto y de Numancia. Soldados cual estos podían resistir el empuje de cinco naciones coaligadas... ¿Será menester decir el efecto que estas palabras produjeron en el auditorio formado por el sexo fuerte?

Duélenos no recordar en qué parte de su espléndida improvisación dijo el orador que «en cada gaucho que cruzaba al impulso veloz de su corcel las pampas americanas, creía ver a un don Quijote». Esta y cien frases más, fueron objeto de otras tantas ovaciones.

Cautivada ya la concurrencia, el señor Blasco Ibáñez entró de lleno en el tema que se había propuesto desarrollar: el arte en el siglo XIX. Sujetos siempre al imperio de lo atávico, la historia del pasado embarga de continuo nuestro espíritu y no rendimos el justo tributo de admiración a que son acreedores las cosas y los sucesos extraordinarios de un tiempo no lejano, casi presente. Entre la humanidad y la historia acontece lo que entre un hombre de indiscutibles virtudes, de talento superior y grandes facultades, y los vecinos del lugar en que ese hombre habita, que a todas horas le ven, cuyo contacto les llega a ser familiar, haciendo la proximidad

que no se le dé importancia. Vivimos en los primeros años de un siglo que está tocando aún los últimos años del siglo XIX. En la vida del mundo era ayer que no se conocía otra navegación que la de vela, ni otra luz que la de aceite, ni más vehículo que la carreta o la silla de posta, y de ayer puede decirse que es el buque movido a vapor, la luz eléctrica, el telégrafo y el ferrocarril. Se traslada nuestro pensamiento a las épocas medioevales, a los hechos que murieron, para no recordar una centuria que dos sabios solamente immortalizan: Darwin, nacido a principios del siglo pasado, creador de la famosa teoría sobre la selección natural de las especies, y Pasteur, el gran químico bacteriólogo y revolucionador de la medicina.

No entra en mis propósitos, agregó el orador, hablaros del sinnúmero de genios que abarcaron con su talento los diferentes ramos del saber humano en el mundo de lo artístico. Así pues, circunscribiré mi oración a los que más se han destacado, a los que podría llamar más completos dentro de su esfera de acción, porque sería inacabable la relación de los muchos que por sus obras han sobresalido en el siglo XIX. Empezaré por el arte de la literatura y os hablaré de Víctor Hugo.

Napoleón I no era francés, era corso. Tenía el verdadero temperamento de un grande artista. Su genio, de carácter enciclopédico, lo abarcaba todo. El hombre que con sus espuelas y la punta de su sable había rasgado el mapa de la Europa, destruyendo fronteras, confundiendo nacionalidades, imponiendo códigos al mundo, haciendo príncipes a sus generales y reyes a sus hermanos, necesitaba un poeta, necesitaba un cantor de sus glorias, un Homero que siguiera el raudo vuelo de su águila imperial. Contristado el emperador, al ver que transcurría su época sin que un poeta grabase de modo imperecedero su curso de omnipotente vencedor, encontraba en las Tullerías a su ministro de instrucción pública, al «gran maestro de la Universidad», como se le llamaba entonces, y le interrogaba:

—¿Has encontrado un poeta?

—No lo encontré —respondía el ministro sobrecogido por el ascendiente que a todos imponía en su tiempo el emperador—. El poeta nace —agregaba tímidamente el «gran maestro de la Universidad».

Y la imaginación calenturienta de Napoleón se enardecía más. Arrebatada al papa de sus Estados, lo traía a Savona y pretendía engarzar

en su corona la piedra del esplendor religioso. Peroraba a Pío VII, trataba de hacerle ver, empleando los más sutiles recursos de la persuasión, las ventajas que reportaría para el papado su alianza y acercamiento al más poderoso monarca de la tierra. El papa, inmutable, con su cara descolorida de labios pálidos, murmuraba «¡comediante!, ¡comediante!», y cuando Bonaparte se indignaba, cuando amenazaba al pontífice con destruir el poder de la Iglesia y hacerla tributaria suya, Pío VII, el de los pálidos labios, fija la vista en el suelo exclamaba: «¡tragediante!, ¡tragediante!»

Víctor Hugo, al que yo amo, al que yo admiro, porque él amaba y admiraba a España. Víctor Hugo que, haciendo alardes de conocer a fondo el español, afirmaba, engreído y satisfecho, que su maestro de castellano era Miguel de Cervantes Saavedra. Víctor Hugo que, para confirmar su aserto —fijaos bien—, decía: «yo contra todos y todos contra yo». Ese gran Víctor Hugo que niño todavía cruzó con su madre y sus hermanos la España, contemplando, al través de los empolvados cristales de la galera que le conducía, los terribles estragos que la invasión francesa producía en el suelo hispano y las no menos terribles represalias que los españoles tomaban en la lucha fiera por su independencia. ¡Cadáver franceses colgados de los árboles! ¡Cadáveres españoles, pendientes de las horcas, arcabuceados por los franceses!

Luego, el orador nos lleva a Víctor Hugo, después de las dolorosas impresiones de viaje, a la catedral de Burgos, a esa catedral que no tiene unidos el corte severo y la graciosa arquitectura arabesca de la catedral de Toledo, a ese templo de toscos sillares y altivas agujas góticas, de colosales columnas que parecen por sus proporciones restar espacio a las amplias naves y querer atravesar las bóvedas para remontarse al infinito. Nos lleva en arrebatador torrente descriptivo por sobre las frías losas donde suena la concavidad de los sepulcros, nos hace leer —porque en sus palabras se lee— las inscripciones grabadas en las lápidas, y vemos —transportados por su verbo a la realidad— el bajorrelieve de un obispo austero que en ademán solemne parece bendecir a los épicos guerreros soterrados bajo las mudas piedras de la imponente catedral.

¡Qué contrastes, qué detalles, al parecer nimios o pueriles, revolucionan a veces el alma de un artista! ¿Creeréis que el cuadro

descripto impresiona a Víctor Hugo? No tal. En una de las torres de la catedral burgalesa hay un reloj. En el momento de sonar las horas la esfera se abre como por arte de encantamiento, y aparece un busto de fante, una figura arlequinesca, a la que el vulgo ha denominado «el Papamoscas». Al dar la última campanada la figura grotesca vuelve a su escondrijo. ¡Quién diría que el popular Papamoscas inspiró al romántico carácter de Víctor Hugo el personaje Quasimodo, de *Nuestra Señora de París*! ¡Cómo imaginar que el monigote de la catedral de Burgos sugiriese al gran poeta la creación de Triboulet, de ese deforme ser humano que esconde entre su pecho y joroba el alma grande que llora sin consuelo la deshonra de su hija!

La vida de Víctor Hugo es una perpetua antítesis. Antitético es su pensamiento, antitéticos son sus actos y sus obras. El Valjean de su maravillosa novela *Los miserables*, es el prototipo de la virtud perseguida constantemente por la desgracia; Fantina es la mujer que se arrastra por el lodazal de las bajas capas sociales, y que se sublimiza al propio tiempo por su tierno sentimiento de maternidad; Javert, el inspector de policía, es el inexorable cumplidor de su deber profesional, a quien la aciaga suerte de un deber humano acecha sin cesar. Víctor Hugo político es una antítesis también. En ningún hombre se opera como en él la revolución evolutiva. Es legitimista y canta la coronación de Carlos X; se afilia luego a Luis Felipe, y tarda sólo tres años en convertirse en campeón democrático; es, en un breve lapso de tiempo, acérrimo enemigo de Napoleón, furibundo revolucionario, comunista, e implora el perdón de sus arranques a Thiers. Toda la vida política de Víctor Hugo es circunstancial. La antítesis se revela en este grande hombre hasta en el momento de su muerte: Víctor Hugo sabe que al desaparecer de la escena humana se le tributarán grandes honores; sabe que las tropas cubrirán la carrera de su féretro; no ignora que el mismo Arco de la Estrella será enlutado por crespones. Y Víctor Hugo, para no desmentir en muerte la anómala contradicción de su vida, ordena que su cadáver sea conducido en un convoy miserable y depositado en la fosa común. ¡En el corifeo del romanticismo contrastan las ideas, como en la catedral de Burgos las góticas agujas y el Papamoscas!

Otra figura brilla y se realza, con atributos propios, en la primera mitad del siglo XIX. A no haber existido Lope de Vega, autor de más de dos mil dramas, comedias, tragedias y autos, de más de tres millones de versos, llamado con justicia «el Fénix de los ingenios», ¿quién hubiera superado a Honorato de Balzac? Son en extremo originales las condiciones de vida en medio de las cuales este hombre extraordinario desarrolló su producción. Acosado por los acreedores, por los procuradores de estos, por los usureros, por toda esa falange de terribles sitiadores que daban como respiro a su existencia la acumulación de deudas, y sobre las deudas los intereses de intereses, Balzac producía, producía sin cesar. El autor de *La comedia humana* se levantaba de su lecho a las doce de la noche, y escribía hasta las doce del día; reanudaba sus tareas con la comida en el pico, como él decía, hasta las seis de la tarde; al día siguiente se sujetaba a la misma norma de trabajo, y así vivió durante veinte años. Balzac desechó el romanticismo de Víctor Hugo. En los tres mil personajes de sus novelas, trazados con rasgos completos, de mano maestra, se ve el espíritu filosófico y analítico del gran novelista. Si algunos le han achacado de licencioso en el lenguaje y en las ideas, le descarga de la acusación el libre ambiente de la sociedad parisiense en que él vivía y en la cual se inspiraba fielmente el escritor.

Al pronunciar el nombre del tercer novelista parece agigantarse la figura del conferenciante. Se observa en sus ojos un vivo centelleo. El ameno narrador se reconcentra y presto se transforma en el pujante defensor de la personalidad y obras de su favorito autor contemporáneo.

¡Emilio Zola! La evocación de su recuerdo produce en Blasco Ibáñez un efecto mágico, y es que Blasco Ibáñez «ha tenido el honor» —según su misma expresión— de ser amigo íntimo del gran novelista francés; juntos han compartido unas mismas ideas y sentimientos; naturalista y descriptiva es la literatura de ambos; los dos han sido abnegados luchadores por la causa de la humanidad. Se dice, dijo Blasco Ibáñez, que las obras de Zola son inmorales, corruptoras del espíritu por su excesiva desnudez. En lo que se llama buena sociedad parecer estar proscriptas las obras de Zola. Los padres y las madres cuidan religiosamente de que sus hijas no las lean. Es más chic, en cambio, la lectura de esas novelas de cubierta amarilla, con el nombre de un editor y autor franceses, que se

venden a tres francos y medio el tomo... Las niñas se encantan, se embeben en las páginas de esos libros cuyas escenas se desarrollan casi siempre en el Faubourg Saint Germain o en Cannes, y cuyo protagonista es conde y tiene por lo menos cien mil francos de renta (circunstancia indispensable para ser personaje de la novela). El conde, por supuesto, se encuentra con la marquesa, a esta se le cae con displicencia un guante que el conde recoge, y la escena termina, naturalmente, en el Faubourg Saint Germain, en una misteriosa habitación cuyo ambiente es perfumado, y en la cual los cortinajes de raso velan discretamente la luz crepuscular que se esparce suave sobre los objetos y las personas... El autor se sale del compromiso estampando una línea de puntos suspensivos.

¿Cuál es el fruto que se obtiene de aquellas obras que envuelven la realidad en un ropaje inverosímil? Invariablemente el mismo. La imaginación de las inocentes niñas se traslada en un vuelo a esos lugares descritos en la novela, su espíritu anhela al apuesto conde, sienten vehementes deseos de ser protagonistas en la escena del guante, y de sufrir el dulce cautiverio de la marquesa en la perfumada habitación de contornos esfumados por la luz crepuscular.

El gran Zola no educa las almas para la inminente corrupción del cuerpo. En sus obras analiza el vicio, lo destaca, le da crudo relieve, para hacerlo repulsivo. Zola, como un cirujano, arremangados los nervudos brazos, con el bisturí en la mano, nos presenta sobre el mármol de disección el cadáver desnudo de la sociedad enferma, abre hasta el fondo sus entrañas, nos muestra en las cubetas las vísceras infectas, la sangre coagulada...

En esta parte de su discurso el orador se arrebata con tal elocuencia, que es imposible transcribir su pensamiento, es imposible, sin la entonación de su voz, exclamar como él exclama: «¡Los que llaman inmoral a la obra de Zola, llevan la inmoralidad dentro del pecho!»

Amantina Dupin, esa escritora francesa a quien todos conocéis por el seudónimo masculino de Jorge Sand, fue una entusiasta y decidida defensora del derecho de la mujer al amor. Casada con el barón de Dudevant, pronto la disparidad de caracteres y aficiones entre ella y su marido había de producir un rompimiento. El barón, dedicado por completo al cultivo de su granja y al cuidado de sus haciendas, poco se

preocupaba del brillo de sus blasones ni de la tendencia expansiva de su esposa. Esta, por su parte, bien poco caso hacía del barón. Un día, dejó de ser la baronesa de Dudevant y se trasladó a París, en donde se hizo célebre bajo el seudónimo de Jorge Sand. La vida un tanto licenciosa de la autora de *Indiana* contribuyó bastante también a su celebridad. La mujer —no lo toméis a mal— es más atrevida, es más valiente que el hombre. ¿Sabéis por qué? Pues, porque la mujer no teme a ese terrible enemigo del hombre que se llama «el ridículo». Cuando se lanza en el camino de las aventuras su valor no reconoce límites. A nosotros, por ejemplo, se nos acercará un amigo, nos referirá una serie de calamidades de familia para acabar pidiéndonos dinero, o para que le saquemos de un apremiante apuro haciéndole un préstamo, y nos faltará resolución para negarle el favor que solicita. Decidida, implacable, encarándose con el hombre, la mujer dirá: «¿Quieres que te saque de encima a ese pedigüeño? Déjalo para mí; ya verás, iya verás como yo lo arreglo!»

Blasco Ibáñez, descriptivo en sus narraciones con igual originalidad que en sus novelas, no es partidario del feminismo en sus exagerados extremos. El orador ha presenciado en Londres un congreso feminista, en el que en todos los tonos se abogaba por la emancipación de la mujer. Me pareció, dice el conferenciante, estar en pleno carnaval. Las congresistas trataban de ocultar, por medio de extravagante ropaje, los bellos contornos con que la naturaleza las favorece; algunas escondían sus expresivos ojos, negros o azules, detrás de unas gafas ahumadas; otras se habían cortado el cabello para que su cabeza ofreciera un aspecto masculino; muchas llevaban zapatos parecidos a zuecos, en los que desaparecía ese atrayente pie diminuto de la mujer. No comprendí, francamente, qué influencia podía tener en la conquista de los derechos femeninos aquella mascarada. Es verdad que las leyes hechas por nosotros han eliminado en buena proporción de derechos a la mujer. Los hombres, por el solo hecho de ser tales, nos creemos facultados para dirigirnos a la primera mujer que se nos antoja, y sin preámbulos decirle: «¡ámanos!» A la mujer hermosa, especialmente, le sucede lo que a la bella zagala Marcela, que huía al bosque porque todos los mozos del lugar la pretendían, todos querían ser amados por ella. Uno de los puntos fundamentales del feminismo, por su racionalidad, es el que se refiere al

derecho de la mujer a la elección de su amor. Hasta hoy los hombres tenemos en este sentido todas las prerrogativas. Ciertamente, asimismo, que la mujer tiene el derecho de rechazarnos, ¡de darnos calabazas!, pero no es justo que se vea obligada a guardar el secreto de su corazón, a no poderse dirigir al ser por el cual su alma siente preferencia, a ser una desgraciada por las cortapisas con que el convencionalismo humano traba la expansión amorosa de la mujer.

Diseñadas a grandes rasgos las ideas del conferenciante sobre feminismo, aquel pasó a tratar de otra de las manifestaciones del arte: la pintura. El señor Blasco Ibáñez, al hablar de pintura, no desarrolla su conferencia dentro de los progresos del arte pictórico en el siglo XIX. Su inspiración nos expone cuadros y pintores que florecieron en los siglos XVII y XVIII: Velázquez, que nació en 1599 y murió en 1660, y Goya, que vivió cincuenta y cuatro años del siglo décimo octavo y sólo veintiocho años en el siglo pasado.

En la pintura antigua se manifiesta una tendencia semejante a la de ciertas obras literarias. En la misma inmortal obra de Cervantes veréis que el autor dice: «Don Quijote entró en una venta...» Sigue a continuación el relato de los sucesos que acontecieron, sin hacer para nada mención de detalles que nos describan la venta. El personaje ocupa el lugar preferente; el paisaje, el lugar o la escena campo de sus acciones, tiene un puesto secundario. Entrad en el Museo del Prado, contemplad el cuadro *Las meninas*, de Velázquez, y os sorprenderán la vida, el relieve, la asombrosa naturalidad de las figuras. Parece que se mueven, que están hablando. El marco no sirve de contorno a un lienzo, sino a personajes de la vida real. La ilusión es tan perfecta, que el visitante siente tentaciones de levantar la pierna y entrar en la habitación de *Las meninas*. ¡Qué expresión la de aquellas figuras cuyas carnes parecen palpitar! ¡De qué modo nos transporta el pintor a la época de aquellas damitas vestidas con miriñaque! Para que la impresión de realidad sea mayor, se ve en las caras el sonrosado que les da el colorete. ¡Cuidado con los pintores! —dice el señor Blasco Ibáñez, dirigiéndose con irónico gracejo a las damas de su auditorio—. En el cuadro de Velázquez la figura es el todo; el fondo apenas si queda bosquejado.

La biografía de Goya, acompañada de un bello relato sobre las admirables e intencionadas caricaturas de aquel gran pintor, entretienen después la atención de los oyentes. Los trabajos pictóricos de Goya son tan originales como los actos de su vida. Sus obras pueden afirmarse que están inspiradas en su propia existencia. Nadie como él ha reflejado las costumbres españolas de su tiempo. Sus majos y majas se salen de toda ponderación. Recuerda en sus cuadros y caricaturas a Hogarth, a Callot y a Rembrandt. El conferenciante hace una salvedad antes de dibujar con su palabra las goyescas caricaturas: «No me culpéis a mí, dice, de la intención que tienen los cuadros que os voy a describir. Culpad a Goya, que es su autor».

Una de las caricaturas representa un tronco de alcornoque —en España el alcornoque simboliza la ignorancia—, cuyo tronco está cubierto de telas y gasas. Unas mujeres rezan prosternadas al pie, en donde hay la siguiente inscripción: «He aquí la habilidad de un sastre».

Otra caricatura es la de un enorme asno, repantigado en un sillón, que lleva puestas grandes gafas, que hojea en un libro en cuyas páginas se ven asnos y más asnos. El lema del dibujo es: «La nobleza recreándose en la contemplación de sus ilustres ascendientes».

La muerte, envuelta en un inmenso sudario, remontándose a los espacios desconocidos, recorriendo el universo ignorado hasta el infinito, y escribiendo al terminar su viaje, en un libro vacío, de blancas páginas, la palabra «Nada». Un obispo que contempla esta caricatura dice a Goya: «Muy bien, muy bien, hijo mío; tu cuadro es notable; nada, nada somos en este mundo; polvo somos y fuera de Dios no hay nada». Goya, que era sordo desde sus cincuenta años, no entendiendo una palabra de los comentarios que hacía de su cuadro el obispo, le replica: «Esto quiere decir que más allá de la muerte no hay nada, nada absolutamente».

[...] Blasco Ibáñez, a quien creíamos un luchador, un convencido, casi un ácrata, claudica, reniega de su abolengo democrático, de sus propios ideales, al hacer la prevención que hace al público antes de describir las caricaturas de Goya, al no hacerse solidario de la intención que entrañan esas caricaturas; Blasco Ibáñez hiere, con pusilanimidad que contradice su carácter y tendencias, la causa del porvenir humano, la causa de la civilización.

El conferenciante huye del comentario en esta parte de su discurso, en esta sola parte. Llama antitético a Víctor Hugo, fecundo a Balzac y moral a Zola. Admira las figuras de Velázquez. Deifica al final de su conferencia a Beethoven y Wagner. Analiza los hombres y sus obras, y enmudece, «se disculpa», cuando llega a Goya. Goya expresa en el siglo XVIII lo que Blasco Ibáñez no se atreve a expresar en el escéptico siglo XX. ¡Cualquier cura de aldea es más heroico al sustentar principios que jamás comprueba! Blasco Ibáñez no tiene el valor de decir que el alcorcho de Goya es el símbolo de la fanática credulidad que retrasa la marcha de los pueblos; que esos monigotes adorados en capillas carecen de santidad; que la nobleza de la sangre es una aberración contraria del hermoso principio igualitario [...]

El final de la conferencia es una página pletórica de inspiración y poesía. Es infructuoso el devanarse; no hay esfuerzo cerebral capaz de retener el impetuoso torrente de floridas frases y castelarianas imágenes, que fluye de labios del orador. Los sentidos desaparecen, y el espíritu recoge el recuerdo indeleble de un momento feliz.

¡La música! Para Blasco Ibáñez es la reina de las bellas artes. Si él hubiera de formarlas en línea de batalla, haría marchar unidos por el brazo al poeta y al pintor, al escultor y al arquitecto: la música presidiría. Todas las artes son imitativas de la naturaleza: la música la supera. Cuando la mecánica, la química y la electricidad hayan metamorfoseado el mundo, cuando las artes estén transformadas o extinguidas, cuando desaparezcan las religiones, quedará al hombre la música, vivirá ese arte semidivino, manantial inagotable del sentimiento del alma.

Al tratar de la música un nombre brilla inmortal: Luis Beethoven. Imaginaros una colosal abeja, una inmensa abeja, la cual elabora una miel riquísima que no puede gustar jamás. Beethoven es tan infortunado como esa abeja; vive devorado por una triste melancolía; no puede saborear las culminantes bellezas de su música ni conmoverse por las impresiones del triunfo: Beethoven era sordo. Al ejecutarse por primera vez la *Novena sinfonía*, una de sus más sublimes creaciones, los más renombrados maestros de la época se ofrecen como modestos ejecutantes de un instrumento en la orquesta. Todos porffan por rendir homenaje al que consideran dios de la música. Entre los músicos se ve a un hombre

sentado en un sillón, vuelto de espaldas al público, con la cabeza encorvada sobre el pecho cual si el peso de una gran desgracia abatiese su espíritu. Este hombre sigue con la mirada las curvas que sobre los violines describen los arcos, el choque de los platillos, los movimientos de la batuta... De pronto el director da vuelta al sillón de aquel hombre, de aquel hombre que es Beethoven, y este ve a un público que aplaude en pie, entusiasmado, frenético. Beethoven llora, ¡él no puede gozar de aquel triunfo que es suyo, exclusivamente suyo!

Años más tarde, Beethoven vaga errante en busca de un sobrino calavera al que amaba como a un hijo. En su peregrinación llega a un paraje solitario, en donde hay una pobre choza. Rendido de fatiga llama a la puerta de la rústica morada, y pide al dueño un pedazo de pan y un vaso de cerveza. En tanto calienta sus ateridos miembros junto a la chimenea de la casa, se desarrolla ante sus ojos una escena singular. El que parece jefe de los moradores de la choza, descuelga un violín de la pared, llama a unos jóvenes que deben ser sus hijos, todos disponen en semicírculo unos atriles y sobre estos papeles de música cada uno tiene un instrumento y ejecuta su parte. El concierto cesa, aquellas sencillas gentes se abrazan y lloran, vuelven a ocupar sus puestos y el concierto se repite. Beethoven, que no oye, que no puede explicarse los extraños aspavientos de los músicos ni el porqué de sus emociones, se levanta, dirige su vista a los papeles y lee: «Gran septimino, por Luis Beethoven». El compositor se siente desfallecer, experimenta un placer indecible, y trémulo de satisfacción dice a aquellos campesinos atónitos: «¡Yo soy, yo soy ese Beethoven! ¡Yo soy el autor de ese septimino!»

Ricardo Wagner cierra como último capítulo la conferencia del señor Blasco Ibáñez. Ricardo Wagner opera una revolución en el mundo musical. Es a la vez músico y poeta. En su poderosa mente se hermanan el poema y la composición. Si no hubiera sido músico, la genialidad de sus concepciones habría hecho trascender su fama de poeta. Hasta entonces la música había seguido los mismos derroteros de la literatura y la pintura. La parte instrumental, si bien melódica e inspirada, circunscribía su acción al acompañamiento, «a las tres notas de la guitarra barbera». El personaje, en la escena, abarca la parte principal. Wagner transformó ese estilo, ese género. Los protagonistas de las obras wagnerianas meditan, sienten, y la

orqueste refleja su pensar y sentimientos. La intensidad descriptiva no puede alcanzar ya mayor grado. Si las tempestades fueran como las describe Wagner, los fragorosos truenos tendrían una sonora y cadenciosa armonía.

Los rumores de la selva sacudida por las brisas nos elevan en un pasaje de música wagneriana a las regiones del idealismo donde se adormece la fantasía en arrobador ensueño. Los poemas sinfónicos de Wagner pintan el genio de la mitología germana, substituyendo el recitativo y el aria por la declamación musical.

El orador se inspira al hacernos ver con la fuerza persuasiva de sus palabras, como si los viéramos en la escena, los fantásticos personajes y situaciones del *Tannhäuser* y de *Los nibelungos*, esa inimitable e inmortal trilogía. Como la gloria es egoísta, dice el conferenciante, Wagner al morir cerró por dos o tres siglos la puerta de su templo, y se guardó la llave en el bolsillo. El que venga después tendrá que alcanzarla como un ladrón: escalándola por la ventana y abriendo la puerta por dentro.

El alma española a través de los siglos³³
(Teatro Nacional [Asunción], 29-8-1909)

El distinguido huésped no pudo ser elocuente, brillante, radioso, perfumado. Su alma se hallaba conturbada por una horrible y siniestra nueva.

El hilo implacable en su inexorable indiferencia de metálico portavoz de desdichas y alegrías, le había llenado de congoja el corazón. Momentos antes de la hora designada para que el distinguido artista nos deleitara con su voz simpática y su verbo fácil y ameno, recibió la triste, la dolorosa, la horrible noticia de que su padre, el ser que con más títulos en el mundo merece nuestros cariños y nuestro amor, había muerto. No conocía los detalles, no sabía la causa. Eso aumentaba su negra pesadumbre... No hubiera hablado... Pero, ¿qué hacer? Los artistas no se pertenecen. Los artistas no tienen derecho a ser muy humanos.

[...] Habló del alma española, de antes y de ahora. Hermoso capítulo de filosofía de la historia cuyo velo no ha sido descorrido aún. Bella página de sociología retrospectiva que habría deleitado a nuestro público, de finas tendencias, de buen gusto instintivo.

La época medioeval, la España moderna, la España contemporánea, pasaron ante nosotros en vaga marcha melancólica.

En medio de fugaces descripciones que resultaban elocuentes y evocadoras, a pesar de las inquietudes que amargaban el pensamiento del distinguido conferencista surgían a veces pasajeras carcajadas de Pierrot, infernales gracejos expresados por los labios, no gestados en el alma.

La madre soñadora, romántica y de brillante historia fue acertadamente representada en toques descriptivos de mucho valor artístico.

Nos recordó la España caballeresca, la fansista, la arabesca, la visionaria, la guerrera, la conquistadora, la indomable, la loca.

Explicó las causas coincidentes y complejas que hacían que España hubiera sido la que en mejores condiciones se halla en su tiempo, para proteger y dar vida y apoyo a las temerarias quimeras del navegante

³³ Reseña realizada por Daniel Aubert.

genovés que dio al mundo esta brillante América que un día no lejano, con ser la guardadora de la más alta civilización a que se alcance, sea también la que ejerza la hegemonía política del mundo.

Fueron estas causas, de diversa índole, pudiendo englobarse en varios órdenes: la educación guerrera de España en aquella época; la literatura de su ambiente; la situación geográfica, y el misticismo.

Inútil sería querer hacer una exposición de todo lo que nos hizo conocer el conferenciante al ir desarrollando estos temas diversos. En la evocación de aquella España militar creada en siglos y siglos de lucha con diversos pueblos y en especial con los árabes, tuvo momentos de grandeza como su mismo tema. Aquella nación de los tercios, la institución militar aristocrática en la cual podían encontrarse como simples soldados un Miguel de Cervantes, un Félix Lope de Vega, un Ercilla... La educación guerrera, el adelanto de las artes militares, la invención y el uso de la pólvora y el progreso general de la nación que recibe toda la cultura oriental por los árabes y hebreos y la occidental por su mismo contacto guerrero con Europa determinan a grandes rasgos los puntos capitales que el ilustre conferenciante desarrollara en los primeros momentos de esta exposición.

La literatura de la época, arabesca y fantástica, los libros de caballería en los que se realizaban proezas inauditas, atiborraban los espíritus de imposibles potencias. Y disponían los ánimos para los más imponderables heroísmo. Para las más locas empresas.

Las aventuras heroicas y generosas, las hazañas extraordinarias que pintaban esos libros que circulaban de mano en mano, como biblias del arrojo, como cofres sagrados de los sueños, exacerbaban a los soldados. Y daban inextinguibles e impensables energías a esos hombres de hierro. El valor del creyente, la temeridad del convencido.

Colón no tuvo eco en ningún país de Europa, con su imaginación de visionario. Sólo España, la gallarda, España la soñadora le abrió sus brazos. Esa España, que vio nacer en su seno para no extinguirse jamás la radiosa y fulgente luz del más estupendo, del más extraordinario de los libros de caballería, que significa el más hermoso esfuerzo imaginativo que se conoce. La más profunda y acabada disección psicológica, que sobrevive triunfante a las mismas glorias guerreras de los Carlos y Felipes.

Grande por su estilo, grande por su poesía sencilla y arrulladora. Conmovedoramente sugestiva, trágicamente imponente por el contraste eterno del idealismo y el positivismo de la vida, que trata. El pobre caballero, soñador irredimible, que divisa enemigos, campos hostiles y gigantes, donde no hay sino molinos, valles y rebaños. Y el bueno y rústico de Sancho que no ve sino la grosera realidad y no vive sino la prosa ruda de la vida...

Habló del misticismo español. Misticismo heteróclito y diverso del de los otros pueblos católicos. Enérgico, vigoroso, batallador y agresivo, como el pueblo que lo profesaba. No era el misticismo pacífico y de dulce ascetismo de los filósofos de Alejandría. Era un impulso guerrero, antagónico de los retrainientos apacibles, anheloso de lucha, por la savia belicosa que le dio germen. Misticismo batallador, que hallando estrechos los claustros monacales, se lanzó por el mundo para difundir sus enseñanzas, para arraigar sus ideales... El místico en sueño vagaroso se ha desprendido siempre de sus lazos, de su condición terrenal, ha olvidado el mundo para transportarse a regiones elevadas, siderales, etéreas. Se ha elevado a lo desconocido. El místico español ha hecho lo inverso. Con su espíritu preparado para los más inmensos cometidos, no buscó el cielo, ni trató de ascender hacia allá... Hizo que el cielo bajara a él. Hizo que Dios se infundiera en su organismo, y le salvara de peligros, y fuera en él manantial de dichas y de vigor... El místico español quiso imponer y difundir sus creencias por la espada. Y como el hijo de Mahora, que en una mano llevaba el Corán y en la otra la terrible cimitarra, así el español llevaba en un brazo el Evangelio, y blandía con el otro el refulgente acero. Pero este misticismo poderoso y terrible no se forma súbitamente.

El misticismo en España fue incubado por siete siglos de educación religiosa, siete siglos de guerra constante en la lucha por la reconquista, de los católicos contra los sarracenos, siete siglos durante los cuales los libros de los caballeros eran libros hieráticos, libros de los caballeros de la Ardiente Espada, de la Estrella Divina, de la Fe.

La misma dulce y grandiosa santa Teresa de Jesús fue una caballera esforzada de la causa santa... Y esos transportes, mezcla de místicos y guerreros, se expandieron en el arte en el siglo XVI. Y nos ofrecieron en

interesante antítesis espontánea un alma española a la vez ingenua y dramática, inocente y trágica...

Y ese misticismo, afirmación viviente de la voluntad humana, se conformó espléndidamente en el carácter español individualista por excelencia. A tal extremo individualista que lo es más que sus propias hermanas de raza latina... Y es esta una de las causas de lo que hoy llamamos decadencia española. En tiempos pretéritos la energía individual podí acometer grandes empresas. Por la falta de buenos medios de comunicación y por los armamentos poco perfeccionados, cada pueblo estaba constituido por grupos de hombres entre los cuales la acción dependía del impulso de los caudillos.

Ahora no son los pueblos individualistas los que triunfan. Triunfan los que están compuestos del más vasto demotismo, de grandes conglomeraciones de hombres. Desaparece el individuo ante el poder arrollador de los rebaños humanos.

El pueblo español se ha mostrado siempre individualista en sus más grandes empresas, y por ello ingobernable y autarca. Pizarro conquistó el Perú con trece hombres decididos y pocos más que se incorporaron. Si en vez de trece hubieran sido trece mil, la anarquía se había apoderado de ellos. Y acaso se hubieran dado muerte los unos a los otros.

Mientras los generales españoles comandaron guerrilleros, la victoria coronó sus empresas. No así cuando combatieron al frente de grandes ejércitos. Los políticos españoles —y aun los sudamericanos— cuando son jefes de partido conciben grandes programas de gobierno y realizan vastas iniciativas. Pero una vez en el poder se inutilizan a causa de los discordias. El exceso de individualismo hace que las tendencias anárquicas, exaltadas ya, e individualistas en sí, ejerzan más influencias en Italia, España y Francia que en otras naciones europeas. Cuando en cualquier parte del mundo de habla española encontréis hombres reunidos que hablan acaloradamente podéis estar seguros de que están hablando del gobierno, y si es un club están tratando de derrocar la comisión directiva. En todas partes, bajo todas las formas, se manifiesta ese individualismo intransigente. Y el misticismo español es una de sus formas.

Estalla en el siglo XVI con dos fisonomías distintas aunque ambas batalladoras. La fisonomía adusta, severa, cuyo representante es Ignacio

de Loyola. Y la dulce, poética y alegre, representada por santa Teresa. He dicho batalladores y lo fueron. Ignacio de Loyola era soldado y, herido en el cerco de Pamplona, quedó imposibilitado. En su convalecencia se transformó leyendo libros de caballería. Y forjó una orden religiosa que más tenía de ejército que de congregación: la Compañía de Jesús, de la cual él no se instituyó abad, sino general, lanzándola a la conquista de la fe.

Lo angustioso del tiempo de que disponemos y la falta de espacio nos impiden reproducir en toda su extensión las tantas y buenas cosas que dijo en el curso de su conferencia don Vicente Blasco Ibáñez.

Tuvo anotaciones muy felices y conceptos muy interesantes y muy justos sobre hechos que no nos son familiares como las peripecias de Colón, sus anhelos, sus ensueños, sus triunfos, sus errores, y sobre todo, su grandioso y trascendental descubrimiento.

El caballerismo hispano de la Edad Media, el misticismo, el espíritu de destrucción, de conquista y de guerra, que informaba casi toda la tendencia medioeval, sus condiciones políticas, intelectuales, artísticas y hasta geográficas, en esa época bárbara de la historia, pasaron raudamente bajo la palabra incansable y la descripción pintoresca de Blasco Ibáñez.

Por la falta de tiempo y la desagradable situación psicológica en que se encontraba no pudo el conferencista tocar, sino de paso y a muy grandes pinceladas, el espíritu moderno de España y su verdadera situación política, científica, artística y sociológica, con los que nos habría diseñado hermosamente lo que es el alma española de hoy día, tan mal conocida, tan calumniada y sobre la cual existe tanto prejuicio, que quizá comienza a desvanecerse.